



NO ME LLAMES VIOLETA

Inés Albórs

NO ME LLAMES VIOLETA

Inés Albórs

NO ME LLAMES VIOLETA



EDITORIAL
LETRA MINÚSCULA

Primera edición: junio de 2024
Copyright © 2024 Inés Albórs
Editado por Editorial Letra Minúscula
www.letraminuscula.com
contacto@letraminuscula.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

A mi familia: a la que vive a mi lado,
y a la que reside en mi corazón

ÍNDICE

PREFACIO

PRIMERA PARTE

1. LAS HORAS
2. EL DIARIO
3. MARK. LA NOCHE DE SAN JUAN
4. EL RESTAURANTE
5. MARK. LA CHICA DEL VESTIDO AMARILLO
6. MI DECISIÓN
7. FRANCISCO
8. CAMPANILLAS
9. UNA JARRA DE SANGRÍA
10. CRISTALES, VELAS E INCIENSO
11. IMPOTENCIA
12. AZUCENA
13. PATOS Y PECES
14. LLANTOS
15. UN OSO PANDA
16. MARK. UNA HUELLA DACTILAR

SEGUNDA PARTE

1. SIN DOCUMENTOS
2. LA APLICACIÓN
3. MARK. CARAMELOS
4. RECUERDO DE PARÍS
5. CANCIONES
6. ALGO TUYO, ALGO MÍO
7. MARK. DELIRIOS
8. CREMA DE FRESA
9. TRÁFICO
10. DIEZ, NUEVE, OCHO
11. CREMA PASTELERA
12. MARK. LOS AMIGOS DE VIOLETA
13. ARROZALES
14. UN GOLPE EN EL TABIQUE
15. EL PASEO MARÍTIMO
16. AGUA SALADA
17. MANZANAS VERDES
18. MARK. ACOSADOR
19. ACOSADORA
35. COLORES
36. MARK. PETRYK
37. GYMNOPIÉDIE N.º 1

38. GRITOS Y SUSURROS

39. GOLPES

40. LA INUNDACIÓN

41. LA TORMENTA

42. ESCAPE

TERCERA PARTE

1. UNA TOALLA DE FLORECITAS

2. UN ATOLÓN DE HIELO

3. FUSCO

4. MARK. UN ANILLO DE BRILLANTES

CUARTA PARTE

1. VIOLETA Y MARÍA

2. LUCIDEZ

3. EL COLOR DE MI NOMBRE

4. TIEMPO VACÍO

EPÍLOGO

PREFACIO

Madrid, verano de 2007. Jueves. Once de la mañana. En la casa familiar

Violeta zarandea con empeño el picaporte de la habitación de su hermano y golpea la puerta con los puños, pero se mantiene inexpugnable como una caja fuerte.

—¡Papá, por favor! ¡Fran no tiene la culpa! ¡Mamá! —grita con la mirada dirigida hacia la escalera—. ¡Llama a la policía!

Azucena, la madre de Violeta, anoche tuvo fiebre y hoy está afónica. Desde su cama, ha escuchado los gritos de su hija y los golpes que da en la puerta. Se levanta y, con paso inestable, apoyándose en los muebles alcanza el pasillo. Se sujeta a los barrotes de la escalera y se dispone a ascender a las habitaciones de sus hijos, una planta más arriba.

—¡Francisco! —exclama con gritos ahogados mientras se acerca—. ¡Déjale, por Dios! Es tu hijo. ¡Solo tiene quince años! No me obligues a avisar a la policía. No quiero que te hagan nada malo. Por favor... —Cierra los ojos, pega la espalda a la puerta y se desliza rendida hasta acabar sentada sobre el suelo. Violeta se agacha y la abraza.

Madrid, Navidad de 2015. En casa de Mark

Mensaje de voz:

«He destrozado mi vida, Rafa. Vendrán a por mí. Si no es hoy, será mañana o al otro. Quizá estén de camino, o a punto de llamar a la puerta. Me he comportado como un cobarde. Si hubiese hablado contigo de mis recelos hace unos meses, quizá... Perdóname, Rafa, pero necesito contártelo todo. Siempre dijiste que yo era tu mejor amigo, ¿recuerdas? Los dos nos hemos visto envueltos en muchos aprietos, y siempre supimos cubrirnos las espaldas. Tú eres la única persona en quien confío, y que es capaz de comprenderme y ayudarme. Si pudieras encender el ordenador para verte y hablarte... No, mejor no, discúlpame, porque es tanta la vergüenza que siento, que ni siquiera podría mirarte a los ojos en estos momentos. Prefiero escribírtelo sabiendo que tú estás al otro lado y me acompañas. Sé que quizá no dispongas de mucho tiempo, pero tampoco yo lo tengo. Y si es posible, te ruego que no me interrumpas hasta que termine. Ya te lo he dicho: estoy desesperado. ¿Podrías atenderme por favor? ¿Podrías...?».»

—¡Hola, Mark! ¡¿Qué pasa, tío?! ¿Tú, desesperado? Venga, cuenta. Me tienes en ascuas.

—Hola, Rafa. No sabes lo que te agradezco que estés ahí. Te suplico que tengas paciencia y que me escuches. Empezaré por el principio.

Mi vida no volvió a ser la misma desde la noche que conocí a Violeta.

PRIMERA PARTE

1

LAS HORAS

Mayo de 2016. En la carretera. Camino del mar

Que nadie me llame Violeta, prefiero que me llamen María, porque María es de color blanco con reflejos plateados, tan etéreo como los espíritus.

Que nadie me llame tampoco Dulce porque, para mí, dulce es amargo como esa almendra que con su cianuro te perfora la lengua. La palabra «dulce» me envenena.

La música de *Las horas*, de Philip Glass, me envuelve mientras el sol despunta en el horizonte para continuar su camino sobre un cielo limpio y claro. También yo sigo el mío, pero mi firmamento aparece repleto de nubes grises, como si fuera a desencadenarse una gran tormenta. Mis días y mis noches se confunden con mis sueños, lo real y lo imaginario, el recuerdo y el olvido. Una parte de mí yace oculta en algún lugar muy profundo. Y pienso en el mar, ese mar que veré pronto. Pero no en el de aguas cristalinas bajo el que se transparentan los peces de colores, sino en ese al que la luz del sol apenas llega; el que inunda los pulmones, ese en el que cualquiera se resignaría a morir. Por eso, lo que un día fue real debería emerger hasta la superficie y transformarse en recuerdo, pero ¿por qué existe algo que lo detiene y lo arrastra hacia la sima?

Una lucha constante se desarrolla en mi interior cuando estoy dormida. Si lo hago con los ojos cerrados, cuando los abro desaparece; pero a veces duermo con los ojos abiertos y en cualquier lugar o momento, y mis pesadillas son peores.

El paisaje se ha transformado poco a poco a medida que nos alejamos de Madrid con dirección al mar. Muy pronto aparecerán la huerta y los naranjos, y llegaré a mi destino.

Mis hermanos y yo nos hemos levantado de madrugada, para emprender el viaje. Mi padre nos ha dejado su Maybach, para que viajemos con mayor comodidad.

Es Rosa quien conduce. A su lado está Margarita, la mayor, que no concibe la vida sin música y no da tregua al reproductor.

Fusco, nuestro único hermano varón, permanece junto a mí en el asiento de atrás.

—¿No tienes por ahí otra música más alegre? —protesta.

—No, no la cambies, Marga —me apresuro a decir—. Es la banda sonora de la película *Las horas*: «La señora Dalloway dijo que compraría las flores ella misma». Me gustó mucho. Y la música de Philip Glass es preciosa, pero...

—¿De qué película estáis hablando? —interrumpe Rosa.

—*La señora Dalloway* —explica Margarita— es el título de una novela de Virginia Woolf, y la película *Las horas* hace referencia a ella. Cuenta la historia de tres mujeres que...

—Déjalo, da igual —dice Rosa—. Con mi restaurante y con dos niños pequeños, no tengo tiempo para leer y ver películas. Dichosa tú, que no tienes tanto que hacer.

—¿Otra vez con lo mismo? —replica Margarita, con gesto de hartazgo—. Ni Pierre ni yo queremos hijos, ya os lo he dicho muchas veces. Sin niños me siento más libre. —Suspira como si acabara de arrancarse un peso de encima—. Este año, por ejemplo, Pierre y yo nos hemos

organizado muy bien. A las ocho de la tarde, venía a buscarme al anticuario para ir a cenar, o al cine o a algún concierto. He tenido tiempo para leer y reciclarme un poco más en mi profesión.

—Eso. Tienes todo el tiempo del mundo para reciclarte como tus trastos viejos —se burla Rosa mientras a través del retrovisor nos mira a Fusco y a mí en busca de complicidad. Yo me limito a agachar la cabeza y Fusco a mirar por la ventanilla—. ¡Oh! ¡Tú y tu vida parisina! Qué hermana tengo tan exquisita... Y tan lejos de casa.

—París y Madrid no están tan lejos —afirma Margarita.

—De mamá, sí —replica Rosa mientras aprieta el acelerador.

—¡Eh, no corras tanto! —protesta Margarita—. ¿Quieres que le pongan una multa a papá o que le retiren el carné de conducir?

—Me encantaría, pero siempre conduce el chofer.

—¡Ya te vale, Rosa! ¡Joder! —exclama Fusco con voz ronca.

Pero Rosa no parece escuchar la queja de Fusco y continúa con sus reproches.

—Yo no te pido, Marga, que vayas a verla una vez por semana, como hago yo, pero...

—No —interrumpe Margarita, contagiada por la ironía de su hermana—. Es mejor que la visite a diario como hace Violeta. —Desvía la mirada hacia la ventanilla—. ¿No te fastidia? —comenta para sí misma.

Margarita se equivoca. Al principio de independizarme al piso del centro de Madrid, acudía a ver a mis padres todos los días, pero hace tiempo que solo lo hago de vez en cuando. Este año, las asignaturas de Medicina son muy densas y las prácticas, más numerosas. Me resulta difícil encontrar el momento de conducir los kilómetros que me separan de ellos.

—¿Te parece suficiente —le reprocha Rosa a Margarita— que solo vengas a Madrid una vez al año, el día de Navidad, y porque cocina Violeta? —Acelera y se cambia al carril de la izquierda para adelantar a un camión—. Te alojas en el mejor hotel de Madrid, acudes a todas las exposiciones, incluso a las más cutres, y te presentas a comer cinco minutos antes de empezar. Luego te vas y adiós, hasta la próxima.

—¡No puedo hacer otra cosa! —Margarita sacude la cabeza—. No podría, no. No se me da bien fingir amor y cordialidad como a ti. ¿A qué viene toda esa reprimenda justo ahora? —exclama, al tiempo que le presiona el brazo y me señala a mí con disimulo.

—Lo siento —dice Rosa tras unos minutos de silencio y un profundo suspiro. Su tono de voz es más sosegado, y ha reducido la velocidad—. Es que esta situación me supera, pero es por mamá. Ya sabéis lo que siempre se ha apoyado en Violeta y ahora no va a tenerla tan cerca como antes. Yo —suspira de nuevo—... Intentaré acudir más veces a verla, pero convencerla para que salga conmigo al teatro o al cine me resulta casi imposible. Solo quiere que la acompañe Violeta. Dice que yo la regaño por todo y que siempre acabamos discutiendo. Y, por supuesto, está claro que con papá no podemos contar. Desde que Violeta sufrió el accidente, está tan destrozado que no es capaz de sustentar a nadie.

Lo que acaba de decir Rosa me hace sentir muy culpable.

—Yo... lo siento tanto... Debería haber estado más atenta a la carretera, pero ahora ya no puedo hacer nada.

Fusco me sujeta por los hombros y me gira hacia él.

—Violeta, ¡mírame bien! ¡Tú no has tenido la culpa de nada! Métetelo en tu cabecita. —Me toca la frente con la yema de su dedo índice—. Que te quede muy claro.

—Pero si yo ese día, cuando llegué al aeropuerto, en lugar de volver a casa en mi coche, hubiese llamado a un taxi...

—Olvídate de eso, ¿de acuerdo? —me insiste Fusco presionándome los brazos.

—De acuerdo —contesto, sumisa, para que me suelte.

Fusco me libera y yo me froto los brazos. Siento que me falta el aire, las manos comienzan a temblarme y el corazón se me acelera.

—Margarita, creo que me estoy mareando un poco.

—Te has puesto pálida. ¿Qué te pasa? —comenta Fusco, sorprendido.

—¿Pálida? —Margarita se gira hacia mí y después se dirige a Rosa—. Sí, es verdad. Deberíamos parar un rato. Desvíate en cuanto puedas.

—¡No! —me apresuro a decir—. No hace falta. Tengo ganas de llegar cuanto antes. Y, por cierto, veo que es inútil lo que os pido: que me llaméis María.

Mis dos hermanas se miran entre ellas con gesto preocupado.

—No voy a pasar por ahí —afirma Rosa—. Deberías afrontarlo: te llamas Violeta. Llamarte María me parece un capricho estúpido. No te habrás mareado por eso. ¿No será porque Fusco te ha gritado?

—No, no es eso —le digo—. Creo que es por la música: *Las horas*, justo ese pasaje... ese piano...

Margarita apaga el reproductor y suspira.

—Sí. Suena en uno de los momentos más duros de la película, cuando el poeta se lanza por la vent... —Se calla abruptamente.

Fusco me pasa la mano por la espalda y me atrae hacia él. Esta vez, me abraza con suavidad y me da un beso en la frente. Siempre ha sido muy cariñoso conmigo. Dice que yo soy la más pequeña de los cuatro hermanos y la más vulnerable. No estoy de acuerdo. Yo, por así decirlo, soy la más mimada y eso me enfurece. ¡El mes que viene, cumpliré veinticuatro años! Nunca he entendido el motivo por el que mi familia continúa tratándome como a una niña pequeña. Y ahora, más que nunca.

Marga se gira hacia mí de nuevo, me sonríe y a continuación vuelve a encender el reproductor. Suena una antigua canción de Françoise Hardy, *La premier bonheur du jour*: «El primer buen momento del día es un rayo de sol... el aliento del mar... y la playa que espera».

El color que me inspira Margarita es el rojo. La observo por detrás. Su pelo oscuro y ondulado le cae hasta los hombros. Es la única de los hermanos que ha sacado los almendrados ojos azules y la estilizada figura de mamá. Desde que se marchó a vivir a París, su aspecto ha ido adquiriendo un matiz especial: cualquiera diría que se trata de una de las obras de arte de su anticuario. He sido testigo de cómo algunos hombres, al entrar a interesarse por algún objeto, hubiesen preferido llevársela a ella envuelta en papel burbuja y un gran lazo rojo. Creo que en realidad se ha portado como la más inteligente de todos nosotros marchándose de casa en cuanto tuvo ocasión.

Voy a verla varias veces al año, pero me entristece que ella no pueda venir a visitarnos. Aduce que su trabajo y sus obligaciones sociales la absorben demasiado, pero yo sé que no es del todo cierto. Lo que le sucede a Margarita es que la casa familiar le trae algunos recuerdos que preferiría olvidar.

Menos mal que Rosa vive en Madrid, y si quiero verla solo tengo que acercarme a su restaurante junto a la Plaza de Santa Ana. Es uno de los locales más originales y con mayor encanto de la zona. En parte me lo debe a mí, porque mis ideas decorativas siempre le agradan. Se le ilumina la cara cada vez que me ve entrar y, sin preguntarme, a los pocos minutos tengo sobre la mesa un café con leche y un trozo de tarta de frambuesa. A veces le pido también un zumo de naranja. Rosa no es rosa, sino de color naranja.

Antes de mi accidente, muchas tardes acudía allí con mi ordenador y me sentaba en una de las

mesitas redondas situadas junto a la ventana. El tiempo transcurría sin apenas darme cuenta mientras estudiaba, o buscaba en plataformas científicas algunos artículos interesantes de medicina, o alguna receta de cocina.

Sin embargo, ver a Fusco me resulta de lo más complicado del mundo porque nunca se sabe dónde se encuentra. Él aparece y desaparece cuando quiere. Siempre he dicho que mi hermano es como un fantasma.

Hace ya varios kilómetros que abandonamos la autovía y que circulamos por la carretera de El Saler, la más cercana a la costa. Bajo la ventanilla para inhalar el aroma de los pinos mezclado con el del salitre del mar. Estamos en mayo y los arrozales ya deben estar sembrados.

Rosa se desvía a la derecha y conduce cautelosa a través de los puentecitos que cruzan las acequias y conducen a El Palmar. Son tan estrechos que solo cabe un coche. He leído que antes de que en 1930 se construyesen, el pueblo fue una isla. Se encuentra en la Albufera. Estoy en Valencia.

2

EL DIARIO

Han transcurrido ya diez días desde mi llegada a la casa que será mi refugio durante un tiempo. Me siento mucho más tranquila y no he vuelto a sufrir una de mis crisis.

He empezado a escribir una especie de diario. Aunque la psiquiatra del hospital insistió en que dejara reposar mi mente durante algún tiempo, yo creo que sería bueno anotar aquí algunas cosas que se me pasan por la cabeza. Además, espero que, si con este cambio de aires consigo relajarme lo suficiente, desaparecerán para siempre esas escenas que irrumpen en mi vida cotidiana como estiletes encendidos.

Mi estado de ánimo actual, algo sombrío, contrasta con la claridad de la luz del Mediterráneo y con todo el colorido que me rodea aquí en el Parque Natural de La Albufera. Las puestas de sol son maravillosas. He visto que algunas familias se alojan en estas casas de El Palmar durante el verano. Desde aquí, realizan excursiones por los pintorescos pueblos del interior y las numerosas playas de los alrededores.

El día de mi llegada, mis hermanas me ayudaron a instalarme para evitarme esfuerzos: mi ropa guardada en el armario, y todo limpio y ordenado. Después acudimos al Mercado Central de Valencia. Tenía ganas de conocerlo, y me pareció impresionante, tanto su arquitectura como sus productos tan frescos. Solo pretendía comprar algunas cosas, pero al final fueron tantas que cada vez que abro la nevera o entro en la despensa dudo si no acabarán lanzándose sobre mí.

Reconozco que he tenido mucha suerte al alquilar esta casa. Rosa, a través de una amiga, contactó con Vicenta y Amparo, las propietarias de uno de los restaurantes del pueblo, y les habló de mí. Les dijo que hace poco sufrí un accidente de tráfico muy grave y que mi médico me aconsejó que descansase fuera del bullicio de la ciudad. También les ha dicho que me llamo María, y no Violeta. Insistí mucho en ello.

Vicenta le comentó que justo la casa de al lado se encontraba vacía y que me la alquilaría por un módico precio. Al final, me la ha dejado prácticamente gratis, con la condición de que la cuide bien y la ventile a diario. El viento de aquí es muy húmedo, a no ser que sople de poniente. Lo que nunca imaginé es que tanto la estructura del restaurante como la de mi casa correspondiesen a antiguas barracas valencianas, es decir, a la arquitectura típica de las viviendas de la huerta y de los poblados marítimos en siglos pasados. Por supuesto, ambas se rehabilitaron para utilizarse, una como negocio y la otra como vivienda.

Cada barraca tiene dos puertas enfrentadas. Una de ellas, frente al lago, se encuentra a pocos metros del agua. La del restaurante posee una terraza con cuatro pilares por los que se engarza un emparrado que sirve para dar sombra a las ocho mesas del exterior. En esta época del año, son las preferidas de la clientela.

En la terraza de mi barraca, el emparrado apenas alcanza dos metros de altura y no produce sombra alguna, pero posee dos enredaderas de jazmín y buganvilla roja que enmarcan mi puerta. Me encantan. Las dos quedarían muy bien en mis balcones del piso de Madrid; pero lo más probable es que no sobrevivieran al invierno.

Las entradas principales se encuentran en la parte de atrás. Dan a un camino de tierra que las

separa de una pequeña acequia que riega una huerta.

Las dimensiones de mi barraca me parecen propias de una casita de muñecas, comparada con la mía de Madrid, pero dentro de ella no me siento agobiada sino protegida.

La planta baja posee una pequeña habitación con un baño minúsculo. El resto consiste en una rústica cocina con una mesa de madera en el centro. Sobre ella, descansa un gran cesto de mimbre repleto de ramos desecados de buganvillas de varios colores. A mano derecha existe un aparador con una vitrina que deja ver una antigua vajilla de porcelana. El borde dorado de algunos platos se encuentra descascarillado en algunas zonas. Ni siquiera completan la docena. Hay dos juegos de café que me encantan. A una de las tazas le falta un asa. A la izquierda hay una chimenea enmarcada por baldosas de cerámica de Manises. Sobre su repisa reposan algunas fotos familiares en blanco y negro. Otras, más modernas, adornan las paredes. En una de ellas, he creído distinguir a Vicenta y a Amparo, pero mucho más jóvenes.

No dispone de los típicos armarios, sino de estantes de obra bordeados por una puntilla con una cinta roja. Bajo las encimeras, se encuentran los electrodomésticos, y unas cortinas de florecitas ocultan los huecos. En realidad, podría decirse que la planta baja es todo cocina.

Mi habitación ocupa toda la planta de arriba, es decir, en lo que en otro tiempo correspondía a la andana, un espacio que se utilizaba para almacenar las cosechas o para criar gusanos de seda. Posee dos ventanas y un baño. La ventana lateral da al hueco que separa mi barraca de la del restaurante. Se trata de un corralillo que los dueños utilizan para guardar sus enseres: algunos sacos de patatas, cajas de refrescos y demás, o como zona de paso al cuarto frigorífico. A través de dicha ventana, se escucha parlotear a sus trabajadores y a algunos clientes del restaurante. La otra ventana se encuentra frente al lago. He colocado junto a ella un pequeño escritorio. Sobre él, garabateo mi diario, o leo un poco, pero a menudo me quedo ensimismada contemplando el agua. Parece que apenas se mueve; sin embargo, yo siento que no deja de hacerlo ni un solo instante y que se esfuerza en ocultar en sus entrañas algo oscuro y doloroso, y eso me eriza la piel.

La cama está cubierta de cojines bordados de diversos colores. Cuando me acuesto, los echo al suelo. Al principio me parecía poco adecuado, pero luego pensé que, si me caía, ellos atenuarían el golpe. Es cierto que la última vez que ocurrió algo así tendría unos cinco años, pero desde que mi sueño es algo agitado, temo que vuelva a suceder.

Por las mañanas, salgo a hacer un poco de *footing* por los alrededores, sin alejarme demasiado. Después de ducharme, me resulta muy agradable acudir a desayunar a alguno de los restaurantes del pueblo que están abiertos a primera hora de la mañana. Otros lo hacen mucho más tarde, es decir, a la hora de las comidas y de las cenas. Poco a poco, voy conociendo a algunos vecinos, tanto a los que viven aquí como a los que solo acuden al pueblo por motivos laborales.

Ayer viajé hasta Valencia utilizando el transporte público. Después de disfrutar de un largo paseo por el centro de la ciudad, me senté a comer en la terraza de uno de los restaurantes de la Plaza de la Reina. Por la tarde, antes de regresar al pueblo, acudí a ojear algunas tiendas aledañas a la calle Cirilo Amorós, que me habían recomendado. Me compré cuatro vestiditos cortos de colores muy vivos. El que más me gusta es el rojo porque es amplio y debe ser muy fresquito. Sin embargo, el de color turquesa me lo pondré en los días menos calurosos porque es de punto y me queda muy ceñido. Los otros dos son algo transparentes, así que solo los llevaré en contadas ocasiones y en compañía de según qué personas. También me compré alguna bisutería: pendientes, pulseras, collares...

Ahora me siento culpable por haber gastado tanto dinero. Sobre todo, porque me había propuesto vivir modestamente. Espero llegar a conseguirlo. Mi padre me tiene muy mal

acostumbrada. Cuando aprobé el tercer curso de Medicina, es decir, traspasé el ecuador de la carrera, me regaló el piso del centro de Madrid: un piso de doscientos metros cuadrados en un bloque dieciochesco de la Plaza de Alonso Martínez. Al año siguiente, muy contento por mis buenas notas, me compró un Volkswagen escarabajo amarillo que, por mi inconsciencia, acabó en el desguace. Me siento muy culpable no solo por destrozarlo sino por haberlo aceptado en su momento. Es demasiado. Sé que la vida real no es así.

3

MARK

LA NOCHE DE SAN JUAN

Madrid, diciembre de 2015

—Conocí a Violeta la última noche de San Juan, en la fiesta que organiza Cosme todos los años en el jardín de su casa. ¿Te acuerdas de Cosme? Nunca te cayó muy bien porque dices que es pedante y presuntuoso. Tienes razón, Rafa. Pero sus fiestas, ah, sus fiestas son especiales: buen ambiente, buena comida, y sobre todo chicas, muchas chicas, guapas, educadas, cultas, de buena familia, las mejores. Incluso puedes escoger entre todas ellas porque siempre aparecen las amigas de una amiga, o las primas de alguien, ¿verdad?

—Sí, y que lo digas. Siempre acabábamos la noche con alguna... incluso con dos. Si supieras lo que echo de menos aquellas fiestas...

—No, por favor, Rafa, no hables ni me comentes nada hasta que no termine de contarte todo lo que me ha ocurrido. ¿Lo harás, por favor?

—Venga, sigue, tengo tiempo para ti. Mónica ha salido con unas amigas.

—Muchas gracias, de verdad. Continúo: aquella noche, apenas llegué a la fiesta, escuché su risa, una risa inocente y luminosa. Al instante me giré y la vi. Se reía a carcajadas mientras llevaba un vaso en una mano y un sándwich en la otra. Recuerdo que algunos bromeaban con ella acerca de los mosquitos que atraía su vestido amarillo, muy ceñido, con un hombro al aire. Me hizo gracia aquello porque a veces tenía que ahuyentarse los bichos con el sándwich que, al final, acabó en la basura.

¿Me creerías si te dijera, que me moría por follármela? Por supuesto que sí. Porque un macho apenas ve a una hembra que le gusta, su primer impulso es follársela de inmediato. ¿Qué te voy a contar a ti? Y quien diga lo contrario miente o es que aún no ha salido del armario. ¡Ah! Y Violeta tiene solo 23 años. Los cumplía ese día, ¿puedes creerlo?

Voy a decirte cómo es Violeta para que lo entiendas. Es morena y lleva el pelo bastante largo. No es demasiado alta ni tan delgada como esas otras espigadas y esqueléticas, cuya única obsesión es competir en delgadez entre ellas, aun a costa de minimizar sus atributos femeninos; perchas andantes de modistos homosexuales.

Me llamaron mucho la atención sus tetas redonditas, ni muy grandes ni muy pequeñas, y su culo, también redondito y bien colocado. Me di cuenta enseguida de que Violeta no llevaba sujetador. A nuestra edad, hemos visto y palpado demasiadas tetas para saberlo. Y me imaginaba las suyas turgentes y firmes, pero manejables en el interior de mi mano.

Cada vez que observaba sus labios carnosos, ansiaba comérmelos de un solo bocado. Todo en ella es apetecible. Su cuerpo me inspiró un reloj de arena repleto de frutos rojos dulces y calientes.

—¿Violeta? —dije cuando me la presentaron—. Creo que tus padres se equivocaron. Deberías llamarte Caramelo.

—¿Por qué? —preguntó. Y yo le contesté que ella me había hecho recordar unos caramelos de color violeta que me gustan mucho, y que a partir de ese momento iba a llamarla Caramelo de Violeta. Ella se ruborizó un poco, pero lejos de agachar la cabeza, me sostuvo la mirada y sonrió.

Las cosas que debe decir un tío a veces, ¿verdad?

Al comienzo de la noche, hablamos mucho. Me dijo que había acabado el quinto curso de la carrera de Medicina, que el próximo mes de octubre comenzaría el sexto y que esperaba finalizar sus estudios el próximo año. Actualmente, se encontraba realizando unas prácticas en el Servicio de Urología del Hospital Clínico. «¿Urología?, —pensé— ¿A cuántos tíos les habrá visto la polla y los huevos, y con aspecto muy poco... “saludable”?», pero a continuación añadió que iban a cambiarla al Servicio de Traumatología.

—No te pegan nada ese tipo de especialidades —le dije.

—¡Ah!, ¿no? ¿Y cuáles me pegan, entonces?

—Pues creo que, para ti, resultaría mucho más adecuada la pediatría, o la ginecología, o la cardiología... Algo más delicado.

Ella contestó que ese tipo de creencias eran un poco machistas, y, sin dejar de sonreír ni un solo momento, me soltó una especie de arenga feminista a la que se incorporó su amiga Carlota, aunque esta no se reía en absoluto y cada vez levantaba más la voz para buscar polémica. No quise entrar al trapo y le di la razón en todo, lo cual la exasperó aún más.

Apenas se marchó la tal Carlota, le dije a Violeta:

—Tu amiga odia a los hombres. Perdona que diga esto, pero seguro que con lo poco agraciada que es, no se come una rosca. Estoy seguro de que es lesbiana.

—Bueno, en realidad, no. Es bisexual. Pero no creo que eso te importe a ti. Y no es fea. Solo es —titubeó— diferente.

—Seguro que está enamorada de ti.

—No, no. Qué va. Nos conocemos desde primaria. Además, ella sabe de sobra que a mí me gustan mucho los hombres.

—Menos mal. Para mí es un alivio.

«No me gusta nada ese tío», me contaron que Carlota le dijo a Violeta, después, y que ella contestó: «Pues parece que tú tampoco le gustas nada a él», y yo hubiese añadido: «pero dice que si te quedas un rato a solas con él te empotrará de tal manera que seguro que cambias de opinión». Idiota.

Cada sorbo que Violeta daba a su vodka con limón parecía acentuar más su risa. Si la hubieses escuchado..., inocente, sí, pero al mismo tiempo pícara. ¡Y me dijo que era su primera copa! Finalmente, al ir a dar otro sorbo, observó que su vaso estaba vacío. Levantó la cabeza y miró a su alrededor. Me disponía a conseguirle otra cuando, en ese instante, la música se interrumpió y se apagaron todos los focos de luz. El jardín quedó iluminado tan solo por veintitrés velitas que sobresalían de una tarta arrastrada por un carrito. Aquel ambiente mezclado con la excitación que me provocaba Violeta me sugería una especie de invitación a todo tipo de relaciones sexuales clandestinas. Pero, nada, porque bajo aquellos pinos, después de un «Oh» generalizado, aparecieron, ya sabes: los típicos cánticos de *Cumpleaños feliz*, que tanto me exasperan por su ñoñería y vulgaridad.

Me pregunto por qué, en aquel momento, en medio de aquel silencio comenzó a escucharse la *Gymnopédie N.º 1*, de Erik Satie; una pieza que desentonaba por completo con el ambiente festivo que había inundado hasta entonces cada milímetro del jardín.

La voz de Violeta se quebró cuando dijo: «Muchas gracias a todos, de verdad. No me esperaba esto». «¡Enhorabuena por tus notas!», exclamó alguien. «¡Venga, Violeta! ¡A por el último

curso!», agregó otro, seguido por «¡Pide un deseo!». «¡Que lo pida, que lo pida!», corearon acompañándose de palmas. «Vale, vale», asintió Violeta, agitando las manos, «lo pediré». Violeta cerró los ojos y se colocó los dedos sobre las sienes. «Ya está», dijo, seguido de «¡Qué buena pinta!». Introdujo el índice en el merengue, extrajo un poco y se lo chupó como si fuera una niña glotona. Todos se rieron.

Ante tal despliegue de atenciones, resultaba evidente: Violeta era una mujer muy conocida y muy querida por todos.

La música festiva se reanudó como una bofetada para los sentidos. Las luces del jardín volvieron a encenderse y los camareros, a servir champán derramándolo sobre las copas abiertas hacia la botella como bocas hambrientas. Entre ellas, la de Violeta. Sin embargo, su amiga Carlota se la arrebató de las manos, tiró de su brazo y la condujo hasta la pista de baile que, este año, tan convenientemente había colocado Cosme justo al borde de la piscina. Sí, esa jodida piscina que rediseña cada año para sorprendernos a todos. Violeta comenzó a bailar. Y lo bailaba todo, cualquier cosa, pero parecía disfrutar enormemente con un grupo musical discotequero de hace más de veinte años: Modern Talking. Observé que, en numerosas ocasiones, Violeta dirigía la mano derecha hacia su axila izquierda, la de su hombro desnudo. El borde de su vestido parecía empeñado en descolgarse cada vez más para dejar al descubierto el lateral de su tetita. Violeta se lo subía una y otra vez. Y cuantas más veces tiraba de él, más parecía enojarlo, quedando ambos enzarzados en un tira y afloja que solo conseguía que cada vez quedase al descubierto un trocito más de piel blanca. Intuí que serían muy pocos, si es que hubo alguno, los hombres privilegiados que la habrían siquiera rozado.

Y por si el grado de mi excitación no fuera suficiente, al cabo de un rato, ¡Dios!, algunas letras de los reguetones deberían estar prohibidas, o servir como meros preliminares a una orgía, o como una invitación a follar para los tíos más blandos. «Tas provocándome. Tú lo que quieres es que te pegue de la pared, que te bese, te abraze y...».

Sin embargo, existía sobre Violeta algo extraño que me llamó poderosamente la atención.

4

EL RESTAURANTE

Estoy muy contenta porque he conseguido trabajo en el restaurante contiguo a mi casa, es decir, en el de la barraca de Vicenta. Una mañana, en la que acudí a desayunar, escuché que necesitaban contratar a alguien para trabajar con ellos durante el verano. Ese mismo día, se me ocurrió la idea. Mi familia pensaría que me he vuelto loca, pero la vida que llevaba desde mi llegada a El Palmar comenzaba a aburrirme un poco y cada vez me sentía más sola. Por otro lado, me encanta la cocina y me ilusiona aprender.

Los clientes del restaurante entran por la puerta de atrás, pero en esta época del año, como ya dije, prefieren comer al aire libre, en la terraza que se encuentra a la orilla del lago. Parece que el sombraje que proporciona un emparrado de uva resulta el mejor lugar para disfrutar de la paella valenciana, arroces, pescados, mariscos, un buen vino y jarras de cerveza o de sangría. Las paellas se elaboran en un paellero anejo a la puerta de atrás, y de la forma tradicional, es decir, utilizando leña de naranjo y los ingredientes típicos de la huerta valenciana.

Cada mañana, cuando abren las puertas, desprende un olor a pintura que no desaparece hasta que se airea un poco. Me explicaron que hace dos meses realizaron algunas reformas en la sala y en los baños. Sobre todo, han agrandado la cocina porque dentro de unas semanas el menú, sin perder su esencia, será algo más sofisticado.

Las paredes del comedor están pintadas de blanco. De ellas cuelgan cuadros con motivos valencianos: barracas; escenas de antiguas faenas agrícolas de los arrozales, tal como las describiera Vicente Blasco Ibáñez en sus novelas, o bien de la pesca marítima, tal como reflejara Joaquín Sorolla en sus pinturas. Justo ayer, trajeron una de un autor desconocido, que me parece muy buena: representa el Tribunal de las Aguas del Pórtico de los Apóstoles de la Catedral de Valencia. Un zócalo de azulejos de cerámica blanca y azul da aún más vida a las paredes. También es nuevo. Y, por supuesto, también tiene una rústica chimenea enmarcada por baldosas de cerámica.

El restaurante se trata de un negocio familiar que Vicenta y su hermana Amparo heredaron de sus padres. Vicenta es la mayor, seguro que no llega a los sesenta años. Está algo rellenita, lleva el cabello corto, cardado y teñido de rubio para ocultar las canas. Es, sin duda alguna, la que realiza las funciones de gerente, porque toma las decisiones importantes. Se nota de sobra que es bastante inteligente. Su carácter es firme y decidido. Está casada. Su marido se llama Federico. No tiene hijos.

Amparo es soltera. Es de tez morena, y mucho más alta y mujeronera que Vicenta a pesar de ser bastante más joven. Menuda fuerza tiene en los brazos. Acarrea las cajas de refrescos como si fueran de juguete, y los sacos de hortalizas que compran recién sacadas de la tierra de una huerta cercana, como si se tratasen de bolsas de patatas fritas. Cuida muy poco su aspecto. Deja que sus incipientes canas campen a sus anchas entre sus mechones oscuros. Lo lleva corto y rizado, sin una forma definida. Me atrevería a decir que se lo corta ella misma. Cuando la miro de cerca, descubro que algún pelillo blanco aislado emerge de su barbilla para recordarle que la menopausia llegó hace tiempo. A los pocos días, ese pelo desaparece. Supongo que se lo

arrancará con la pinza de las cejas. Consulta a su hermana con frecuencia sobre sus tareas y la obedece siempre, aunque lo haga a regañadientes. Se nota que confía mucho en ella. Pero, me sorprende un poco que ante pequeñas contrariedades intente echarnos la culpa a los demás, y que jamás se disculpe. Sin embargo, a continuación, su expresión se torna triste y suspira, como si se esforzara en disimular algún sentimiento doloroso.

Ambas hermanas son unas trabajadoras incansables.

El día que solicité el trabajo era un sábado bastante concurrido. Desde mi casa escuchaba la estridente sinfonía de platos, cubiertos, calderos y de sillas arrastradas que procedían de la sala. Sobre el ronroneo constante de los clientes emergía el llanto o el chillido de algún niño enrabietado. Pero lo que más alcanzaba mis oídos eran las voces procedentes de Amparo, Vicenta y Federico. «¿Cuándo sale esa paella?», «A este *esgarraet* le falta aceite», «Los mejillones al vapor llevan aquí un rato muriéndose de risa». «No he pedido mejillones, cariño mío, han sido tellinas». «¿Tellinas? Ya te he dicho que no quedan».

Esa misma tarde, cuando ya se habían marchado los clientes de la comida, acudí a solicitar el trabajo. Las dos hermanas se mostraron muy sorprendidas por mi propuesta y bastante reticentes a contratarme. Sin embargo, Federico, el marido de Vicenta, al escuchar nuestra conversación, se levantó de la mesa en la que jugaba al dominó con unos amigos y me saludó estrechándome la mano.

—Encantado de conocerte, María. Pues claro que te contratamos, ¿verdad, Vicenta? —dijo al tiempo que miraba a su mujer—. Nos vendrá bien tener con nosotros a una camarera joven y educada, que sabe inglés, francés y chapurrea algo de alemán, y no a unos vejestorios como nosotros —señaló a su cuñada con la cabeza—, que solo nos manejamos por señas con los extranjeros.

—¿Vejestorios? —protestó Amparo—. Eso lo dirás por ti, que vas a cumplir sesenta y dos años y estás horrible con esa tripa. Si no jugaras tanto al dominó y te movieras un poquito...

—Pues, mira quién lo dice: la más burra.

—¡Ya está bien! —exclamó Vicenta—. ¡Qué vergüenza! ¿Qué va a pensar esta chica de nosotros? ¡A callar se ha dicho! Y tú —dijo dirigiéndose a mí en tono amable—, ¿cuántas horas estarías dispuesta a trabajar, y durante cuánto tiempo?

—Pues, no sé. Horas las que me digan, y durante todo el verano.

—Bueno —dijo Vicenta—, lo tendremos que pensar.

—Si ustedes quieren, puedo venir dentro de un rato a la hora de las cenas. Sin compromiso. Solo sería una prueba.

Las dos hermanas se miraron. Vicenta bufó.

—Precisamente, esta noche —dijo— tenemos faena para dar y vender, pero —agachó la cabeza y se tocó la barbilla—, bueno, si quieres, vienes un rato y pruebas. Solo eso.

—De acuerdo —contesté, ilusionada.

Durante las horas que esa noche permanecí en el restaurante, me encantó sentirme parte de aquel bullicio. Incluso me dejaron que sirviera algunos platos y recogiera alguna mesa.

Antes de echar el cierre, les di las gracias a los tres.

—Yo... Me gustaría decirles que me siento muy agradecida por su confianza. Me lo he pasado muy bien esta noche y... que espero que me contraten. Mañana domingo supongo que tendran también mucho trabajo y creo que puedo servirles de gran ayuda.

Vicenta me contestó que tenían que pensarlo y discutirlo antes de tomar una decisión, y me marché. Apenas cerré la puerta, escuché que discutían entre ellos sobre asuntos burocráticos, a los que no presté atención.

Al día siguiente, a pesar de la reticencia de Amparo, todo se resolvió.

—Te quedas —dijo Vicenta—. Tú, Amparo, me ayudarás como siempre, y tú, Federico, te irás a hacer los recados y lo que yo te ordene, si quieres y tienes tiempo —dijo con retintín—. Y tú —me dijo con gesto firme—, me obedecerás a mí. Y no hay más que hablar.

—Sí, señora Vicenta.

—Vicenta a secas y trátame de tú. Déjate de tanta finura.

—Vale, por supuesto, Vicenta.

—Ah, y esa melena tan larga que tienes, cuando vengas aquí te la recoges. Te pones una redecilla o te peinas un moño. No quiero encontrarme uno de tus pelos en un sofrito.

—Claro. Lo entiendo.

Los compañeros de dominó de Federico, desde sus asientos, observaron la escena con gesto de curiosidad.

—Por mucho que se recoja esa melena morena —dijo uno de ellos dirigiéndose a Vicenta—, esos ojos, esa boca y esa cara tan bonita, por suerte, se quedarán igual.

Ese comentario me pilló desprevenida y agaché la cabeza avergonzada, pero enseguida me erguí y les miré con cierto aire desafiante.

—Lo que importa será cómo desempeñe mi trabajo, y no si tengo o no la cara bonita. Aquí se viene a disfrutar de la comida, y no de los ojos y de la boca de la camarera.

—Solo era un piropo —comentó uno de ellos—. Además, ¿no es de Madrid eso del «piropo retrechero»?

Miré a Vicenta de reojo. Temí que mis palabras la hicieran recelar que resultase una trabajadora conflictiva, y no contesté.

—¡Eh!, vosotros, a callar —intervino—. ¿Quién os ha dado vela en este entierro? Aquí, nada de confianzas. Y punto en boca.

—Eso —dijo Federico con ironía a sus compañeros—, a callar se ha dicho. Y tú —añadió dirigiéndose al compañero que había hablado primero—, reparte fichas, que me tenéis que dar la revancha de esta partida puñetera.

Federico me cae bien. El pobre padece de vitiligo, lo cual le provoca algunas manchas blancas alrededor de la nariz y en el dorso de las manos. Salta a la vista que quiere mucho a Vicenta, pero se toma la vida con tanta tranquilidad que consigue exasperarla. Al parecer, cuando se casó, abandonó su trabajo de labrador en la parcela de Cullera que heredó de sus padres, la vendió a un hermano e invirtió casi todo el dinero en el restaurante de su mujer y de su cuñada. Al principio de su matrimonio, se dedicaba a compartir con ellas todas las tareas, sobre todo la compra de provisiones, pero con el paso del tiempo se fue desentendiendo. La verdad es que no me extraña nada, porque Vicenta, a pesar de que se nota que en el fondo es muy buena persona, algunas veces se comporta con él como un sargento, e incluso ha llegado a levantarle la voz: «¡Has traído hoy poco pan! ¿Es que quieres que los ponga a dieta a todos?», «¡¿Qué pretenderás que haga con tantas anguilas?! ¿A qué has ido a por ellas al puesto de Pepita, la chaquetona?», «¡Arreglas el grifo del baño y sigue goteando! Claro, llegan los del dominó y hala, ya no ves más. Tienes más vicio que conocimiento. Menos mal que solo jugáis con chapas de refrescos porque si fuera con dinero...». Pero Federico ni se inmuta. Siempre contesta con frases como: «Que sí, mujer. Eres más pesada que un barco chino de mercancías», «Que sí, que mañana aviso al fontanero», «Tienes razón. Cuando acabe esta partida te traigo más leche. Anda, calla y dame un beso». Luego hace lo que le da la gana.

A día de hoy, Federico trabaja tan solo cuando a él le nace, o cuando Vicenta le grita. Eso sí: no se pierde ni una sola partida de dominó. Se pasa el día jugando con unos vecinos jubilados en

la mesa de la entrada, justo delante de una televisión que mantiene encendida siempre, sin ton ni son. A veces, Vicenta sale de la cocina muy airada y la apaga. «¿Es que te has empeñado en regalar dinero al Gobierno y a la compañía de la luz, y que me vuelva loca con el soniquete?».

Amparo tiene una hija de veinticuatro años. Se llama Josefina. No parece ser hija suya, porque es pelirroja y tiene los ojos verdes, no como los de su madre, que son castaño oscuro. Cualquiera diría que Amparo se esfuerza en afearla cortándole el pelo en demasía y vistiéndola con muy poco gusto. Si la dejaran de mi cuenta, la convertiría en una chica bastante mona.

El cociente intelectual de Josefina es algo bajo; sin embargo, es muy lista. Se sabe de memoria las alineaciones de casi todos los equipos de fútbol españoles, sobre todo las del Real Madrid y del Valencia, que dice que son sus preferidos. Para hacerla rabiar, yo le digo que soy del Atleti y del Levante. Al principio se enfadaba mucho. No entiende muy bien los dobles sentidos y por tanto tampoco distingue las bromas; incluso si dices algo y luego añades: «Es broma», tampoco lo entiende y lo interpreta como que le acabas de decir una mentira y también se enfada porque sabe que no se debe mentir.

Por las mañanas suele dar largos paseos por los alrededores. Regresa con su escaso pelo sembrado de pajas, como si se hubiera revolcado por la hierba, y sus mejillas coloradas por el sol. De vez en cuando, nos sorprende a todos con un ramo de florecitas silvestres que confecciona con las que encuentra al borde de los caminos y de los arrozales. Apenas entra al restaurante, se dirige a mí con el brazo extendido y me las ofrece, porque soy yo quien le corresponde con un montón de «gracias», y quien la alaba por la forma tan peculiar como combina sus colores: siempre de la misma manera. Aunque me apresuro a introducirlas en agua en algún envase vacío de cristal de yogurt o de legumbres, se marchitan en pocas horas.

—¿No te preocupa —le pregunté ayer a Amparo— que Josefina salga sola todas las mañanas y durante tanto tiempo?

Vicenta, sin levantar la mirada del bacalao que en ese momento desmenuzaba para las croquetas, arqueó las cejas torció la cabeza y frunció los labios, como si yo hubiese nombrado un asunto controvertido.

—Eso a ti no te interesa —contestó Amparo, tajante, mientras se disponía a limpiar unos calamares.

Era consciente de que me estaba inmiscuyendo en algo que no me atañía directamente, y de que mi comentario podría resultar inapropiado, pero después de regresar del corralillo cargada con unos manojos de ajos tiernos, continué:

—Aquí en Valencia debe haber muchos Centros de Día especializados en personas como Josefina. Yo realicé unas prácticas en uno de ellos durante un tiempo, y funcionaba muy bien.

Amparo torció el gesto y me interrumpió:

—Ya fue al colegio de pequeña —dijo sin apartar la mirada de su faena— y sabe todo lo que tiene que saber. Ahora prefiero tenerla aquí conmigo.

—Pero tanto tiempo por ahí... ¿No temes que pueda caerse a alguna acequia o a algún pozo?

—No —dijo contundente—. Los conoce mejor que yo. No es tonta.

—¡No soy tonta! —repitió Josefina—. Conozco las acequias y los pozos, y las sendas —contaba con los dedos—. Y los puentes, y las casas, y los restaurantes, y la iglesia y...

—Calla, bonita —Vicenta suspiró, y se dirigió a mezclar el bacalao con los demás ingredientes para las croquetas: patata, ajos tiernos, piñones... —No empieces ya con tus retahílas.

—No me caigo —replicó Josefina—, y conozco las acequias mejor que Federico y mejor que el primo Boro. Y sé pelar mejor que él —observó a Vicenta— las patatas y... —miró los calamares que troceaba su madre— y los calamares...

—Venga, que sí —intervino Vicenta dándole la razón con gesto de hartazgo—. No empieces otra vez. No seas cansina.

—¿A que guiso mejor que el primo Boro?

—Casi —contestó Amparo.

—Sí —dijo Vicenta, con sorna—, Josefina guisa mejor que Boro, y Amparo sabe siempre adónde va su hija.

—Pues claro que lo sé —intervino Amparo, irritada—. Hace lo mismo todos los días desde hace años: va a casa de la tía Tónica, y al huerto de la señora Carmencita. Nunca va más allá de las señales de tráfico que le he enseñado. Eso espero, Josefina. —Se dirigió a ella—. Porque como yo me entere de que las traspasas o que te vas hacia El Saler, o hacia El Perelló, primero te mato, y luego te meto interna en una residencia de monjas.

—Voy a casa de la tía Tónica y al huerto de la señora Carmencita y no voy nunca más allá de las señales, y no voy a El Saler ni al Perelló —repitió de corrido como una lección aprendida.

—¿Quién es Boro? —pregunté.

—Boro es muy guapo —repitió Josefina varias veces—. Es mi primo. Es muy guapo.

—Sí, es muy guapo —dijo Vicenta— y el fontanero es guapo y el cartero es guapo, y hasta Federico es muy guapo.

—¡Federico, no! —replicó Josefina—. El tío Federico está calvo y tiene la nariz blanca.

Vicenta, Amparo y yo nos miramos y nos echamos a reír.

Josefina nos observó desconcertada.

A pesar del poco tiempo que llevo trabajando, cada día aprendo algo nuevo. No obstante, ahora me doy cuenta de que me faltan muchos conocimientos y, sobre todo, mucha práctica. Ejecuto las tareas culinarias con esmero, pero demasiado despacio. Siempre que tengo dudas se las consulto a Vicenta y, aunque me responde con amabilidad, soy consciente de que la distraigo y la hago perder tiempo y concentración. Sin embargo, cuando comenzamos a preparar las viandas más temprano de lo habitual, es ella misma la que se acerca a mí y, con paciencia, me enseña a prepararlas. Disfruto muchísimo observándola. Me resulta enriquecedor descubrir todos los pasos para elaborar una paella como es debido, un arroz a banda, unas croquetas de bacalao, o un *esgarraet*. El *all i pebre* no me interesa demasiado, porque no soporto ver a las anguilas vivas y mucho menos trocearlas.

Hasta hoy, mi horario ha sido más o menos de seis horas diarias, pero todavía me resiento del hombro, y Vicenta y Federico lo han advertido. Tienen presente que sufrí un accidente hace poco, y hoy me han propuesto que, al menos por ahora, solo trabaje cuatro, pero no he aceptado.

Me llaman mucho la atención algunas cosas de este restaurante. Por ejemplo: no utilizan un ordenador para llevar la contabilidad del negocio y mucho menos móviles para anotar las comandas, como he visto hacer en otros restaurantes del pueblo. Aquí el «ordenador» parece estar dividido en varios módulos: una agenda enorme, un lápiz, una goma y la prodigiosa mente de Vicenta. ¡Ah!, y existe otro componente no menos importante: la intuición de Federico. Por muy concentrado que se le observe cuando juega al dominó, no pierde detalle de lo que ocurre en la sala y en la cocina si hablan en voz alta. Sin levantar la cabeza de sus fichas, o sin dejar de palparlas mientras reflexiona sobre su próxima jugada, suelta alguna frase premonitoria. Por ejemplo: «Esos que han venido para reservar no se presentarán», «Ese tío de las sandías, Vicenta, no cuentas con ellas, porque o no las trae, o te las cuela podridas». Y suelen cumplirse.

El otro día, fui testigo de una de ellas: una pareja que, al parecer, vino a comer hace unos meses, reservó con mucha anticipación una mesa para catorce personas: unos abuelos con tres hijos, sus respectivas mujeres, y seis niños. Celebraban el cumpleaños de la abuela: cien años.

Pusieron una condición: que el ambiente estuviera caldeado, ya que la abuela era muy quisquillosa y muy friolera. Hace unos días, escuché decir a Federico:

—¿Es mañana cuando viene la familia del cumpleaños de la abuela centenaria? Pues nos van a dar mucha guerra y al final nos saldrá caro. Mejor que no vengan.

—¿Cómo lo sabes tú, desconfiado? —dijo Vicenta—. ¿Acaso quieres que les anulemos nosotros la reserva? Son catorce personas, vienen un miércoles que apenas llega clientela, y nos han encargado mucha comida.

—Pues ya lo verás, tonta. Quieren calefacción en verano. Eso es de no estar bien de la cabeza.

—Yo supongo que lo dirían en broma —intervino Amparo.

—Pues yo te digo que, de broma, nada. ¿Vamos a enchufar los radiadores solo para un rato? ¿Sabes lo que nos va a costar la factura de la luz? Y olvídate esa noche de más clientela porque apenas abran la puerta salen disparados.

Vicenta no contestó.

El cumpleaños se celebró ayer, justo en un día lluvioso y una temperatura más baja de lo habitual. Esa mañana, unas tres horas antes de la concertada para la comida, Vicenta trajo de su casa dos radiadorcitos eléctricos pequeños, de esos antiguos con dos resistencias, y los colocó junto a las mesas que habíamos preparado.

Apenas llegó la familia, las mujeres comenzaron a frotarse los brazos y a ajustarse las chaquetas. Se quejaron de que la sala se encontraba «helada». Federico dio un bufido. Con disimulo tiró del brazo a Vicenta y la condujo a la cocina. Después de cuchichear durante unos minutos, le vi salir con gesto disgustado y, antes de sentarse en su mesa habitual, escuché: «Pues tú verás. Yo ya te lo he dicho».

Al poco, Amparo llegó con unos troncos de leña, los colocó en la chimenea y la encendió. El humo invadió la sala. Todos comenzamos a toser. «¡La abuela! ¡La abuela, que se ahoga!», gritaron las hijas. Uno de los nietos adolescentes agarró la silla de ruedas en la que se sentaba la abuela y, a toda prisa, se dispuso a sacarla a la calle por la puerta de atrás sin tener en cuenta el pequeño escaloncito de la entrada. Menos mal que reaccionó a tiempo y evitó que la abuela acabase lanzada como en una catapulta a la acequia que riega la huerta que se encuentra a pocos metros. No hubo otro remedio que abrir las dos puertas para que se aireara el restaurante. A pesar de todo, los ánimos de la familia se fueron calmando y decidieron continuar con el cumpleaños. No me lo explico.

Para compensar las molestias, Vicenta y Federico, además de pedirles mil perdones, no les cobraron ni los entrantes, ni el vino, ni los postres, ni los chupitos de licor. Increíble. Hubo un momento en el que no pude contener la risa y tuve que esconderme en el cuarto de baño. Quedó muy claro que no acostumbran a encender la chimenea. Cada vez que me acuerdo de aquella escena, aunque me encuentre sola en mi casa, o incluso en la calle, no puedo evitar reírme. Federico tenía razón: la comida nos salió cara.

5

MARK

LA CHICA DEL VESTIDO AMARILLO

Estoy seguro, Rafa, de que aquella noche de San Juan contemplar a Violeta te habría excitado tanto como a mí, pero me resultaba intrigante la actitud que demostraban hacia ella algunos hombres, principalmente los de nuestra edad, que parecían conocerla desde hacía tiempo. Mientras la observaban con una mal disimulada sonrisa libidinosa, hablaban entre ellos sobre sus respectivos trabajos, los nuevos fichajes de los distintos equipos de fútbol, sus coches nuevos, sus recientes viajes o sobre sus competiciones de tenis o de paddle; pero nunca de Violeta. Parecía que no hacer referencia a ella se tratase de un acuerdo tácito. En algún momento, me vino a la cabeza la imagen de un cristal blindado tras el que se distinguía a Violeta, un lugar inaccesible para ellos que ninguno se atreviera a traspasar. Me preguntaba si tal actitud solo respondería a que la mayoría parecían estar casados, y poseer una moral bastante rancia. Sin embargo, descubrí a otro grupo que, apoyados sobre una de las mesas de bebidas, hablaban sobre ella sin reparos. Cuando me disponía a presentarme, me detuve. Temí que mi presencia pudiera cohibirles, y opté por servirme un *gin-tonic* lo más cerca posible de ellos, y afinar el oído.

—No puedo ver bailar a Violeta más de cinco segundos —dijo uno de ellos—. porque cada vez que la miro... —Resopló y con un gesto de la cabeza, señaló su entrepierna.

Los demás se echaron a reír.

—¿Y cómo crees que me pone a mí? —dijo otro de manera hilarante—. Haz lo que yo: no la mires.

—¡Joder! —alertó un tercero—. Ha estado así —señaló con el dedo meñique— de caerse al agua, pero no. Toda la noche bailando en el mismo borde de la piscina, y que nunca se resbala, tíos.

Soltaron una carcajada.

—No la conozco de nada —comentó otro, con la lengua enredada—, pero si está libre, esta noche me la tiro. Y si no está libre, también.

—Mira, qué machote. Anda y no bebas más, tío —escuché que ironizaba alguien.

—¿Por qué no? —respondió—. ¿Qué pasaría si yo fuera «tan torpe» que me acercara y la empujase «sin querer»? —Colocó la palma de la mano en dirección a ella—. Me lanzaría a la piscina a salvarla, le pediría mil perdones, la ayudaría a escurrirle el agua con mis manitas —se reía a carcajadas de sus propias ocurrencias—, la acompañaría a su casa para que se cambiara de ropa, muchos más perdones... —Se giró. Con evidente torpeza depositó sobre la mesa su vaso de güisqui derramando parte de su contenido durante el trayecto.

—¿Qué haces? —Uno de ellos se apresuró a sujetarle el brazo—. Ni se te ocurra. ¿Quieres acabar en el Anatómico Forense? Si te la pone dura, ve a desahogarte con otra, pero ni te acerques a Violeta. Violeta es peligrosa.

—¡¿Peligrosa?! ¿Qué es? ¿Una Mata Hari? —Se rio, pero su expresión cambió al ver que nadie más lo hacía.

—¿Es que ni siquiera has oído hablar de lo que le ocurrió a Iñaki hace dos meses? —La frase

quedó interrumpida, porque en aquel momento se acercaron sus parejas y la conversación dio un giro de ciento ochenta grados, como supondrás.

A lo largo de la noche, aunque Violeta y yo anduviéramos con otros grupos, los dos nos miramos con frecuencia y nos sonreímos el uno al otro. En una ocasión en que coincidieron nuestras miradas, se atrevió a sacarme la lengua con un gesto burlón, infantilizado, como si se tratase de una colegiala que se regodea con una compañera de clase después de haber sacado mejores notas que ella.

Con cada minuto, con cada segundo que transcurría, mi necesidad de poseerla aumentaba.

Me importaba una mierda lo supuestamente peligrosa que pudiera llegar a ser, ni lo que pudiera haberle ocurrido a ese maldito Iñaki. Nada ni nadie iba a impedirme que, aquella noche de San Juan, Violeta, la chica del vestido amarillo, se marchase conmigo de la fiesta.

6

MI DECISIÓN

Justo hoy, hace dos meses que invité a merendar a mi familia en mi casa de Madrid, para comunicarles algo «muy importante para mí».

Mi convocatoria consiguió suscitar tanta curiosidad e interés que acudieron absolutamente todos. Incluso Margarita se desplazó desde París.

Estaba segura de que la actitud de algunos provocaría que otros apenas probaran la merienda. Por eso, se me ocurrió la idea de encargarla en una de las pastelerías más vanguardistas y estrafalarias de Madrid. Mi intento por aligerar la conversación, mediante los comentarios al respecto, resultó en vano.

Una vez acomodados en los sillones, sin más dilación, les expliqué que necesitaba alejarme de Madrid durante una temporada; acudir a un lugar más tranquilo, en contacto con la naturaleza, cerca del mar. A primeros del mes de mayo, me trasladaría a vivir a La Albufera de Valencia y que solo yo decidiría el momento de regresar.

El malestar y la polémica resultaron inevitables.

Rosa fue la primera que habló:

—¿En serio? Cuando me lo dijiste el otro día, supuse que se trataba de una rabieta. Y ahora resulta que es verdad. Espero —dijo con retintín— que al menos volverás a Madrid antes de que empiece el curso en octubre, ¿no?

—Claro, por supuesto.

—Tu situación es delicada —dijo mi padre, con voz serena. Sentado en su sillón, con su acostumbrada pose erguida, me miraba a los ojos con gesto serio—. Es demasiado arriesgado que te quedes sola, y a más de trescientos cincuenta kilómetros de Madrid.

Fusco se apresuró a contradecirle:

—Por mi parte —dijo—, si se compromete a mantenerlo en secreto y no tener contacto más que con la familia, si quiere marcharse que lo haga. En La Albufera estará mucho más tranquila.

—Se levantó y se acercó a Margarita que, de espaldas a nosotros, frente a la mesa del comedor, se servía una taza de café. Sin apenas mover los labios, le susurró al oído algo entre dientes que creí adivinar, a lo que Margarita asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Te he oído, Fusco —dijo indignada—. ¿Localizarme? ¿Qué quieres decir? Y tú, Margarita, ¿por qué le das la razón? ¿Por qué me encontraré «más segura»? ¿Más segura de qué?

La actitud de mi padre y mis hermanos hacia mí me resulta cada vez más indignante. No les entra en la cabeza que ya tengo veintitrés años y que ya hace dos que vivo sola.

—No lo has entendido bien, Violeta. —Margarita depositó su taza de café sobre la mesa, se sentó a mi lado, me acarició la mano y me sonrió—. Fusco solo quería decir —titubeó y se aclaró la voz— que allí te encontrarás más relajada que aquí, que te vendrá muy bien que vayas a tu aire y que nadie te distraiga. Ve a la playa, lee, escribe, pasea, haz amigos, disfruta de la comida valenciana, recupera un poco del peso que has perdido. ¿No es más o menos lo que supongo que quieres hacer?

—¿Qué os pasa a los dos?! ¡¿Creéis que soy idiota?! —Retiré la mano de Margarita, me

levanté y me dirigí hacia Fusco, que no soportaba permanecer sentado más de dos segundos. Paseaba de un lado a otro de la habitación, resoplando, con los dedos entrelazados sobre la nuca—. ¡Para, por favor! —exclamé—, quédate quieto de una vez y mírame. Hasta ahora no he hablado con nadie de mis planes, pero no entiendo por qué te empeñas en que lo mantenga en secreto. Me gustaría que mis amigos vinieran a verme algún día, al menos, Carlota.

Fusco se giró hacia mí como si mis palabras hubiesen presionado un resorte.

—Nadie debe ir a verte. ¡Nadie! Ni siquiera Carlota —subrayó. Me sujetó la cara y después me acarició los brazos. ¿Me oyes, bien? ¡No les llames! Prométeme que no lo harás. —Repentinamente, me dio un abrazo, como si temiera que fuera a desaparecer—. Si no me lo prometes, no consentiremos que te vayas. Margarita y yo somos tus únicos cómplices —dijo señalándola con el dedo—. ¿No te das cuenta? Aseguras que necesitas estar sola. ¡Hazlo! Pero nadie debe saber dónde estás, al menos hasta que yo te lo diga.

—¡Pero tengo todo el derecho a...! ¡Suéltame! —dije indignada desembarazándome de él.

—¡Suéltala! ¡No la toques! —exclamó mi padre. Fusco obedeció de inmediato.

Mi padre se acercó a mí. Sus mejillas se encontraban congestionadas. Creí que iba a hablarme, pero en ese momento, supongo que ante la cercanía de Fusco, desvió su camino como si rehuyera la presencia de algo perturbador. Se dirigió hacia la ventana, apoyó su mano derecha en el marco y su mirada quedó suspendida al otro lado del cristal.

—Violeta —pronunció en voz baja, sin girarse—, si estás decidida a marcharte, aunque solo sea por esta vez, acepta el consejo de Fusco y de Margarita. Ni siquiera nos llames a nosotros si no es preciso. —Sus palabras parecían emerger de un lugar doloroso y muy profundo, y de una voluntad doblegada—. Creo que necesitas que todos te dejemos en paz durante un tiempo. (Mas tarde, una vez en la calle con mamá esperándole sentada en el coche, me diría a solas que él me llamaría todas las noches para interrogarme mediante una sola frase: «¿Estás bien?»).

—Estupendo, papá —dijo Rosa, visiblemente molesta—. O sea que estáis de acuerdo en que desaparezca de Madrid y se aísle como una monja de clausura, o como si fuera una fugitiva. Maravilloso. Monja, y además fugitiva. Pues lo siento mucho, Violeta, pero no tengo nada más que decir. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta de la calle.

—No te vayas, Rosa. Por favor. —Corrí tras ella y la detuve—. No te enfades, pero voy a hacer caso a papá.

—«A papá» —dijo con voz afectada ridiculizando mis palabras—. Ni siquiera deberías haberte marchado de mi casa tan pronto para volver a la tuya. —Señaló el suelo con su dedo índice—. No estás recuperada de tu accidente, en absoluto. Todavía tienes crisis de ansiedad y pesadillas. Una noche te levantaste de la cama desorientada. ¿Qué harás cuando te ocurran estas cosas y te encuentres sola en un escenario distinto?

—No lo sé. Tengo la intuición de que allí voy a poder tranquilizarme y que desaparecerán mis crisis.

—No te aísles más, Violeta. Si quieres estar sola, quédate aquí, en tu casa de Madrid. Y cuando estés algo mejor, retoma tus estudios y reintégrate a tu vida normal. Ah, y otra cosa: a ese impresentable individuo que te vigila desde la calle y que te sigue a todas partes le dices que, si no se larga de una vez, le denunciarás a la policía.

—Al «individuo» como tú dices, le he pedido muchas veces que se vaya y que me deje en paz, pero solo contesta que no puede marcharse porque no quiere problemas con Fusco. Ya no le presto atención, incluso a veces se me olvida que está en la calle o siguiéndome.

—Entonces, ¿qué piensas hacer con él? —dijo, irónica—. ¿Te lo llevarás? ¿Le darás un empleo de mayordomo en tu casa de La Albufera, o le pondrás a cultivar arroz?

—No digas tonterías. Entiéndelo, por favor. Quiero irme. Debo arreglármelas sola —dije con gesto de súplica mientras tiraba de su mano—. Anda, vuelve conmigo.

Rosa agachó la cabeza, tomó aire, se irguió y con gesto de resignación, regresó al comedor.

Mi padre continuaba de pie, inmóvil, frente a la ventana, como si sus ojos anduvieran extraviados entre los chorros de la fuente de la Plaza. Creo que solo yo soy capaz de descifrar lo que, desde hace años, expresa su mirada: derrota, melancolía y una autoridad herida para siempre. Nadie lo diría, porque mantiene su gesto erguido, disciplinado, pero con una seguridad que yo sé que está hueca. A veces se me representa como la torre del homenaje de un castillo que una vez sufrió un brutal cañonazo; o quizá un faro al que un día embistió un mar embravecido y provocó que su luz se tornara débil y sin posibilidad alguna de reparación.

Me dirigí hacia él. Sentí el impulso de abrazarme a su espalda, pero me detuve, porque fue él quien se giró y me introdujo entre sus brazos con ternura. Durante unos instantes, tuve la sensación de que era él quien se aferraba a mí.

—No quiero que te preocupes por nada, papá. Haré lo que me dices, pero —vacilé—, ¿de verdad que no me ocultas alguna cosa? ¿Hay algo más?

—Sí, hay algo más: una vez en Valencia, deberías iniciar una terapia, tal como te recomendó la psiquiatra. No estás bien.

Fusco escuchó las palabras de mi padre y le espetó con gesto desafiante:

—¿Una terapia, dices? ¿Por qué no la haces tú? —Luego se colocó frente a mí y me sujetó de los brazos. Su mirada recorrió mi cara y me apartó un mechón de la frente—. Dios, si no fueras tan guapa y tan coqueta...

Mi padre reaccionó girándose hacia él con brusquedad y con los puños apretados.

—¡Te he dicho que no la toques! —gritó fulminándole con la mirada. Fusco me soltó de inmediato y agachó la cabeza. Me sorprendió su actitud sumisa.

Hace tiempo que mi padre le prohibió a Fusco la entrada en su casa. Sin embargo, sabe que la mía está abierta para él y puede venir las veces que le apetezca. Cuando le comuniqué que lo más probable sería que ambos se encontrasen, se resignó a soportar su presencia.

—Está, bien, Violeta. De acuerdo —dijo Fusco—. Ven, siéntate a mi lado y mírame. —Le obedecí. Mi hermano agachó la mirada en actitud pensativa. Tras unos instantes de silencio, se aclaró la voz y me miró a los ojos—. Ya que insistes, te lo diré sin rodeos: hay un tío que conocí en el talego, un hijo de puta que se ha obsesionado contigo. Ya conoce que vives en esta casa, pero no quiero que se entere adónde te vas. ¿Te parece poco motivo?

—¡Ah, sí! —respondí con ironía—. ¿Es por eso por lo que hace meses me contrataste un «guardaespaldas» —subrayé, sarcástica—, uno de tus amigos, un tío bruto repleto de tatuajes del demonio?

Fusco no contestó. Durante unos segundos, cerró con fuerza los ojos, y se presionó las sienes con ambas manos como si pretendiera aplastarse la cabeza. Resopló.

El salón quedó en silencio durante unos minutos. Fusco se acercó a la mesa del comedor, cogió un pastelito de la bandeja y se lo metió entero en la boca al tiempo que su mentón quedaba impregnado de azúcar glasé. Después eligió otro y otros más.

—No están nada mal estos pastelitos. Nada mal. —Se chupó los dedos y se sirvió una segunda taza de café.

Observé a cada uno de los miembros de mi familia. Mi padre se dirigió hacia mi madre, que, durante toda la reunión, apenas había pronunciado palabra alguna que no fuera de cortesía. Permanecía sentada en el sofá prestando una especial atención cuando era mi padre quien tomaba la palabra. Dibujaba en su cara esa media sonrisa melancólica que su rostro había acuñado con el

paso del tiempo. Mi padre se sentó a su lado, la atrajo hacia él y le rozó la frente con sus labios. Mi madre levantó la mirada y le correspondió con esa luz que solo él es capaz de encender. Ni siquiera sus hijos lo hemos conseguido por muchas muestras de amor que le hayamos entregado.

Rosa también permanecía callada, pero su actitud distaba mucho del gesto sumiso y frágil de mi madre. Observaba sus uñas pintadas de rojo cereza mientras fruncía los labios en señal de desaprobación; Margarita me miraba con gesto pretendidamente inexpresivo, pero con sus ojos clavados en los míos como si reconociese en ellos algo perturbador; mi madre en ese instante me miraba a mí; mi padre me miraba a mí.

—¡Basta de gilipolleces! —Fusco me sobresaltó al interrumpir el silencio dando una palmada sobre la mesa. Se acercó, se sentó a mi lado y me atrajo hacia él—. ¿Nos prometes que harás lo que te decimos?

—De acuerdo. No es preciso que grites. No insistáis más, os lo prometo.

Incluso ahora, mientras escribo estas líneas, sigo sin comprenderlo. Si la idea de apartarme de todo fue mía, ¿por qué me exigen que me mantenga en un aislamiento tan extremo? ¿Tan peligroso será ese supuesto individuo «que conoció en el talego»? Estoy prácticamente segura de que me está mintiendo y que se debe a otro motivo.

—Y aún te digo más, Violeta —añadió mi hermano—: intentaré estar lo más cerca de ti que pueda, aunque no me ponga en contacto contigo tantas veces como me gustaría, por si a los picoletos les da por vigilar la casa y me acaban trincando, pero no te voy a fallar esta vez.

—Tú no me has fallado nunca.

Fusco chasqueó la lengua y suspiró. Desde que éramos niños, siempre ha dicho que yo soy la persona a la que más quiere en el mundo. Sé que es cierto y me duele, porque yo no puedo corresponderle del mismo modo. Le quiero y mucho, pero existe algo en él que amo y odio al mismo tiempo.

Finalmente, me acerqué a mi madre y me acucillé frente a ella.

—Y tú, mamá ¿no dices nada?

Me miró, sonrió y me acarició el pelo.

—A mí no me gustaría que te fueras, pero si a tu padre y a tus hermanos no les importa que lo hagas, a mí tampoco, cariño. Pero... ¿no podrías llamarme a mí, al menos una vez por semana?

—Por supuesto, mamá. Eso nadie me lo va a impedir.

—¡Ah! Y no se te ocurra beber alcohol. Sabes que no puedes. —Miró a mi padre con gesto suplicante—. Francisco, por favor, díselo tú, díselo —insistió.

—Vamos, Azucena. Ella lo sabe muy bien. No lo hará.

—Claro que no lo haré, mamá. No te preocupes.

FRANCISCO

Madrid, verano de 2007. En la casa familiar

Francisco Marqués de Pizarro Liébana sale de la habitación de su hijo Fran, con la respiración agitada. Con el paso acelerado, se dirige al cuarto de baño, cierra la puerta de una patada, abre el grifo de agua fría del lavabo y coloca la cabeza bajo el chorro. Apoya las manos y se mira al espejo. Observa su cara congestionada y su pelo empapado. Los párpados le tiemblan como si de un momento a otro fuera a llorar. No lo hace. No lo ha vuelto a hacer desde que era muy pequeño y su padre le propinó aquella soberana paliza cuando suspendió tres asignaturas.

Se seca la cara y el cuello con la toalla, se marcha a su despacho y cierra la puerta con llave. Se acomoda en su nuevo sillón de cuero negro, y con uno de los pies apoyado sobre una traviesa de su escritorio, y las manos entrelazadas, se balancea de un lado a otro. Fija su mirada en la pantalla del ordenador que permanece apagada. Esta tarde planeaba repasar unos documentos. Hace ademán de encenderlo, pero desiste. Durante unos segundos, se cubre la cara con las manos. Lo que acaba de ocurrir le ha afectado demasiado: ha mantenido una discusión con su hijo, otra más, ha perdido el control de sus actos, se ha sentido fuera de sí y le ha agredido. En realidad, solo pretendía hacerle comprender, obligarle a reaccionar, aunque una vez más, haya fracasado. Durante las fuertes discusiones que mantiene con Fran, este permanece callado, contenido, sin respuesta.

Francisco recuerda perfectamente cómo era Fran cuando nació. Azucena ya no quería tener más hijos, se sentía satisfecha con sus dos niñas: Margarita, la mayor, y Rosa, tres años menor. Pero aun así sucedió: a los ocho años nació Fran, un bebé robusto y con carácter. Prefería que le dejaran en paz en la cuna, a los arrumacos de su madre. Buena señal. Apuntaba maneras de llegar a ser un chico independiente. Muy pronto descubrieron que se trataba de un niño especial. Aprendió a leer por sí solo, utilizaba un lenguaje rico y fluido y expresaba razonamientos adelantados para su edad. Sus notas resultaban excelentes sobre todo en matemáticas, incluso había ganado casi todos los concursos de ajedrez y de kárate en los que había participado.

Por eso Francisco depositó en él todas sus esperanzas. Le enseñaría a llevar la empresa, y todo lo que había aprendido a través de los años para conseguir perpetuarla como es debido. Había intentado ya encauzar a sus hijas mayores en ese sentido, pero pronto descubrió que los intereses de las niñas apuntaban hacia otro lado: las carreras de humanidades, el arte, la moda... y se sentían demasiado unidas a su madre, a sus maneras y a sus gustos. Actualmente, Margarita ya tiene veintiséis años. Se acaba de licenciar en Filosofía e Historia del Arte y se ha independizado. Rosa estudia Gestión de Empresas y se ha matriculado en un Máster de Restauración. Su propósito es abrir un restaurante con su novio, en cuanto les sea posible.

Como un relámpago, acude a la memoria de Francisco todo lo que él tuvo que luchar para conseguir dar a sus hijos una buena educación y mantener una desahogada situación económica: el chalé, su patrimonio, su empresa y los coches de alta gama en el garaje; esos coches que constituyen su único vicio, su pasión.

Desde muy pequeño, aprendió que en la vida resulta imprescindible estudiar, prepararse con tesón, ser eficiente, entender cómo funciona el mundo; todo lo que a él le sirvió para levantar la empresa que heredó de su padre. El padre de Francisco tuvo problemas relacionados con el consumo de alcohol, lo cual provocó que tomara algunas decisiones equivocadas en la gestión de su patrimonio. Además, sus constantes infidelidades matrimoniales originaron que la relación entre sus padres acabara deteriorándose hasta alcanzar un estado de mutua indiferencia. Por eso, Francisco es abstemio. En su adolescencia descubrió que el consumo de alcohol no solo le desinhibía demasiado, sino que le originaba lagunas de memoria: apenas recordaba lo que había sucedido mientras se encontraba bajo sus efectos. Y, por supuesto, cuando se casó con Azucena, decidió que jamás le sería infiel. Su querida Azucena, dieciocho años más joven; la hija de uno de sus socios, una mujer despierta, delicada, hermosa, que asegura que se enamoró de él cuando aún era niña; la hija de un hombre culto y bien considerado, pero que, desgraciadamente, hacía cinco años, que había fallecido de muerte violenta: una noche, cuando regresaba del trabajo, su coche fue embestido por uno de esos kamikazes que circulan en sentido contrario. El padre de Azucena murió en el acto. Azucena adoraba a su padre. Siempre estuvo muy unida a él. Desde su muerte, ya no volvió a ser la misma: se convirtió en una mujer introvertida y melancólica que se fue desentendiendo de su profesión, dejando en manos de sus subordinados su elegante cadena de floristerías. Una pena.

Antes de que falleciese el padre de Azucena, tanto Francisco como ella disfrutaban de su propia vida laboral. Cuando discrepaban sobre asuntos familiares o de otra índole, los debatían desde el amor y el respeto. Ahora ella se comporta con él como si fuera una hija obediente, más que una esposa. El único punto de fricción es Fran: no comparte la manera como Francisco maneja la situación con su hijo.

Y ¡qué situación! Hace dos años, cuando solo tenía trece, comenzó a llegar a casa con la camisa rota, con golpes que se empeñaba en ocultar, a veces de manera inútil, porque le descubrían sangre seca en el pelo y moretones en la cara.

Después de interrogarle en su despacho a solas, confesó que en el colegio había unos chicos mayores que le pegaban, cinco chicos repetidores de esos que fuman porros y salen a emborracharse los fines de semana. El director del colegio y el jefe de estudios conocían los abusos a los que sometían a Fran y a otros chicos. A pesar de eso, a los agresores tan solo se les amonestaba y, a lo sumo, eran expulsados del colegio durante algunos días. Aquello resultaba intolerable en todos los sentidos.

En contra de la voluntad de Fran, acudió al colegio para quejarse de la tortura que venía soportando su hijo. Después presentó denuncias, incluso movió algunos contactos, y ¿de qué había servido hasta ahora? De nada. Se trata de chicos menores de edad. ¿Cuántas más veces tendría que cambiarle de colegio? ¡Habían sido ya tres en los dos últimos años! Está harto de acudir a conversar con los profesores. De todas las explicaciones que recibe de ellos, se desprende que Fran resulta un chico incómodo: es cierto que existen unos compañeros que agreden a Fran y que este no se defiende. Pero consideran que tales agresiones se deben a la actitud de Fran durante las clases: interrumpe a los profesores con sus apostillas y señalamientos; cuestiona órdenes, temarios, y lo que él considera explicaciones ambiguas y de escaso contenido. Da la vuelta a muchos de los enunciados y razonamientos de los profesores. Los deja sin respuestas. Fran resulta un alumno que consume muchas energías. Por otro lado, le explican que tampoco debe adoptar la actitud contraria, mucho más exasperante si cabe que la primera: permanecer mudo, pero inquieto, o despatarrarse en el asiento y bostezar. Incluso en una ocasión se quedó dormido. Y es que su cociente intelectual es de ciento cuarenta y cinco. En todos los

colegios, le han propuesto introducirle en grupos especiales para niños con altas capacidades. Alegan que podría ser capaz de grandes cosas si consiguieran encauzarlas debidamente. Francisco se ha sentido tentado muchas veces de aceptar, pero al final siempre lo ha considerado un inconveniente: quedarse más tiempo en el colegio algunas tardes y acudir a clase los sábados le impediría practicar deportes, sobre todo la natación y el baloncesto.

Pero a Fran solo le interesan el ajedrez, las artes marciales y, sobre todo, los coches. Dice que quiere ser piloto de carreras. Menudo ignorante. Podría ganar mucho dinero, es cierto, pero solo si consiguiera alcanzar la cima, porque, si no, cuántos años de entrenamiento habría malgastado. ¿No es tan bueno en matemáticas? Pues entonces estaba claro: lo mejor para él sería cursar estudios universitarios: ciencias empresariales, economía, derecho, realizar másteres especializados, incluso marcharse un tiempo fuera de España. Fran es el más indicado para llevar la empresa con su padre. Sus hermanas, no. Se diga lo que se diga, las mujeres son diferentes: tienen la desventaja de la maternidad, se muestran reticentes a viajar o a instalarse fuera del país, y reivindican cada vez más los contratos a tiempo parcial en aras de la conciliación familiar.

¿Cómo habían podido su mujer y sus hijas ocultarle que Fran los fines de semana no acudía a jugar al baloncesto sino a conducir karts, y que la propia Azucena le proporcionaba el dinero para que pasase allí toda la mañana perdiendo el tiempo? «Le he acompañado algunas veces y conduce de manera extraordinaria —decía Azucena con orgullo—. Si le vieras..., Deberíamos permitirle que le entrenasen de manera más profesional...». Un día, Francisco, receloso de las andanzas de su hijo, ordenó a uno de sus empleados de confianza que averiguase en qué consistían todas sus correrías. Al cabo de unas semanas, dicho empleado le informó que Fran no solo acudía a conducir karts, sino a un taller mecánico de Vallecas en el que se tuneaba coches para utilizarlos en carreras ilegales. Indignante.

Menos mal que Fran no había llegado al mundo solo. A los pocos minutos, nació Violeta, su melliza; una niña preciosa, dulce, de rasgos más perfectos que sus hermanas. Además, resultó mucho más aplicada que ellas.

Algunas veces, llegó a pensar en la posibilidad de que quizá su dócil y obediente Violeta, su chiquitina, un día pudiera llegar a dirigir la empresa. Quimeras. Violeta había salido demasiado «femenina». Solo se interesaba por los juegos de niñas. Cuando era pequeña, la observó jugar en el jardín con sus amigas «a papás y a mamás» y «a comiditas». Azucena le ha contado que actualmente pasa las horas muertas observando a las cocineras, y que hace años que ya no «lleva al médico a sus muñecas». Ahora es ella quien se interesa en «curar a los demás».

Es cierto. Violeta este curso ha elegido las asignaturas relacionadas con la rama biosanitaria. Quiere estudiar Medicina. Está claro: Violeta jamás llevará la empresa de su padre, pero se merece todo lo bueno de este mundo. Por eso siempre la ha colmado de regalos y ha intentado satisfacer cualquiera de sus caprichos. ¿Había sido también ella la que había golpeado la puerta hacía unos minutos junto a Azucena? Qué culpable se siente por haberla hecho sufrir.

¿Para qué necesita Fran ser tan hábil con el kárate, si no se defiende de las vejaciones a las que le someten sus compañeros? ¿Cuántos más golpes tendrá que soportar de esos malnacidos para que reaccione? Es cierto que hace dos años le rompió la nariz a un compañero de Violeta porque a la salida del colegio le levantó la falda hasta la cintura mientras ella se colocaba la mochila en la espalda. A Francisco le contaron con estupor que, si no le hubiesen sujetado y apartado de ese chico, no saben hasta dónde hubiese podido llegar con sus golpes. Se armó un gran revuelo. Pero desde entonces, nada. Y eso, sus compañeros violentos lo saben.

Últimamente, Fran había comenzado a insultarle a él: «Eres un cabrón —le decía—, pero no conseguirás que vuelva a pegar a nadie más». Era cierto que él insultaba a Fran a menudo; le

llamaba cobarde y marica. Marica no parecía serlo, era evidente que le gustaban mucho las chicas, eso un padre lo ve. Cobarde, sí y, sin embargo, desafiante. Siempre tan contradictorio.

Francisco tiene muy claro que debe ser Fran quien se espabile y se comporte con responsabilidad y valentía. Y si se niega a tomar las riendas del negocio de su padre, de acuerdo, pero que se dedique a algo fructífero que mantenga el desahogado nivel económico con el que vive.

¡Piloto de carreras! Un chico tan especial, y tan desperdiciado. Pero seguro que todavía está a tiempo de reaccionar y, bien sabe Dios que está decidido a conseguirlo de la manera que sea.

8

CAMPANILLAS

—Mamá no quiere que esta tarde haya tarta con velas —dijo Josefina al llegar con su madre al restaurante.

—¡Ah, es verdad! —exclamó Federico sin levantarse de la silla de la entrada—. Felicidades, cuñada.

—Gracias.

—Felicidades, hermana —dijo Vicenta, estampándole dos sonoros besos en la mejilla.

—Gracias.

Me acerqué a ella y le di dos besos.

—Felicidades.

—Gracias.

—Mamá no quiere celebrarlo —Se quejó Josefina.

—No, hija —dijo Vicenta con retintín mientras se lavaba las manos—. Tu madre cada vez se pone más agria cuando cumple años, y cada vez nos invita menos. O sea, que esta tarde, aunque sea aquí al restaurante no nos va a traer ni una chocolatina.

—Ni chocolatina, ni tarta, ni pasteles, ni bizcocho, ni galletas, ni caramelos, ni globos —recitó Josefina.

—Anda, cállate y aparta de aquí —interrumpió la madre con sequedad—, que tengo que arremangarme para pelar todos estos tomates. Esta tarde lo único que quiero es echarme la siesta. Por cierto —dijo revolviendo los cajones—, ¿dónde puñetas habéis guardado el pelador?

—En el cajón de arriba, como siempre —contestó su hermana.

—Aquí no está.

—Pues debe de estar. Nadie se lo ha tragado. Mira bien.

Amparo continuó escudriñando los cajones y los armarios, al principio con cuidado, pero conforme transcurría el tiempo sin encontrarlo, el ruido de cubiertos y cacerolas revueltos con saña se hacía cada vez más patente. Vicenta se limpió las manos con papel de cocina y se incorporó a la búsqueda del pelador, hasta que finalmente, se detuvo y miró a Josefina.

—Tú, sobrina, no sabrás dónde está, ¿verdad?

—No. Aquí no está —contestó temerosa al tiempo que miraba a su madre.

—Anda, cariño —dijo Vicenta, rodeando su espalda con el brazo—, dime la verdad, ¿te lo has llevado a casa?

Josefina asintió con la cabeza agachada.

Amparo resopló y, sin molestarse en deshacerse del delantal, salió apresurada del restaurante.

—Mamá...

—No, Josefina —intervino Vicenta—, mamá no te va a reñir cuando vuelva. Anda, ¿no has visto los cromos que te compró ayer el tío?

Josefina se apresuró a buscarlos y tomó asiento en la mesa de siempre, la que solo ella solía usar, una de madera de pequeñas dimensiones situada en un rincón de la cocina. En su cajón, guardaba el álbum de cromos de fútbol y los sobres sin abrir que Federico reponía de vez en

cuando.

Tras la salida de Amparo, permanecemos más en silencio de lo habitual, como si su irritación y apresurada marcha para buscar el pelador hubiese teñido de cierta tensión el ambiente. Transcurrió más de media hora. Vicenta consultaba el reloj de pared. Su hermana no regresaba.

—A ver adónde habrá ido mi hermana a por el pelador, ¿a la fábrica?

Por fin, Amparo regresó con el pelador en la mano y el gesto torcido.

—Y ahora... ¿Qué te pasa? ¿Por qué traes esa cara?

—Pues pasa... —respondió Amparo— que me he encontrado con Consuelito, la horchatera, que ha vuelto de su viaje a Punta Cana. Dice que se ha acordado de que hoy es mi cumpleaños, que me ha traído un regalo y que me lo dará esta tarde cuando vaya a casa a felicitar me. Y yo, tonta de mí, no me he atrevido a decirle que no lo celebro, porque ya sabes cómo es de cumplida, y siempre me trae regalos muy caros. Y me ha dicho que ha comprado también unos pastelitos de repostería fina del supermercado, y ella es...

—De las pocas amigas que te quedan —interrumpió Vicenta, y comentó que ni ella ni Federico podrían acudir a su cumpleaños. Federico tenía cita con el dermatólogo para la revisión del vitiligo, y añadió que no olvidara traer después al restaurante algunos pastelitos de esos tan “finos”, remarcó con retintín, y así también lo celebrarían un poco.

—Entonces —dijo Amparo—, ¿me vais a dejar sola con la pesada de Consuelito?

—Si no tienes inconveniente —intervine— y me invitas, claro, puedo acompañarte yo. Me gustaría conocer a tu amiga.

—Te lo agradecería mucho, María. Claro que estás invitada —contestó en voz baja mientras comenzaba a pelar los tomates.

Me hubiese gustado comprarle un regalo, pero no disponía de tiempo. Así que, en complicidad con Vicenta, después de comer, cuando Amparo se marchó a echarse la siesta, elaboré un helado de avellana que había aprendido de las cocineras de la casa de mis padres, el preferido de mi madre.

Amparo sonrió con amabilidad y me dio las gracias cuando aquella tarde la sorprendí con el helado. Después de guardarlo en el congelador, abrió un cajón del aparador de su cuarto de estar y extrajo un mantel azul bordado con florecitas blancas que, según Josefina, había heredado de su tía Elvira la de Almácer. Lo extendimos sobre una mesa camilla situada junto a la ventana. Amparo se marchó a la cocina y, al poco, regresó con una bandeja sobre la que había colocado un juego de café de cerámica de Manises, heredado esta vez de una tía paterna: «La tía Pepa», según aclaró Josefina.

Por fin, llegó Consuelito. Amparo nos presentó. Consuelito me miró de arriba abajo. «Uy, qué chica tan mona», dijo. Y con desparpajo y sin cortarse un pelo, se abalanzó a estamparnos dos besos sonoros a cada una. Entre los dedos de una de sus manos llevaba entrelazado un cordelito que soportaba una bandejita debidamente envuelta de papel con el emblema del supermercado. Era evidente que contenía los pastelitos. Se la entregó a Amparo. De uno de sus brazos colgaba una bolsa de plástico de la que asomaban dos paquetes envueltos con papel de colores muy vivos. Amparo los miró de reojo, pero Consuelito lo pasó por alto, se sentó a la mesa y dejó la bolsa en el suelo apoyada sobre las patas de su silla.

Consuelito es una mujer de, más o menos, la misma edad de Amparo. Llevaba el pelo teñido de rubio pajizo. Una raya blanca sobresalía de las raíces de su cuero cabelludo, a pesar de que se percibía impregnada por uno de esos espráis de color que sirven para disimular las canas. Me llamó la atención la cadena gruesa de bisutería dorada que llevaba alrededor del cuello, de la que colgaba un medallón en forma de papagayo, y unos pendientes plateados en forma de corazón en

los cuales se le leía una inscripción: «amor» en el de la oreja derecha, y «eterno», en el de la izquierda.

Amparo se levantó y, esta vez, regresó con otra bandeja con café, leche y unos pastelitos de boniato que había horneado en su propia casa. El aroma de la masa aún perduraba en el ambiente. De lo más profundo de mi memoria surgió el de las galletas que cocinaba mi madre las pocas veces que entraba en la cocina. Siempre decía que la receta se la había enseñado su abuela y a esta su madre, es decir, mi tatarabuela, y no quería que quedara olvidada con el paso del tiempo. Hace unos años, a pesar de que las dos nos encontrábamos solas en casa, me susurró al oído que la acompañara a su habitación como si fuese a participarme de un secreto. Me extrañó ver el sigilo con el que subía las escaleras; como si, en esos momentos, el resto de la familia pudiera, de improviso, filtrarse a través de las paredes y descubrirla. Abrió su armario y extrajo unos libros. Algunos parecían ser cuentos pequeños impresos en un papel rudimentario que el moho había teñido con puntitos grises. Entre todos ellos, extrajo una pequeña libreta de tapas negras. «Quiero que la guardes tú. No les digas nada a tus hermanas». Tuve la sensación de que me entregaba una valiosa herencia. Poco después, ya a solas, en mi habitación abrí la libreta. Se encontraba repleta de poemas escritos con rasgos de letra redondilla. Algunos desprendían tanto sentimiento que conseguieron emocionarme. Y en medio de tanta belleza, encontré algunas recetas de cocina, como la de sus galletas.

Esa libreta la guardo en un lugar especial, junto a algunos objetos cuyo único valor consiste en el recuerdo de la calidez que un día me proporcionó alguna situación entrañable que viví con mi familia. En aquellos tiempos, mis hermanos y yo éramos niños y en casa se respiraba paz y armonía. Apenas recuerdo las imágenes con claridad, pero cada vez que percibo este olor, quizá cuando se escapa por la puerta de una tahona o por la ventana de una cocina, me transporto a aquellos años. Revivo la sensación de protección y ternura de los abrazos de mi madre y una especie de parloteo mezclado con risas. Creo distinguir la suya entre todas las demás. Fue durante aquel tiempo en el que se sentía alegre y satisfecha con la vida; cuando aún no padecía de tanta tristeza y de tantos dolores; mucho antes del fallecimiento de mi abuelo; mucho antes de lo que le sucedió a mi hermano Fran; mucho antes de que me sintiera despojada de su protección.

Consuelito nos comentó que no era capaz de deshacerse de una enredadera de campanillas de color violeta que se había adueñado de su jardín.

—¡Qué enredadera con tan mala sombra! —dijo con gesto teatral—. Hace un año, la arranqué y ahora nace por todos lados. Me deshago de un brote y salen diez, trepan por los rosales y los asfixian. Ya me han matado unos cuantos. Ya sabes, Amparo, que casi todos los inviernos los paso en Punta Cana. Pues mientras tanto, la enredadera aprovecha para invadirme todo el corral. Si me descuidase un poco y no cerrara bien la puerta y las ventanas, se adueñaría hasta de los muebles.

—¿Y por qué no avisas a un jardinero? —pregunté—. Eso no es una enredadera, es como un okupa —bromeé.

—Un okupa y de los peores —contestó—. Porque a este le echas de casa y vuelve enseguida. ¿Jardinero, dices? ¿Quién te crees que la arrancó el año pasado? Me cobró una fortuna y no estoy dispuesta a gastar tanto. Cuando vi que renacían, le llamé otra vez. Vino unos cuantos días y todos me los quiso cobrar. Menuda bronca que le eché. ¡Ja! No le voy a pagar ni un céntimo más.

—Si yo tuviera un rato libre y me dejaras una azada —se rio Amparo—, te levantaría la tierra, y no te dejaba ni una. Luego, si quisieran renacer que lo hicieran, pero en la calle.

Consuelito hablaba por los codos y de cualquier cosa. Cambiaba de tema de manera tan radical que me costaba seguir el hilo de su conversación. Josefina, por su parte, al principio de la

conversación, había permanecido entretenida observando el vaivén de los pendientes de Consuelito y murmurando para sí una y otra vez las inscripciones que figuraban en ellos: amor, eterno, amor, eterno. Cuando se cansó de la tarea, se dedicó a doblar sobre sí misma la servilleta hasta dejarla reducida a un pequeño cuadrado. Amparo parecía esforzarse en apartar la vista de la bolsa que su amiga había pasado por alto, y en no bostezar sobre todo cuando comenzó a contarnos con pelos y señales todo lo que había disfrutado en Punta Cana y a enseñarnos miles de fotos que había tomado. Y casi bostezo yo también cuando comenzó a referirnos todas las gracias de sus nietos guapos, inteligentes y despiertos, así que intenté distraerme dando buena cuenta de los pastelitos de boniato.

Por fin, se hizo un silencio durante el cual Consuelito observó a Amparo de manera pensativa. Mientras tanto, a Amparo y a mí se nos escapaba la mirada hacia la misteriosa bolsa de plástico que, abandonada a su lado y con los constantes movimientos de nuestra peculiar invitada, había optado por deslizarse bajo la silla.

—No sé si tomarte la palabra —dijo Consuelito, dubitativa, al tiempo que observaba los fuertes brazos de Amparo—. A lo mejor, con lo bruta que eres, me arrancabas la enredadera mejor que el jardinero. Por mí, si te animas, cuando tengas un rato, me lo dices y lo preparo todo.

—A mí —intervine—, me encantaría ver ese paquete, digo, la enredadera, claro.

—¡Ay, el regalo! —exclamó, dando una palmada con las manos—. ¡Casi se me olvida! —Se inclinó hacia la bolsa, extrajo una caja y se la entregó a Amparo, que se apresuró a abrirla. No pudo disimular su gesto de decepción al observar que se trataba de una botella de una bebida desconocida.

—No pongas esa cara, que te va a gustar y mucho cuando lo pruebes. Se llama «Mamajuana». Es para estimular, ya sabes, el apetito... Tiene poderes afrodi... —titubeó.

—Afrodisíacos —aclaré.

—Sí. Eso mismo.

—Ya —respondió Amparo—. Y yo ¿para qué necesito eso?

—¡Ah! Y esto otro tiene poderes mágicos. —Introdujo la mano hasta el fondo de la bolsa y la arañó hasta encontrar un pequeño estuche, que Amparo recibió con cierto reparo y, al mismo tiempo, curiosidad. Se trataba de una piedra azul engarzada en una gargantilla de plata.

—Es muy bonito —afirmó Amparo con una sonrisa de agradecimiento—, muchas gracias. ¿Qué tipo de poderes tiene esto? —preguntó—. Ya sabes que yo no creo en estas cosas.

—No es para ti. Es para Josefina. Dicen que relaja los nervios, desatasca el chakra de la garganta, y te hace hablar con claridad y sin pelos en la lengua sobre todo para que los demás te respeten.

—Ya.

Josefina, de un zarpazo, le arrebató a su madre la gargantilla de las manos, se la colocó ella misma y se dirigió a la puerta de la calle para enseñársela a la tía Vicenta.

—¡Josefina, la tía Vicenta no está ahora! Se ha ido a... —Pero en ese momento escuchamos un portazo. Amparo bufó.

Consuelito se rio y cambió de tema:

—Entonces, lo de la enredadera...

—A mí me encantaría verla —dijo—. No para que la arranquéis, eso no, pero tal como hablas de ella... ¡Venga, Amparo, vamos, ánimo! Tengo mucha curiosidad.

A qué mala hora lo dije.

El jardín de Consuelito es más grande de lo que suele ser habitual en este pueblo, y mucho más frondoso. Sus enormes árboles oscurecían y refrescaban el ambiente cálido de la tarde. Las ramas

de la enredadera cubrían por completo el suelo. Sus hojas simulaban una mullida alfombra sobre la que resultaba tentador echarse, y donde las campanillas de color violeta emergían orgullosas y desafiantes. Les dije que deshacerse de algo tan hermoso me parecía un crimen, y que estaba convencida de que existiría alguna solución para que no le asfixiaran los rosales. Se miraron entre ellas y después a mí de manera condescendiente. Tengo la sensación de que pensaron que soy una de esas chicas pijas de ciudad, cuya única relación que ha tenido con las plantas ha sido con las que ven en los setos de los bulevares.

Comencé a caminar entre las hojas con cuidado. Apenas se distinguía el suelo. Josefina llegó al corral con su gargantilla al cuello. Colocaba sus pies justo en el lugar donde yo los había colocado, como si nos encontrásemos en un campo de minas y yo con mis pisadas le despejase el camino. De vez en cuando, se detenía, se agachaba y se entretenía en arrancar las campanillas que se encontrasen a su lado, todas, como si resultase un pecado olvidarse de alguna. «¡María, toma!», gritó. Me giré sobresaltada. Lo único que distinguí fue un ramo de campanillas pegado a mi cara. Retrocedí un paso. Los tobillos se me enredaron entre unas ramas ocultas y caí al suelo.

Me contaron que permanecí desvanecida sobre las hojas, con los ojos abiertos e inexpresivos. Comprobaron que tenía pulso y respiraba, pero no respondía a sus llamadas en voz alta, ni a sus pellizcos en los brazos y en los tobillos. Sin embargo, yo recuerdo que yacía atrapada en algún lugar inaccesible, e inmersa en un enorme suplicio. El fragmento más intenso de las notas de piano de la película *Las horas* revoloteaba sin parar dentro de mi cabeza, junto a imágenes dispersas de colores oscuros. Me sentía lanzada de un lado a otro como si me hubiese convertido en una bola de cristal a punto de romperse. El final, en cada una de mis crisis, es siempre el mismo: la nada.

Me desperté entre murmullo de voces. Reconocí mi habitación. Me encontraba tendida sobre la cama. Percibí un comprimido insípido que se me deshacía bajo la lengua, mezclado con el sabor herrumbroso de mi propia sangre. Supuse que el comprimido se trataría de un tranquilizante y que, en algún momento de mi caída, me habría mordido la lengua.

—¡María! ¡María! ¡Despierta! —Escuché—. Me han dicho que eres estudiante de Medicina. Soy médico. Tus constantes están completamente normales. Solo ha sido un desmayo. Venga, ya ha pasado todo. Te hemos colocado un Orfidal debajo de la lengua. ¿Lo notas? ¿Me oyes, María? —Violeta... —balbuceé.

El médico se giró hacia Vicenta, que se encontraba a los pies de mi cama, la miró y después se dirigió a mí.

—Sigues confusa, María —dijo.

—María... Me llamo María..., soy estudiante..., y he sufrido un accidente de tráfico.

—Tranquila. No te esfuerces en hablar.

Vicenta, que se encontraba de pie junto a mí, me acarició la mano. Detrás de ella vi a Amparo. Algunas vecinas parloteaban entre sí. Vicenta les dio las gracias por su interés y les pidió que se marcharan. Cerró la puerta e insistió en que el médico le explicase la causa de mi desvanecimiento.

—Quizá se trate de un síncope vasovagal, es decir, lo que suele llamarse una bajada brusca de tensión debida al susto que le dio Josefina —contestó el doctor—, o quizá una hipoglucemia, es decir, que haya pasado bastante tiempo desde la última vez que comió algo. Hay chicas que a esta edad tienen pavor a engordar y no comen demasiado.

—Tonterías —interrumpió Amparo—. No hacía ni media hora que se había tomado un café con leche y unos pastelitos de boniato.

—También —explicó el médico— podría tratarse de una crisis epiléptica hipotónica, o de un

episodio disociativo... Resumiendo: que fuera de los nervios.

—¿Y no cree usted que sería mejor llevarla a un hospital para aclararlo de una vez? —preguntó Vicenta.

—No es necesario —me apresuré a decir mientras me incorporaba apoyando los codos sobre la cama—. Yo no padezco de nada de esas cosas que dice. Estoy bien. No es la primera vez que me pasa esto. Solo son crisis de ansiedad. Me niego a ir a un hospital.

—Es igual —contestó Amparo—, yo me quedaré esta noche a dormir contigo y te vigilaré.

—Que no, que no —insistí, pero fue inútil.

—María —dijo Vicenta—, si tu familia estuviera cerca, la avisaríamos para que lo supieran y te cuidaran. Pero ellos están en Madrid, así que, mientras vivas aquí, considera que, de alguna manera, lo somos nosotros. Y no me repliques.

Replicar. Ese fue justo mi primer impulso: replicarle, alegar que era una mujer adulta y que mi familia no tenía por qué enterarse si no era con mi permiso; pero me sentía tan agotada que no me encontré con fuerzas para discutirlo.

Aquella tarde la pasé en la cama. El tranquilizante que me administró el médico me dejó adormilada, pero no consiguió calmarme el pesado dolor que se me había instalado en la frente y que, poco a poco, se extendió al resto de la cabeza.

Amparo regresó al anochecer. Traía consigo un poco de consomé y unos cuantos platos de comida que sobraron de la cena. Insistió en que al menos los probase. Después de comer un poco, le pedí disculpas por haberle arruinado su cumpleaños y rogué que le transmitiera a Consuelito que sentía mucho haberme desmayado justo en su corral. Ella se rio en tono sarcástico. Me contó que Consuelito no se había asustado en absoluto al verme con los ojos abiertos, y que le comentó que hacía poco que le pasó algo parecido a una señora de noventa años, después de hartarse de bailar en la discoteca de un hotel de Villajoyosa.

—¿Ah, sí? ¿Y te dijo cuál fue el motivo?

—Sí. Le había dado un infarto. Cayó muerta.

Durante una décima de segundo me quedé bloqueada. Luego, me eché a reír.

Antes de que Amparo decidiera acostarse en la pequeña habitación de la planta baja, se sentó en el sillón situado junto a mi cama y me interrogó sobre lo que había sentido antes de desmayarme. Le contesté que me resultaba muy difícil de explicar, pero le hablé de la horrible pesadilla que había sufrido mientras permanecía inconsciente. Pareció impresionarse mucho. El dolor de cabeza apenas me dejaba pensar. Le pedí que me trajera de la cocina un vaso de agua para tomarme un ibuprofeno que guardaba en el cajón de mi mesita de noche. No suelo tomar antiinflamatorios ni analgésicos a menos que me duela de manera intensa, o cuando tengo la regla. Me recuerdan la adicción que padeció mi madre.

Acababa de quedarme dormida, cuando Amparo, sentada de nuevo en el sillón, me despertó.

—¿Has ido al ginecólogo, María?

—¿Qué dices?

—¿No te habrás desmayado porque habrás hecho algo que...?

—Algo... ¿Algo de qué? ¡Ah! ¿Te refieres a que pueda estar embarazada? ¿Cómo se te ocurre algo así? No, Amparo. Eso es imposible —dije entre bostezos mientras me reacomodaba en la almohada—. Nunca me he acostado con nadie.

—Eso no me lo creo, María —dijo incorporándose en el sillón—. Me tomas el pelo. Hoy en día, a tu edad, nunca... ¿Qué pasa, eres de alguna secta?

—Te estoy diciendo la verdad —contesté—. Y tampoco soy de ninguna secta. Soy católica, pero ni siquiera voy a misa todos los domingos. Amparo, déjame dormir.

—Pero...

—Tú no tienes idea de cómo es mi familia, y si yo hubiese mantenido relaciones sexuales de la manera tan despreocupada como hacen otras chicas, acabarían por enterarse, y no quiero ni pensar en lo que...

—¿Y qué si se enterasen? —interrumpió Amparo. Sacudió la cabeza y miró hacia otro lado como si pensase en voz alta—. Si yo tuviera tu edad, haría lo que me diera la gana. En fin —suspiró—, ojalá mis circunstancias hubieran sido otras; pero ahora ya es muy tarde. —Me miró con gesto de resignación—, tengo que ganarme la vida con lo único que sé hacer, porque tengo una hija que... Bueno, mejor me callo. Entonces, ¿qué pretenden de ti, que llegues virgen al altar?

—No, no es eso, exactamente. Pero sé que solo les parecería aceptable que mantuviese relaciones sexuales si tuviese una pareja con la que planeara casarme. Además, esa pareja no ha llegado y no me cuesta ningún esfuerzo respetarme a mí misma y, sobre todo, exigir que los hombres me respeten. Si les digo «no» es «no». Y el día que empiece una relación será a mi ritmo y con mis normas. Y ahora, cállate de una vez y déjame tranquila, por favor. —Me giré hacia el otro lado de la cama y me dormí.

UNA JARRA DE SANGRÍA

Después de lo que sucedió la tarde anterior, me desperté tranquila y lúcida. Amparo ya se había marchado y todo parecía haber vuelto a la normalidad.

Salí de casa muy temprano para dar un corto paseo. Alguna ráfaga de viento arrastraba hasta mi nariz un ligero olor al fango procedente de las acequias y del riego de los arrozales que ya germinan. Sin embargo, el aroma del salitre del mar parecía mezclarse con él en perfecta armonía. Cerré los ojos y respiré hondo. Hacía mucho tiempo que no me sentía de esa manera: tranquila y en paz. ¿Sería posible que mi crisis del día anterior fuese la última, y que las sensaciones de esa mañana denotasen los primeros indicios de mi recuperación?

En cuanto llegué al restaurante, les dije a todos que les agradecía sus cuidados, pero que consideraba que habían resultado excesivos. Aquella crisis no era la primera vez que me ocurría y conocía de sobra que, cuando cesaba, me recuperaba pronto, y que me sentía completamente lúcida y capaz de incorporarme a mis ocupaciones. No era cierto en absoluto y, aunque a primera vista, aceptaron mis explicaciones, creo que no resulté demasiado convincente.

A mediodía, el comedor se llenó de gente. A pesar de que el restaurante no se trataba en absoluto de un chiringuito de playa, unos clientes arrastraron en su calzado restos de arena que fueron desperdigando por el suelo a través de sus pisadas. Sus niñas mostraban anudadas al cuello las cintas de sus bañadores que sobresalían por el escote de sus vestiditos. Un ligero aroma a cigalas, langostinos y carabineros a la plancha se extendía por el interior del restaurante y parecía estimular el apetito de los comensales que, impacientes, requerían mi atención para que anotara sus comandas y se las sirviera cuanto antes.

Siempre me esfuerzo en representar el papel de una camarera experimentada: «¿Tienen reserva?... Muy bien, esta es su mesa... El arroz a banda saldrá en veinte minutos, es lo que cuesta cocerse el arroz, ya sabrán que lo hacemos en el momento. ¿Qué quieren beber? ¿Les apetecería, mientras esperan, algo para picar? Hoy les recomiendo, sobre todo, las tellinas, las croquetas de bacalao y el *esgarraet*. Si les gusta el *all i pebre*, les puedo pedir media ración. Está exquisita. Ah, es usted vegetariana. Entonces, nuestra paella de verduras, le va a encantar».

A pesar de mi soledad buscada, trabajar en el restaurante con Vicenta, Amparo y Federico, y escuchar los comentarios de los comensales, incluso frases sueltas fuera de contexto, me hace sentir como un miembro más de una familia grande y variopinta.

Un hombre comentó que hoy hacía calor, pero que la temperatura del agua del mar aún permanece algo fría. Otro se observó la pantorrilla con un ligero gesto de dolor y se quejó del escozor que sentía por la picadura de una medusa, a pesar de haber sido atendido horas antes por los socorristas de la playa. La mujer de su derecha se echó a reír, le llamó «hipocondriaco» y añadió que hoy en la playa no había medusas. La mujer de su izquierda le dijo, con sarcasmo, que seguro que le resultaría mucho menos doloroso que a ella cuando, hace unos años, le picó en el culo un pez araña.

Caminaba tranquila entre las mesas cuando, de pronto, las notas de piano de *Las horas*, alcanzaron mis oídos desde el interior de mi cabeza. Aturdida y paralizada, se me resbaló de las

manos la jarra de sangría que trasportaba a una de las mesas y cayó al suelo estallando con estrépito. Escuché a lo lejos que alguien me llamaba: «¡Violeta!, ¡Violeta!... ¡Contesta! ¿Sabes quién soy? ¡Te vamos a sacar de aquí!» —Era una voz metálica, distorsionada, como si procediera del exterior de un tanque de agua en el que me encontrase sumergida.

—¡María! ¡Despierta, María! —Era la voz de Vicenta.

—¿Qué...?

Recuperé la conciencia en el corralillo anexo a la cocina. Yacía allí, sobre el suelo. Vicenta y Amparo me habían elevado las piernas, y empapado de agua la frente y la nuca. Temblaba y me sentía incapaz de articular palabra.

—María, ¿nos oyes?

—Es el piano... —acerté a decir.

—¿Piano? —exclamó Amparo—. Aquí no hay ningún piano.

Vicenta miró a su hermana y se colocó sobre los labios el dedo índice.

—Ayudadme las dos a levantarme, por favor. Estoy sucia.

—¿Sucia, de qué? —protestó Amparo—. El corralillo está más limpio que una patena.

Las dos hermanas me ayudaron a sentarme en una silla del interior de la cocina. Mientras Amparo me abanicaba con la carta de menú, Vicenta me rodeaba la espalda con el brazo.

—¿Qué te ha pasado, María? —me preguntó Vicenta, con voz tranquila—. Dime la verdad.

—He visto un hombre... —balbuceé.

—¿Un hombre? ¿Qué hombre? —preguntó Vicenta.

—Un hombre..., en la mesa ocho... junto a la ventana. Está de espaldas. Lleva un tatuaje en la nuca.

Vicenta se asomó al comedor.

—No será el de la camiseta de rayas verdes con una calavera.

—Sí —balbuceé aterrorizada—. ¿Todavía está?

—Está, está —afirmó—. Es Martín.

—¿A quién ha visto? —Se interesó Federico, que acababa de llegar.

—Se ha asustado porque ha visto de espaldas a Martín el guapo, el del arroz chino —contestó Vicenta.

—¿Martín? —exclamó Federico con sorpresa—. Pero si es inofensivo, ven, quiero que lo conozcas. —Me agarró del brazo y me condujo al comedor, sin atender a mis «¡No! No, por favor» y a otros tantos noes de su mujer y su cuñada—. No les hagás caso. Si te lo presento, perderás el miedo. —Sus palabras me recordaban aquello de: «Este perro no hace nada, no te va a morder, acarícialo la cabeza». Me sentía tan angustiada que no sé cómo fui capaz de vencer la distancia que me separaba de aquel hombre.

—Hola, Martín —dijo Federico.

El hombre se levantó y se giró hacia nosotros.

—Te presento a María, una amiga que nos está ayudando en el restaurante desde hace poco. María, este es Martín.

Martín, muy sonriente, me tendió la mano, mientras yo me esforzaba en controlar el temblor que se había adueñado de la mía. Con mi corazón todavía acelerado, se la estreché. Después me presentó a su mujer y a sus niños pequeños y, tras algunas frases de cortesía, Federico y yo regresamos a la cocina.

—Vale —dijo al llegar—. No entiendo por qué me he asustado.

—Pues yo sí —dijo Vicenta con gesto autosuficiente mientras echaba en la sartén unos calamares enharinados—. Martín es una bellísima persona, pero si me lo encontrase por la noche

en una calle oscura, me daría un infarto. Con lo grande que es y la cara de animal que tiene... y desde que se ha comprado la moto nueva...

—La Harley —aclaró Federico.

—¡La que sea! Da igual —continuó Vicenta—, le ha dado por hacerse tatuajes hasta en la nuca. Ya es un poco mayor para esas tonterías. No sé por qué Juanita se lo permite.

—A mí —titubeé—... No sé, pero no creo que sea por los tatuajes, porque mi hermano Fusco también lleva algunos en los brazos.

—¡Ay, si yo fuera Juanita! —añadió Amparo al comentario de su hermana, al tiempo que emplataba un *all i pebre*—. Se le escapa por ahí los fines de semana con los otros moteros... Y sé que también van mujeres —dijo con gesto malicioso, como si acabase de descubrir algo malvado—. A saber, las juergas que organizarán por las noches. O me compraba yo una moto para irme con él, o se la quemaría.

—No entiendo esa moda —continuó Vicenta después de agitar la mano por una salpicadura del aceite hirviendo—. Cada persona es la que es, y ya está, pero lo malo es que sus hijos apenas crezcan un poco se los pintarán también. Además, si luego cambias de opinión ¿qué haces con tus pinturrajos? Te los quedas para siempre. Menudo ejemplo. Pero honrado, como él solo. Una cosa no quita la otra. Por cierto, María, ven aquí. —Retiró la sartén del fuego, me agarró del brazo, me condujo hasta el corralillo, y me habló en voz baja—: No sabía cómo decírtelo, pero hoy te lo voy a decir sin rodeos: cuando vengas a trabajar al restaurante, ponte un sujetador.

—Vicenta —dije sorprendida—, yo no lo necesito. No soporto los sujetadores, me molestan, me oprimen. Además, siempre llevo sobre la ropa alguno de mis delantalitos. Ya te dije que me los compré aquí en Valencia, en la Plaza Redonda. Son monísimos.

—Sí, los delantalitos de fallera que te compraste son muy monos, pero apenas te cubren la ropa. Si te miran las tetas de lejos, apenas se te distinguen, pero de cerca, se notan y mucho, y los hombres ya sabes cómo son. Martín es educado, pero al fin y al cabo no es de piedra. Mientras hablabas con él se le iban los ojos hacia tus tetas. Juanita se habrá dado cuenta y no creo que le haya hecho mucha gracia. Así que cuando no estés en el restaurante, haces lo que te dé la gana, pero si te presentas aquí sin llevarlo, te irás a casa.

—Sí, claro —agaché la mirada—, ahora voy... y me lo pongo, sí. No pasa nada.

Subí a casa y, sin ser consciente de ello, me puse el sujetador sobre el vestido. Mi reflejo en el espejo del recibidor me devolvió una imagen patética. Estuve a punto de echarme a llorar de tristeza. Intenté quitármelo, pero sus corchetes parecían haberse soldado unos a otros. Parecían querer insistirme con vehemencia que mi enfermedad no había remitido; que mi viaje a La Albufera había sido un fiasco, solo uno más de mis caprichos, y que si aún conservase una pizca de cordura, debería hacer las maletas y regresar a Madrid.

Pero no, no pensaba marcharme. Cuando llegase ese momento, lo sabría, y estaba completamente segura de que aún no había llegado. Me saqué el sujetador por la cabeza, me desnudé, me lo coloqué como es debido y bajé al restaurante.

Vicenta, después de mirarme el pecho con disimulo, se acercó a mí:

—Ese sujetador de encaje azul es demasiado fino y se te trasparenta mucho. No sé qué es peor. ¿No tienes otro? Bueno, da igual, ponte este delantal que es más grueso que el tuyo y te cubre más. Ya hablaremos, de esto y de tus desmayos. Ya sé que esto último no es de mi incumbencia, pero me preocupan. Anda —señaló con la cabeza unos tomates—, trocéalos para la ensalada. —A continuación, Vicenta se dirigió hacia un recipiente con caldo, lo echó sobre el arroz de una cazuela y la introdujo en el horno caliente. Me miró y se acercó a mí—. Oye, María —dijo—, ¿seguro que ahora te encuentras bien? ¿Puedo confiar en que no se te volverá a caer nada de las

manos? No sé si quedarme tranquila...

—Te juro que estoy bien. Es mala suerte que me haya desmayado dos días seguidos. —Me esforcé en contener el llanto—. Desde que vivo aquí, no me había pasado. Lo siento mucho. Me sabría muy mal que me despidieras.

—No, María, por supuesto que no voy a despedirte. Ni se te ocurra pensar eso.

—Si estás mal —intervino Federico—, no te preocupes, bonita, te subes a casa a descansar. Yo me encargaré de todo.

—¿Qué?! —exclamó Vicenta—. ¿Que tú te encargas de qué? La *xiqueta* trabaja con más voluntad y con más tablas que Amparo y tú juntos.

—Lo que hay que oír —chasqueó la lengua y bufó.

Por suerte, Amparo se encontraba fuera de la cocina, atareada con la preparación de los cafés sobre el mostrador. El ruido de platos, tazas y cucharillas le impidió escuchar el comentario de su hermana.

Intenté fingir naturalidad y despreocupación, pero me costaba tanto concentrarme y me sentía tan agotada como si hubiese realizado un gran esfuerzo.

—Es guapo Martín, ¿verdad? —dijo Josefina. Hasta ese momento se había mantenido callada, mientras ordenaba sus cromos de fútbol.

—¡Tú te callas! —la increpó Amparo.

—Es muy guapo, y muy grande, y muy honrado, y... —repitió Josefina.

—¡Como no te calles ahora mismo, te arreo! —exclamó Amparo con el brazo levantado y la mano abierta, en actitud amenazante.

Josefina dio un respingo y se protegió con los brazos. El corazón me dio un vuelco. Estuve a punto de deshacerme del delantal y marcharme a casa.

No entiendo cómo puede Amparo amenazar a Josefina con golpearla. A veces, creo que la protege en demasía, y otras que, la rechaza como si le resultase un estorbo. Tengo la sensación de que la quiere y la odia al mismo tiempo. Le grita con frecuencia, y no era esta la primera vez que levantaba la mano como si fuera a darle una bofetada. Un día de estos, no voy a poder callarme y voy a ser yo quien se enfrente a Amparo.

Aquella noche, la imagen de Amparo con la mano en alto y el gesto de protección de Josefina permaneció impresa en el interior de mi cabeza, hasta que concilié el sueño. Sin embargo, cada vez que me cambiaba de postura, aquella escena reaparecía con tanta fuerza que conseguía sobresaltarme.

Lo cierto es que, aunque Josefina es más menuda que yo, si en alguna ocasión la acompaño en uno de sus paseos, me siento protegida: «No pises por ahí que te hundirás en el barro. ¿No ves que está recién regado? Ven por esta senda de aquí», «¡No! No toques esas plantas, que luego pican».

He comprobado que, tal como dijo Amparo, el trayecto que realiza es siempre el mismo: la casa de la tía Tónica, el huerto de Carmencita..., pero solo como un ritual aprendido. Sus visitas jamás exceden de cinco minutos. Consisten en un mero requisito para comenzar su peregrinación por los caminos circundantes del pueblo.

El otro día, por ejemplo, le propuse invitarla a merendar a un restaurante cercano a la carretera de El Saler, y estuve a punto de caerme a una acequia desde uno de los estrechos puentecitos que conducían hasta él. Un coche se dirigía hacia nosotras y nos adosamos a la barandilla para permitirle el paso. Llevaba las ventanillas bajadas. En su interior distinguí a tres hombres. Si en aquel momento, el conductor o el del asiento de atrás hubiese extendido el brazo, hubiera podido tocarnos. Intenté apartarme, perdí el equilibrio y me tambaleé. Josefina me atrapó por la cintura y

evitó mi caída, sin embargo, su maniobra acrecentó mi angustia. Desde mi accidente, me sobresalto con facilidad y no soporto sentirme oprimida, ni por el sujetador ni por la goma de las bragas. Por eso, si puedo evitarlo, no me pongo ropa interior. Supongo que mi subconsciente me trasladará a la sensación de asfixia que sentiría cuando la carrocería de mi coche me aplastó y me fisuró tres costillas. El vehículo continuó su camino y se alejó del puente, pero Josefina, contagiada por mi malestar, se alteró un poco y regresamos al pueblo.

Pero, eso sí: Josefina nunca rebasa los límites de algunas de las indicaciones de la carretera. «¡No!», grita cuando ve que yo lo hago sin querer, «¡No traspases las señales!».

10

CRISTALES, VELAS E INCIENSO

«Escucho el sonido de cristales rotos. Me levanto de la cama. Estoy descalza y los aplasto con los pies. La sangre mana de mis heridas a borbotones, y asciende por mis pantorrillas con tanta rapidez e intensidad que me inunda hasta cubrirme la cabeza. La reserva de aire de mis pulmones se agota. Voy a morir y necesito que ocurra lo más rápido posible para que finalice mi suplicio».

Anoche sufrí otra de mis pesadillas. Me desperté sobresaltada. El reloj marcaba las tres de la madrugada. Necesitaba dormir, pero apenas cerraba los ojos, quedaba inmersa en un estado de angustioso duermevela. Me revolvía en la cama para conseguir despertarme por completo. Resultaba inútil. Una fuerza superior me arrastraba hacia las profundidades de un lugar desconocido. Escuchaba murmullos y frases inconexas: «Qué hermana tan bonita tiene ese cabrón», «Irene es mayor que tú, ¿lo habéis hecho?», «Te quiero, mi vida», «Respira hondo Violeta, te pondrás bien», «Quitadme todo esto. ¡Sacadme de aquí!».

Me incorporé en la cama entre ruidosas bocanadas de aire. Recorrí la habitación con la mirada. Las cuatro de la madrugada. Me levanté, abrí la ventana de par en par, e inspiré profundamente el aire fresco. Las nubes parecían empeñarse en ocultar el reflejo de la luz de la luna sobre el lago. Me concentré en situarme en el lugar en el que me encontraba, en percibir sobre mi piel la humedad del ambiente, en distinguir cada aroma, cada sonido: el croar de algunas ranas, el cricrí de los grillos y el chapoteo de algún pez. La sensación de asfixia cedió, pero me sentía aterrorizada: un terror flotante y sin objeto. No tenía miedo a nada, pero a todo al mismo tiempo. ¿Cómo reconocer así de qué o de quién debía huir? Corrí hacia el cuarto de baño, me desnudé, me metí en la ducha, abrí por completo el grifo del agua fría, y dejé que sus chorros impactasen sobre mí a la mayor presión posible. Aquello me alivió, pero también me hizo tiritar. Acudí a la cocina y me preparé una infusión de tila que dejé sobre mi mesita de noche. Busqué una manta en el armario de la habitación, y encontré una muy gruesa que extendí sobre mi cama. Me bebí la infusión y me acosté acurrucada y con un sentimiento de soledad insoportable.

Estuve a punto de telefonar a alguna de mis hermanas. Si hubieran estado aquí, me habría refugiado en la cama de alguna de ellas como cuando era pequeña y tenía pesadillas.

También me acordé de Fusco. ¿En qué lugar se encontrará en este momento? ¿Qué hará? Dijo que se mantendría cerca de mí. Si estuviera a mi lado, me acariciaría. El contacto de su piel me provoca seguridad, pero al mismo tiempo me quema. Sus manos me desconciertan. Son grandes y acogedoras, pero la última vez que estuvo en prisión las había utilizado de nuevo para hacer daño. Mi madre me insinuó hace poco que la policía le busca por un nuevo delito, y que este es mucho más grave que los anteriores. En cuanto reconoció el contenido de sus palabras, cambió de tema. Sabe que siempre me he negado a conocer en qué consisten sus tropelías. De todos modos, añoro a mi hermano y le necesito.

Cada vez que tengo un mal sueño, al día siguiente acudo a la iglesia. Siempre me ha gustado el aroma del incienso mezclado con el de la cera derretida de las velas. Me siento en un banco, cierro los ojos y presto atención al silencio y la calma que se respira en ella. Inspiro hondo para impregnarme de todo lo bueno que existe en el Universo, de la Gracia de Dios. Después expulso

el aire para extraer de mi interior las malas vibraciones. A veces me funciona y salgo de la iglesia mucho más relajada; pero la última vez, sin darme cuenta, penetré en otro más de mis estados de adormecimiento. Quedé a merced de imágenes y sensaciones que discurrían por mi cabeza sin que pudiera hacer algo para detenerlas. Corrí hacia mi casa aturdida, me eché sobre la cama, me acurruqué y me tapé la cabeza con los brazos. A punto de quedarme dormida, en ese misterioso momento que separa el estado de vigilia de la inconsciencia, recordé las palabras de la psiquiatra que me atendió en el hospital de Madrid: «No debes esforzarte en recordar. Podría resultar contraproducente. Solo debes esperar a que llegue el momento». «Lo sé, lo sé», me dije, «Mis recuerdos se encuentran ocultos en lo más profundo de mí, como esos peces que viven entre la arena de ese lago que contemplo cada día desde la ventana».

11

IMPOTENCIA

No puedo apartar de mi cabeza las escenas que viví ayer con Josefina: No solo se atrevió a «traspasar las señales», sino que, cerca del mediodía, cruzó la carretera de El Saler de manera temeraria. No consideró el riesgo que suponía no detenerse a mirar los coches que circulaban en ambos sentidos. Tampoco la asustaron el sonido del claxon, ni los frenazos, ni los improperios que le dedicaban los conductores.

—¡Josefina! —grité—. ¿Qué haces? ¡Vuelve, por favor!

Josefina ya había desaparecido de mi vista cuando conseguí cruzar la carretera. Corrí a buscarla a través de la espesura del bosque de pinos. Los arbustos me arañaban las pantorrillas y me impedían distinguir el suelo. Las piedras, mal pisadas, me torcían los tobillos. Temí perder el equilibrio o provocarme algún esguince.

Finalmente, la encontré sentada en un banco de piedra, junto a tres hombres que almorzaban a la sombra de unos pinos. Mi llegada pareció sorprenderles y se levantaron con rapidez. Me observaron y se miraron entre ellos. Me sentí muy incómoda. Tuve la desagradable sensación de que me había convertido en una comida más que introducir entre el pan de sus bocadillos.

—¡Josefina! —exclamé—. ¿Qué es esto?

—Quiero una cerveza —exigió a uno de ellos.

—¿Cerveza? —La miré sorprendida—. No. Tú no puedes. Tu madre no te deja beber alcohol.

Los tres hombres ignoraron la petición de Josefina, se acercaron a mí y, para saludarme, ¡me dieron dos besos en la cara! Sentí una ligera opresión en el estómago. Desprendían un repulsivo olor a sudor. Uno de ellos me tocó los brazos con sus manos ásperas, manchadas con restos de pintura blanca seca, y con uñas negras. El hombre que dijo llamarse Agustín rondaría los cincuenta años. De su calva brillante brotaban gotitas de sudor que le descendían por la frente. Otro de ellos, Basilio, con abundante pelo oscuro y mucho más moreno, hablaba con acento extranjero. El más joven de los tres, Paco, era muy rubio y tenía los brazos enrojecidos por el sol.

—Siéntate, reina —dijo Agustín, y señaló con un gesto de la cabeza, uno de los bancos vacíos.

—No, no, qué va —contesté—. No puedo. Tenemos que irnos. Su madre no la deja cruzar la carretera y no puede beber alcohol.

—¡La cerveza! —insistía Josefina, muy inquieta.

Agustín, sin hacer caso a mi comentario, sujetó el bocadillo con una mano, y con la otra, alcanzó la neverilla que se encontraba a varios metros de él, tiró de ella, extrajo una lata y se la entregó a Josefina, que la agarró veloz.

—¡No, por favor! —Intenté arrebatársela de las manos, pero resultó inútil. La escondió tras de sí, me empujó, se giró de espaldas y la abrió.

—Déjala tranquila, mujer —dijo Basilio, sonriente—. Y tú, no seas tonta y bébete una también. —Extendió el brazo y me la ofreció—. Está muy fresquita. Sienta bien con este calor.

—No la quiero. Yo tampoco bebo alcohol —dije con firmeza.

—¿Por qué no? Es solo una. No te va a pasar nada.

—He dicho que no. No insista.

Basilio se encogió de hombros y la guardó en la nevera. Mientras tanto, Josefina tragaba la cerveza con avidez, sin apenas degustarla. Me tentaba la idea de forcejear con ella para arrancársela de las manos. Después la agarraría del brazo, o incluso de su ropa si fuera necesario para marcharnos a casa, pero me sentía abrumada por la situación y no me atreví. Me pregunté si el hecho de beber cerveza resultaría suficiente motivo para que Josefina desoyera las órdenes de su madre y se arriesgase a ser atropellada por un coche, o como poco, a una buena reprimenda.

Quería, ¡necesitaba! irme de allí cuanto antes, pero ¿cómo iba a dejarla sola con esos hombres que no me inspiraban ninguna confianza y que no reparaban en ofrecerle alcohol?

Me senté en un banco. Josefina echó la cabeza hacia atrás para absorber las últimas gotas de la lata y, tras comprobar que estaba vacía, la lanzó a varios metros de ella.

—Eso no se hace —la reprendí—. No hay que ensuciar el campo con desperdicios. —Me levanté, la recogí y se la entregué a Agustín, que la guardó en una bolsa de plástico. Me giré hacia ella y comprobé con estupor que Basilio acababa de entregarle la segunda. Por lo visto, mi negativa no había resultado efectiva en absoluto.

A esas alturas, Josefina ya hablaba sin parar y se reía de manera insulsa provocando el divertimento de los tres hombres que, con sonrisa maliciosa, lograban sonsacarla sobre sus costumbres diarias, su familia, el restaurante y sobre gente conocida del pueblo. La sinceridad e inocencia que demostraba en sus respuestas provocaban alguna que otra carcajada. Sin embargo, Josefina no parecía incomodada ante sus comentarios sarcásticos repletos de doble sentido que ella no era capaz de comprender y mucho menos de corresponder de la misma forma.

—¿Por qué se burlan de ella? —pregunté indignada—. ¿No les da vergüenza? Su conducta me resulta obscena. Ella no entiende muchas cosas.

—Sí que las entiende, claro que sí —contestó Agustín—. Entiende lo que quiere y sabe lo que le gusta. —Miró a sus compañeros de reojo—. Tú no te enfades, reina. A Josefina le gusta venir a visitarnos, ¿verdad? —añadió dirigiéndose a ella.

Josefina asintió.

—Me gusta venir a visitarlos —afirmó—. Quiero la otra cerveza.

—¡No! —exclamé—. Si se la dan, se lo contaré todo a su familia.

—No, no se la damos —dijo el joven. Miró a Agustín y después se dirigió a ella—. Se nos han acabado.

—Es verdad —afirmó Basilio—. Solo le damos una o dos como mucho, y hoy se han acabado.

Sin embargo, ellos continuaron extrayéndolas de la nevera con normalidad y a beber una tras otra sin contención alguna. Cuando el alcohol pareció haber hecho mella en ellos, Agustín y Basilio, sin reparo alguno, comenzaron a fijarse en mis tetas y en mi culo, y a pronunciar frases ambiguas, de contenido sexual y machista.

Me levanté y extendí el brazo hacia Josefina.

—¡Ya estoy harta de todo esto! —exclamé—. Venga, Josefina. Nos vamos a casa.

—Oye —dijo Basilio dirigiéndose a mí—, no pasa nada. Solo son bromas sin importancia. ¿Es que no tienes sentido del humor?

No quise contestar, agarré de la mano a Josefina y tiré de ella para que se levantara del banco.

—Vámonos, Josefina.

—¡No! —protestó, al tiempo que con la otra mano intentaba deshacerse de la mía—. ¡Ahora quiero jugar con los patos! ¡A casa no!

—¿Qué? ¿Ahora quieres patos? ¿Qué es eso de patos?

Durante unos instantes, percibí cierta tensión entre esos hombres.

—Hoy no hay patos —se apresuró a contestar el más joven, con gesto condescendiente—.

Están muy escondidos y nosotros nos vamos —añadió mientras miraba de reojo a sus compañeros.

—¿Qué prisa tienes? —le contestó Basilio, el del acento extranjero—. Que se vayan ellas si quieren. Yo no me muevo de aquí hasta que no me acabe el almuerzo.

—Josefina, escúchame. —Me acuclillé frente a ella—. Si no quieres ir a casa, iremos juntas a otra parte.

—¡No voy a otra parte! —Cruzó los brazos y se giró en el asiento—. ¡Vete tú! ¡Quiero jugar!

—Muy bien. —Me levanté—. Entonces le contaré a tu madre que... —titubeé—. Le contaré que traspasas las señales.

—¡No se lo cuentes! ¡Me pegará! —Se levantó y volvió a empujarme.

«Me pegará». Esas palabras me sacudieron por dentro.

Me senté sobre una gran piedra a unos cuatro metros de ellos, para demostrarles mi disgusto ante aquel asqueroso aquelarre. Con gesto serio y sin rechistar, me entretuve en dibujar garabatos sobre la tierra con un trozo de carrizo. ¡Malditas las ganas!, me dije, y lo lancé lo más lejos posible.

—Tíos —exclamó Basilio, después de observar el reloj de su muñeca—. ¿Habéis visto la hora que es? Joder, Agustín. —Sonrió de manera maliciosa—. Hoy te quedas sin... —Y soltó una carcajada.

—Bueno, chicas, ya nos vamos —comentó Agustín disponiéndose a recoger sus cosas—. Si venís por aquí otro día, aquí estaremos... para tomarnos una cerveza fresquita, o —se dirigió a mí con retintín— una cocaola si a ti te parece mejor. Y no te enfades, mujer, que te tomas la vida demasiado en serio. Tenemos que disfrutar de ella mientras podamos, que —suspiró con gesto serio— ya es de por sí bastante jodida.

Los tres hombres acabaron de guardar en sus mochilas sus fiambreras, botellas, restos de comida y demás utensilios, y se marcharon.

De camino al pueblo, reprendí a Josefina por haber desobedecido a su madre. Quise interrogarla acerca de los patos, pero apenas los nombré, echó a correr.

—¡¿Adónde vas?! —grité—. ¡Por ese camino no hemos ido nunca! ¡Vuelve aquí! ¡Te vas a caer!

—¡Si se lo dices a mamá, me pegará! —gritó girando la cabeza.

—¡Josefina, vuelve! No vas a saber llegar al pueblo, por favor.

—Sé llegar al pueblo y no me caigo y conozco los pozos y las sendas y los caminos y...

Recé para que fuera cierto. Temí que le ocurriera algo malo y corrí a en dirección al pueblo por el camino más seguro que conocía. Cuando llegué al restaurante, pregunté por ella.

—Acaba de llegar —respondió Amparo— y se ha ido a dormir la siesta del borrego. Últimamente, viene de los paseos bastante sofocada y con mucho sueño. Mejor. Así no nos molesta. Últimamente, me pega.

—¿Ella te pega a ti? —pregunté sorprendida.

—Mirad cómo me puso el otro día las muñecas cuando la castigué sin salir. —Se levantó las mangas y nos enseñó algunos hematomas.

—¿Y no sería para defenderse de alguno de tus cachetes? —comentó Vicenta con ironía, sin mirarla.

—No, nada de eso. Está cada vez más irritable y más desobediente. ¿Es que no os habéis dado cuenta todos?

Amparo se acercó a mí y me preguntó el motivo por el que, si habíamos salido a pasear juntas, cada una había regresado por su cuenta. Le contesté que solo se trataba del juego de «a ver quién

llega antes». Y ella, sin pronunciar palabra y con indiferencia, continuó sofriendo el conejo para la paella.

Vicenta me miró con expresión de incredulidad. Durante unos momentos, tuve la sensación de que iba a realizar algún comentario al respecto, pero se limitó a suspirar y a decir entre dientes: «Demasiado sofocada». Y volvió a suspirar.

He decidido no contar nada a nadie, por el momento, pero necesito hacer algo. Me siento incapaz de volver con ella al encuentro de esos hombres. Solo de pensarlo se me acelera el corazón. Admito que tengo miedo, mucho miedo. Y me aterroriza la idea de que pudiera sufrir una de mis crisis en su presencia.

De todos modos, esta mañana, ha habido suerte. Vicenta se ha empeñado a toda costa en que hoy Josefina, en lugar de «irse por ahí», la acompañara al Mercado Central para comprar algunas cosas. Josefina se ha negado y Amparo la ha amenazado con prohibirle los paseos si no obedecía a su tía.

Los gritos de madre e hija han retumbado por el corralillo. ¡Por Dios, hoy era mi día libre! ¡Necesitaba dormir! Finalmente, Josefina ha dicho «*collons*». Amparo le ha pegado una bofetada y la ha castigado una semana sin salir. Federico y Vicenta han tenido que intervenir para calmarlas a las dos.

Es curioso, pero ese castigo me ha dejado mucho más tranquila.

Hoy ha sido mi día libre, sí, pero en estos momentos, a las doce de la noche, me siento agotada. Y no se debe a que haya limpiado la casa, lavado la ropa y planchado mis vestidos por mí misma. Nada de eso, al contrario. He procurado estar lo más atareada posible para no pensar, pero mis cavilaciones me golpean la cabeza y me anudan el estómago. Dentro de siete días el castigo de Josefina finalizará y, con toda seguridad, volverá a buscar a esos hombres. Me pregunto si lo más acertado sería explicarle la situación a Vicenta. No sé, quizá fuera mejor contárselo directamente a Amparo porque, a pesar de todo, es su madre y estoy convencida de que, de un modo u otro, pondría fin a esto.

En un arrebato, después de las cenas, he bajado al restaurante para contar lo sucedido a toda la familia. Pero estaban demasiado atareados y no he considerado que fuera el momento oportuno. En lugar de eso, sin pedir permiso, les he ayudado a servir los platos.

A punto de cerrar, Vicenta me ha comunicado que va a aumentarme el sueldo. No es mucho, pero me vendrá de maravilla para pagar la gasolina del coche que me he comprado; un coche de lo más viejo y cutre, pero me sirve para ir a Valencia o desplazarme por los alrededores si se me antoja.

Desde que, a causa del accidente, interrumpí los estudios, me he mantenido únicamente con mis ahorros y, actualmente, tan solo con lo que cobro por mi trabajo. Mi padre me ingresa dinero mensualmente, pero no pienso gastar ni un solo euro si no me resulta estrictamente necesario.

Debo admitir que mi familia tenía razón: necesito vivir a mi aire, centrarme en mis sentimientos y en mis más profundas necesidades. No me apetece llamar a nadie ni que me llamen, pero es inútil: mi padre me telefona cada noche, como dijo que haría. Nuestras conversaciones no pasan de tres minutos, y yo se lo agradezco. Margarita y Rosa también me llaman, no tan a menudo como acostumbraban, pero está muy claro que no pueden evitar abrumarme con consejos y advertencias. En cuanto detecto el primero, me pongo firme y les digo sin más: “Ya vale. Gracias, pero voy a colgar”.

A la única que telefono por propia iniciativa es a mi madre, una vez a la semana, tal como le prometí. Nuestras conversaciones resultan monótonas y estériles, incluso creo que podrían ser perjudiciales para ella. Necesita comprobar que todo me va bien, es verdad; sin embargo,

interrumpe mis frases constantemente para hablar de sí misma: de su tristeza, de los dolores físicos que le provoca su fibromialgia y, sobre todo, de su sentimiento de culpa por no haber conseguido salvar a Fran. No sé si después de colgar el teléfono se encuentra mejor por haberse desahogado conmigo, o peor por haberse lamido sus propias heridas.

Ya tengo sueño. Hace media hora que me tomé un tranquilizante. No me gusta hacerlo, pero a veces lo necesito... como mi madre.

12

AZUCENA

Madrid. Verano de 2007. En la casa familiar

Cuando Francisco abandona la habitación de su hijo Fran, Azucena y Violeta corren hacia él. Yace sobre la cama, extendido boca abajo como la piel de un animal atropellado. Un hilo de saliva ensangrentada se extiende por un trozo de colcha arrugada que ha conseguido librarse de caer al suelo.

Las dos mujeres se sientan al borde de la cama.

—Fran, cariño, ¿cómo estás? —pregunta Azucena mientras recorre con la mirada el cuerpo de su hijo—. ¡Tu padre se ha vuelto loco! Lo siento tanto. Fran, mírame.

Intenta girarle para que se incorpore un poco y acurrucarle entre sus brazos, pero Fran ya tiene quince años, ha crecido mucho en poco tiempo y se ha transformado en un chico alto y fuerte. Azucena se da por vencida porque él tampoco hace esfuerzos por levantarse. Aun así, realiza ademán de ir a abrazarle, al menos reclinando su cuerpo sobre el de su hijo, pero también desiste y se limita acariciarle la cabeza.

Piensa que si ella tuviera fuerzas para amenazar a su marido con abandonarle si no cambia de actitud con Fran, quizá reaccionaría y todo sería distinto. Margarita, su hija mayor, una vez, se atrevió a enfrentarse a él. Estuvo a punto de denunciarle por violencia doméstica. Pero Azucena se siente débil para tomar cualquier medida que pudiera alejarla de su marido. ¿Qué sería de ella si Francisco no estuviera a su lado? Se quedaría vacía, indefensa, sin armas para continuar viviendo. Ya son muchos años de convivencia y reconoce que nunca ha dejado de amarle. Lo hace desde que tiene uso de razón. Siempre supo que Francisco y ella estaban destinados a estar juntos, ocurriese lo que ocurriese. Además, su marido es una buena persona. Es fiel y muy cariñoso con ella. Su absorbente trabajo jamás le ha impedido permanecer atento a lo que les sucede, a ella y a sus hijos. Pero es que, justo Fran consigue exasperarle. Piensa que, si este obedeciera a su padre, todo cambiaría.

—Fran —dice con dulzura, en voz baja, casi un susurro, mientras le acaricia la cabeza despacio—, ¿por qué no te defiendes cuando los otros chicos te pegan? Si tú quisieras... eres más alto y fuerte que ellos, sabes kárate, te he visto entrenar junto a la piscina, y con unas cuantas llaves estoy convencida de que los tumbarías a todos. Y a papá, cuando te des cuenta de que le has sacado de quicio... ¿Me oyes, Fran? —Fran no contesta y cierra con fuerza los ojos—. Cada vez que te reprenda —continúa Azucena—, no te pongas de pie delante de él, como acostumbras, mirándole a los ojos como si pretendieras alentarle a que te castigue y te haga daño. Es como si, no sé, como si pensases que te lo mereces por alguna razón. Pero con esos chicos, por favor, defiéndete. Todo esto es muy triste. Estoy segura de que, en estos momentos, papá estará encerrado en su despacho muy arrepentido.

—Déjame en paz, mamá. Vete, por favor —contesta con voz ronca.

Azucena, con la yema de los dedos, le retira la saliva de la comisura de los labios y un mechón de pelo de la frente. Le besa en la cabeza.

—No, Fran. No voy a irme sin saber lo que te ocurre. ¿Por qué nunca te defiendes? Soy tu madre, quiero ayudarte. Por favor, no me dejes así.

—¡No debo pegar a nadie, mamá! —contesta Fran apretando los puños sin moverse—. Tú no lo entenderías —dice con rabia—. Si lo hiciera, no podría controlarme. No podría parar.

—Eso son tonterías —dice Azucena con la misma voz dulce—. Si te refieres a lo que te ocurrió con el chico ese al que le pegaste a la salida de clase, aquello solo te ocurrió una vez. Ahora, claro que podrías parar. Mira, yo no sé qué decirte, tú eres inteligente, el superdotado, y debes encontrar una salida. Esto no puede continuar así. —Intenta levantarle la camisa para verle la espalda—. Deja que te vea por si Rosa y yo te tenemos que curar. Espero que no sea necesario llevarte al médico, porque entonces, es tu padre —vacila— quien saldría perjudicado en esto.

Azucena le levanta la camisa. Observa una línea enrojecida que atraviesa su espalda. Se pone en pie y, con la mano extendida alcanza la puerta, se apoya en el quicio y murmura: «No. No puedo», y se echa a llorar.

Violeta se levanta, se acerca a ella, le rodea la espalda con el brazo y la besa en la frente.

—Mamá, se nota que tienes fiebre. Deja que te acompañe a tu habitación. Te ayudaré a acostarte y te pondré el termómetro.

—No —contesta con la palma de la mano levantada—. No es preciso, gracias. Quédate con Fran. —Con la cabeza agachada, y con temor a desplomarse de un momento a otro, apoya una mano sobre la pared del pasillo. Después, asida con fuerza a la barandilla de la escalera, baja hasta el primer piso, el lugar donde se encuentra su habitación. Se echa sobre la cama boca abajo, en la misma posición que se encontraba su hijo. Cierra una mano y presiona el puño sobre sus labios, como si fuera un bebé insatisfecho. Al igual que ha hecho otras veces, llora de dolor e impotencia. Se gira hacia su mesita de noche, abre un cajón y saca un comprimido de una cajita. Es un tranquilizante. Se lo echa a la boca y lo deposita justo debajo de la lengua. Cuando se disuelve, se tomará también uno de sus analgésicos. Sufre tantos dolores... Algunos médicos dicen que podría tratarse de una fibromialgia, otros que no encuentran causa orgánica que los justifique, y todos acaban recomendándole que acuda a un psiquiatra. «¡Por Dios! ¿Cómo pueden decir eso? ¿Por qué son todos tan incompetentes?». Margarita y Rosa aseguran que datan de cuando falleció su padre, el abuelo; que se agravaron cuando comenzaron los problemas de Fran en el colegio y, sobre todo, cuando su padre se comporta con él de un modo tan intransigente y agresivo. Azucena no aprueba la actitud de su marido, pero sabe que en el fondo lo hace por el bien de su hijo.

Desearía con todas sus fuerzas que sus hijas acudieran a consolarla, o a acompañarla en su llanto, pero Margarita, a raíz de su enfrentamiento con su padre, se marchó de casa, y Rosa está tan ocupada con sus estudios que solo le ofrece su apoyo en contadas ocasiones. Dice que en cuanto tenga la menor ocasión se independizará. La única que se compadece de ella es Violeta, la que algunas veces, cuando intuye que su madre está llorando, acude a la habitación, se acuesta a su lado y se abraza a su espalda. «Mamá, te quiero. No puedes seguir así. Necesitas ayuda», dice.

Margarita y Rosa insisten en que su salud mejoraría si ella retomase con ahínco su trabajo, del cual se ha ido desentendiendo con el paso del tiempo. Pero ¿cómo va a confesarles el verdadero motivo? ¿Cómo hacerles comprender que ella necesita estar al lado de su marido siempre, sobre todo ahora que él atraviesa tan malos momentos? Debe sentirse tan triste, tan arrepentido, tan aterrado...

13

PATOS Y PECES

Ayer resultó un día durísimo para todos. El castigo que Amparo impuso a Josefina había terminado, pero mi decisión ya estaba tomada.

¿Cómo pude ser tan ingenua e imprudente?

Sabía que implicaba someterme a un grave riesgo, pero si me hubiese mantenido al margen, mi sentimiento de culpa lo hubiese arrastrado siempre.

Todavía pienso que hubiera resultado más adecuado hablarle a Vicenta del espectáculo al que asistí el primer día, pero ¿qué pruebas tenía de lo que había sucedido, o de mis terribles sospechas, para poder denunciar a esos hombres?

Mi plan era el siguiente: la primera mañana que Josefina volviera a salir a pasear, me las arreglaría para acompañarla. Segundos antes de llegar a la pinada, sacaría el móvil de mi bolsito de bandolera, pondría en marcha su grabadora y lo guardaría con cuidado. Demostraría así que le ofrecían alcohol, sus burlas, sus malintencionados juegos verbales, y quizá esos indicios de «algo más» que me aterrorizaba pensar. Después entregaría las grabaciones a Vicenta. Estaba segura de que ella decidiría lo mejor para todos.

Por fin, llegó el momento. Ayer, con fingida espontaneidad, una vez más, salí a pasear con Josefina. Al recuperar su libertad actuó de la misma manera que si fuera un pajarillo cautivo al que alguien abre la puerta de la jaula. Se mostraba eufórica. Necesitaba correr. Ni siquiera apreció mi compañía. Ni siquiera realizó sus visitas rutinarias. Tampoco consideró que traspasaba las señales y que cruzaba la carretera de manera temeraria, ni respondió a mis repetidas llamadas mientras corría tras ella, internándome en el bosque.

—¡La cerveza!, ¡la cerveza! —exclamó al llegar a su pinada.

Con disimulo, puse en marcha la grabadora.

—Te hemos echado mucho de menos, guapa —le dijo el más joven. Y añadió—: ¡Ah!, María!, me alegro de que vengas tú también —Y yo le sonreí.

Todo se desarrollaba como era de esperar: saludos cordiales, tomar asiento y ofrecernos de beber. Josefina no esperó a que extrajeran su anhelada cerveza de la nevera y se la sirvió ella misma. Comenzó a beber con tanta ansia que algunos chorros se le desparramaban por el cuello empapándole el vestido.

Sin embargo, en esta ocasión, me pareció llamativo que la actitud que manifestaban hacia nosotras fuese demasiado correcta, demasiado artificial. Era evidente que su conducta resultaba el fruto de un previo acuerdo. Bebían sin reparos, pero a Josefina se negaron a darle la segunda lata. A mí solo se dirigían lo justo y apenas me miraban, como si les incomodase mi presencia. Me pregunté cuál habría sido su comportamiento con ella si hubiese llegado sola como de costumbre. Tenía que hacer algo.

—Creo —dije— que hoy sí que me apetece una cerveza bien fría. Hace demasiado calor. —Y con fingida naturalidad, sacudí con los dedos el escote de mi vestido con intención de abanicarme el pecho. Me levanté y, con aparente soltura, me incliné hacia la nevera de Agustín para apropiarme por mí misma de una de las latas, con la intención de enseñarles las tetas.

—Yo creía que no te gustaba la cerveza —se apresuró a contestar Agustín, observándome sin disimulo alguno.

—Sí que me gusta —afirmé, al tiempo que me sentaba de nuevo en el banco—, pero es que el otro día me sorprendió muchísimo que le ofrecieseis alcohol a una persona como —fingí titubear— ella. Os dije que no podía beber, y no me hicisteis ningún caso. Estaba muy cabreada. Luego, comprobé que —volví a titubear—, bueno, que no parece que le sienta tan mal como dice su madre. Así que...

—Pues, claro que no —respondió Agustín, muy sonriente—. A Josefina no le sienta mal, nada mal —subrayó con retintín. Tragó saliva.

La cerveza se encontraba casi congelada. Me la coloqué sobre el pecho y cerré los ojos suspirando inocentemente.

—¡Qué gusto! —dije—. Soy de Madrid, y este calor húmedo de Valencia me parece insoportable.

Cuando abrí los ojos, los tres hombres se encontraban extasiados observando a través de mi vestido mis pezones endurecidos por el frío.

Solo pretendía dar un par de sorbitos, es decir, mojarme un poco los labios. Sin embargo, mi esfuerzo en corresponder con sentido del humor a sus bromas machistas provocó que, sin darme cuenta, la lata acabase completamente vacía. El corazón me dio un vuelco cuando percibí que las burbujas que había ingerido revoloteaban por mi cabeza como pompas de jabón.

Era muy consciente de que necesitaba escapar de allí cuanto antes.

Ya.

Porque, en realidad, soy yo quien jamás debe probar el alcohol.

Demasiado tarde.

Josefina decía algo, ellos decían algo, yo decía algo; Josefina se reía, ellos se reían, yo me reía y había perdido el control de mis actos. Me sentía cada vez más vulnerable. Y lo peor de todo: era posible que al día siguiente apenas recordase lo sucedido.

Distintas frases revoloteaban a mi alrededor adquiriendo un sonido reverberante.

«Creo, Agustín, que con un poco de suerte hoy vas a jugar con las dos». Risas. «Este no puede con tanto». Risas. «Con las dos y con más, maricón». Risas, risas... risas. Percibí el aliento de Agustín en mi cuello y sus labios sobre mi oreja.

—Eres demasiado guapa, María. Una chica como tú debería estar reservada solo a un tío como yo.

—O como yo —dijo Basilio—. ¿No te jode?

Al parecer, Agustín se había sentado pegado a mí, en uno de los lados de mi banco, y Basilio se había sentado al otro.

Uno de ellos me apartaba unos mechones de pelo humedecidos por sus babas.

—¿Quieres jugar? Nos has dado una sorpresa, reina. —Sentí cómo me giraba la cabeza. ¿Aquello era una lengua? Un pellizco en un pezón me alertó de que una mano áspera se había adueñado de uno de mis pechos. Unos dedos ascendían por mi muslo como soldaditos de plomo en busca de su trinchera.

—Anda, ven con nosotros —dijo Agustín. Me cogió de la mano y tiró de ella sin conseguir que me pusiera en pie. Basilio pasó su brazo por debajo de mi axila y consiguió levantarme.

—Vosotros sois viejos y feos —creo que dije—. Prefiero al chico rubio. Es muy guapo.

—Venga, tíos, dejadla en paz —dijo este—. Está borracha.

—¡Dejadla en paz! ¡Está borracha! —repetía Josefina.

—¿Qué te pasa hoy, Paco? ¿No quieres participar? —intervino Basilio—. Pues haz callar a la

tonta y solo miras.

—Ven, María —dijo Agustín—. Vamos a enseñarte una zona de La Albufera en la que verás unos patos con unos picos muy especiales. Seguro que no los has visto. Te van a gustar mucho. No te arrepentirás.

A pesar de mi estado, era consciente de lo que estaba ocurriendo, de que, a pesar de que tiraban de mí hacia no sabía dónde, me reía, de que no era capaz de ejercer resistencia. Los pinos, los arbustos, los cañaverales, e incluso ellos, parecían disolverse a mi alrededor. No podía hablar de manera coherente. Conocía muy bien que los efectos del alcohol actuaban sobre mí con extraordinaria rapidez, y que, a partir de cierto punto, me transformaba en una muñeca de trapo guiada tan solo por mis impulsos más estúpidos. Sin embargo, también sabía que sus efectos más potentes me abandonaban en un pequeño espacio de tiempo. Pero ¿al cabo de cuánto esta vez? ¿De verdad aquello estaba sucediendo? ¿De verdad aquello iba a suceder?

—¡No! —pronuncié en voz baja, pero cada vez de manera más alta y clara:— No..., No... ¡No!

—¡Ella no quiere jugar! ¡Soltadla! —gritó Josefina dándoles puñetazos y patadas—. ¡No la toquéis más! ¡No quiere jugar! ¡No quiere jugar!

Basilio y Agustín me soltaron para contener a Josefina, perdí el equilibrio y me caí al suelo.

Paco se levantó de su banco y entre los tres intentaron sujetarla, pero ella se revolvía cada vez con más fuerza. Pronunciaba palabrotas, algunas aprendidas de las que escuchaba decir a los compañeros de Federico cuando perdían alguna de sus partidas.

—¡Estate quieta o te pego una ostia! —le gritó Agustín.

—No le peguéis, por favor —supliqué desde el suelo—. Josefina, cariño, tranquilízate. Ayúdame a levantarme. Vámonos.

Josefina me agarró con fuerza de los dos brazos, pero las piernas me temblaban. No era capaz de mantenerme en pie.

Los tres hombres discutían entre ellos. Josefina, muy excitada, continuaba agrediendo a base de patadas y manotazos. Paco, el más joven, decía que sus juegos habían llegado demasiado lejos. Basilio comentaba que mi modo de reaccionar a una simple cerveza no era normal y que, seguramente, estaría trastornada. Sin embargo, Agustín insistía en que tan solo fingía, que a él nadie le tomaba el pelo, y que me merecía lo que me hiciesen. Basilio y Paco le culpaban del estado de Josefina y que, por tanto, debía de ser él quien se responsabilizara de nosotras.

Agustín, puño en alto, amenazaba e insultaba a sus compañeros para que no le dejaran solo, pero no pudo evitar que se marchasen. De esa manera, cesó parte de la algarabía. Sin embargo, Josefina permanecía excitada, repitiendo de carrerilla, esta vez, los mismos insultos que momentos antes había escuchado. Intenté calmarla, pero de mí boca tan solo salían sentencias infantiles.

—Mira, reina —Agustín se agachó y me habló en voz baja—, no quiero que cuentes a nadie lo que ha pasado aquí. Me refiero a la trifulca que ha montado esta, claro. —Señaló a Josefina con desprecio—. No ha pasado nada más. Todo ha sido un juego sin maldad alguna. Espero que no lo malinterpretes. Nos hemos reído un rato, ¿verdad? Voy a traer el coche. Está muy cerca. Cuando vuelva os llevo al pueblo, pero os bajaréis a la entrada, porque yo tengo que volver al trabajo y no puedo perder más tiempo.

Estaba claro que pretendía evitar a toda costa que alguien pudiera verle con nosotras.

—Claro —asentí, para que se marchase cuanto antes—, solo... estábamos jugando. No... No tiene importancia.

Poco después, Josefina se encontraba mucho más tranquila, y yo mucho más lúcida. Con la

mayor delicadeza de la que fui capaz, le pedí que huyésemos de allí, que debíamos darnos prisa en regresar al pueblo, porque me daba mucho miedo subir al coche. Comenzamos a caminar, pero al cabo de unos minutos, lo vimos acercarse a través de un camino polvoriento.

—Subid —nos indicó cuando llegó a nuestra altura.

—No es necesario, gracias, de verdad —dije fingiendo amabilidad—. Volveremos andando.

—Andando —repitió Josefina, varias veces.

—Subid. ¿No ves que no puedes caminar en línea recta y así no vas a poder cruzar la carretera? ¿Quieres que os atropellen? Lo que me faltaría a mí. Que esta contara algo entonces —dijo señalando a Josefina— No me hagáis perder más tiempo, joder.

—He dicho que no vamos a subir. Déjanos en paz.

Agustín conducía a nuestra altura con la ventanilla bajada, ajustando la velocidad a nuestros pasos. Nos adelantó unos metros y comenzó a jugar con nosotras: frenaba en seco, fingía que se iba a tirar a una acequia, o conducía en zigzag para cortarnos el paso. Y así una y otra vez. Parecía divertirse mucho con nuestros sobresaltos. Se reía a carcajadas y se envalentonaba con sus giros cada vez más numerosos y pronunciados. Finalmente se acercó a mí, sacó el brazo por la ventanilla y me agarró con fuerza de la muñeca.

—¡Suéltame! —grité mientras le arañaba el dorso de la mano.

Agustín bajó del coche y pegó un portazo.

—¿A qué vienen esos humos? Venga, que subáis al coche he dicho, coño —añadió mientras me agarraba del brazo.

—¡No me toques! —dije revolviéndome. En ese momento, mi móvil, cuya grabadora seguía funcionando, se me cayó del bolsito. Agustín lo recogió, pero cuando iba a entregármelo, se dio cuenta de que la grabadora estaba funcionando.

—¿Qué es esto? —dijo—. ¿Estás grabando, hija de puta? —Apretó la mandíbula, estampó mi móvil contra el suelo y lo pateó varias veces. Acto seguido, lo recogió y lo lanzó, furioso, a una acequia—. ¡No quiero veros más por aquí! —gritó, zarandeando esta vez a Josefina—. Y como contéis a alguien que habéis estado con nosotros, por mis cojones que acabareis las dos durmiendo con las tencas. —Alzó la mano sobre la cabeza de Josefina de manera amenazante, y a continuación me tiró a mí del pelo—. ¡¿Estabas fingiendo, verdad, guarra?!

Me soltó y me empujó. Se introdujo en el coche, encendió el motor, aceleró con furia y se alejó levantando una nube de polvo.

Percibí el dolor pulsátil en la parte del cuero cabelludo que Agustín acababa de violentar tirándome del pelo. Me agarré a la barandilla de un puente. El terror que sentí en aquel momento me paralizó. Apareció de nuevo aquel estado de adormecimiento y desconexión: me costaba respirar. Escuchaba explosiones que me desmenuzaban el cerebro. Sirenas. Luces intermitentes. Unas figuras humanas se acercaban a mí para devorarme. Alguien envolvía mi cuerpo desnudo en una toalla de florecitas, mientras yo reía divertida. Un llanto desgarrador aturdía mis oídos. Era el de mi madre.

Abrí los ojos. Parecía que me había despertado de un profundo sueño. Me encontraba tendida en el suelo. Josefina tiraba de mi brazo para intentar levantarme. Eché mano del bolsito en el que guardaba el móvil y recordé que Agustín me lo había arrebatado. En cuanto me puse en pie, mi primer impulso fue correr a buscarlo. ¡Qué idiotez!, pensé.

El camino de regreso al pueblo me resultó lento y pesado. A la entrada, existe un parquecito con unos bancos. Convencí a Josefina para que nos sentáramos porque me dolía mucho la cabeza. Sabía que llegaba muy tarde al trabajo y temía las consecuencias, pero necesitaba hablar con ella con la máxima serenidad posible. Debía aclarar lo que sucedía entre ella y esos hombres

cuando iba a visitarles. La proximidad a las primeras casas del pueblo me otorgaba cierta seguridad por si se alteraba.

Accedió a sentarse. Para romper el hielo, le hablé del ramo de flores que me gustaría confeccionar con ella alguna vez y le di las gracias por haberme protegido. Intentaba discernir cuál sería el momento oportuno para sonsacarla. Finalmente, sin rodeos, afirmé que, si volvía a ir a buscarles, o a aceptar su compañía, o a empujarme, no volvería jamás a pasear con ella.

Josefina frunció el ceño.

—¿Y ya no serás mi amiga?

—No. No seré tu amiga. Esos hombres son malas personas, se burlan de ti. —No sabía de qué manera explicárselo—. Y hoy han intentado hacerme a mí cosas muy malas. No comprendes lo que te digo, ¿verdad? Por favor, Josefina, dime lo que te hacen a ti, y lo que haces tú.

—Hago cosas muy malas.

—No, tú no haces nada malo, pero ellos hablan de sexo y tú no lo entiendes..., aunque ellos dicen que sí y... habláis de jugar a algo, y tú dices no sé qué de unos patos y entonces me miran y se ríen.

Se levantó.

—¡No, Josefina! —exclamé. Tiré de su brazo y la obligué a sentarse—. ¡No voy a dejarte ir! ¿A qué juegas con Agustín?

—A patos y peces.

—No te entiendo, Josefina. —La sujeté por los hombros y la obligué a mirarme—. Dime la verdad, por favor. ¿A qué juegas?

—A patos y peces.

—¿Ellos te han dicho que si te preguntan digas eso?

—No quiero dormir con las tencas.

—Pero, Josefina, explícamelo. ¿Cómo se juega a eso, en realidad?

—Me da dinero para comprar cromos de futbol.

—¡Te da dinero! ¿Por qué? —Me invadió un sudor frío.

—¡Mamá me pegará una paliza! ¡Agustín ha dicho que si lo cuento dormiré con las tencas! ¿Se lo vas a decir a mamá?

—No, cariño. Si me dices cómo se juega a eso, no se lo diré a mamá. —Josefina guardó silencio. Por un momento, temí que se marchara o me agrediera—. Además —proseguí con fingida sonrisa—, a lo mejor a mí también me gustaría jugar a lo mismo que tú. ¿Qué tengo que hacer? ¿Cómo lo haces tú?

—Agustín y yo nos acostamos en la hierba.

El corazón me dio un vuelco.

—Y Basilio y Paco —apenas me salía la voz—, ¿también se acuestan contigo en la hierba?

—No. Ellos nos miran. A mí me gusta acostarme en la hierba y jugar. ¿Jugarás conmigo y con Agustín? Te dará dinero y podrás ir a Valencia a comprarte vestidos.

Sentí náuseas. Vomité.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? —Me agarró el brazo y lo zarandeó—. ¿Jugarás con Agustín?

—No voy a jugar con él y tú tampoco vas a jugar más. Tu madre... —Intenté contener las náuseas—... debe estar enterada de lo que haces —susurré para mí—. Es imprescindible que lo sepa.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó Josefina—. ¡Estás loca! —Se levantó y echó a correr en dirección al centro del pueblo.

El trayecto hasta el restaurante me resultó interminable. Caminaba como si arrastrase sobre mis espaldas un saco de piedras. Me sentía aterrorizada, dolorida y aturdida. El estómago se me contraía y daba arcadas. Mi ropa estaba sucia y mi piel, maloliente.

A duras penas, conseguí subir a casa y meterme en la ducha. Me senté sobre un taburete y me froté la piel con fuerza mientras el agua fría me golpeaba la cabeza. Sin embargo, cuando salí de ella continuaba sudando, con las mejillas enrojecidas y con la sensación de que todavía apestaba al sudor de aquellos hombres. Me vestí y acudí al restaurante. Era muy tarde.

Ahora, mientras escribo esto, me pregunto si, realmente, todo sucedió de ese modo. Temo que, en aquellas extrañas circunstancias en las que me encontraba, haya olvidado algunas cosas, o rellenado las lagunas de memoria con falsos recuerdos. Lo que más me asusta es la posibilidad de que hayan llegado conmigo más lejos de lo que pueda recordar. No obstante, creo que no habrá sido así, porque me he explorado la vulva y la vagina, y no observo ni siento nada extraño.

No me siento capaz de continuar escribiendo esto. Necesito dejarlo.

14

LLANTOS

He demorado varios días el momento de continuar escribiendo lo que sucedió aquel día cuando regresé al restaurante.

A pesar de que acababa de ducharme en mi casa, continuaba sudorosa, jadeante, agotada. Me dejé caer sobre una de las sillas de la entrada, crucé los brazos sobre la mesa y apoyé la cabeza.

Vicenta y Federico se encontraban enzarzados en una de sus discusiones. Federico, como siempre, permanecía sentado a la mesa con sus compañeros de partida. Vicenta, de pie junto a él, se mostraba cada vez más enrabietada ante la pasividad de su marido:

—Solo te he pedido que vayas a por la harina. ¿Con qué voy a hacer la tarta, con lentejas?

—No pasa nada, cariño... ¡Ay! ¡Aquí esta!... ¡Un cinco! —Estampó una ficha de dominó sobre la mesa—. A ver qué haces ahora. —Miró burlón a su compañero de al lado, y se rio.

—¡Sinvergüenza...! —exclamó Vicenta.

—Haz un pudín de fruta, preciosa mía, que he visto por ahí pan duro y alguna manzana que se te está pasando. ¡Mira! —Estampó otra ficha—. Una blanca. Y fin de la partida porque me voy a por la harina.

Vicenta resopló, giró la cabeza y se fijó en mí.

—Llegas tarde. ¿Qué te ocurre? —Se inclinó hacia mí y me tocó la frente—. Estás pálida y empapada de sudor. ¿No te encuentras bien?

—Perdona, Vicenta. —Levanté la cabeza, la miré e intenté recomponer la postura—. Ya sé que he llegado tarde. Es que estoy un poco —titubeé— mareada. Josefina y yo... hemos dado un paseo... demasiado largo.

—Pues, hace mucho calor a estas horas, y hoy ha salido uno de esos días pegajosos que bajan la tensión. —Se colocó detrás de la barra, llenó un vaso de coca-cola e introdujo en él varios cubitos de hielo. Abrió una bolsa de patatas fritas, extrajo de una orza unas aceitunas y me las sirvió—. Toma, bebe un poco y come. Te recomfortará.

—Muchas gracias. Lo siento.

—Y digo yo que...—se sentó a la mesa frente a mí— de este o de otros paseos, no tendrás nada que comentarme, ¿verdad?

Volví a sentir náuseas.

—¡No, no! Qué va. Nada.

—Vale. Dejemos la conversación. Ya hablaremos cuando estemos las dos solas. —Señaló con la mirada a los compañeros de dominó de Federico, se levantó y se metió en la cocina.

La cafeína y el azúcar del refresco junto con la sal de las patatas y de las aceitunas consiguieron que recuperara las fuerzas suficientes para incorporarme al trabajo.

Josefina se encontraba en la cocina sentada en su mesita de madera. Arrancaba las hojas de una revista, las doblaba una y otra vez sobre sí mismas y cuando conseguía convertirlas en un puntito, las lanzaba a un cubo. La mayoría de ellas caían fuera.

—¡Quiero que María se vaya a Madrid! —exclamó al verme—. ¡Quiero que María se vaya! —repetía una y otra vez.

—¿Y eso, por qué? —preguntó Amparo—. ¿Qué pasa? ¿Habéis discutido?

—Quiero que se vaya a Madrid.

—¿Qué ha pasado, María? —me insistió Amparo.

—En realidad —tomé aire—, no ha pasado nada. Hemos discutido por una tontería y —vacilé —... ella empezó con sus retahílas, y yo le he levantado un poco la voz. Lo siento mucho.

—¡Quiero que se vaya!... que se vaya... que se vaya...

—Tranquilízate, Josefina —dijo Vicenta esforzándose en mantener un tono de voz bajo—. María se irá a Madrid cuando llegue el momento, pero se irá, ¿verdad, María, que te vas a ir? —Me dirigió una mirada de complicidad.

—Claro que sí. Me voy a ir.

—Ahora, ahora, ahora... Vete a hacer la maleta... la maleta, la maleta...

Callé. Con disimulo, me escapé de la cocina y me dispuse a preparar las mesas.

Desde el comedor, escuchaba cómo Vicenta y Amparo intentaban por todos los medios tranquilizar a Josefina. Amparo la amenazó con castigarla sin paseos y no comprarle más cromos, pero resultó inútil.

Federico regresó con el saco de harina, lo llevó a la cocina y acudió a sentarse con sus compañeros de dominó a los que había dejado huérfanos durante un tiempo. Escuché el repiqueteo de las fichas cuando se removían antes de comenzar a repartirlas. Pero a los pocos segundos, al percibir Federico el constante soniquete de su sobrina, chasqueó la lengua y, con gesto preocupado, se levantó y se dirigió de nuevo a la cocina.

Por mi parte, me había propuesto permanecer en la sala el mayor tiempo posible para mantenerme alejada de Josefina. Remoloneé con la simétrica colocación de los bordes de los manteles, frotar los vasos y los cubiertos para abrillantarlos como a espejos, y repartirlos después con tanto esmero como si preparase la mesa para una cena de gala. Cuando llegó el momento de rellenar las vinagreras, no me quedó otro remedio que regresar a la cocina.

—Josefina, mira —decía Federico. Se sacó del bolsillo unos sobres de cromos de fútbol—. Si te callas, te los doy.

—Me callo —dijo. Extendió la mano y, una vez obtenidos, tiró con brusquedad del cajoncito de debajo de la mesa en el que guardaba su álbum. Lo extrajo, lo abrió, lo extendió y se dispuso a rasgar los sobres.

—Este cromo está repe, y este repe... repe... repe —decía después de compararlos con los que tenía pegados cuidadosamente en el interior de su álbum. Los estrujó con la mano y los estampó contra la pared.

—¡¿Qué te pasa hoy?! —preguntaron a coro los tres.

Vicenta suspiró y negó varias veces con la cabeza.

—Milagro será que hoy no vayamos a tener fiesta —dijo con retintín.

Durante unos instantes, Josefina se mantuvo en silencio y, cuando pensé que aquella tortura cansina había terminado, pronunció una frase nueva:

—María está loca. María no quiere ser mi amiga. María no quiere jugar.

Intenté mantenerme al margen, con gesto inexpresivo, como si aquello no fuera de mi incumbencia. Amparo, Vicenta y Federico me observaban y, a continuación, se miraban unos a otros con gesto interrogante. Me sentía como una olla a presión.

—María no quiere jugar —repetía Josefina una y otra vez—. Yo quiero jugar. María no quiere jugar y se cae al suelo. María está loca. María no quiere ser mi amiga. María no quiere...

—¡María no quiere aguantar a tíos guarros! —Me tapé la boca con la mano.

Mi comentario les dejó de piedra. Vicenta se detuvo con una cazuela de *all i pebre* en las

manos. Federico apenas respiraba. Sus miradas se depositaron en Amparo, que, con gesto crispado se abalanzó sobre su hija. La agarró del brazo y tiró de él.

—¿Qué es eso de «tíos guarros»?! ¡Contesta! ¿Quiénes son? Y tú, María, ¡habla!

Josefina intentó desasirse de su madre sin conseguirlo.

—¿Te he preguntado que quiénes son! —insistió Amparo mientras la zarandeaba.

—Amparo, no. Déjala, por favor —supliqué mientras me interponía entre las dos para separarlas.

Amparó me apartó con brusquedad.

—¿Quiénes son?! —insistió en preguntar a su hija agarrándola del pelo.

—¡Ay!

—¡Contestad las dos ahora mismo, que os mato!

—¡Pero deja a la chica! ¡Que la sueltes, loca! —repetían Federico y Vicenta.

—¡Ay! —volvió a quejarse Josefina—. Agustín, Basilio, Paco...

—¡A esos no los conozco! —Amparo le soltó el pelo a su hija—. Seguro que no son del pueblo. ¡Te he dicho muchas veces que no quiero que te juntes con hombres! —Volvió a zarandearla. Le levantó la mano con gesto amenazante, pero se detuvo cuando Federico soltó una blasfemia.

Vicenta le miró.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó—. ¿Los conoces?

—Me parece que sé a los que se refiere. Sinvergüenzas. Y Agustín, ¡menudo pájaro!

—No, no pasa nada —interrumpí con la intención de que no alterasen aún más a Josefina—. Algunas veces nos los cruzamos en algún camino, buscan un poco de sombra y se sientan a almorzar. Nos ofrecen algún refresco y charlamos de todo un poco.

—¿Qué?! —Amparo me miró con los ojos tan desorbitados que temí que me pegase—. ¡Y son «guarros», ¿no?! —dijo Amparo simulando voz ñoña, y gesticulando de manera histriónica.

—Bueno, dicen algunos tacos y...

—Patos y peces... patos y peces —repetía monótona como un disco rayado.

—¡No empieces otra vez con el sonsonete, que te mato! —dijo Amparo.

—Quiero jugar con Agustín.

Amparo le dio un cachete.

—¡No por favor! —grité—. No juega a nada... Solo es que... —No sabía que decir— traspasa un poco las señales, pero...

Sin que me diera tiempo a reaccionar, Josefina se giró hacia mí y me estampó tal bofetada que me hizo perder el equilibrio y caer sobre una banasta de anguilas. En décimas de segundo imaginé que me había precipitado sobre un nido de víboras. Grité. Federico acudió en mi ayuda y me levantó.

—No es nada, María —dijo mientras yo, temblorosa, me palpaba el cuerpo para comprobar si alguna de ellas, como una sanguijuela, se había adherido a mi cuerpo para chuparme la sangre—. No te pongas nerviosa que esos bichos no muerden si no los molestan. Luego te duchas y ya está. No tienes nada en la cara. En el pelo tampoco. Venga, siéntate aquí. Así, detrás de mí.

Un olor a tomate frito quemado, invadió la cocina. Vicenta corrió a retirar del fuego la sartén, pero Josefina se le adelantó y le pegó un manotazo. El tomate saltó por los aires y antes de caer al suelo, alcanzó a cubrir de rojo los cuencos de natillas que descansaban junto al frigorífico.

Amparo se abalanzó de nuevo contra su hija y la emprendió a palos con ella, mientras Josefina se cubría la cara con los brazos. Vicenta y Federico se esforzaban en separarlas; pero resultaba difícil por la corpulencia de Amparo y su fuerza acrecentada por la ira. Con el forcejeo para

liberarse de su hermana y de su cuñado, resbaló sobre el tomate y se cayó al suelo. Gritó. Los compañeros de dominó de Federico, que hasta entonces se habían mantenido al margen, alarmados, se levantaron de la mesa y acudieron a la cocina. Al contemplar el espectáculo, se afanaron en ayudar a Amparo a ponerse en pie, pero las suelas de sus zapatos la hacían resbalar una y otra vez sobre el aceite del tomate.

—¡Estás castigada! —gritaba con la respiración agitada y el rostro enrojecido—. ¡No volverás a salir en lo que te quede de vida! ¡Sinvergüenza!

Josefina corrió hacia un caldero y levantó la mano con muy malas intenciones.

La agarré por detrás y, con todas mis fuerzas, conseguí evitar otro desastre. A pesar de sus patadas la arrastré hasta la sala, mientras Amparo, inmovilizada por todos los demás, continuaba profiriendo insultos y amenazas.

Vicenta aprovechó la contención física que Federico y sus compañeros otorgaban a su hermana, salió de la cocina y cerró con llave las dos puertas del restaurante. Se dirigió hacia nosotras, pronunció al oído de su sobrina algunas frases tranquilizadoras y le pidió que se sentase.

Josefina obedeció y, con los brazos cruzados sobre el estómago, comenzó a balancear el tronco hacia adelante y atrás mientras balbuceaba: «Agustín... patos y peces... castigada... dormiré con las tencas».

—Hacía muchos años que no le daba una de estas crisis —dijo Vicenta para sí.

—Esta noche —le dijo a Josefina—, te vas a quedar conmigo y con el tío. Y nada de dormir con las tencas. María, toma estas llaves —me dijo—. Ve a casa de Amparo. Entra, ve a su habitación y abre el cajón de su mesita de noche. Dentro verás unas pastillas. Tráelas. Se llaman Ciprés o algo así. Hace tanto tiempo que no las necesitaba que ni me acuerdo del nombre.

—Zyprex, quizá.

—Sí, eso es. Comprueba que no estén caducadas y ven enseguida. ¡Ah! Y dile a Federico que vaya a buscar a Paquita para que venga y limpie todo el estropicio.

—No tardaré.

Después de avisar a Federico, corrí hacia casa de Amparo. Introduje la llave en la cerradura de su puerta y la abrí. La casa parecía distinta a la que había conocido el día de la merienda. Las ventanas cerradas para evitar el calor del mediodía acentuaban el característico olor a la madera de muebles.

Entré en su habitación. Me sentí como la invasora de una intimidad prohibida, una ladrona que pretende apropiarse de algo que no le pertenece. Abrí el cajón de su mesita de noche. Tuve que remover su contenido varias veces para encontrar la caja de pastillas a las que se refería Vicenta. Se encontraba oculta al fondo, escondida en el interior de una bolsita de tela raída.

Mi mirada se detuvo en una antigua lata de latón. Una curiosidad morbosa me incitaba a destaparla. El corazón se me aceleró. Con manos temblorosas retiré la tapadera. En su interior, encontré unas notas sueltas de papel muy arrugado. Parecían de esas que después de haber sido estrujadas con saña, te arrepientes de haberlo hecho e intentas alisarlas de nuevo con los dedos: «Te quiero. Nos vemos a las 12 en la puerta de la iglesia de San Vicente. Te esperaré hasta la 1. No tengas miedo». Y en otro: «Escápate hoy. Lo tengo todo preparado. Di a tus padres y a tu hermana que vas a pasar el día en casa de tu amiga Lolita la de la Plaza de los Patos. Nos vemos a las 8 de la mañana en la puerta de la iglesia de Santa Catalina. Haz lo que sea por ir, por favor. Es lo mejor. A tu edad es arriesgado. Ah, y no te olvides de romper estas notas cuando las hayas leído. Sabes que no quiero usar el móvil. Mi mujer...». No quise continuar leyendo.

En el fondo de la caja distinguí unos sobres con el membrete de un Hospital. Los abrí.

Reconocí unos informes médicos perfectamente doblados. El papel emitió al extenderse un sonido apergaminado, como si se tratase de una queja por estar siendo profanados. En un primer momento, pensé que pertenecerían a Josefina; pero no eran de ella, sino de Amparo. Mi mirada se deslizó con rapidez sobre ellos. Saltaba de un renglón a otro de manera desordenada, sin detenerme demasiado, intentando comprender. Las hojas me quemaban tanto las manos que acabaron en el suelo. Las recogí y me dispuse a guardarlas, pero, si antes había abierto la caja con relativa facilidad, ¿por qué ahora la tapadera se resistía a encajar? Después de varios intentos, a punto de darme por vencida, conseguí cerrarla. ¿Dónde estaba el envase de pastillas? ¡El envase de pastillas había desaparecido! El aire que respiraba no conseguía saciar mi sensación de asfixia. Abrí la ventana e inspiré profundamente. Una, dos, tres, cuatro... Inútil. Cinco, seis, siete... demasiados, tantos que los dedos de ambas manos se me agarrotaron. Acudí a la cocina y rebusqué en el interior de los armarios hasta encontrar una bolsa de papel. Me la ajusté alrededor de la boca y respiré varias veces en su interior. Más repuesta, regresé a la habitación de Amparo. Abrí de nuevo el cajón. Nada. Ojeé a mi alrededor. Nada. Me arrodillé para buscarlo por debajo de la cama. Nada. Me giré, me agaché un poco más y, por fin, lo encontré debajo de la mesita de noche. Lo recogí. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que me marché del restaurante? No era capaz de calcularlo. Quizá demasiado. La imagen de Vicenta apareció en mi cabeza como un médico competente en el que todos confían. Comprobé la validez de la fecha de caducidad de la medicación y me guardé la caja de pastillas en el bolsillo. Me dirigí hacia la puerta, y la cerré con sigilo, como a uno de esos libros censurados, cuya lectura conlleva malas consecuencias.

Regresé al restaurante y le entregué a Vicenta la caja de pastillas.

—¿Cómo has tardado tanto? ¿Te has perdido? —me señaló Vicenta al tiempo que extraía un comprimido de un blíster.

—Es que no encontraba las pastillas.

Vicenta consiguió que Josefina, abriera la boca.

—Conozco este medicamento —dije—. Que no se lo trague. Es mejor que lo mantenga en la boca hasta que se disuelva. Así actuará más rápido.

—Ay, María —suspiró Vicenta—. Eso, por desgracia, ya lo sé.

Poco a poco, la letanía que pronunciaba Josefina se convirtió en balbuceos. Vicenta y yo la conducíamos a la casa, la desvestimos y, a los pocos minutos de acostarla, se quedó dormida.

Vicenta me pidió que me quedara a vigilar a su sobrina hasta que Federico acudiera a relevarme. Habíamos recibido muchas reservas para la cena y me necesitaba. Celebraban un homenaje a alguien que acababa de jubilarse. El menú que habían encargado era bastante variado. Por si fuera poco, le habían pedido una de sus famosas tartas de calabaza, boniato y frutos secos.

Federico era un hombre tranquilo y alegre. Sin embargo, cuando acudió a sustituirme apareció encorvado, con ojos gachos y expresión apesadumbrada. Observó a Josefina y comenzó a negar una y otra vez con la cabeza mientras recitaba en voz baja exabruptos en valenciano. «Jugar con Agustín... nada menos que con Agustín, ese malnacido... ese bicho... Esto no se va a quedar así. Y los otros...», «Hijos de puta», «Yo los mato». Y entonces, sentí miedo. No por su sobrina, sino por él.

—Vete, María —dijo—, que le haces mucha falta a Vicenta, bonita. Tu llegada aquí ha sido providencial. Eres... —Se le quebró la voz—. Eres como un bálsamo para ella, por muchas jarras de sangría que destroces.

—¿Yo, un bálsamo? —dijo sorprendida, con la mano sobre el pecho.

Federico asintió con la cabeza.

—Anda, corre —dijo con voz quebrada mientras señalaba la puerta.

Regresé al restaurante. Los amigos de Federico se habían marchado. La televisión estaba apagada. Entré en la cocina, alcancé el delantal y me lo puse en silencio. El suelo estaba limpio. Las dos hermanas, con gesto serio, se mantenían concentradas en sus quehaceres, calladas. Solo se escuchaba el repiqueteo que Vicenta provocaba al remover las conchas de las almejas para limpiarlas de arena, y el casqueo de los huevos que Amparo rompía para separar las claras de las yemas. Algunas de las cáscaras se le cayeron dentro del recipiente. Un huevo se le escurrió de las manos y se estrelló en el suelo. Lo limpió de mala manera y continuó la tarea. Se había cambiado de ropa. Vestía una especie de babi abotonado por delante, estampado con colores oscuros que le otorgaban el aspecto de una mujer de documental de la postguerra.

No podía dejar de mirarla. Me daba mucha pena. «Si ella supiera lo que acabo de hacer, si ella supiera que yo lo sé...». Por otra parte, ¿cómo había sido yo capaz de profanar su intimidad? Me sentía arrepentida de lo que había hecho y muy culpable. Extraje unos mejillones del frigorífico, los deposité sobre la encimera y me dispuse a limpiarlos, pero cambié de idea.

Me acerqué a Amparo con gesto amable.

—¿Te ayudo con los huevos?

—¡No! Desde que has llegado, no haces más que meterte donde no te importa. ¡Deja en paz a mi hija! No quiero que vuelvas a salir con ella. Ni la mires. Si quiere jugar con los patos, por mí que lo haga. Ahora bien, por mis santos ovarios que no va a ver nunca más a esos hombres.

—Pero es que, precisamente...

—¡Que te calles la boca! Pija metomentodo. —Dio un golpe en la mesa con la palma de la mano. Las cacerolas retumbaron.

—¡Amparo! —gritó Vicenta—. Estás nerviosa. Es mejor que te vayas a cuidar de Josefina. Y dile a Federico que vuelva, que hoy, o arrima el hombro o me divorcio.

Amparo miró a su hermana con gesto de sorpresa y ojeó a su alrededor las tareas pendientes.

—Está bien. Me voy de aquí. La que molesta soy yo. —Se golpeó el pecho con la palma de la mano e hizo ademán de marcharse, pero se detuvo antes de llegar a la sala. Giró la cabeza hacia Vicenta—. ¡Y Josefina también molesta! ¡Y desde el principio! —Se golpeó el vientre—. Y la culpa es mía por haber hecho caso de las mojigaterías de papá, de mamá y tuyas. No debí marcharme del hospital sin...

—¡Amparo! —chilló Vicenta mirándome de reojo.

—¡Debería haberme quedado! —Tensó la mandíbula e hizo ademán de volver a golpear el vientre, pero se detuvo.

—¡Amparo! ¡Cállate!

—¡Que se prepare Josefina mañana! De esta no se libra. Se acabaron vuestros mimos y el esconderla en tu casa. La dejo encerrada para los restos.

La situación que Amparo había vivido me inspiró una enorme tristeza. Hacía menos de una hora que acababa de descubrir que mantuvo una relación sentimental con un hombre casado. Cuando Amparo descubrió que estaba embarazada de ese hombre, él mismo la acompañó a una clínica abortista.

Pero cuando los padres de Amparo lo averiguaron, se presentaron de inmediato en la clínica y la convencieron para que se marchase de allí. Alegaron que, si había un niño en camino, había que esperar su llegada cuando correspondiera y que ninguna mujer debe matar a su hijo, aunque no haya sido buscado. Esa era la mentalidad de la familia y se obró en consecuencia. Pero al instante, recordé también la forma como trataba a su hija y mi piedad hacia ella se convirtió en

rabia. ¿Qué culpa tenía Josefina del contexto en el que había sido concebida?

Me acerqué a ella.

—Amparo, mírame.

No lo hizo.

—Amparo —insistí—. Te he dicho que me mires.

Vicenta detuvo su tarea y nos observó con gesto serio y atento.

—¡Qué! —exclamó Amparo, desafiante—. ¡Que alguien me sujete porque tengo ganas de pegarte!

—No, Amparo. No vas a pegarme. Pero quiero que sepas que, si vuelves a agredir a Josefina, acudiré a la Guardia Civil y te denunciaré. Si vuelves a amenazar a Josefina con pegarle, te denunciaré. Tu hija está mal y en lugar de acompañarla, has preferido quedarte aquí cascando huevos. Si te portas con ella de manera negligente...

—¡Me denunciarás!

—No lo dudes.

—¡Pues más te valdría a ti que —dijo airada con los brazos en jarras— en lugar de denunciarme, acudieras a que te examine un buen psiquiatra...! A ver si te descubren de dónde vienen —añadió con retintín— tus... pesadillas, o lo que quiera que sean.

Percibí en mi nariz algunas gotitas de su saliva.

—Pues más le valdría a Josefina —dije con firmeza— que un buen médico la examinase a ella para ver a lo que juega con esos tíos.

Amparo se quedó muda, y palideció. Dio un paso atrás y tropezó con una de las encimeras.

Me giré hacia Vicenta. Permanecía inmóvil, con una mano sobre el pecho, y una cuchara de madera en la otra. Su brazo parecía haberse congelado a medio camino del caldero, cuyo contenido burbujeaba con desespero.

Me desaté el delantal y me lo saqué por la cabeza.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me preguntó Vicenta.

—Me voy a casa. Supongo que estoy despedida.

—De eso, nada. —Me sujetó del brazo—. Ni pensarlo. Tú te quedas. Y que no se hable más. Vuelve a ponerte el delantal. Venga —señaló los mejillones—, ponte a limpiarlos.

Amparo se dirigió al corralillo, se sentó sobre una caja de cerveza vacía y se echó a llorar.

Fui tras ella.

—Yo... lo siento mucho. No sé lo que me ha pasado. No debería haberte hablado en ese tono.

—¡María! Ven aquí —ordenó Vicenta—. Déjala que llore y que se desahogue. Eso: que se desahogue —repitió para sí.

Al cabo de un rato, el llanto de Amparo parecía haberla extenuado. Mis intentos de acercarme para pedirle disculpas fueron detenidos por los gestos de Vicenta: me miraba y negaba con la cabeza, o me detenía tocándome el brazo. Y cuando lo consideró oportuno, ella misma se acercó a Amparo, se acuclilló frente a ella, le dijo unas palabras en voz baja y la abrazó. La ayudó a ponerse en pie. «Anda, vete a casa. Luego iré a verte». Amparo asintió varias veces con la cabeza y, antes de cruzar la puerta de la calle, se puso unas gafas de sol, se apoyó en la pared para recobrar la compostura, respiró hondo, miró hacia el frente y se marchó.

El restaurante permaneció cerrado hasta la hora de la cena. Vicenta y yo nos encargamos de todo, las dos solas, perfectamente acopladas. Federico no regresó al restaurante. Llamó por teléfono. Dijo que Amparo había llegado «de buenas» y se había quedado cuidando a su hija, y que él no se encontraba bien e iba a meterse en la cama. Vicenta no le replicó.

A punto de echar el cierre, Vicenta me miró con gesto preocupado. Suspiró. Temí que fuera a

reprenderme por mi comportamiento con Amparo. Sin embargo, tras unos instantes de silencio, extrajo su monedero de un bolsillo, lo abrió y sacó cien euros. Me sonrió, y con voz tranquila, extendió el brazo y me los ofreció.

—No, Vicenta. —Levanté las palmas de las manos y di un paso atrás—. ¿Qué haces? No lo quiero.

—Cógelo, cariño —insistió—. Te estoy muy agradecida por... —vaciló— por todo.

—No, al contrario. Me siento culpable de lo que ha pasado. Tenía razón Amparo, no era asunto mío, pero es que, en conciencia, no podía dejar pasar lo que le está sucediendo a Josefina con esos hombres. Pensaba contároslo de todos modos. Por otra parte, no comprendo cómo consentís que Amparo deposite en su hija toda su rabia.

—Acepta el dinero, María. Has hecho lo que debías. Es una historia muy larga. No pienses más en ello. Hoy has trabajado muy bien, muchas más horas de lo habitual, y te lo mereces. Si no hubiese sido por ti, la cena hubiera resultado un desastre.

Me acerqué a ella y la abracé. Mi impulso repentino pareció sorprenderla un poco y, aunque su abrazo no fue tan efusivo como el mío, me frotó la espalda con las manos y me sonrió.

—Cógelo, María —repitió cariñosa—. Cómprate un buen libro de cocina, o lo ahorras. Ah, no —sonrió—, mejor: te compras un sujetador que no se trasparente.

Me eché a reír y lo acepté.

—Vale, de acuerdo. Me compraré el sujetador más puritano y anticuado que exista, pero solo para ponérmelo mientras esté trabajando.

Vicenta me miró con afecto y asintió.

—Mañana tómate el día libre. Ve a bañarte a alguna playa... Pero eso sí: no te olvides de volver a tiempo para ver la puesta de sol. Una vez dijiste que te gusta pasear en barca, entre los sauces y los cañaverales, «aspirar su aroma». ¿No es eso lo que nos contaste? Todos nos reímos. Yo te dije que nosotros no le dábamos tanta importancia a eso, y que puestas de sol, habíamos visto muchas.

—Sí. Lo recuerdo muy bien.

—Pues estaba equivocada, María. Nunca se ven demasiadas. Recuérдалo.

—Lo recordaré. —Me limpié una lágrima con los dedos—. Y gracias otra vez.

Salimos a la calle por la puerta trasera, yo para marcharme a casa, y ella para bajar la persiana metálica. Nos dimos las buenas noches. Caminamos unos pasos y, antes de introducir mi llave en la cerradura, se giró y me llamó.

—Ah, María. Una cosa: de lo que ha pasado hoy aquí, por mucho que te pregunten, no cuentes nada ni des explicaciones a nadie. Y a mi sobrino, menos.

—¿Sobrino? Si no le conozco.

—No debe enterarse de esto. Nunca. No quiero ni pensar en lo que sería capaz de hacer.

—Quédate tranquila, Vicenta. Jamás se me ocurriría.

—Claro, sé que puedo confiar en ti.

15

UN OSO PANDA

Federico ha sufrido un accidente. De eso hace ya dos semanas, y sigo tan impresionada como el primer día. No me lo quito de la cabeza.

Le encontraron inconsciente y malherido en una cuneta. Ha permanecido dos días ingresado en el hospital. Ha sufrido un traumatismo craneoencefálico; una herida contusa en el cuero cabelludo que ha precisado doce puntos de sutura; dos dedos rotos en la mano derecha y múltiples magulladuras. Por suerte, el resto de las pruebas diagnósticas no ha detectado lesiones internas.

Cuando recuperó la conciencia, contó que le había atropellado una furgoneta que se dio a la fuga.

Al día siguiente de ser dado de alta, llegó al restaurante cojeando, mostrando los puntos de sutura en la cabeza mal afeitada, y con la mano derecha vendada. Sus compañeros de dominó le esperaban como si hubiesen acordado por teléfono, o por telepatía, la hora de su llegada. Las partidas se han reanudado, ante el disgusto de Vicenta, que le recrimina que no siga las prescripciones médicas, es decir: guardar reposo relativo, caminar un poco cada día sin esforzarse demasiado y no permanecer sentado mucho tiempo. Pero Federico cuenta que necesita ahora más que nunca de sus partidas de dominó, aunque tenga que agarrar y colocar las fichas con su torpe mano izquierda. Dice que no soporta quedarse solo porque su cabeza no deja de dar vueltas, y sus pensamientos «no son nada buenos».

La Guardia Civil ha estado aquí en varias ocasiones. Incluso me han interrogado. Les he dicho que solo sabía lo que me habían contado. Vicenta me aseguró que la versión que dio Federico era cierta y así lo transmití.

Pero lo que yo creo, en realidad, es que le han dado una buena paliza. Vicenta lo sabe y yo lo sé. Los motivos también. No hemos hablado de ello, pero entre las dos es un secreto a voces. Una mirada cuando alguien nos pregunta, un asentimiento, un negar con la cabeza seguida de un suspiro...

La he visto llegar al trabajo con los ojos congestionados. Para que no se sienta intimidada, no le he preguntado. Es una persona que intenta mantenerse siempre firme. Me recuerda la roca de un acantilado que sufre los embates de las olas. Por eso, solo me he atrevido a acariciarle el dorso del brazo en señal de apoyo. En una ocasión, me dio tanta pena que quise abrazarla, pero ella, en cuanto lo advirtió, esbozó una media sonrisa y se apresuró a decir: «No es nada, María. Estoy bien». Respiró hondo y continuó con su tarea. Ahora su mayor preocupación no es Federico, sino que ese sobrino suyo del que habla no se entere de lo que ha sucedido realmente. No sé si algo así podrá ocultarse durante mucho tiempo.

Por otro lado, justo al día siguiente de la crisis tan fuerte que padeció Josefina, mejor dicho, que padecimos todos, Amparo se marchó a Valencia con su hija. Vicenta me explicó que Julieta, una tía paterna de casi cien años que vive sola había sufrido una aparatosa caída y no quedó otro remedio que acudir a atenderla. Al parecer, se cayó desde lo alto de una escalera cuando intentaba colgar unas cortinas nuevas. «Se ha roto las dos caderas».

Hace más de una semana que regresaron madre e hija. No sé lo que habrá sucedido. No he querido preguntar. Supongo que la tía estará recuperada porque no la han mencionado y tampoco han acudido a su entierro.

—*Mare de Deu*, Federico —escuché decir a Amparo al entrar al restaurante por la mañana—. Te han dejado como un eccehomo. Y... todo eso, ¿de qué te ha servido?

—Ha servido —escuche contestar a Federico— para que al menos ese pájaro se llevara una buena tunda. A los otros dos no tuve ocasión ni de acariciarlos. Y además... al final, ¿qué te dijeron en Valencia que tenía la chica? ¿Qué le has contado a Vicenta? ¿Qué hubo, y qué no hubo?

—No voy a hablar contigo de eso. Lo que haya habido es cosa mía, que para eso soy su madre —replicó Amparo, rotunda—. Bueno, Federico, te agradezco que lo hicieras por mi hija, de verdad. Aunque, si lo pienso bien, con quien debería estar agradecida es con María. Si no fuera por ella no nos hubiéramos enterado de nada. Ah, otra cosa: espero que no sea mentira lo de que el tío ese también recibiera lo suyo, porque como yo me entere de que tiene la cara mejor que tú, agarro una escopeta y le mato. ¿Qué te crees que pensaba hacer yo cuando volviera de Valencia? Y no te creas que no lo haga uno de estos días. Hijos de puta. Y tú, ve a ponerte hielo en los ojos que pareces un oso panda.

Federico y Amparo creían que se encontraban solos. No imaginaban que yo había sido la primera en llegar al restaurante para ordenar unos cacharros de la cocina. No me siento orgullosa de mi comportamiento, pero me mordía tanto la curiosidad que me acerqué lo más que pude al comedor para escuchar sus explicaciones.

Alguien arrastró una silla. Supuse que sería la que ocupaba Amparo. Corrí a esconderme en la cámara frigorífica y cuando comprendí que Amparo habría llegado a la cocina, salí de allí canturreando con una botella de leche en la mano.

—¿Llevas aquí mucho tiempo? —me preguntó Amparo, recelosa.

—¿Cómo? No, que va. He estado ordenando un poco ahí dentro. ¡Qué frío! —Me froté los brazos—. Me he quedado helada. Hola, Federico —dije cuando salí al comedor—. Veo que hoy estas muy solo. Aún no han venido tus amigos.

—No sé si podrán venir —contestó compungido—. Manolo está en el médico por lo de la ciática, y Enric también por lo de los cálculos del riñón. Es posible que Jaume sea el único que venga.

—Si quieres, puedes enseñarme a jugar a mí y así cuando alguno te falle, si no tenemos muchos clientes, puedo completar la partida.

—Eso, sí. Lo que nos faltaba —dijo Amparo con retintín—: que se añadiera al grupo la de «la melena morena». Se les caerían las fichas de las manos.

—Bueno, pero eso no quita para que me enseñe.

—Pues venga si quieres, María —dijo Federico—. Manos a la obra. Remueve las fichas.

—¿Qué hacemos luego? —le pregunté—. Como solo somos dos, ¿nos repartimos la mitad para ti y la mitad para mí?

—¡María! —Vicenta acababa de llegar—. ¡Hoy es tu día libre! ¿Qué haces aquí?

—¿Y no puedo venir si quiero? Para eso es mi día libre, ¿no?

—¡Ay, Señor! ¡Qué mal estamos!

Si de todo esto ha surgido algo bueno, es que la vida de Josefina ha cambiado de manera radical. Desde su vuelta, Amparo la vigila constantemente y no la deja salir sola. Además, acude a diario a un Centro de Día para personas con discapacidad. Comentaron que se trataba de una especie de granja con animales y huerta. Un autobús la recoge muy temprano y la trae de vuelta

sobre las seis de la tarde. Lo mejor es que Josefina parece estar encantada con su nueva rutina, y se muestra mucho más tranquila.

Yo no. Los sucesos recientes me han revuelto las entrañas. Durante el día me siento algo mejor, pero cuando llega la noche y me quedo sola, no soy capaz de conciliar el sueño hasta, al menos, las dos de la madrugada. Hoy me duele mucho la cabeza. Hace media hora que me he colocado bolsitas de hielo sobre las sienes, pero no desaparece.

La imagen de Fusco acude a mi mente, y no sé por qué. En estos momentos le veo reprochándome, una vez más, la manera en la que me comporto con los hombres. Dice que coqueteo demasiado, y que ha sido testigo numerosas veces de que soy yo quien les provoca. Conscientemente, solo coqueteo cuando quiero y con quien quiero. ¿De qué manera se supone que debería comportarme para no provocar a los demás? ¿No vestir a mi gusto, cortarme el pelo, no bailar, no maquillarme ni pintarme los labios, reírme tapándome la boca con la mano cuando me apetece hacerlo a carcajadas? Me pregunto hasta qué punto debo renunciar a ser yo misma para evitar que ellos se exciten. ¿Acaso soy responsable de la manera cómo funcionan su fisiología y sus mentes? Sea como sea, exijo que me respeten. No permito que sea precisamente Fusco quien me aleccione. ¡Necesito que se aleje de mí! ¡No, no! ¿Qué estoy diciendo? Fusco es mi hermano y le quiero. Es más mío que de nadie. Pero no entiendo cómo se atreve a opinar sobre mi comportamiento. Apenas ha sido testigo de él. Es cierto que cuando se le antoja, sin invitación alguna, se viste de niño bien, esconde los tatuajes de los brazos bajo las mangas de la camisa y aparece en los lugares a los que suelo acudir con mis amigos. Entonces, a mi pesar, no me queda otro remedio que presentárselos. Se sienta con nosotros e intenta llevar una conversación educada, ser uno más. Y lo consigue. Es culto y su mente es ágil e ingeniosa. Pero me avergüenza cuando introduce alguna frase de jerga carcelera. Sé que lo hace a propósito para observar sus reacciones y que eso le divierte. Mis amigos se miran entre sí algo sorprendidos y lo asimilan como una originalidad; pero a mí me avergüenza.

Me viene a la cabeza ese compañero de prisión del que me habló una vez, «un hijo de puta que se ha obsesionado contigo... Si no fueras tan guapa y tan coqueta...». Aún parece resonar en mis oídos el estallido de mi padre ante sus palabras: «¡No la toques!», y, a continuación, la extraña sumisión de mi hermano agachando la cabeza.

¿Existirá, realmente, ese psicópata del que habla mi hermano? ¿Habrà conseguido encontrarme y andará por aquí? ¿Fusco me contó una mentira para que ocultase a todos mi paradero? ¿Por qué insistió tanto en ello? Lo cierto es que en algunas ocasiones me siento vigilada. Entonces, giro la cabeza. He llegado a detenerme y a observar a algunos hombres. Me miran, sí, pero no percibo en ellos nada sospechoso. De todos modos, los que llevan tatuajes me asustan.

¿Cómo voy a conciliar el sueño con tales cavilaciones?

Hasta ahora, he tenido muy mala suerte con los hombres con los que he salido. Después de varias citas, rompen conmigo. Otros desaparecen de pronto, sin una despedida. ¡Puf! Se desvanecen.

No sé por qué ahora pienso en ese sentimiento de lealtad que me une a mi familia y que me condiciona hasta el punto de que jamás he mantenido relaciones sexuales con nadie. No. Me estoy mintiendo a mí misma. Culpabilizo a mi familia sin motivo. Si me enamorase de verdad y me sintiera querida, estoy completamente segura de que me entregaría por completo. Pero esa persona aún no ha llegado y, a día de hoy, no me cuesta ningún esfuerzo respetarme a mí misma y, sobre todo, exigir que los hombres me respeten. Y tal como le dije una vez a Amparo: «el día que empiece una relación será a mi ritmo y con mis normas».

De todos modos, me siento tan vulnerable como una almendra verde cuyo corazón semilíquido

permanece oculto bajo su corteza. Podrían aplastarme con una sola mano.

16

MARK

UNA HUELLA DACTILAR

Cuando acabó la fiesta, me las ingenié para llevar a Violeta hasta su casa. A pesar de que solo había tomado dos copas, estaba borracha. Durante el trayecto, me retocó varias veces el pelo y el cuello de la camisa, me deslizó uno de sus dedos por la nuca, incluso pretendió, traviesa, adueñarse de las marchas de mi coche. Cambiaba una y otra vez las canciones del reproductor y cuando descubría alguna de su gusto, la canturreaba mientras pretendía seguir el ritmo bailando desde su asiento. Jamás me resultaron tan largos unos pocos kilómetros: los que separaban el chalé de Cosme, de la plaza de Alonso Martínez, es decir, del domicilio de Violeta.

Llegados a su portal, extraje las llaves del bolso y se le cayeron al suelo. Las recogí, y con el pulso mucho más firme que ella, la abrí. Y entonces, dime, Rafa: ¿no hubieras hecho tú lo mismo? Entré con ella, cerré la puerta y, sin preliminar alguno y temblando de deseo, le subí el vestido hasta la cintura. Le bajé las braguitas, la agarré por las caderas, y apoyé su espalda contra la pared con la intención de follármela. Y no, Rafa, no. Ni siquiera me importó que siendo una persona relativamente conocida, algún vecino pudiera descubrirme. ¿Puedes creerlo?

—¡Eh! —gritó mientras pataleaba y se reía a carcajadas—. ¡Déjame en el suelo, idiota!

La obedecí.

—Tienes tantas ganas como yo —susurré mientras le besuqueaba el cuello.

—Como grite —dijo con la lengua cada vez más enredada—, saldrá el portero y verás lo que te pasa.

—¿Es tu guardaespaldas? —bromeé.

—Algo así. Es un tío enorme —abrió los brazos para subrayarlo—, de verdad. Formó parte de uno de esos grupos tan peligrosos de la Europa del Este...

—Paramilitares, ¿no? —añadí para seguirle el juego.

—Sí, eso mismo. Era un mercenario terrible y, además, a mí me quiere muchísimo.

Me besó en la mejilla con gesto juguetón e insinuante.

Me eché a reír.

—¿No te lo crees? ¡Petryk! ¡Petryk! —dijo dirigiéndose hacia una puerta contigua al ascensor.

—Calla. —Tiré de su brazo y le susurré a su oído, entre beso y beso—. Dime una cosa: ¿qué le pasó a Iñaki?

—¿Iñaki? ¿Qué Iñaki?

—¿Salió contigo? ¿Era tu novio?

—¿Quién?

—Iñaki

—¡Ah!, ¿te refieres a ese al que le atropelló un coche?

No me esperaba la respuesta. Reconozco que se me anudó un poco el estómago.

—Y, ¿qué tal está ahora?

—No me gastes bromas —se rio.

—No es una broma. ¿Cómo está?

—Iñaki está muerto.

—No te creo.

—¡Sí! Muerto y enterrado, el pobre. Adiós. —Me dio un beso en cada mejilla y me apartó—. Qué duermas bien, cariño. —Se dirigió hacia la escalera, tropezó con el primer escalón, perdió el equilibrio y cayó sentada sobre él. Otra carcajada—. ¿Crees que estoy borracha, Mark? Te llamas Mark, ¿verdad?

—Sí, estás borracha y me llamo Mark. —La cogí del brazo y la puse en pie. La apoyé sobre la pared, le bajé el único tirante de su vestido amarillo y sus tetas, esas cuya textura había imaginado durante la fiesta, ahora se desbordaban ante mí y se me ofrecían como un regalo. ¡Dios! Jamás olvidaré aquel sabor salado perfumado de rosas y hierbas salvajes.

—¡No me chupes las tetas, loco! —Con una mano se subió el tirante, al tiempo que con la otra me agarraba de la chaqueta, me atraía hacia sí y me besaba—. Estás muy bueno y me gustas mucho, pero no hagas eso.

—¿Iñaki te hizo a ti algún daño?

—¿A ti qué más te da? Es posible que fuera yo quien se lo hiciera a él.

—¿Qué pasó?

—Pasó que... Que quiero irme a dormir.

—Déjame que suba contigo.

—Subiremos los tres. ¡Petryk! —gritó riendo—. ¿Quiere subir con nosotros? Me gustaría hacer un trío.

—No grites. Despertarás a todo el vecindario. —Acaricié sus muslos y mis dedos tropezaron con sus braguitas bajadas. ¿Y qué crees, Rafa, que hice? ¿Acaso tú hubieras obrado de otro modo?

—No, por favor, eso no —dijo—. Saca la mano. Ahí no. Me haces daño. No quiero, no.

Lejos de obedecerla, me deslicé hacia abajo y comencé a comerle el coño. Y sus «no, no, no», acompañados de sus torpes intentos por apartarme, acabaron convirtiéndose en jadeos a la vez que se humedecía. Colocó las palmas de las manos sobre la pared, arqueó la espalda y entreabrió las piernas. Cuando consideré que estaba casi a punto, le introduje el dedo en la vagina y me levanté para observarla mientras se corría. Y ese dedo quedó tan presionado dentro de ella que cuando lo saqué estaba manchado de sangre. Imagínate cuál sería mi grado de excitación en aquellos momentos, que estuve a punto de correrme yo también. No me importó la supuesta existencia del «terrible mercenario del que hablaba y que tanto la quería» y me desabroché la bragueta. Entonces, se asustó, empezó a lloriquear, me dijo que era virgen, y que «eso» ya lo haríamos otro día. Temí que se enfadara de verdad o que su llanto alertase a los vecinos, y me aparté.

—Venga, tranquila, no llores. —Le acaricié las mejillas e intenté abrazarla con cuidado como si fuera una niña, pero ella me rechazó—. Vale, no te toco —dije con las palmas levantadas—, pero no te enfades conmigo. ¿Acaso no has disfrutado con lo que acabo de hacerte?

Agachó la cabeza y no contestó.

—Claro que te ha gustado. ¿Ya no te ríes igual que antes?

—No, no me rio. No está bien.

—¿Qué no está bien? No me dirás que nunca te habían hecho esto.

Negó con la cabeza, sin atreverse a mirarme.

—Si te parece que no debía haberlo hecho, si ha sido eso, te juro que no volverá a ocurrir. ¿De acuerdo? ¿Me das un beso?

—No. Adiós.

Se dirigió hacia el ascensor, levantó la mano para pulsar el botón y dio un traspié. Corrí a sujetarla.

—No entiendo cómo estás tan borracha, Violeta. Si apenas has bebido... ¿Te has tomado algo más? Dime la verdad.

—¡No! Yo no tomo drogas.

El ascensor se detuvo y entramos los dos. Pensé que, en sus condiciones, mi obligación era dejarla a salvo dentro de su casa y la acompañé hasta su rellano. Extrajo las llaves de su bolso, abrió su puerta y me miró.

—Adiós, Iñaki —dijo. Me dio un fugaz beso en la mejilla, entró en su casa con rapidez y pegó un portazo.

¿Me había llamado *Iñaki*?

Me marché. Y no veas en qué condiciones.

De camino a casa, un Porsche gris plateado surgió chirriante, furioso, desde una de las bocacalles que había dejado atrás. Se dirigió hacia mí a toda velocidad, deslumbrándome por las luces de carretera encendidas como si pretendiera embestirme o hacerme perder el control del vehículo. De manera instintiva, di un volantazo hacia la derecha y me encontré subido a una acera, al tiempo que frenaba para no estrellarme contra una farola. El Porsche se detuvo a pocos metros de mí. Tomé una foto de su matrícula. Por un momento, creí que el conductor iba a apearse para pedirme disculpas, pero no lo hizo. Lo más probable era que estuviese borracho o drogado. No me atreví a bajar. Lo último que quería era verme involucrado en una pelea. Me reincorporé a la calzada y reemprendí la marcha. El coche lejos de continuar su camino, me siguió y en pocos segundos se adosó a mi parachoques. Toqué el claxon con furia, no solo fruto de la situación, sino por mi frustración por no haberme follado a Violeta, por mi reciente necesidad de alivio forzosamente contenida. Frené el coche. Me disponía a apearme para encararme con el conductor, cuando el coche me rebasó. Sin embargo, lejos de desaparecer, se detuvo a unos treinta metros delante, a mitad de la calzada, esperándome. Debí haber llamado a la policía, sin embargo, de forma impulsiva, antes de llegar a su altura, giré con rapidez por una calle aledaña y después por otra, y otra, y otra más. Resultó inútil. Cuando creí que habría conseguido despistarle, reapareció frente a mí y aceleró como si pretendiera embestirme. Perdí el control del vehículo. Toda la carrocería del lado derecho de mi coche, arrastrada contra el hierro de los bolardos del bulvar de la calle de Juan Bravo, quedó completamente destrozada. No me importaron las consecuencias. Me apeé y me dirigí rabioso hacia el de mi acosador, que permanecía inmóvil junto al mío. Golpeé con el puño la ventanilla del conductor. Sus cristales laminados me impedían distinguir su cara con nitidez. Iba solo. «¡Eh!, ¡Eh!» grité, «¿Qué pasa, hijo de puta? ¿Me conoces? ¡Eh!», golpeé de nuevo, «Baja la ventanilla si te atreves, cabrón». Sin embargo, lejos de responder a mis insultos, permaneció inmóvil, con la cabeza erguida, mostrándome tan solo su perfil indefinido, sin mirarme, impasible. No parecía un hombre de carne y hueso, sino un maniquí, o el producto de una inteligencia artificial. En ningún momento bajó las ventanillas. Regresé a mi coche y llamé a la policía y a mi compañía de seguros. El coche se alejó. Al poco tiempo me enteré de que su matrícula correspondía a un coche robado. Jamás lo he vuelto a ver.

Aquella noche al llegar a casa, con el corazón todavía acelerado, me preparé un güisqui. Me senté en el sofá. ¿Qué podría significar aquel juego macabro?, me pregunté. Discurrí sobre posibles enemigos, en el trabajo, en alguno de mis antiguos círculos sociales, envidias, amenazas... Y justo cuando me disponía a meterme en la cama, varias frases aparecieron en mi cabeza: «Ni se te ocurra, macho. Violeta es peligrosa», «¿Quieres acabar en el Anatómico

Forense? ¿No sabes lo que le ocurrió a Iñaki hace dos meses?», «Iñaki está muerto».

Te juro, Rafa, que no sé qué extraño conjuro se adueñó de mí, porque ni el contenido de aquellas frases, ni la posibilidad de que las maniobras del coche se tratasen de una advertencia de lo que podría sucederme si me acercaba a Violeta consiguieron disuadirme. Mi deseo de poseerla invadía mis entrañas con tanta fuerza que nada me importaba. Me desvelaba por las noches recordando sus labios mordisqueados por los míos. Revivía la textura y calidez de sus muslos, el sabor de sus pezones y de su coño, y luego, ¡Dios!, mi dedo en el interior de su vagina abriéndose paso una y otra vez entre sus pliegues, cortándome el aliento. Mi mente reproducía como un disco rayado sus expresivos gemidos de placer después de sus «no, no, no», los cuales me excitaban cada vez más y me impulsaban a seguir hasta conseguir que se corriese. Y, por si fuera poco, el recuerdo de que la sangre que había impregnado mi dedo, fundida con el sudor de mi mano, había imprimido mi propia huella dactilar en el volante de mi coche.

SEGUNDA PARTE

1

SIN DOCUMENTOS

Esta mañana he dado un largo paseo. Las espigas del arroz están creciendo mucho. Me he detenido junto a uno de los campos y he preguntado a dos labradores sobre la recolección. Me han dicho que comenzará dentro de unos dos meses. Me hablaron de toda esa maquinaria pesada que yo había visto en algunas fotos, de esas ruedas delanteras que en realidad son cadenas como las de un tanque. Al final de la conversación, se miraron entre ellos y sonrieron.

—¿No eres de por aquí, ¿verdad? —dijo uno de ellos.

—Soy de Madrid, pero trabajo en un restaurante de El Palmar.

—Tú debes ser... Ahora caigo. Tu debes ser Marieta la de... —No acabó la frase.

—¡Ah, claro! —interrumpió el otro—. Estás con Vicenta y Federico, ¿verdad? Buena gente, ya lo creo que sí. Ahora cuando los veas, les dices que has estado con el tío Nelo, el de la Vicentica, y Pepe, el de Chirivella. Me alegro de saber quién eres, por fin.

Asentí, les di las gracias y me despedí de ellos. Me habían llamado «Marieta» y ¿se alegraban de saber quién era yo... «por fin»?

De regreso a casa, a punto de meter la llave en la cerradura, vi una barca que se acercaba hasta a la orilla del lago. Dos hombres descargaron una banasta y se dirigieron hacia la puerta trasera del restaurante.

—Esa caja lleva anguilas, ¿verdad? —pregunté, recelosa—. ¿Son para este restaurante?

Los dos hombres se miraron. El más joven se quitó el sombrero de paja y se limpió el sudor de la frente con el dorso del brazo. Me sonrió y, jadeando por el calor y el esfuerzo, dijo en valenciano:

—*¿D'on ha eixit esta xiqueta tan bonica?*

Me ajusté el cuello de la rebeca de hilo que esa mañana me había colocado sobre los hombros. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—No entiendo el valenciano —mentí.

—Lo has adivinado: son anguilas —dijo, sonriendo con gesto irónico—. Y son para este restaurante. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te preocupa?

—Tengo verdadero pánico a las anguilas. El otro día me caí sobre una banasta parecida.

—¿De verdad? —se echó a reír.

—Y me preocupa porque yo trabajo aquí. —Señalé la puerta.

—Pues entonces tienes un problema. Estás en La Albufera. —Extendió el brazo hacia atrás y señaló a su alrededor. Volvió a reír—. ¿Cómo te llamas? Yo soy...

Le dejé con la palabra en la boca. Me giré y me apresuré a esconderme en casa. Eché el cerrojo. Con la espalda pegada a la puerta, mi corazón latía con tanta fuerza que temí que pudiese escucharse al otro lado, a través de la madera. Que «¿De dónde ha salido esta niña tan guapa?». «¿De dónde has salido tú?».

Poco después, acudí al restaurante. Desde la misma puerta se escuchaba un estridente golpeteo de cacharros procedente de la cocina. Al entrar, reconocí al responsable: era el hombre de la barca. Daba órdenes a todos como si se tratase del nuevo amo. Lo más llamativo era que Vicenta,

«la jefa, la gerente, la directora», obedecía sumisa. Incluso Federico, a pesar de sus limitaciones físicas por la paliza, trabajaba con diligencia. Se había vestido con un pantalón corto y una camiseta sin mangas como si pretendiera presumir de hematomas.

Vicenta, en ese momento, fregaba las baldosas de una pared. En cuanto advirtió mi presencia, con un gesto de la mano, me pidió que me acercase.

—Ah, María. Ven, que aquí tenemos trabajo para rato.

Me acerqué a su oído.

—¿Qué pasa? ¿Quién es ese hombre? ¿Por qué estáis cambiándolo todo de lugar? ¿Qué es todo este desbarajuste?

Sin dejar de frotar la grasa de la pared que había dejado al descubierto la retirada de un armario, contestó en voz baja que «ese» era su sobrino y el nuevo chef. Me explicó que hacía un tiempo que había acabado el grado de gastronomía y artes culinarias, y me habló del *cordón bleu* y no sé qué más. Iba a hacerse cargo del restaurante. Pretendía organizarlo todo de nuevo y añadir a la carta algunos platos más modernos.

—¡Federico! Preséntale a María...

—¡Voy!

Federico cargaba con una caja de cartón de la que sobresalían algunos aparatos viejos: sartenes, un radiador pequeño, un ventilador... Sus cables asomaban como si fuesen espectadores de su propio camino hacia el contenedor de la basura. Dejó la caja sobre el suelo y se dirigió hacia mí.

—¡Buenos días, María! —me saludó, risueño.

—¡Tío! No te distraigas —dijo «el sobrino» sin girarse—, que de un momento a otro va a llegar el camión de reparto. Y que sea la última vez que tengo que traer personalmente las patatas en barca como hace dos siglos, por las prisas y por tu falta de interés. —De espaldas a nosotros, en el extremo de la encimera, se afanaba en desenredar un cable para enchufarlo a la red. Federico no contestó. Se limitó a conducirme hasta su sobrino. Le tocó en el hombro y este se giró hacia nosotros.

La bocina del camión de reparto sonó. Y Federico cargó de nuevo con la caja.

—¿Boro?, María. ¿María?, Boro —dijo sin más, y se dirigió apresurado hacia la puerta.

—¡Tía Amparo! —dijo el sobrino, buscándola con la mirada—. Comprueba si ha llegado bien todo el pedido. ¡Cuenta todas las cajas!

El hombre joven que minutos antes había conseguido desbocarme el corazón se encontraba frente a mí. Ya no llevaba un sombrero de paja ni una sudorosa camisa desabrochada. Vestía un reluciente delantal blanco sobre ropa limpia que desprendía aroma a jabón de hierbas. Era bastante más alto y más fuerte de lo que me pareció cuando le vi en la puerta, y muy guapo. Su pelo oscuro se encontraba humedecido.

—Hola, María —dijo con gesto amable—. Por fin me entero de tu nombre.

No sé de cuál de los dos partió el gesto: nos dimos un beso en cada mejilla. Me invadió un acceso de calor. Menos mal que, al ser morena y estar bronceada, el rubor de mis mejillas no se apreciaría demasiado. Cerré mis labios para protegerlos de su mirada de ojos verdes. Agaché la cabeza, me observé las uñas e intenté localizar a Vicenta con la mirada.

El sobrino se apoyó sobre una encimera. Percibía su mirada sobre mí, penetrándome. Me sentía tan turbada, tan transparente como si me hubiese convertido en una mujer de cristal.

—¿Desde cuándo trabajas aquí? —me preguntó.

—¿Por qué no dejas de mirarme? —respondí.

—Porque estoy esperando.

—¿A que te conteste?

—No. A que tú seas capaz de mirarme a mí.

—No entiendo lo que quieres decir exactamente —levanté la cabeza y le sostuve la mirada—, pero me parece una grosería. Trabajo aquí desde hace casi dos meses.

—Perdona por lo de antes, María.

—¿Por tu comentario?

—Por lo de antes, quiero decir, cuando bajé de la barca y me dirigí a ti con un exceso de familiaridad. Creo que fue muy poco apropiado. Me sorprendió ver salir a una chica de la barraca de mis tíos. Lo siento. Además, te mentí.

—Sí, ya me he dado cuenta. Me tomaste el pelo. La banasta no llevaba anguilas, sino patatas.

—Las anguilas no las pescamos para comérmolas directamente. Existe todo un proceso, algo complejo. Algún día te lo explicaré si quieres. Las que cocinamos justo aquí proceden de un criadero de Puzol. Es un pueblo de Valencia.

—Sí, sé dónde está ese pueblo. ¿Te llamas Boro? —dije sin más—. ¿Qué nombre es ese?

—Salvador —contestó sonriente.

—Aquí en Valencia —intervino Federico, que había regresado con las manos vacías—, a los Salvador los llamamos Boro.

—Tío, continúa vaciando el corralillo, pero solo cajas vacías. No cargues peso —dijo sin dejar de mirarme.

—¿Qué cajas? Ya no queda ninguna.

—Si no te importa —dije—, te llamaré Salvador. Boro me suena raro.

—Lo que tú quieras —respondió irónico—. Serás la única que lo haga. Yo te llamaré Marieta.

—¿Marieta?! ¿Otra vez? Ese nombre no me gusta.

Se echó a reír.

—María, entonces. —Acto seguido, miró a su alrededor, y comenzó a darme órdenes: cazuela..., encimera..., manteles.

Asentí y me dispuse a obedecerle. Poco después, la cazuela fisurada se encontraba en la basura, las encimeras aparecían limpias y despejadas, y los manteles, planchados y guardados.

Me costaba entender el motivo de tanta parafernalia. Los platos que suelen servirse en este tipo de restaurantes son bastante tradicionales. ¿Qué pretendería hacer?

En uno de los armarios descubrí un antiguo caldero que se encontraba algo sucio por la falta de uso. Lo introduje en el lavavajillas, lo cerré y me apoyé sobre él. Me detuve a observarle. Se encontraba a varios metros de mí y, como si hubiese gritado su nombre, interrumpió su tarea, se giró y me sonrió. Agaché la cabeza y fingí no haberlo advertido. Volví a mirarle, y entonces fui yo quien no pudo evitar sonreírle. No estoy segura de que me correspondiera, porque volví a agachar la mirada. Hubiese preferido mantenérsela, pero no fui capaz.

Un estruendo nos sobresaltó a todos. Procedía de la sala.

Corrimos hacia allí.

—¡Aaaay! ¡Me cague en la mar! ¡Che! —se lamentaba Federico—. ¡Qué mala pata!

—¡Lo que nos faltaba! —exclamó Vicenta.

Federico se había caído al suelo. Junto a él, la televisión aparecía hecha añicos.

La visión de los cristales rotos me produjo escalofríos y un nudo en el estómago. Retrocedí.

—¡Pero, tío...! —Boro se apresuró a levantarlo del suelo—. ¿Te has hecho daño? —Y le escudriñó de arriba abajo.

—¿Es que no te parecía bastante —dijo Vicenta— tener el cuerpo morado como una berenjena? No. Se ve que no te parecía suficiente. A ver... No. No parece que te hayan saltado los cristales.

—Me alegro de que se haya roto la televisión —dijo Amparo—. Así nos dejarás tranquilos de tanta monserga todo el santo día.

—Yo solo quería moverla un poquito y...

—Lo importante, tío, es que no te haya pasado nada.

Sin pronunciar palabra, me dispuse a recoger los pedazos.

—No. —Boro me sujetó el brazo—. Déjame a mí. Yo lo haré. No quiero que te hagas daño.

—Pero a mí no me importa hacerlo —insistí.

—No me discutas. Y vosotros, continuad con lo que estabais haciendo. Daos prisa. Tío, siéntate y tranquilízate un poco.

Regresé a la cocina.

Estallido de cristales, de nuevo, pero estos, en el interior de mi cabeza. Me observé las manos. Me temblaban. Durante décimas de segundo, las percibí ensangrentadas, doloridas, incrustadas de vidrios, con pavor a cerrarlas por si me profundizaban en la carne. Estuve a punto de gritar. Respiré hondo.

—María. ¡María! —Vicenta me llamaba—. ¿Qué te pasa en las manos?

Me sobresalté.

—¿Qué? No me ha pasado nada. Creía que... pero estoy bien.

Extraje del horno unos pimientos asados y me dispuse a trocearlos. Boro regresó a la cocina y se acercó a mí.

—Supongo que tienes carné de manipulador de alimentos.

—No —contesté—. No me hace falta.

—¿Cómo dices? ¿Es que no has trabajado nunca en hostelería? —Miró a Vicenta con gesto recriminatorio—. ¿Sabes lo que puede pasar si se presenta de improviso una inspección de sanidad? Veo que aquí hay mucho más que arreglar de lo que yo pensaba.

—Llevo guisando aquí desde que llegué y no ha pasado nada —interrumpí—. El carné es tan solo una formalidad.

—Lo siento, María. Me parece mentira que no sepas algo tan esencial como esto.

—Boro —intervino Federico—, no riñas a la *xiqueta*.

—¿Qué dices, tío?

—Digo que tengas consideración porque ella —titubeaba— es muy trabajadora y es como una más de nosotros, como de la familia.

—¿Ah, sí? Pues me alegro. Anda, bonita, pregunta a Vicenta en lo que puedes ayudar y la obedeces hoy, pero sin tocar la comida. Y no vuelvas a discutirme.

Sus tajantes palabras me parecieron groseras. Miré a Vicenta, y ¡qué decepción! ¿Por qué no le llamaba la atención por sus malos modales? ¿Por qué no me defendía? La nueva situación me entristecía. La llegada de aquel extraño no solo parecía haber desmoronado por completo el restaurante, sino la personalidad de aquellos por los que me sentía acogida e incluso querida. Vicenta había perdido su autoridad y quizá yo su cariño. Me pasé el dorso de una mano por la nariz y aspiré un poco de aire para contener el llanto. Ni siquiera Federico era el de siempre. ¡¿Por qué trabajaba hoy?! ¡Y había destrozado su querida televisión!

Me arranqué el delantal. Nadie habló. Mi primer impulso fue marcharme a casa, pero me contuve. No quería que me despidieran. Salí de la cocina y caminé por el comedor arriba y abajo, inquieta, dándole vueltas al anillo que me regaló mi madre y que siempre llevaba conmigo. Me detenía, por ejemplo, a recolocar algún plato aquí, un vaso allá, retirar una pelusilla del suelo o acomodar unas vinagreras. Me resistía a regresar a la cocina. Finalmente, me senté en una mesa con los brazos cruzados, y esperé allí sin saber qué hacer. Me pregunté por qué un chef con

tantos estudios no aspiraba a un trabajo mejor en algún restaurante más reconocido.

Boro apareció en la sala. Pensé que vendría a disculparse. Pues no. Cruzó por delante de mí, se acercó a una vitrina, la abrió y examinó las botellas de vino una por una.

—Aunque no tenga ese carné —insistí, molesta—, sé de sobra todo lo necesario. Y en cuanto a mí, estoy completamente sana. No voy a contaminar nada.

—Seguro que sí, María —contestó sin mirarme, mientras comprobaba una etiqueta—, pero no tienes el documento que lo certifica. Hemos invertido mucho en el restaurante y no quiero problemas. Anda, bonita, no seas ñoña y ponte a limpiar los cristales de esta vitrina, que les hace mucha falta. ¡Tía Amparo! —dijo levantando la voz—, dale a María los apaños de limpieza.

—¡Pues que venga ella a buscarlos, que yo tengo las manos llenas de grasa! —contestó.

—Limpiar cristales no es mi cometido. Yo —tartamudeaba— quiero continuar desempeñando mi trabajo de siempre, porque... a mí me encanta la cocina.

—Sácate el carné, y te enseñaré a guisar.

—Ya sé guisar.

—¿Ah, sí? —dijo reticente—. No, no creo.

Me levanté de la silla y acudí a la cocina.

—Toma —dijo Vicenta—. Aquí tienes «los apaños» para limpiar la vitrina. —Me entregó un limpiador y dos bayetas—. Pero —titubeó—, si te empieza a doler el hombro, lo dejas. Ah, y espera un poco. A partir de este momento, cuando Boro te ordene algo, tú obedeces sin rechistar, ¿vale? Ahora, él es el jefe.

—Eso, tía —intervino él—, la primera que se lo tiene que meter en la cabeza eres tú. —Le puso un dedo en la frente y se la besó—. Eso fue en lo que quedamos, ¿no?

—Sí —Vicenta suspiró—. En eso quedamos, pero tampoco te pases. Ten paciencia.

—Y... —intervino Amparo, al tiempo que miraba a su hermana con gesto irónico—, si en lugar de presentarse este en el mes de julio —dijo con retintín señalando a Boro con un gesto de cabeza—... hubiese venido al menos un mes antes, no tendríamos tanta prisa. No sé si estará todo preparado para las fiestas del Cristo de la Salud. Y ahora, va y nos quita a María. Cuando más falta nos hace.

—He hecho lo que he podido, tía. Despedirme del otro trabajo no me ha resultado tan fácil. Ya os lo dije a todos. Además, aún queda tiempo hasta el cuatro de agosto.

—Sin María, no —apostilló, Vicenta.

—¡Qué paciencia voy a necesitar! —exclamó Boro con gesto de hartazgo.

Me dispuse a obedecer a mi nuevo jefe. Salí de la cocina y, con los malditos «apaños», me acerqué a la vitrina. Ni siquiera había abierto la puerta de cristal, cuando comenzó a sonar una canción de Los Rodríguez con volumen bastante alto: «Déjame atravesar el viento sin documentos... porque no queda salida..., porque buscando tu sonrisa estaría toda mi vida. Quiero ser el único que te muerda la boca...».

Silencio.

Vicenta había apagado el reproductor.

—Oye, sobrino —la escuché decir en voz alta—, por mucho que quieras mandar aquí, y por muy músico que seas, o fueses en su día —aclaró en tono irónico—, no quiero que me hagas estallar la cabeza y me vuelvas loca, ¿eh? Espero que no nos pongas tus sonsonetes a todas horas, que para eso ya tenemos a tu prima Josefina y a la pelmaza de la tele de Federico. Ah, bueno, eso ya no, si es que no se trae alguna de las que tenemos en casa. Que no nos faltan.

—No te preocupes, guapetona —contestó—. Te pondré música fina. Y ya no quiero más teles. Los clientes no acuden aquí a enterarse de cotilleos ni a ver series. Se trata de que se encuentren

tranquilos y sin monsergas que les distraigan, que se concentren en la comida, olerla, degustarla y disfrutarla. Debemos hacer lo posible para que queden satisfechos y les apetezca volver.

Y de pronto, *Première rencontre*, de Françoise Hardy. Esa fue la canción que comenzó a sonar. La reconocí enseguida. La había escuchado muchas veces. Me sabía la letra de memoria. Es muy romántica. A mi hermana Margarita le encanta. Dice siempre que es perfecta para escucharla una tarde melancólica de invierno, cuando desde la calidez del hogar, observas las gotas de lluvia descender lentamente por los cristales. Pero yo, las únicas gotas que observaba descender eran las del limpiacristales que pulverizaba sobre la vitrina.

—Esta es mejor —escuché decir a Vicenta—, pero como sean todas así, nos dormiremos.

Hay veces que Vicenta no parece estar conforme con nada. Al menos, había tenido la deferencia de preocuparse por mi hombro. Me limpié las lágrimas con el dorso del brazo. Comprendo que se sintiese nerviosa en medio del caos de aquellos momentos, pero hasta ahora, me había dado muestras suficientes de que me apreciaba mucho. Yo sentía lo mismo por ella. ¿Sería posible que a partir de ahora se distanciara de mí? Además, ¿había dicho que su sobrino fue músico? ¿Chef y músico? Aquello me parecía muy extraño.

Las molestias en el hombro se intensificaron a medida que realizaba movimientos circulares sobre el cristal.

—¡Me duele el hombro! —dije en voz alta con cuidado de que no se me quebrara la voz.

—Tía Vicenta —escuché decir a Boro—, enséñame el contrato de María. ¿Cuál es, exactamente, «su cometido»?

Corrí hacia la puerta de la cocina para escuchar sin que me vieran.

—No tiene contrato.

—¿Qué has dicho, tía? ¡¿Estáis todos locos, o qué?! ¡¿Lleva aquí casi dos meses trabajando sin contrato?!

—Nunca hemos hablado de un contrato formal. Ni siquiera ella nos lo ha pedido.

—De verdad que me entran ganas de marcharme de aquí y no volver.

—Boro, este restaurante siempre lo hemos llevado nosotros tres. Y si alguna vez hemos necesitado a alguien, ha sido durante muy poco tiempo y le hemos pagado por nuestra cuenta, en metálico y lo que hemos convenido antes. Esas cosas han pasado siempre. ¿Es que no lo sabes?

—La *xiqueta* —intervino Federico— podría decirse que vive con nosotros. Hasta juega conmigo al dominó.

Escuché a Boro resoplar.

A continuación, Boro, Vicenta, Federico, Amparo, y hasta Josefina, empezaron a discutir en valenciano, incluso llegaron a levantarse la voz en algunos momentos. No entendía nada de lo que decían. Salí a la calle y empecé a pasear por allí arriba y abajo sin saber qué actitud adoptar. Hasta que Boro se asomó a la puerta y me llamó.

—María, ven, por favor.

Le obedecí y le seguí hasta la cocina.

—Desde este momento, dejás de trabajar aquí.

—¡¿Por qué?!

—¿A ti te parece normal trabajar sin contrato, sin horario, y cobrando en negro seiscientos euros al mes? ¿Trabajas por capricho?

—No me hace falta ese maldito contrato, ni más dinero —afirmé rotunda—. Ya sé que deberíamos haberlo firmado, pero me siento muy bien así: me conformo con mis horarios y con lo que me pagan. Aquí apenas tengo gastos. Ni siquiera he tocado los tres mil euros que mi padre me ingresa todos los meses.

¿Por qué se habían quedado todos así, paralizados, mirándome tan fijamente? Ahora me arrepiento de haber confesado esto último. Lo dije con naturalidad. Jamás me habría imaginado que ese pequeño detalle pudiera llamar tanto su atención.

—O sea —dijo Boro— que trabajas porque estás aburrida. Por lo que acaban de contarme, es lo que yo intuía. Eres una niña pija que has venido a descansar y a reponerte de un accidente de tráfico, y no se te ha ocurrido otra cosa que trabajar en hostelería en temporada alta. No lo entiendo, pero eso en realidad no es asunto mío. Hasta que no tengas todos los documentos en regla, si quieres entrar aquí será solo como cliente.

—Esto es... —Me quité el delantal, furiosa, intentando no llorar—. Es que no me lo puedo creer. Y tú, Vicenta, ¿no vas a decir nada?

Sin esperar respuesta, me marché a casa, extraje de mi mesita de noche un antiinflamatorio y acudí a la cocina a por un vaso de agua. Después de tomármelo, me tumbé en la cama y me eché a llorar, pero solo fueron unos instantes de flaqueza. Después intenté relajarme y no pensar. Acabé quedándome dormida.

Me desperté hiperventilando y agarrada con fuerza a la almohada como si se tratase de un ser protector fuerte y, al mismo tiempo, suave y delicado. No se trataba de un ángel ni de un demonio. Cuando me sentí algo más repuesta, me levanté con cuidado de la cama y me dirigí hacia la nevera. Cogí la jarra de agua fría. Introduje la cabeza en el lavabo y me la vertí sobre ella, para despejarme.

Después de enjugarme el pelo con una toalla, me dirigí de nuevo hacia mi habitación, encendí el ordenador y empecé a investigar la manera de conseguir el dichoso carné.

Al cabo de media hora, lo cerré, me levanté y me dirigí hacia el coche para marcharme a Valencia.

Necesitaba comprarme un vestido.

Intuí que ese mundo nuevo que, poco a poco, se estaba forjando en mi interior desde que comencé a vivir en aquel pequeño pueblo iba a cambiar para siempre, para bien o para mal.

2

LA APLICACIÓN

Ayer me compré un vestido en la boutique de Carolina Herrera. Es azul marino con ribetes blancos, ceñido hasta la cintura. La falda está repleta de pequeños plieguecitos. A mí me parece un poco serio, pero sé que resulta discreto y elegante.

Esta mañana me lo he puesto. Me he maquillado con colores claros, me he peinado y rizado un poco las puntas, me he calzado unos zapatos rojos de tacón y me he perfumado con un agua de colonia fresca de Chanel. Finalmente, me he pintado las uñas y he acudido al restaurante.

El efecto causado ha resultado paralizante. Todos, sin excepción, tanto en la sala como en la cocina, se han quedado inmóviles, mientras sus miradas me recorrían de la cabeza a los pies.

Antes de que alguien comentase alguna cosa, me adelanté a exponer una propuesta: dije que, mientras me redactaban el contrato, y puesto que no me dejaban trabajar en la cocina hasta que consiguiera el carné de manipulador de alimentos, podría encargarme de las reservas y de recibir a los clientes. Si no incurría en algo ilegal, los acompañaría a su mesa, anotaría las comandas y les recomendaría los mejores platos del día, los pescados más frescos. Poco después, les preguntaría si la comida resultaba de su gusto, si necesitaban algo... Añadí que mi trabajo otorgaría mayor formalidad al restaurante, y que en los días de mayor afluencia, podría servir algunos platos.

Boro, apoyado sobre una encimera, escuchó mi discurso mientras me observaba pensativo. Me sentía como si acabase de recitar un examen.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en El Palmar, María?

—Puedo quedarme todo el tiempo que quiera, lo que me necesitéis. Empiezo mis clases a mediados de octubre. En realidad, este verano tenía previsto irme a la India para un voluntariado, pero...

—Parece que te has equivocado de camino.

—No, qué va. Es... una historia muy larga.

—De acuerdo —dijo, al fin—. Tenía previsto hacer algo parecido en cuanto nos organizásemos un poco y reajustásemos el menú, pero —me miró con detenimiento—, en principio, me parece buena idea. De todas formas, no hagas nada sin consultarme a mí primero.

—Claro que sí, por supuesto. Haré todo lo que usted me ordene —contesté con fingida sumisión—. ¿Qué trabajo debo desempeñar hoy, chef?

Se acercó a mí y se fijó en mis labios pintados de rosa claro.

—Te recuerdo que todavía no trabajas aquí. Así que, nada, pero si quieres... Ven conmigo —dijo, abandonando su tono sarcástico. Extrajo un maletín de debajo del mostrador, se dirigió a una mesa de la sala, se sentó y lo abrió—. Siéntate aquí y mira.

Me acomodé a su lado. Reconozco que me sentía inquieta. Se encontraba demasiado cerca de mí. Parecía uno de esos profesores tan listos y tan sexis que desciende de la tarima junto a la pizarra, para explicar personalmente las ecuaciones a una alumna.

—Quiero que te vayas familiarizando con esta aplicación. Es excelente para organizar las reservas, las cancelaciones y, si te fijas, incluso puedes recoger los datos de los comensales, en

cuanto a número de ellos, sus peticiones, los platos que resultan más satisfactorios... y muchas cosas más. No me pidas que te explique cómo funciona. Tendrás que arreglártelas tú sola. Pero, tranquila, no la usaremos hasta que yo no vuelva de París.

—¿París?

—Sí. Me voy mañana. Solo serán un par de días.

—Mi hermana Margarita vive allí. Si necesitas algo de ella, la llamo.

—Me encantaría conocerla, pero no voy a tener tiempo. Voy a un congreso. Estudia bien esta aplicación. No trabajes en nada más. Cuando vuelva, hablaremos. ¿Te parece?

—Usted me ordena, chef.

—Así se dice. Y, por cierto, está usted muy guapa, señorita, y huele muy bien; pero en adelante, si pretende trabajar en cocina, absténgase de usar perfume y de pintarse las uñas.

—¿Y eso por qué?

—El olor del perfume puede contaminar el de los alimentos. El esmalte de uñas puede ser tóxico si se mezcla con alguna sustancia, o descascarillarse y acabar en un plato.

—En cuanto usted tenga a bien darme permiso para regresar a la cocina, obedeceré gustosa.

—Muchas gracias, Marieta.

—María, si no le importa.

El resto del día, se me ha pasado volando. He estado muy ocupada con la aplicación. Vicenta me ha avisado a la hora de las comidas para que les acompañase, pero no tenía hambre. La presencia del nuevo miembro de la familia me ha anudado el estómago.

Antes de que Vicenta y yo, al final del día, echáramos el cierre, Boro ha acudido al restaurante a buscar un documento y se ha despedido de nuevo. Mañana a las siete sale su avión a París.

—¿De verdad que no puedo ayudar en la cocina? —le he preguntado después a Vicenta—. Él no estará mañana y no tiene por qué enterarse.

Vicenta me ha mirado y ha agachado la cabeza pensativa.

—No sé, María. Falta nos haces. Ah, no. Imposible. Mañana sábado Josefina no tiene colegio y en cuanto se levante y vea que tocas la comida, apenas vuelva Boro se lo contará, y no quiero tener un disgusto con él. Es mejor que hagas lo que él te dijo: entérate bien de cómo funciona ese puñetero ordenador que ha traído para complicarme la vida.

Ahora, al llegar la noche, mientras escribo esto, me siento contenta, y con cierto grado de excitación.

3

MARK

CARAMELOS

A partir de mi encuentro con Violeta, en aquella calurosa noche de San Juan, me esforcé por todos los medios en volver a verla, frecuentando círculos sociales comunes; pero parecía que mi Chiquitita había sido abducida, quizá, por un extraterrestre jugueteón y supongo que muy caliente.

Un día, decidí preguntar a Cosme sobre su paradero. Me contestó que se había marchado de vacaciones a Ibiza con unos compañeros de la universidad. Le extrañó que no hubiera visto las fotos que había subido a algunas redes sociales, esas que yo utilizaba tan solo por motivos puramente profesionales. Las de tipo personal o recreativo no me interesaban en absoluto, por la creencia de que solo consistían en meros escaparates, o como entretenimiento para mujeres maduras aburridas. Y allí, en una de estas redes, contemplé a Violeta en la playa, sonriente, con su pelo revuelto, mojado y entremezclado con la arena del mar. El escaso vestidito rojo que envolvía su cuerpo resaltaba sus atributos femeninos y su piel dorada por el sol. Allí estaba, sí, y también en algunos videos cortos, rodeada de chiringuitos, pinos, y de amigos, muchos y muy jóvenes. Se la veía reír y jugar con ellos de manera infantil, sobre todo por las noches en discotecas y bares de copas. En algunas imágenes, aparecía con su piel brillante por el sudor y con el rímel corrido, señal inequívoca de lo que se había divertido horas antes. Me sentía celoso de ese amigo que, frente a la cámara, aparecía con el brazo apoyado sobre sus hombros desnudos, de ese otro que rodeaba su cintura, y hasta de la ráfaga de viento que una noche se atrevió a levantar su falda de colores, a la cual pretendía dominar con gesto divertido.

Me pregunté qué demonios estuve haciendo durante los años que separaban mi juventud de la suya; años que ahora me parecían estériles, años en los que todo mi afán había consistido en escalar puestos profesionales y follarme a todas las mujeres guapas que se me ponían a tiro. Hubiese querido borrar todo ese tiempo y regresar a la veintena para un día encontrarla en igualdad de condiciones, aunque para ello tuviera que renunciar a mi desahogada situación económica actual.

Un sábado por la tarde, coincidimos en un grupo de amigos de Cosme con los que había quedado para acudir a ver *La traviata* en el Teatro Real. En cuanto me vio, se puso colorada, y se limitó a saludarme levantando la mano con gesto inexpresivo. Qué guapa estaba con ese vestido blanco repleto de puntillas que se había comprado en Ibiza y que tanto alababan sus amigas.

Al acabar la representación, nos marchamos todos de picoteo por los alrededores del teatro, en el fabuloso Madrid de los Austrias.

Me di cuenta de que Violeta me rehuía. Así que me esforcé en comportarme de la manera más educada y discreta: evité acercarme y mucho más abordarla. Nunca me había sentido tan ofuscado y perdido en averiguar cuál podría ser la mejor forma de manejar la situación con una mujer.

Pero, ¡ah!, para mi sorpresa, fue ella misma quien se acercó a mí.

—Mark, yo... me gustaría decirte que —dijo con gesto serio. Agachaba la cabeza constantemente—... me siento muy avergonzada por lo que, seguramente, ocurrió aquella noche

en mi portal. apenas lo recuerdo porque estaba muy bebida, pero sé que hicimos algo que no estuvo bien... porque cuando me desperté por la mañana, yo... —titubeaba—... Estoy tan arrepentida de haber bebido... El alcohol me vuelve un poco loca y al día siguiente no me acuerdo de casi nada. Jamás volveré a tomar alcohol.

—Pues si eso es lo que quieres, tienes todo mi apoyo. ¿Y eres tú la que está avergonzada? Soy yo quien ahora se siente mal por no haberme dado cuenta de tus circunstancias. Pensé que tú deseabas que yo... Pero puedes quedarte tranquila, Violeta. Te juro que no sucedió nada de lo que temes. Solo fueron...

—No, calla. —Levantó la palma de la mano—. No quiero saberlo.

—De acuerdo, pero me gustaría que pudieras perdonarme.

Durante unos instantes, se quedó callada, pensativa, jugueteando con el cierre metálico de su pequeño bolsito de lentejuelas rojas.

—¿Me perdonas? —insistí. Y ella asintió esbozando una media sonrisa, más bien una mueca.

¡Qué cínico!, pensarás. Pero por mi Violeta habría dicho o hecho cualquier cosa porque con solo mirarla, me volvía loco. Además, «¡Qué recatada! ¡Es como una monja!», pensé. Después se me ocurrió una idea de película, una idea perfecta.

Al día siguiente por la mañana, ordené que le enviaran a su casa varias docenas de macetitas de violetas. Las acompañé de una tarjetita: «Perdóname». Al cabo de dos horas, cuando supuse que aún no habría salido de su asombro, le envié un número aún mayor de tarritos de cristal envueltos en lazos, y de cajitas muy cursis, llenos de caramelos de violeta. Otra tarjetita: «Perdóname otra vez. ¿Me dejas que te invite a cenar?».

Al cabo de un rato, me llamó por teléfono para darme las gracias. «Ha sido superbonito. No me imaginaba que tuvieras esos detalles tan especiales. Por supuesto que voy a cenar contigo».

La noche de nuestra cena estaba guapísima. Es posible que en aquel restaurante de moda al que la llevé hubiera chicas más exóticas y esbeltas, pero a mí me gustaba más mi niña. Llevaba un vestido verde de punto, que resaltaba sus apetecibles tetas y su comestible culito. Ah, pero no te imaginas cómo me puse cuando el aire acondicionado provocó que se le endurecieran los pezones. Ella se dio cuenta. ¿Y sabes lo que hizo? Nada. Tan solo me miró y se rio. Parecía tan fresca e ingenua..., pero ya sabes: veintitrés añitos recién cumplidos, y tú y yo andamos ya cerca de los cincuenta. Tenía la sensación de estar ante una tierra virgen en la que, después de desbrozarla, uno puede sembrar o plantar cualquier cosa que desee, y disponer luego de la cosecha a su antojo. Si pudieras ver cómo se reía con cualquier cosa que le contaba, con cualquier comentario que yo hacía, aunque a mí me pareciese de lo más estúpido... pero ya te he dicho que merecía la pena jugar a lo que a ella le gustaba, porque el premio pensé que sería brutal, mucho mayor del que jamás había obtenido de una mujer, tan dulce como su nombre, como esos empalagosos caramelos que tanto me gustaban de niño.

Al acabar la cena, acudimos a algunos pubs a tomar unas copas. En el primero pedí un güisqui, ella una cocacola. En el segundo, yo otro güisqui y ella un refresco de limón. En el tercero, yo un refresco de limón y ella de naranja. ¡Y ni un solo beso en toda la noche! Supongo, Rafa, que te estarás partiendo de risa. Hazlo. Búrlate de mí. Me lo merezco.

Finalmente, la acompañé hasta su casa y me despedí de ella, con la máxima educación y formalidad.

—Muchas gracias por cenar conmigo, Violeta, he estado muy a gusto. Me gustaría que volviéramos a vernos. ¿Te parece bien que te llame uno de estos días para dar una vuelta por El Retiro, o para merendar, o ir al cine...?

«O para subir al tiovivo», pensé, «¿no te jode?».

—Sí, claro —contestó—. Podríamos vernos alguna vez, aunque si volvemos a cenar otro día, pago yo.

—Eso no, de ninguna manera. No dejaré que pagues nada.

—Si te oyera mi amiga Carlota... —Se rio—. No, no vas a pagarme nada más. No sé si sabes que durante los meses de vacaciones trabajo en la empresa de mi madre para pagarme mis caprichos. No quiero depender en todo de la asignación que me proporciona mi padre. Tengo dinero que he ganado por mí misma. Los dos disfrutamos de nuestra compañía por igual. Así que, a partir del próximo día, pagaremos siempre a medias. Y si no aceptas, no volveremos a vernos.

«No tengo ni idea de lo que le pagará su madre, pero creo que si hubiese visto la cuenta del restaurante, es posible que no hubiese podido pagar ni los postres», pensé. «Me gusta que tenga carácter».

—De acuerdo, Violeta. Será lo que prefieras. Hasta pronto. Te llamaré. —Y le di dos besos, uno en cada mejilla como dos buenos amigos, como dos camaradas, como dos compañeros de juegos.

Abrió su portal y nos dijimos adiós. Subí al coche. Apenas había dado al contacto para encender el motor, cuando se acercó hasta la ventanilla y me llamó:

—¡Espera, Mark! No, no me llames. Yo te llamaré a ti.

¿Qué decía esta niña, que prefería acaparar la pelota en su tejado? Pero no quise contradecirle.

—De acuerdo. Como tú quieras.

Sabes de sobra, Rafa, que a mí no me gusta que sea la mujer quien lleve las riendas de una relación, aunque bien pensado, algunas veces es mejor que ella lo crea así, ¿no te parece?

A los pocos días de la cena, una noche, a la salida del trabajo, cuando me disponía a sacar el coche del aparcamiento de la empresa, un estruendo metálico me sobresaltó. Un tipo había dado un fuerte golpe con la mano en el capó. Abrió la puerta, me sacó a la fuerza, se colocó detrás de mí y me sujetó los brazos. Otro se sacó del bolsillo una navaja automática y comenzó a jugar con ella a pocos centímetros de mi cara. Casi me da un infarto. Eran dos hombres altos, fornidos, llenos de tatuajes. Uno de ellos acercó la boca a mi oído:

—¿Dónde Fusco? —preguntó remarcando cada palabra.

—¿Quién?... No sé quién es ese, se están equivocando de persona —contesté mientras casi me cago de miedo.

—¡Fusco!... ¡¿Dónde?! —repetían una y otra vez.

—Les juro... Les juro que no sé quién es. No le conozco, créanme.

El tipo del cuchillo lo acercó a mi ojo como si fuera a sacármelo.

—¡Pregunta a tu novia!

—No tengo novia —les aseguré, temblando.

—La joven, la guapa. —Entendí que se referían a Violeta.

—Les repito que la joven no es mi novia y que no sé dónde se encuentra ahora, pero les juro por mi madre que si la veo le preguntaré por ese hombre.

El tío que tenía detrás, me inclinó la cabeza hacia un lado, y el otro me paseó la punta de su cuchillo por la yugular. Por unos instantes, pensé que iba a degollarme. Finalmente, comentaron algo entre ellos en un idioma que no conocía y me soltaron.

—Volveremos a ti y tú hablarás de Fusco. Averigua. Pregunta a tu novia.

Jamás me he sentido más acojonado, Rafa.

Cuando se marcharon, me toqué el cuello, y lo tenía manchado de sangre. Pensé en acudir a la policía, pero no me atreví. Tampoco se lo contaría a Violeta. ¿Qué sentido tendría alarmarla?

Además, supuse que ellos acabarían por descubrir su error, su equivocación al preguntarme por alguien a quien no conocía, y no volverían a molestarme. Todavía tengo en el cuello la cicatriz de la pequeña punzada.

Trascurrió más de una semana desde nuestra cena, y Violeta aún no me había llamado. Empezaba a inquietarme. «¿Por qué no lo hace?», me preguntaba. «¿Se habrá buscado un novio de su edad, uno de esos chicos con los que comentó que iba a esos conciertos inaguantables propios de adolescentes?». Y después de esa semana, llegó otra más de silencio absoluto. Sin embargo, me resistí a llamarla. Esperaría a que ella lo hiciera tal como acordamos.

Y mira por dónde, a los pocos días, el destino me condujo hasta ella; aunque el precio que pagué resultó mucho más alto de lo que yo pensaba.

4

RECUERDO DE PARÍS

Ayer tarde, Boro regresó de París. Esperaba haber podido hablar con él y explicarle mis progresos con la aplicación. Sin embargo, al poco de llegar, recibió una llamada telefónica y se marchó rápidamente sin dar explicaciones.

—¿Adónde ha ido este? —exclamó Vicenta—. Uy, a ver si... No lo sé, pero creo que... —Suspiró—. Miedo me da.

—¿Ocurre algo? —me atreví a preguntar.

—Son cosas nuestras, no te preocupes —se apresuró a contestar Amparo.

Vicenta y Federico se pasaron todo el día cuchicheando y mirando el reloj. Por la noche, después de despedir al último cliente, Boro regresó. Sin pronunciar palabra, bajo la atenta mirada de sus tíos, recogió algunas cosas y se dirigió a la salida.

—Boro, ¿qué pasa? ¿Adónde vas? —le preguntó Vicenta.

—A tomar el aire. El de este restaurante está viciado —contestó con un tono de rabia y consternación. Y se dirigió hacia su coche.

Vicenta le siguió hasta la calle. Federico, Amparo, Josefina y yo nos detuvimos en la puerta.

—¡Boro! ¿Qué pasa? —exclamó Federico.

—¡Boro! ¿Adónde vas? —insistió Vicenta.

—¡A acostarme y a intentar dormir!, pero no creo que pueda. —Se metió en el coche, dio un portazo y se marchó de allí a toda prisa.

Vicenta se colocó la palma de la mano sobre el pecho y suspiró.

Federico sacudió la cabeza.

—Vamos —dijo Amparo, señalando la cocina—, que hay que recoger. Yo también quiero irme a casa. Tengo ganas de tomarme una pastilla y meterme en la cama.

—Luego le llamaré —dijo Vicenta—, a ver si suelta prenda.

Respiré hondo. Sugerí que abriésemos la puerta principal y la trasera para que circulase la corriente.

—Sí —afirmó Federico con gesto preocupado—. Que corra el aire.

Esta mañana, Boro ha llegado al restaurante con semblante serio. Traía redactado mi contrato como ayudante de cocina y ya lo he firmado. Le he enseñado la solicitud, impresa, de mi carné de manipulador de alimentos. Boro se ha limitado a asentir con un movimiento de cabeza. No creo que me haya prestado demasiada atención. Me miraba, pero su mente parecía encontrarse tan lejos que ni siquiera le ha importado mi presencia en la cocina. No he tocado la comida. Me he limitado a observar cómo la preparaba Vicenta, y a alguna tarea de limpieza que ella me ha ordenado. Ninguna de las dos ha comentado nada; sin embargo, mirábamos a Boro de reojo. Temíamos que de un momento a otro reaccionase y me pidiera que me marchara, así que he intentado mantenerme alejada de él tanto como me ha sido posible.

A lo largo de la mañana, Boro se ha dirigido a su familia solo lo justo y de manera escueta. Pero yo, a juzgar por algunas palabras y gestos, creo que conozco el motivo de su actitud: se siente muy disgustado con ellos por haberle mentado sobre la verdadera causa de las lesiones de

su tío.

—Boro, déjalo y no pienses más —le ha dicho Vicenta—. Lo pasado, pasado está. No quiero que te metas en líos. Lo importante es que ahora estamos todos juntos y nos encontramos bien.

—Lo siento, tía. No lo puedo evitar.

Le he estado observando con cierto disimulo. En algunos momentos, le he visto chasquear la lengua y sacudir la cabeza con gesto de impotencia y desesperación. Mas tarde, ha apoyado las manos sobre el borde del fregadero, y durante unos instantes ha permanecido con la cabeza agachada y la mandíbula tensa. De pronto, se ha girado hacia mí y nos hemos mirado. Me hubiera gustado decirle: «Boro, intuyo lo que te perturba, y me gustaría poder ayudarte de alguna manera». Como si hubiera adivinado mis buenos deseos, a pesar de la tristeza que reflejaba su mirada, me ha sonreído. Me he acercado a él, me he sacado del bolsillo del delantal el justificante de la solicitud del carné de manipulador de alimentos y se lo he vuelto a enseñar.

—Ya ves, hasta lo he imprimido para ti.

—Muy bien, María. Guárdalo por si acaso viene un inspector.

—Lo que usted diga, chef. Lo guardaré junto a mis tarjetas de crédito. Además, he estudiado mucho la aplicación que me dijiste.

—Me alegro mucho. En cuanto disponga de un poco de tiempo, la veremos juntos. Mientras tanto, prefiero que entres en la cocina lo menos posible. No haces más que dar vueltas por aquí y me distraes.

Más tarde, durante un descanso, le he preguntado sobre su estancia en París. Charlamos durante un rato. Le he contado algunas cosas sobre las prácticas que realicé allí hace unos meses y le he hablado un poquito sobre mi hermana Margarita. En algunos momentos, he conseguido hacerle reír. De pronto, sin venir a cuento, ha agarrado un cuchillo y me lo ha entregado:

—Como vas a recibir el carné dentro de poco, ve a ponerte un delantal. Luego sacas de la banasta esas anguilas y las troceas.

He dado una arcada y el cuchillo se me ha escapado de las manos. Boro se ha echado a reír. Después de tomar aire, ha negado con la cabeza con gesto condescendiente, lo ha recogido del suelo y me ha entregado otro.

—Toma. Desprende del molde la tarta de manzana.

—Y si viene un inspector...

—Estoy seguro de que hoy no vendrá nadie.

—Sí, chef. Lo haré con mucho gusto.

—Ah, y cuando acabes, sales al paellero y preparas la leña. Hoy vas a encargarte tú de hacer las paellas.

Casi se me vuelve a caer el cuchillo.

—No, no. Eso no. Yo sola ni pensarlo. Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Luego vendrás conmigo, Marieta. La prepararemos juntos.

—Ay, sí. Eso sí. Me va a encantar.

Poco después, tras organizar una caja de pescado que acababan de traer de la lonja, me ha mirado y me ha guiñado un ojo.

—¡Tía Vicenta! —ha exclamado Josefina mientras abría los sobres de sus cromos nuevos—, Boro le ha guiñado un ojo a María, así. —Reprodujo el gesto—. ¿A que eso significa que le gusta? En el colegio, Pedro me lo hace todo el rato y me dice que le gusta y que quiere ser mi novio.

Boro se ha acercado a Josefina, y le ha pellizcado la nariz.

—Chivata.

—Te gusta María... te gusta María...

—¡Josefina, calla y no nos distraigas —ha dicho Vicenta—, que te llevo a casa con tu madre!

Esta tarde, a través de la ventana de mi cuarto he escuchado a Boro discutir con Vicenta y Federico. Solo he distinguido frases sueltas. Boro decía: «Esto no puede quedar así. Hay que denunciarlo todo» y Federico contestaba: «Josefina se encuentra bien y no quiero que sufra». Y Boro replicaba: «No me pidáis que olvide esto, porque es imposible que lo haga».

Debo reconocer que los sucesos recientes y la pequeña charla que he mantenido con Boro sobre París han evocado en mi mente algunas frases que escuché la noche anterior a mi regreso a Madrid. Sin embargo, aparecen mezcladas entre sí como en un caleidoscopio. Durante una de ellas, he dado un traspie mientras subía la escalera de casa. Después, me he sobresaltado cuando la lavadora ha comenzado a centrifugar. Me aterroriza la posibilidad de perder el equilibrio y caerme por las escaleras.

Me siento abrumada por un mundo interior confuso que necesito ordenar de una vez por todas. Algunas noches me despierto gritando. De todos modos, cuando tomo conciencia del lugar en el que me encuentro, me siento aliviada.

Esta noche he tomado la decisión de intentar rememorar las escenas previas a mi accidente, pero no sé hasta dónde seré capaz de llegar. Es posible que, conforme me vaya acercando a la oscuridad, un nudo me oprima cada vez más la garganta.

Comenzaré por el escaso mes y medio que disfruté de mi estancia en París. El tiempo restante quedó amputado, como una secuela más de mi accidente.

Mi vida en París me resultó muy enriquecedora en todos los sentidos. Me alojé en casa de Margarita. Hacía años que se había enfadado con papá y se había marchado a vivir con una amiga. Poco después, conoció a Pierre y, en cuanto acabó sus estudios de Historia del Arte, se trasladó a vivir a Francia. Manteníamos contacto telefónico, es cierto, pero por aquella época, me sentí muy sola. Siempre se había comportado conmigo como una segunda madre, cariñosa, serena y comprensiva. La echaba tanto de menos... Sin embargo, durante los meses que pasé con ella en París, tuve la sensación de que, por fin, comenzaba a desempeñar, el papel de una verdadera hermana a la vez que amiga.

Todas las mañanas acudía a trabajar al hospital. Por las tardes estudiaba en la biblioteca o salía con algunos compañeros a pasear o a tomar café. No obstante, lo que más apreciaba era la compañía de Margarita: quedarme con ella en su anticuario de la Rive Gauche. Yo no entiendo nada de antigüedades, pero disfrutaba con aquel aroma tan especial que desprendía la mezcla de aquellos objetos. Imaginaba que, poseedores cada uno de su propia alma, habían viajado a través del tiempo para encontrarse en aquella tienda.

Contemplar a mi hermana desenvolverse me sorprendía y maravillaba. Parecía haber sufrido el mismo encantamiento que los objetos que la rodeaban: una mesa, un candelabro, un reloj, un tapiz, una lámpara, una cuchara... En los momentos de silencio, aprovechaba para repasar alguno de los libros que me había comprado cerca del hospital. A la hora de la merienda, un chico de una pastelería cercana nos traía café o chocolate junto a unos *croissants* o unos *brioches* recién hechos.

Cuando llegaba la noche, aunque lloviera, nevara o hiciese viento, Pierre, el marido de Margarita, acudía a buscarnos para ir a cenar a algún restaurante con encanto. Decía que lo hacía por mí, para que disfrutase de la ciudad como algo más que una simple turista. Reconozco que siempre me ha tratado de un modo especial, con la misma familiaridad que a una hermana hasta el punto que, en ocasiones, su mirada me abruma y me hace agachar la cabeza.

Los sábados acostumbábamos a visitar algún club de jazz de los muchos que existen en París.

Una vez en casa, caía rendida en la cama y dormía relajada hasta el día siguiente. Pero a veces me desvelaba pensando, anticipando en mi imaginación el comienzo de mi siguiente objetivo: el próximo verano, con mi carrera acabada, me marcharía a la India con los Hermanos Salesianos. Por supuesto, dichos planes se truncaron.

A mediados de diciembre, una parte de mí deseaba regresar a Madrid para pasar la Navidad con el resto de mi familia y ver a mis amigos. Además, como cada año, ansiaba organizar las comidas de los días más señalados. Hace unos años, descubrí que el hecho de que sea yo misma quien decidiera responsabilizarse de ello consigue que los miembros de mi familia dejemos de lado nuestras diferencias y nos sentemos a la mesa todos juntos. Bueno, todos menos Fusco. Mi madre me pide siempre que no me complique la vida con la responsabilidad de cocinar tanto, pero yo insisto en ello, porque sé que, a ella, en el fondo, le gusta.

La víspera de mi regreso, mis compañeros del hospital me organizaron una cena de despedida. El ambiente resultaba tan animado que, a pesar de que el alcohol me desinhibe y enloquece, me tomé dos copas de champagne. Supongo que sería por mi estado de euforia que, antes de regresar a casa de mi hermana se me ocurrió la idea de acudir al despacho de Pierre a despedirme. No había tenido ocasión de hacerlo porque justo esa noche avisó que trabajaría hasta muy tarde.

No conservo en mi memoria reminiscencia alguna de aquella visita. Sin embargo, recuerdo con bastante claridad lo que sucedió al día siguiente. Margarita me despertó sobre las doce del mediodía. Mi avión despegaba a las cuatro de la tarde. Poco menos que me sacó de la cama a rastras y me obligó a que comiera con ella y con Pierre. Resultó un desastre. Margarita me reprendió con dureza por haber regresado a casa a las dos de la madrugada. Me preguntó dónde estuve y solo pude responderle que cenando.

—¿Y luego...? —insistió—. ¿Por qué has dormido desnuda?

No respondí. Me limité a agachar la cabeza. No lo recordaba.

—Estuvo conmigo —afirmó Pierre, con rotundidad.

—¿Crees que no lo sé? —le respondió mi hermana con retintín—. Era muy tarde, Violeta no contestaba a mis llamadas, estaba muy preocupada. Después os oí llegar a los dos juntos. Pensé que me avisarías enseguida, pero cuando iba a levantarme de la cama escuché cómo entrabas en su cuarto ¡¿Y tú mismo la desnudaste?! Luego te fuiste a dormir a otra habitación. Nunca me habría imaginado que pudieras estar con ella sin avisarme a mí.

—Margarita, pensé que estabas dormida y no quise molestarte. Si estabas despierta, ¿por qué tú no...?

—Calla, Pierre. Estaba tan cabreada con los dos que no quise levantarme y montar un espectáculo. No he podido dormir en toda la noche, cavilando. Y tú, Violeta, escuché tus risas y tus majaderías y me di cuenta de lo borracha que estabas. Sigues siendo la misma niña inmadura que consume alcohol cuando le viene en gana. Si lo supiera papá...

—Margarita —interrumpió Pierre—, déjalo. Te lo explicaré todo cuando estemos solos.

—Eso espero.

A pesar del enfado de mi hermana, me acompañó hasta el aeropuerto. Durante el trayecto, las dos nos mantuvimos en silencio. Apenas fui capaz de levantar la cabeza y mirarla a los ojos. No obstante, Margarita, antes de pasar por el control de equipajes me dio un abrazo.

—No quiero que nos despedamos enfadadas —me susurró al oído—. Dios, eres tan joven. Solo tienes veintitrés años —me acarició la espalda—. Yo ya tengo treinta y cinco, y Pierre, cuarenta. Siempre he confiado en él, en su sentido común y en su seriedad. No quiero que te preocupes por eso. Espero que sus explicaciones resulten coherentes —titubeó—, por supuesto que lo serán, claro que sí. Violeta, eres mi hermana pequeña y te quiero mucho. Sabes que conmigo puedes

contar para cualquier cosa. Llámame o envíame un mensaje cuando llegues a Madrid, ¿lo harás?
Asentí.

—Me sabe tan mal el disgusto que os he dado. —Me limpié una lágrima de la mejilla—. Gracias por todo. Yo también te quiero mucho. —Y la abracé.

A bordo del avión me dormí. Al llegar al aeropuerto, supongo que recogería mis maletas y después... Después ya no recuerdo nada. Solo retazos de sensaciones, imágenes del aparcamiento, el desagradable olor de los gases de los tubos de escape, el chirrido de otros coches al tomar las curvas, el mareo, los golpes, el aplastamiento y la asfixia. Existe un periodo de tiempo en el que mi mente permanece en el interior de una burbuja que asciende, desciende y da vueltas a merced del viento.

No, no puedo seguir. Me cuesta respirar.

Me he dado cuenta de que me sucede algo inexplicable: Sé que el lago de La Albufera tiene escasa profundidad, pero me atrae y me estremece. Sentada sobre la hierba, o apoyada sobre la barandilla de un puente, observo el agua, y entonces comprendo que se trata de un ser vivo que necesita hablarme y espera el momento oportuno para manifestarse como si se tratara de un alma atormentada. No, en realidad, intuyo que soy yo quien la espera a ella. Es desconcertante. Me estoy volviendo loca. Me pregunto si sería capaz de alcanzar a ver el fondo. ¿Podría hacerlo a través de la onda que provoca una hoja que cae, el vuelo rasante de un pájaro, o el surco que traza una barca? Necesito saber cómo los peces pueden subsistir sepultados entre el fango, y entrar y salir de él como si fuera algo natural, sin sentirse constreñidos y asfixiados, sin enredarse entre alguna planta que los retenga allí hasta la muerte.

5

CANCIONES

¡Por fin! he conseguido el carné de manipulador de alimentos, y ya camino por la cocina con la misma libertad que si se tratase de mi propia casa.

Sin mí, no sé cómo se las hubieran arreglado para atender a los clientes en las fiestas del Cristo. Se dice que han sido siete mil personas las que han visitado El Palmar. No me extraña. Jamás había visto algo así: La Romería del Santísimo Cristo de la Salud. El traslado de su imagen desde la iglesia hasta el centro del lago. Me ha encantado. Boro insistió mucho en que acudiera a verlo, y más aún cuando se enteró de que soy creyente. Al final, hemos acudido todos a verlo, de alguna manera. Me he emocionado cuando he visto la imagen sobre una barca rodeada por cientos de ellas que procedían de los poblados del sur. A qué mala hora se me ocurrió preguntar por sus nombres. Josefina los recitó una y otra vez hasta que Federico la amenazó con taponarle la boca con cinta adhesiva negra si no se callaba. Al final, me los he aprendido todos.

Ya había estado en alguna *mascletá* en la fiesta de las Fallas de Valencia, pero esta, la que se ha disparado al final de la misa... no tengo palabras. Me he vuelto a emocionar. Los colores de la puesta de sol parecían haberse fundido con los de los fuegos artificiales.

Por otra parte, la organización y la dinámica del restaurante ha cambiado por completo para todos. Boro me exprime como a una naranja. En ocasiones me resulta muy satisfactorio, porque estoy aprendiendo mucho, pero otras me desanimo. No alcanzo el nivel de competencia que me gustaría. Ha conseguido que todos le obedezcamos con diligencia. Nos indica lo que debemos o no debemos hacer, de manera firme, y al mismo tiempo amable, en eso se parece un poco a su tía Vicenta. No obstante, su tía lleva toda la vida cocinando y organizándose de la misma manera y, al principio discutía mucho con él. Ahora, aunque a regañadientes, acata todo lo que le indica. A Federico, consigue levantarlo de la mesa del dominó cuando le necesita, pero sabe que con él sus logros tan solo pueden ser parciales, porque su adicción al juego es demasiado fuerte y la padece desde hace muchos años. Bueno, en realidad, no la «padece», porque lo disfruta. Quien la padece es Vicenta. Así que Boro le da órdenes muy concretas y de este modo resulta mucho más fácil que las cumpla. De todas formas, Federico no alcanza las expectativas que Vicenta se había forjado con la llegada de su sobrino.

A veces, me gasta bromas que no siempre entiendo porque mezcla el castellano con el valenciano. Se burla, por ejemplo, de la forma como le arranco las escamas al pescado, o de cómo se me escurren de las manos algunos peces bastante resbaladizos. También bromea con sus tías, pero con un matiz muy distinto. Es muy cariñoso con ellas. Sin embargo, Vicenta no lo puede evitar: a estas alturas, todavía se atreve a criticar algunas de sus maneras de cocinar: «Esa salsa no está bien. Con un poquito de harina espesaría más. Tú dices que no, pero yo sé lo que me digo» o «Esas croquetas con menos bacalao y más patata salen igual de buenas y resultan más económicas». Boro, al principio, intentaba convencer a su tía con diferentes argumentos. Ya no. Ahora se acerca a ella, la agarra y la levanta del suelo, o le canturrea al oído, o le hace cosquillas. De ese modo, Vicenta queda desarmada. «No se puede ser más tonto que tú», dice sin poder contener la risa.

Me encanta sentirme acompañada a la hora de las comidas, sobre todo cuando conseguimos comer los seis juntos. Pero algunas veces, preferiría servirme el plato y llevármelo a casa para no soportar las discusiones con Federico. Vicenta lo lleva mártir. Sin embargo, él jamás entra al trapo. Sin levantar un ápice la voz, le da la razón: «Sí, mujer, mañana iré al huerto de Julián y verás qué acelgas te traigo, pero solo para ti, cariño mío... Que sí, que tienes razón. Mañana será otro día». Entonces Vicenta se exaspera y comienza a gritarle. Es la única persona que consigue sacarla de quicio.

Amparo ya está acostumbrada a las discusiones entre su cuñado y su hermana, y se limita a comer con toda tranquilidad, y a asentir, a veces, con la cabeza.

Boro intenta cortar la discusión desde el principio increpando a Vicenta. «Tía, ¡tía! ¡Ya vale! ¿No ves que entras en bucle y que así no consigues nada? Déjalo ya».

La actitud de Vicenta me recuerda a una especie de programa informático de esos que, una vez comenzado a ejecutarse, resulta complicado cancelar. Finalmente, Boro opta por «tirar del cable», es decir, se levanta, da un golpe sobre la mesa con la palma de la mano y ¡zas! discusión finalizada. En tales casos, siempre me adelanto a sujetar mi plato y mi vaso. Tengo que absorberme los labios hacia dentro de la boca y sujetármelos con los dientes para no reírme.

De todos modos, Vicenta no puede negar que le adora y se siente muy orgullosa de él. Ah, y «nuestro chef» se ha salido con la suya y pone música casi todo el día. Se trata de la banda sonora de nuestra vida todos juntos. Solo la apaga cuando Vicenta se enfada, o cuando andamos muy agobiados de tiempo. Pero cuando sus tíos y Josefina se ausentan, se dirige al reproductor y aumenta el volumen, o la cambia por música de *rock*. Bajo el influjo de sus notas, las tareas me resultan mucho más sencillas. No me importa canturrear, mirarle o sonreírle. Me siento mucho más libre para mostrarme tal como soy. Y estoy segura de que a él le sucede lo mismo.

Ayer fue uno de esos días.

—Voy al cuarto frigorífico a hacer inventario —dijo—. Tardaré poco.

Me quedé sola en la cocina. Sonó una antigua canción de Santana: *Smooth*. Comencé a canturrearla y a seguir el ritmo con el pie, pero poco a poco, acabé bailándola. Inmersa en el ritmo de la música, no me di cuenta de que Boro había entrado y que, con la mano apoyada sobre el marco de la puerta del corralillo, me observaba sonriente. Eso, hasta que Vicenta apareció por la otra puerta justo a tiempo de ver el final de la escena. Nos miró a los dos, torció el gesto y se acercó a mí:

—Vete a tu casa, ahora mismo.

—¿Por qué?!

—¿Qué te he dicho muchas veces? —Me señaló las tetas con un gesto de cabeza.

—Ah, vale —contesté con la mano en el pecho—. Es que esta mañana no he escuchado el despertador y me he vestido de prisa y... que no me he acordado de ponérmelo. Llevo el delantal. ¿Tanto se me nota?

—Al menos, baja la voz y disimula —me dijo entre dientes, mirando a Boro de reajo.

—Vale, voy a ponérmelo —le dije al oído—, pero por favor no me trates como a una niña pequeña.

—Perdona, lo siento. Venga, no te entretengas, cariño. —Y me señaló la puerta con un rápido gesto de la cabeza.

Corrí hacia mi casa y la obedecí. Cuando regresé al restaurante, me dispuse a limpiar unos boquerones. Boro me miró sonriente, pasó por detrás de mí, y me dio un disimulado empujoncito contra el fregadero. Sonreí. Acto seguido, miré de reajo a Vicenta. Se había dado cuenta del gesto de su sobrino. Suspiró, sacudió la cabeza y continuó pelando unas gambas.

Por cierto, es verdad lo que dijo Vicenta. Boro asistió varios años al conservatorio, y sabe tocar el saxo. Antes de marcharse a estudiar el grado de Gastronomía y de Cocina a Madrid, formó parte de la banda de un pueblo cercano, y también dio clases de música y enseñó a tocar a muchos niños. Una vez más, no comprendo los motivos que pudo tener para no continuar estudiando y conformarse con tocar en una banda. Tampoco comprendo qué motivo le impulsaría a despedirse de su anterior trabajo, que al parecer era bastante bueno, para hacerse cargo del de su familia. ¿De verdad que no preferiría trabajar en un restaurante de mayor prestigio?

Me gusta observarle canturrear por la cocina mientras se dirige de un lado a otro. Sin embargo, algunas veces, recibe llamadas telefónicas muy misteriosas, sale a la calle y habla en voz baja. Otras, es él quien las realiza. Cuando regresa, la expresión de su cara se ha vuelto gris. Entonces, Vicenta se acerca a él y le dice con gesto de preocupación: «Boro, ¿qué pasa?». «No te preocupes, tía», contesta. «Es mi vida privada. Por favor, no interfieras».

6

ALGO TUYO, ALGO MÍO

Madrid, verano de 2007. En la casa familiar

Ahora que Azucena se ha marchado de la habitación de Fran, Violeta, que permanecía sentada en el otro extremo de la cama, se levanta con rapidez y cierra la puerta para quedarse a solas con su hermano. Mientras regresa a su lado, se seca las lágrimas con el dorso de los dedos y se absorbe con los labios las que le llegan hasta la boca. Le escuece la palma de la mano y le duele la punta de los pies, de golpear tanto la puerta. Tiene los ojos hinchados y la nariz tan congestionada que apenas puede respirar. Se sienta en el mismo lado de la cama en el que ha estado su madre hace unos momentos. Igual que hizo ella, contiene el instintivo ademán de inclinarse hacia delante para abrazarle la espalda. No quiere presionar esa lesión que le ha provocado su propio padre fuera de sí.

—Estoy aquí contigo —le susurra al oído.

—Ya lo sé —contesta Fran. Se incorpora y se sienta al lado de su hermana.

Violeta observa la señal de los cinco dedos que su padre le ha dejado impresa en la mejilla y contiene el aliento. Se siente incapaz de hablar. Si pronunciara una sola palabra se echaría a llorar.

Es Fran quien la abraza a ella.

—Tú siempre estás —dice—. Y como un día te largues de esta casa antes que yo y me dejes aquí solo, te mato. —Sonríe.

—Te he dicho muchas veces que hasta que tú no te vayas no lo haré yo —Violeta lo dice como si se tratara de una broma, pero en el fondo piensa que, si el problema de Fran no se solucionase, no podría abandonarle—. Seremos los dos tan gilipollas que nos quedaremos aquí para siempre. Ya está —bromea—. Será muy divertido: cuando me case viviré aquí con mi marido y cuando te cases tú, te traerás a tu mujer, que será muy pronto porque —se ríe y dice con retintín—, desde que te ha salido barba, estás muy sexy y ya tienes novia.

—¿Sexy? No hables así de mí. Y no tengo novia.

—Te he visto muchas veces con Irene.

—Ya sé que me has visto, pero no es mi novia.

Fran permanece en silencio con la cabeza agachada. Con la yema de su dedo índice juguetea con la mancha que su propia saliva ensangrentada ha impreso sobre la colcha.

—¿Quieres que te diga una cosa? —dice—. Nunca me he atrevido a decírtelo, pero... —Abre la boca como si fuera a hablar, pero desiste—. Déjalo, es igual.

—No —protesta Violeta—. Quiero que me lo digas. Ya que has empezado, suéltalo.

—Vale. Pero no te rías.

—Te juro que no me reiré. Venga, cuenta.

—Que a veces pienso que tú y yo deberíamos haber sido solo una persona.

Violeta arquea las cejas, sorprendida.

—¿Qué dices?

—Pensarás que soy muy egoísta, pero creo que tú te quedaste con algo que me correspondía a mí y yo con algo que te correspondía a ti.

—¿Cómo te ha dado por pensar esas cosas tan raras? ¿Te duele mucho la espalda?

Fran niega con la cabeza.

—Enséñamela. Sé dónde esconde mamá los antiinflamatorios. Voy a traer uno.

Violeta se levanta de la cama y da un paso hacia la puerta.

—¡No! No te vayas. —Fran le tira de la manga de la camisa, y la retiene— Bueno, sí —la empuja hacia la puerta— y de paso, coges otra pastilla para ti. Que nooo —bromea tirando de ella de nuevo—. Quiero que te quedes conmigo.

—Sí, tú estás fatal. —Violeta cae sentada sobre la cama. Ríe y llora al mismo tiempo—. Ah, y por cierto, si piensas que yo me he quedado con algo que te falta a ti, ¿con qué te has quedado tú que me falta a mí? ¿Qué me has robado que era mío? Contesta.

—Da igual. —La atrae hacia él y le besa el pelo—. No te lo pienso devolver.

—Pues si es algo mío, lo quiero.

—Hasta que tú no me lo devuelvas a mí...

—Venga, no te vayas por las ramas —insiste Violeta—. ¿Qué me falta a mí que tengas tú? Si se pudiera arreglar, ¿qué me darías de ti?

—Te daría el ser un poco más mala y desconfiada. Solo ves el lado bueno de las personas y, si no cambias, te vas a meter en muchos líos. Yo siempre sé a quién tengo delante, a mí no me engaña nadie, ¿qué te crees? Incluso conozco a papá mejor de lo que él se conoce a sí mismo, te lo juro. Mira, tú no lo entiendes. —Suspira—. Yo no soportaría que te ocurriera nada malo, porque entonces... Y si algún día —titubea—... Si algún día pegase a alguien, sé que me separarían de ti y... —agacha la cabeza, avergonzado— eso no debe pasar nunca. Y ahora, largo —dice Fran mientras señala la puerta—. Ya está bien de mariconadas.

7

MARK DELIRIOS

Sé que vas a reírte una vez más, Rafa, porque mi reencuentro con Violeta resultó patético.

Un día, comencé a tiritar y a vomitar. Sufrí una crisis febril que alcanzó los cuarenta grados de temperatura. Ingresé en el hospital en unas condiciones físicas tan malas que temí que fuera a morir.

Me diagnosticaron una pielonefritis, y durante mis delirios febriles, me acordé de que Violeta realizaba sus prácticas de Medicina justo allí: en el Hospital Clínico. En cuanto tuve la mente algo más despejada, la llamé por teléfono.

Ni siquiera habría trascurrido una hora, cuando se presentó en mi habitación.

—Pero bueno, ¿qué te ha pasado? —dijo de forma desenfadada. Y como si de una especie de reflejo se tratase, me tocó la frente—. No. No parece que ahora tengas fiebre. Me han dicho los compañeros que has tenido una pielonefritis muy grave. Pero ya veo que tú eres un hombre fuerte —añadió, irónica.

A partir de ese día acudió a verme muy a menudo. Y volvía a tocarme la frente, y comprobaba mis goteros, y preguntaba a sus compañeros por mi evolución, e incluso habló con los médicos adjuntos. Un día, trajo a un peluquero para que me cortase el pelo y me afeitara la barba. «Estás muy sexi cuando llevas barba de dos días, pero ahora ya es demasiado, pareces un mendigo». Cuando el peluquero terminó su trabajo, sacó del bolso una polvera, la abrió y me mostró el espejito de la tapadera. «Mírate», dijo, «estás mucho más guapo así. Me gustas más sin barba».

Y yo contaba las horas y los minutos anhelando el momento en que volviera a visitarme.

Jamás lo habría creído, pero, al cabo de todos esos días, empecé a pensar en ella como la futura madre de mis hijos, porque era tan atenta conmigo, tan delicada... mucho más dulce que los caramelos de violeta, y de cualquier otra cosa que uno pudiera imaginar. Prefiero no ver, Rafa, la expresión de tu cara en estos momentos. Conociéndote, supongo que te estarás partiendo de risa por la cursilería que acabo de decir, pero es que yo de esa manera lo sentía.

Por fin un día, me dieron de alta y me marché a casa. Me encontraba muy débil y había perdido varios kilos. Y la muy jodida, como si estuviésemos en una película de tías, mientras me recuperaba de la enfermedad, me llevaba a mi casa comiditas que, según decía, había preparado ella misma. Incluso en una ocasión se quedó a comer conmigo. Mientras tanto, yo cavilaba sobre cuál sería la mejor forma de comportarme. Estaba muy claro que sentía algo por mí. Si no, ¿para qué tantas atenciones? Me preguntaba si ella esperaría a que yo tomara la iniciativa y me lanzase a dar un paso más en nuestra relación, o si pretendería ser ella la que preferiría hacerlo a su manera, o... si en realidad, tan solo me trataba como a cualquier otro amigo en mis circunstancias.

Un día, le sugerí que fuera ella la que me invitara a comer a su casa. «Guay», dijo. «Te haré una aleta de ternera rellena que te va a encantar. Ya sabes que me gusta muchísimo la cocina. Creo que podríamos quedar el viernes a mediodía. Por la noche no puedo, porque tengo guardia al día siguiente y me acostaré pronto. El domingo tampoco porque es el bautizo del hijo de mi

hermana Rosa».

Violeta vive sola, ¿sabes? Tiene un piso aquí en Madrid, en uno de esos elegantes bloques decimonónicos de la Plaza de Alonso Martínez. La puerta de la entrada comunica directamente con un gran salón con chimenea. Está decorado a base de sofás, pufs, plantas, tapices indios, numerosas fotos de familiares y de amigos, y de tantas velas de diferentes tamaños y colores que cualquiera diría que por las noches invoca a los muertos.

Durante la comida, que me sirvió con la más exquisita etiqueta, me habló de su familia. Tiene tres hermanos. Su hermana mayor se llama Margarita, y posee un anticuario en París. La segunda hermana, Rosa, es la dueña de un restaurante muy moderno, aquí en Madrid, en el Barrio de Las Letras. Y ella... mi Violeta, resulta que tiene un hermano mellizo, ¡Fusco! ¿Comprendes ahora, Mark? El tal Fusco ¡era su mellizo!, aunque en cuanto lo nombró cambió de tema, y lo volvió a hacer cada vez que yo hacía alguna referencia a él.

—¿Dónde está ahora tu hermano? —me atreví a preguntarle—. ¿Vive con tus padres, o en otro piso como el tuyo?

—No lo sé —contestó—. Él viaja mucho.

Parecía que hablar de Fusco la incomodaba. Y por mi parte, no estaba demasiado seguro de querer saber más.

Al acabar de comer, insistió en que esperase en el salón mientras ella preparaba café en la cocina. Me acomodé en uno de sus sofás y ojeé de nuevo aquella estancia. Aún conservaba las numerosas macetitas de violetas que le regalé hacía unos meses. Descansaban sobre unos estantes de hierro forjado que había colocado junto a una ventana. Los tarritos de cristal repletos de caramelos reposaban sobre una pequeña mesa auxiliar, junto a una lamparita. Recordé cuál fue el motivo de tal regalo: suplicar su perdón por lo que ocurrió la noche que la conocí. Mientras el aroma del café y de galletas recién horneadas procedente de la cocina alcanzaba mi nariz, me sentí de nuevo en su portal. Inspiraba el olor de su cuerpo, degustaba sus labios y sus tetas, y experimentaba de nuevo la calidez de sus muslos, el sabor de su coño, el tacto de mi lengua en su clítoris erecto y el de su vagina encendida por su «supuestamente indeseado» placer. Escuché sus gemidos y sus jadeos cuando alcanzó el orgasmo. ¿Sería cierto que no recordaba nada? Quizá me mintió... o quizá no. Lo que estaba claro es que se trataba de un recuerdo tan vívido en mí que permanecía grabado no solo en mi mente, sino en cada uno de mis sentidos; pero aderezados con la esperanza de que uno de esos días mi deseo de poseerla por completo se convirtiese en realidad. Esperanza es poco, Rafa, mi convencimiento más absoluto.

Puedes imaginarte el estado de excitación en el que me encontraba en el momento en el que ella regresó de la cocina con la maldita bandeja con su café y sus pastas. ¡Qué me importaba a mí ese o cualquier otro brebaje! Solo la deseaba a ella. La imaginé desnuda, a mi merced, entregada a su deseo sin excusas ni mojigaterías, con la vagina empapada, suplicándome que la penetrara.

Se sentó a mi lado y comenzó a servirme el café, mientras me hablaba sonriente. Movía sus labios, sí. Pero para mí había enmudecido como si estuviese contemplando una película de principios del siglo pasado, o como si yo hubiese ensordecido, de pronto. Por pura inercia, levanté la taza del plato sujetándola por el asa, pero me temblaba tanto la mano que su líquido caliente se derramó sobre el sofá y en una de mis rodillas.

Me levanté sobresaltado.

—Lo siento, Violeta. El sofá...

—¡Ay! —Se puso en pie con la mano sobre el pecho—. No pasa nada. Eso se limpia y ya está, pero tú... ¿Te has quemado?! Tienes el pantalón manchado en... —Señaló mi rodilla y mi entrepierna.

—¿Qué? No —negué con pretendida actitud inocente, observando cómo mi polla abultaba bajo los pantalones—. Esto no es del café. Es solo agua. Se me ha derramado un poco al beber cuando tú estabas en... —Con un leve gesto señalé el vaso que reposaba sobre la mesa, y la cocina, y de nuevo el vaso, y de nuevo la cocina. Como puedes suponer, Rafa, aquella mancha ni era café ni era agua.

—Menos mal —bufó—. Me había asustado. —Se marchó a la cocina y regresó agitando un spray con una mano. En la otra llevaba un cepillo.

—¿Te echo un poco en los pantalones? Si se deja reposar unos minutos, luego se frota con un cepillo y seguro que desaparece, aunque —vaciló observando de nuevo mis manchas—, si quieres echártelo tú...

—Sí, claro. —Lo cogí y tuve la santa pachorra de pulverizármelo sobre la polla y frotármela después con su cepillo. Patético es poco decir. Sí, Rafa, riete de mí. Lo merezco.

Le entregué el spray a Violeta y después de hacer lo propio con el sofá, se detuvo, se alejó unos metros y observó el resultado.

—Bueno, todavía se nota un poco, pero me da igual. No te preocupes. —Y me sirvió otra taza de café.

Así, de esta manera, como si me hubiese esposado las manos a la espalda, durante casi dos horas, transcurrió la sobremesa, ella contándome idioteces que apenas me importaban, yo asistiendo al espectáculo de sus risas infantiles y a sus comentarios, de manera sonriente. De vez en cuando le refería alguna anécdota a veces real, y otras adornada. Jamás he aguantado tantas contemplaciones con una tía.

No obstante, cuando me disponía a abrir la puerta para marcharme, me giré y la besé. No opuso resistencia. ¿Imaginas mi estado de locura, mi temblor? Besos y más besos, mientras sin apartarme de su boca forcejeaba para desabrocharle el sujetador. Imposible. Los corchetes parecían haber conspirado contra mí fundiéndose entre ellos para protegerla de mi desenfrenado deseo. Intenté desabotonarle la camisa, pero debido a mi torpeza y a su escasa colaboración, solo lo conseguí con uno de ellos. A punto ya de deshacerme del segundo, cruzó los brazos protegiéndose de mis sucesivos embates.

Continúa riendo, Rafa, porque eso fue todo lo que conseguí.

—No, Mark —dijo—, déjame. Colocó las dos manos sobre mi pecho y me empujó. Mientras yo alargaba el cuello hacia su cara, ella la apartaba—. Me gustas, eres superguapo y eso, pero no quiero llegar a más contigo, al menos por ahora. —Abrió la puerta de la calle y se echó a un lado para que me marchase.

—¿No, por ahora? ¿Por qué no? —supliqué mientras con una mano la acercaba a mí y con la otra intentaba cerrar la puerta—. Los dos nos deseamos. ¿Para qué esperar?

—Pues porque yo, por ahora, no quiero nada más de ti —afirmó contundente—. Ya te lo he dicho. Quizá más adelante... no sé. No puedo prometerte nada. Y tú debes respetarme. Si nos viera mi amiga Carlota en este momento...

—Me importa una mierda tu amiga Carlota.

—No hables así. Carlota y yo coincidimos en que cuando una mujer no expresa con la debida claridad que quiere acostarse con un hombre, es que no desea hacerlo.

—¿Qué estupideces son esas? —Tomé su cara entre mis manos— Las tías, quiero decir, las mujeres, a menudo verbalizáis a los hombres justo lo contrario de lo que expresáis con miradas, gestos, con vuestra manera de actuar. Decís «no» y «sí» al mismo tiempo. Nos lo pedís y luego cuando vamos a entregároslo lo rechazáis. Es una forma muy primitiva de cortejo, una manera de acrecentar nuestro deseo. Es como un juego, ¿lo comprendes? Tú eres muy joven —le acaricié

los brazos al tiempo que la miraba de arriba abajo como si pretendiera hacerle comprender— y quizá estés convencida de lo que dices; pero yo tengo más experiencia en esto de lo que te imaginas.

—Vale, vale. Todo tiene interpretaciones y matices, pero yo sé perfectamente lo que digo y lo que quiero. Además, soy virgen. Comprende que... ¿Qué estoy diciendo? Lo que sea o no, no es asunto tuyo. Olvídalo. Además, aunque estuviera jugando contigo, si no quiero, es que no quiero y tú debes contener tus impulsos y si no te gusta...

¿Jugando conmigo? ¿Cómo se atrevía una cría como ella a ser tan osada y tan soberbia?

Al final, lo único que dije fue:

—Tu amiga Carlota es gilipollas. —Y me marché.

8

CREMA DE FRESA

Cada vez que Boro me roza, aunque nadie lo note, me sobresalto. Cuando se acerca a mí, a medida que la distancia disminuye, aunque ni tan siquiera me mire, me hace sentir como si me encontrase a bordo de una de esas barcas que se balancean sobre un mar picado. Sin embargo, existe algo en él que me exaspera: ¿por qué a veces tengo la sensación de que juega con mis emociones? ¿Cómo puede haber descubierto qué tipo de melodías consiguen llenarme los ojos de lágrimas y hacer que me ruborice? No sé si serán figuraciones mías. Cuando esto sucede, miro hacia otro lado para evitar que lo perciba. Si le reprochase lo que hace, me sentiría tan ridícula...

Uno de esos días, por ejemplo, me ordenó que elaborase una crema de fresa. Llené un cuenco y se la enseñé.

—No nos sirve, bonita. Está demasiado líquida. A ver si me da tiempo a hacerla a mí y, si no, improvisaré otra cosa.

—Lo siento, era mi primera vez.

—Ya lo sé.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero conseguí contenerlas. Agaché la mirada.

—¿No se podría utilizar para otra cosa?

—De momento, no.

—Voy a salir al paellero... —le dije mientras observaba la crema. No pude acabar la frase. Una lágrima me descendía por la mejilla. Me giré, me dirigí hacia el cajón de los cubiertos, cogí una cucharilla de postre, la introduje en el cuenco y salí de la cocina.

Boro me siguió.

—Pero, María, ¿qué te pasa hoy? —Colocó una mano sobre la pared en la que yo apoyaba la espalda. Su dedo pulgar me rozaba el pelo.

Su cercanía me hacía sentir vulnerable e indefensa, sobre todo cuando se posicionó frente a mí y me observó los labios.

—¿Podrías separarte un poco, por favor?

—Sí, claro. Perdona. —Retiró su brazo y se alejó unos centímetros—. Escúchame. Si esto es por la maldita crema, no hay motivo. Eres muy buena cocinera. De hecho, ya lo eras cuando te conocí y ahora lo eres aún más.

—¿Lo dices en serio, o es para consolarme?

—Te lo digo muy en serio. Eres muy perfeccionista. Supongo que, si con tus estudios te esfuerzas tanto como aquí, debes sacar muy buenas notas.

—Bueno, eso intento. No tenía ni idea de que pensaras eso de mí.

—No soy una persona de las que acostumbran a alabar a los demás. Pero tú... Creo que, en realidad, no estás tan sensible solo por la crema, ¿verdad?

—Me gustaría que cambiases el estilo de tu música.

—¿Por qué razón?

—Porque hace días que las canciones que eliges son demasiado románticas y me hacen sentir vulnerable, y lentifican mis pensamientos y mis tareas.

—No creerás que lo hago a propósito, ¿verdad? —me susurró al oído.

—No me gustaría que jugases conmigo.

Nos miramos fijamente, callados. Agaché la vista hacia el cuenco y removí la crema con la cucharilla y la probé. Hubiese querido diluirme en ella.

—La fresa te ha coloreado de rojo los morritos. Pero se ve lo líquida que está porque se te resbala por...

Su dedo índice acarició con cuidado mi labio inferior y se impregnó de líquido rojo. Acto seguido se lo llevó a la boca como si resultase demasiado apetecible para dejarla escapar. Se me erizó la piel. Mis vértebras parecían a punto de desmoronarse una tras otra como una torre de piezas de madera. Supe que en aquellos momentos me encontraba en su poder; que podría adueñarse de mí sin encontrar resistencia alguna.

No sé por qué lo hice. Juro que mi acción no fue premeditada: me apoderé de su dedo, me lo introduje en la boca, y lo absorbí. Solo fueron unos segundos. No pude observar cual fue su reacción a mi gesto porque había cerrado los ojos. Cuando los abrí, se encontraba frente a mí, muy cerca, con su nariz a pocos centímetros de la mía.

—Demasiado dulce —susurró.

—A mí me gusta lo dulce.

—Tía Vicenta —exclamó Josefina—, Boro y María se han chupado.

Me sobresalté y regresé apresurada a la cocina. Josefina me siguió y Boro, sonriendo, le tiró del pelo.

—¿Dónde estabas escondida, cotilla?

—¡Ay!

—¡No ha sido eso, Vicenta! —exclamé—. Boro no me ha chupado a mí, solo la fresa de mis labios... —Callé en seco.

—Ay, Boro —dijo Vicenta suspirando—, ¡qué mal te veo! Y tú, María, déjate de cremitas dulces y ayúdame a pelar cebollas.

Boro pasó por detrás de su tía y le hizo cosquillas en la espalda. Ella dio un respingo y se rio. «Me río, pero no te creas que tengo muchas ganas». Está claro que le quiere como a un hijo.

Después de comer, subí a casa para descansar un rato. El termómetro sobrepasaba los treinta grados de temperatura y la humedad del ambiente resultaba asfixiante. No quise encender el aire acondicionado. Si mantenía abiertas las dos ventanas de la habitación, la corriente de aire proporcionaba un frescor muy agradable. Me eché sobre la cama con intención de dormir un rato. Desde allí, escuché a Vicenta y a Boro conversar en voz baja. Supongo que estarían sentados sobre esas antiguas sillas de esparto que Vicenta se resiste a echar a la basura. Solo percibía murmullos y algunas frases sueltas que me costaba descifrar porque hablaban en valenciano. Sin embargo, distinguí claramente que se referían a mí. Me levanté con mucho sigilo, pegué la espalda a un lado de la ventana para no ser vista y presté atención.

—Coqueteáis mucho los dos. Esta *xiqueta* te gusta desde el primer día. Pues más vale que te enteres: María no está bien.

—¿Por qué no está bien?

—Al principio de llegar aquí, tuvo dos ataques de ansiedad. Una tarde fue con la tía Amparo a casa de Consuelito, se le enredaron las piernas entre las ramas de los campanillos, se cayó y se quedó como muerta. Lo malo es que tenía los ojos abiertos.

Escuché a Boro reírse.

—¿Y eso? —dijo—. ¿Y no avisasteis a un exorcista?

—Otro día se le cayó al suelo la jarra de sangría porque se asustó al ver a Martín, el del arroz

chino —añadió Vicenta.

Boro soltó una carcajada.

—No es para tomárselo a broma, Boro. Una vez le contó a la tía Amparo, en confianza, que su accidente de tráfico resultó bastante más grave de lo que parece. Se dio un golpe en la cabeza y perdió la memoria. Josefina dice que a veces se desmaya y que estuvo a punto de caerse a una acequia. No quiero ni pensar que le pasara algo de eso contigo.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—No lo sé, Boro. Pero ándate con tiento. Además, un día nos dijo que tiene muchas pesadillas. Y debe ser verdad, porque Federico una noche que se nos olvidó llevarnos a casa parte de la recaudación, volvió al restaurante a las tres de la madrugada. Escuchó un grito, y después palabras sueltas sin sentido, y pasos arriba y abajo. Pensó que estaría con alguien. Aun así se esperó e hizo oído. Luego escuchó el clic del microondas y ya nada más. Le preguntamos al día siguiente qué tal había dormido y contestó que no muy bien. Federico le contó lo que había escuchado. Se quedó pálida y se sentó. «No había nadie conmigo, porque entonces yo me acordaría». Eso dijo. ¿Qué te parece?

—¿Y no sería, más bien, que era el tío Federico el que estaría soñando?

—No, Boro. Espero, por su bien, que esto no vaya a más. Bueno, que lo sepas: María está enferma.

«Enferma». Escuchar esa palabra de boca de Vicenta me dolió mucho. Me sentí tan abatida que deslicé la espalda por la pared y me senté sobre el suelo abrazándome las rodillas. La imagen de mi madre apareció como un *flash* en el interior de mi cabeza. Se me saltaron las lágrimas. Me las limpié con las manos, respiré hondo y volví a levantarme para escuchar, aunque sus palabras me dañasen.

Las risas de Boro parecían haber cesado de golpe. Tanto él como su tía permanecían en silencio. Sabía que aún se encontraban allí porque escuché algún carraspeo.

—¿Y dices que todo eso del accidente tan grave se lo contó María a la tía Amparo, en confianza? ¿No lo sabrá ya todo el pueblo?

—Tu tío Federico dice que su padre es marqués.

—¿En serio? ¿Y qué hace una mujer de la nobleza pelando patatas en un restaurante? Venga, ya.

—Y la tía Amparo dice que ella le dijo que todavía era virgen porque su familia es muy estricta.

—Ya está bien, tía. No quiero que me cuentes más. —Escuché arrastrar una silla—. Hay cosas que preparar para esta noche. Parece mentira que tú hagas caso de las tonterías que dicen los tíos.

—Bueno, pues ten cuidado con ella, a ver si tenemos un disgusto muy grande. Además, el día menos pensado se cansará de estar aquí, se marchará a Madrid y tú...

El timbre del teléfono me sobresaltó. Su agudo pitido retumbó como una alarma de incendios colocada en la pared exterior del corralillo. Las manos me temblaban tanto que se me resbaló varias veces como un pez recién sacado del agua.

Era Fusco.

—Violeta, cariño...

—¿Dónde estás? ¡Dijiste que vendrías y que estarías cerca! Apenas te oigo. Necesito verte.

—No tengo tiempo de hablar ahora y por aquí no hay demasiada cobertura —dijo.

—¿Qué dices?

—Con ellos estarás bien... me gusta...

—Que te gusta el qué. ¡No te oigo!

—No tengas prisa en volver a Madrid. ¿Me oyes?... Estás mejor ahí. Yo... haré lo que pueda. Y recuerda lo que te dije: no llames a nadie. Y no te olvides de cerrar bien las puertas y ventanas...

—¿Has dicho que cierre las ventanas? Es imposible. Hace mucho calor y no quiero dormir con aire acondicionado.

—Recuerda que te quiero más que a mi propia vida. No lo olvides nunca. Lo siento, voy a colgar.

—Dime dónde estás. Iré a verte yo.

Fue inútil. Había colgado.

9

TRÁFICO

He pasado casi toda la noche muy inquieta. La voz de Vicenta se había alojado en el interior de mi cabeza: «Está enferma... Tuvo un accidente de tráfico... estuvo muy grave... no se acuerda de nada... ten cuidado... Enferma... Enferma... Está enferma». No sé a qué hora he conseguido conciliar el sueño.

Me he despertado sobre las seis de la mañana. Era la voz de Fusco la que ahora resonaba en mis oídos: «te quiero más que a mi propia vida». Poco después, me he descubierto deambulando por la casa, desorientada, como si le buscara y esperara encontrarle en algún rincón. ¿Dónde estará? Si pudiera verle, aunque solo fuera de lejos... Rosa me contó hace días que cree que ha huido fuera de España. A pesar de los años que han pasado desde aquella noche, vivo en un estado de angustia permanente, como si esperase que uno de estos días, me dieran la peor noticia posible.

Las siete de la mañana. Acabo de regresar de la cocina. He observado sobre la encimera el café sobrante del día anterior. Cuando iba a coger una taza, he visto una caja de Orfidal a través del cristal del armario. Qué loca elección. He optado por el café.

He abierto mi diario con la intención de escribir algo que pueda calmarme. Cierro los ojos y me invaden las escenas que viví cuando desperté en el hospital. Mis recuerdos son parciales, confusos, impregnados de angustia, de náuseas provocadas por los opiáceos que me administraban para calmar mis dolores.

No sé si haré bien, pero voy a intentar describir lo que recuerdo. Al menos, hasta donde me lo permita la opresión que siento en el pecho.

Lo primero que me viene a la memoria es el momento en que me desperté en la cama del hospital. Me costó abrir los ojos. A través de una rendija, pude ver a mis padres y a mis hermanos. No podía respirar por la nariz, me habían colocado una férula de escayola, y tenía taponada con gasas las fosas nasales. Llevaba las manos vendadas. La mascarilla de oxígeno solo contribuía a que me sintiera más asfixiada. Necesitaba hablar, pero me resultaba complicado articular las palabras. Algo me impedía abrir bien la boca. Resultó que eran los puntos de sutura de una herida: un pequeño corte en mi labio inferior.

—¿Qué ha pasado? —acerté a decir, por fin.

Recibí por respuesta toda una avalancha de besos, abrazos, preguntas...: «No es nada, cariño», «Estamos aquí...».

—Violeta, mi niña. —Mi madre se me abalanzó deshecha en lágrimas y me llenó de abrumadores besos. Mi padre la apartó de mí con suavidad y la abrazó para evitar que se desplomara, mientras le susurraba al oído palabras tranquilizadoras.

—¿Estamos en París?

—No —se adelantó a contestar Margarita. Miró a Rosa con gesto de extrañeza—. Estamos todos en Madrid. En París estuviste mes y medio. ¿Es que no te acuerdas? Yo misma te acompañé al aeropuerto.

—De eso hace mucho, ¿no?

—Fue el día veintitrés. Hoy es veinticinco de diciembre, es Navidad.

—¿Estoy en Madrid? —La expresión de desconcierto de toda mi familia me angustiaba.

Rosa se acercó a la cama:

—Así es, Violeta. —Me acarició la mano a través del vendaje—. No te esfuerces ahora, y no te preocupes, descansa.

—Entonces, llegué al aeropuerto y bajé del avión, ¿no? —insistí.

—Sí. Eso es.

—Y luego... ¿Por qué estoy en el hospital?

Percibí la incomodidad en los gestos de mi familia. Observé a mi padre. Necesitaba obtener algo de luz a través de su mirada. Todavía abrazaba a mi madre.

—Papá, ven. No me acuerdo de nada, papá. —Intenté levantarme—. Quiero irme a casa. ¡Quitadme todo esto! —grité. Me sentía atrapada por un enjambre de cables, cuerdas abrasadoras que me penetraban y emergían de mí cuerpo—. ¡Me duele!

Mientras escribo esto parece que revivo aquel dolor invasivo e informe, aquella situación de impotencia y la impasibilidad de mi familia ante mis ruegos.

—Violeta. —Mi padre se inclinó hacia mí y me sujetó las manos—. Tranquilízate por favor. Mírame. Nos iremos a casa, por supuesto. Pero ahora estás en un hospital porque estás herida y magullada. Confía en mí. ¿Me oyes, cariño? Te sacaré del hospital cuando los médicos y yo lo creamos conveniente. ¿De acuerdo? ¿Confías en mí?

—Sí, papá. Confío en ti. Haré lo que tú digas. Es que no me acuerdo de nada. Llegué al aeropuerto... llegué al aeropuerto y...

—Es mejor que no hables ahora. Debes tranquilizarte —dijo Margarita—, descansa.

—Déjame un espejo. Siento la cara como si la tuviera muy hinchada. No puedo respirar por la nariz. Y los párpados... casi no puedo abrir los ojos.

—Sí. La tienes un poco hinchada. Es mejor que no te la mires justo ahora.

—¡Quiero un espejo!

Margarita extrajo de su bolso un espejito. Me sobresalté. Apenas me reconocía. Mi cara consistía en un cúmulo de hematomas.

—¿Por qué? ¿Por qué?! —Me eché a llorar, de manera ronca. Las lágrimas se me acumulaban entre mis párpados tumefactos y me enturbiaban la visión. Intenté limpiármelas con las manos, pero no pude hacerlo. Me sentía encadenada—. ¿Qué me ha pasado?

Margarita extrajo de su bolso un pañuelo y me enjugó las lágrimas con suavidad.

—Entiendo que te encuentres así —dijo—, pero en estos momentos llorar no te hace bien. Te vas a recuperar muy pronto de todo esto. Ya verás.

«Llegué al aeropuerto y...». Repetí esta frase para mí en voz baja, una y otra vez, como si se tratase de una letanía. Miré hacia la ventana. El viento empujaba hacia el cristal pequeños copos de nieve. Alguien dijo que estábamos atravesando una ola de frío, que había amanecido nevando y que quizá continuase durante todo el día. «¿De verdad llegué al aeropuerto?... Llegué al aeropuerto y...». La frase se había adueñado de mí, y se expandía, y giraba cada vez más deprisa como un carrusel infinito a punto de descarrilar. Percibía sus circuitos de hierro chirriantes, las chispas que emitía el roce de sus engranajes. Necesitaba acabar la frase para detenerlo. Sin embargo, mis esfuerzos resultaban en vano como si se tratase de palabras prohibidas, ocultas tras una barrera macabra que en ese momento me empeñaba en derribar. Y, con cada intento, la percibía más y más caliente, y las chispas más numerosas hasta que mi cabeza comenzó a arder.

Grité. Necesitaba escapar, correr bajo la nieve, sumergirme en el agua. «El agua me relaja. El agua me renueva. El agua...».

Grité con todas mis fuerzas. Me arranqué las vías intravenosas y la mascarilla de oxígeno, en estado de agitación. Me tiré de la cama arrastrando la maraña de bridas que me mantenían atrapada. Los brazos de mi familia resultaron insuficientes para retenerme. No me explico de dónde saqué tanta fuerza física ni cómo no me mareé al ponerme en pie en aquellas circunstancias. Fui consciente de la sangre caliente que me descendía por los brazos y por las piernas. Conseguí alcanzar el pasillo y dar unos pasos, completamente desnuda, inestable, como si las baldosas del suelo se hubiesen convertido en globos de agua. Afortunadamente, en ese momento, Fusco salía de un ascensor, consiguió detenerme y devolverme a la cama.

Una enfermera me inyectó un sedante y me quedé dormida.

Me desperté tranquila, liviana, como si yo no fuese yo, como si no me encontrase allí, sino en algún lugar protegido desde el que nada albergaba importancia.

—Ya recuerdo todo lo que sucedió —dije con la lengua enredada por el efecto de la sedación—: Ahora lo tengo claro, ¿por qué me lo habéis ocultado?

Margarita se inclinó hacia mí, me besó en la frente y me cogió la mano.

—Cariño, cariño, lo siento, lo siento mucho.

Rosa me abrazaba y me humedecía la cara con sus lágrimas.

—Estamos todos aquí, contigo. Lo superaremos juntos —apenas podía hablar—, de verdad, te vas a poner bien. Te queremos tanto...

—Pues claro que lo superaré. No os preocupéis. Al fin y al cabo, he sobrevivido al accidente.

—Por supuesto que sí, cariño —dijo Margarita—. Has sobrevivido y estás con nosotros. Eso es lo único que debe importarnos.

—Claro que sí, preciosa. Has sobrevivido —añadió Rosa—. Eres fuerte y todos te ayudaremos.

—Contadme lo que tengo.

—Creo —dijo mi padre—, que es mejor que te lo expliquen los médicos cuando vengan. Lo entenderás mejor.

—Recuerdo que llegué al aeropuerto, acudí al aparcamiento, recogí el coche y —vacilé— de camino a casa comenzó a nevar...

—¿Nevar? —dijo Fusco—. Ese día no cayó ni una gota. — Con el puño golpeó varias veces la pared, mientras repetía—: Joder, joder, ¡joder!

Mi padre lo agarró del brazo y le ordenó que saliera de la habitación.

—¡Déjame, ostia! —Se deshizo de su brazo con brusquedad y salió al pasillo. Regresó al instante—. Lo siento, papá, perdóname. Perdonadme todos, pero es que... esto... —Apoyó una mano sobre la pared y, de espaldas a todos, se echó a llorar.

Me impresionó verle así. Margarita se acercó a él y le puso una mano en el hombro. Rosa, sin embargo, le increpó:

—¿Cómo vas a saber si nevaba o no? Antes has dicho que ese día no estabas en Madrid.

—Bueno —continué—, no estoy muy segura de que nevase, pero sé que me dirigía a casa y... lo veo algo borroso, es verdad, pero... creo que de eso ya me acuerdo, más o menos. ¿Dónde está mi coche, papá? ¿Ha sufrido muchos daños? ¿Se podrá arreglar?

—Tu coche está en el desguace —afirmó Margarita.

—Qué pena —murmuré para mí misma—. Me encantaba.

Fusco, con las manos cruzadas sobre la nuca, comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación mientras murmuraba blasfemias.

—No te preocupes por el coche —dijo mi padre—. Te compraré otro igual.

—No, papá. No me lo merezco. Utilizaré el transporte público. Supongo que para que haya acabado en el hospital, resultaría bastante aparatoso lo que ocurrió. ¿He lastimado a alguien?

—No —contestó Margarita—, no ha sido un choque entre vehículos. Fuiste tú sola.

—¿Me estrellé contra la mediana? ¿Me salí de la autovía?

—Te saliste de la autovía —respondió—, y sí, resultó aparatoso porque diste varias vueltas de campana. Luego te estrellaste contra la mediana.

—¡Ay, Madre mía!

En los días sucesivos, la actitud que mi familia adoptaba conmigo me confundía e irritaba al mismo tiempo. Pretendían comportarse con la misma naturalidad y despreocupación como si mi accidente jamás hubiese ocurrido. Parecía que referirse a él resultaba una especie de tabú compartido por todos. Cuando les pedía que me informaran de algún detalle, como, por ejemplo, en qué tramo de autovía había tenido lugar, sus explicaciones me parecían ambiguas. La conversación finalizaba siempre de la misma manera: me pedían que no cavilase demasiado y que todos mis esfuerzos debía dirigirlos a obedecer las indicaciones de los médicos.

La policía acudió a interrogarme sobre el suceso. Me hicieron miles de preguntas cuya respuesta desconocía. Relaté una y otra vez todo lo que recordaba como si se tratase de un sueño, piezas oníricas que engarzaba con lo que me había contado mi familia, un puzzle difuso e incompleto que me sabía de memoria. Me pregunto si podré completarlo algún día, y tomar la suficiente distancia para visualizar una imagen clara.

En una ocasión pensé que, si en algún momento me quedaba a solas con mi madre, podría sonsacarla con facilidad, pero resultó inútil.

—Mamá, ven. Siéntate aquí conmigo. —Mi madre se acomodó en el borde de mi cama—. Ahora que estamos a solas, no sé si será curiosidad morbosa, como dicen Rosa y Margarita, pero me gustaría saber algunas cosas sobre mi accidente.

—¿Para qué necesitas saber, cariño? Si te explicásemos cada detalle de lo que conocemos del accidente, las imágenes se te quedarían grabadas en la cabeza como una película, créeme. Podrías tener pesadillas como las tengo yo cada noche cuando me lo imagino —Se echó a llorar.

—Pesadillas —interrumpí—. Todavía las tienes —La abracé—. Algún día desaparecerán, ya lo verás. Mi accidente te habrá removido la muerte del abuelo.

—Sí. Tienes razón. Algún día desaparecerán. —Y me encerró en su regazo.

Por otro lado, juraría que, a lo largo de mi estancia en el hospital, mi padre discutió en varias ocasiones con algunos médicos, a mis espaldas. A mi padre no le gusta aceptar órdenes de nadie, ni debatir cuando está plenamente convencido de que tiene razón.

—¿Tampoco recuerdas —me preguntó Pierre en un breve momento en que nos quedamos a solas— lo que sucedió en mi despacho cuando viniste a visitarme la víspera de tu regreso?

Negué con la cabeza.

—Es que justo esa tarde había bebido. Cuando fui a verte, supongo que estaría muy borracha. Seguro que haría un ridículo espantoso. ¿Qué ocurrió? No, no me lo cuentes. No quiero saberlo.

—Mejor que no, tienes razón. —Y me sonrió.

Cada vez que Fusco acudía a visitarme, me miraba y a continuación enloquecía. Pronunciaba palabrotas y blasfemias que los demás intentaban contener. Nunca le había visto así. Se culpaba a sí mismo por lo sucedido y lloraba.

—Tú no tienes la culpa de nada —le decía—. No entiendo por qué dices eso.

Fusco no contestaba.

Margarita no se separó de mí, ni de día ni de noche, tan solo se marchaba cuando Rosa acudía a sustituirla. Jamás encontraba el momento adecuado de regresar a París.

El traumatólogo me informó que, por suerte, no había sufrido ningún traumatismo craneoencefálico importante, que los principales daños se encontraban en otras zonas, que las

magulladuras en la cara desaparecerían y que la fractura de los huesos propios de la nariz no había resultado lo suficientemente grave para que quedase alguna deformidad. Era presumible que no quedasen secuelas de la luxación en el hombro izquierdo ni de las fisuras en las costillas. Me habló de algunos esguinces, heridas cutáneas leves y otras de mayor envergadura que precisaron cirugía... A medida que el médico enumeraba mis lesiones, me sentía más angustiada e inquieta, hasta el punto de que le pedí que no continuase. Repetí lo mismo que le dije a Pierre: «No quiero saberlo».

Una psiquiatra acudió a visitarme en varias ocasiones. Poco antes de que me marchase de alta del hospital, se despidió de mí. Sus últimas explicaciones me tranquilizaron: dijo que, si no lo recordaba todo con nitidez, sería porque era posible que mi mente hubiera reprimido el suceso. En ocasiones, la amnesia resultaba un mecanismo de defensa. Ocurría cuando lo acontecido resultaba muy traumático y sobrepasaba los recursos psicológicos para afrontarlo. Insistió en que no debía preocuparme. Con el paso del tiempo, era posible que fuera recordando algo más. Y en el caso de que no resultara así, no ocurriría nada porque lo que realmente importaba era mi presente y el futuro tan prometedor que me esperaba. Me explicó que, obsesionarme con recordar podría resultar contraproducente. Finalmente, me entregó una cita para que acudiera a verla en las consultas externas al cabo de una semana. Subrayó que resultaba imprescindible realizar un seguimiento de mi estado mental. Además, lo más probable sería que necesitase tratamiento psicoterapéutico. En aquellos momentos, asentí; pero cuando me marché del hospital, rompí en pedacitos el papel de la cita que me había entregado y los eché a la basura. Tampoco tomé la medicación que me había prescrito. «No soy la primera persona que ha sufrido un accidente de ese tipo», me dije, «Soy una mujer adulta y debo ser fuerte».

Cuando me dieron de alta, me entregaron un informe, pero Rosa abrió el sobre y apenas leyó las primeras líneas, se marchó a secretaría muy indignada. Dijo que el diagnóstico que figuraba en él no coincidía con el que le había referido el médico, y que aquello le parecía una enorme irresponsabilidad. Regresó sin el informe. Según me dijo, iban a revisarlo por completo y me enviarían el nuevo por correo. Se negó en rotundo a que regresara a mi casa y poco menos que me obligó a que me quedara en la suya hasta que me sintiera más fuerte. Así que, ante la insistencia de mi familia, estuve viviendo con ella hasta que ya no pude más y decidí marcharme a casa de una vez por todas.

Ese mismo día, apenas se enteró mi hermana Rosa de mis intenciones, abandonó su restaurante e insistió en llevarme en su coche.

—Rosa, ¡por Dios! —le dije cuando llegamos a mi portal—. Me siento muy agradecida por la forma que me habéis tratado todos en tu casa, pero necesito regresar a la mía. ¿Por qué no me dejas en paz ya de una vez? Anda, vete y déjame sola. Por favor.

—No, Violeta. No puedo irme porque no te hemos avisado de una cosa: Margarita, mamá y yo hemos hecho algunos cambios en la decoración mientras estabas en el hospital.

—¡Cambios!

Llamé al ascensor con insistencia. Me sentía furiosa.

—No te asustes. Lo decidimos las tres porque... bueno, así queda mucho mejor. Tu decoración parecía la de una adolescente que acaba de mudarse a vivir a una buhardilla cutre del barrio de Lavapiés. No te pegaba nada.

—¡Me da igual! —exclamé muy cabreada mientras entraba en el ascensor y controlaba mi impulso de cerrarlo dando un portazo—. ¡No quería gastarme mucho dinero! Menos los sofás y algún que otro mueble, el resto eran regalos de mis amigos.

Salí al rellano de la escalera sin esperar a que Rosa bajara del ascensor. Abrí la puerta y apenas

di unos pasos, volví a salir.

—¿Qué me habéis hecho? —subrayé cada sílaba.

—Ya te he dicho que...

Volví a entrar.

Habían pintado las paredes de un blanco roto, casi beige y se encontraban desnudas, sin cuadros ni tapices. Faltaban muchos muebles. Y la distribución de los actuales era distinta. Resultaba evidente que había sido Margarita la artífice de la decoración: algunos muebles antiguos armonizaban con otros de estilo vanguardista. Los sofás eran los mismos, pero no lo parecían porque la tapicería era diferente.

Entré en mi habitación y, ¡oh!, mira por dónde, también habían cambiado mi cama por otra.

—¿Qué os pasa a todos? ¡Dejad de agobiarme de una vez! He tenido un accidente. Nada más.

Me eché en la cama y me tapé los ojos con el dorso del brazo.

—Vete, Rosa, por favor. ¡Ah! Y dime a quién debo ingresar el dinero que os habéis gastado en los muebles, pintura y demás.

—No digas tonterías. Lo ha pagado todo papá.

—Y gracias —dije con sorna— por no haber cambiado la chimenea decimonónica, ni mis balcones de hierro forjado ni los muebles de cocina. Y espero que tampoco el baño.

—No te enfades, Violeta. En el baño hemos renovado algunas cosas.

—Perdona, Rosa, pero quiero que te vayas. Necesito quedarme sola. Es posible que me marche de Madrid por una temporada.

—¿De verdad que no te importa quedarte sola aquí hoy? Y eso de marcharte, será una broma, ¿no?

No contesté.

—¡Dejad de meteros en mi vida de una puñetera vez! ¡Estoy viva! ¿Es que no lo veis?

Es cierto, estoy viva, pero ¿cuándo acabará mi sufrimiento?

10

DIEZ, NUEVE, OCHO

Siento como si entre Boro y yo se hubiesen extendido unos hilos mágicos. Nuestras manos y nuestros gestos, se han engarzado tanto como las cuentas de un collar de perlas a su broche de oro, como nuestros más íntimos pensamientos. Me resulta desconcertante que, con solo una pequeña mirada, una sutil inclinación de cabeza, tomemos conciencia de lo que, en cada momento, deseamos el uno del otro: comprobar si el caldo del arroz a banda lleva la sal adecuada, si las fresas están dulces, si la crema pastelera no tiene grumos, degustar las almejas. Pero cuando me toca, o sujeta mi mano para marcar el ritmo que un alimento necesita, se pone en marcha la cuenta atrás de un cronómetro: diez..., nueve..., ocho... Si alcanzase el cero, solo dispondría de dos opciones: abrazarle con todas mis fuerzas o huir.

Cuando elabora un plato, sobre todo si es algo complejo, se transforma. Se abstrae de todo lo que le rodea.

Mi sentido del tiempo se detiene cuando contemplo sus grandes manos y sus ágiles dedos. Me hipnotiza la rapidez con la que sobre la tabla de madera realiza algo tan simple como trocar el perejil, el beicon o cualquier otro alimento. Por mucho que yo me esfuerce en imitarle, me resulta completamente imposible alcanzar su destreza. Presto atención a cada uno de sus gestos cuando se dispone a emplatar: una hoja de hierbabuena ahí, ni más arriba ni más abajo, justo ahí; la salsa que derrama con precisión descuidada sobre la carne, el chocolate caliente que insinúa derretir al helado... «María, ven», me llama a veces, «fíjate bien en cómo se elabora esta salsa» o «Mira cómo se prepara esta carne para que quede más jugosa... Pero ¿qué haces? Si no lo miras, ¿cómo vas a aprender?». Y es que mientras él me da todo tipo de explicaciones como si yo fuese una alumna aplicada, a mí me cuesta concentrarme. Solo soy capaz de mirarle a él.

Cuando por las mañanas tarda un poco en llegar, o se marcha antes de su hora habitual, me siento vacía y muy sola.

Esta tarde, cuando intentaba dormir la siesta, he escuchado otra vez a Vicenta y a Boro referirse a mí en el corralillo.

—¡Ni se te ocurra hacer eso! —decía Vicenta—. Estás loco. Deja en paz a María. Yo la quiero mucho, pero a ti no te conviene. Más te valdría tocar el saxo en tus ratos libres.

—Tía, deja de insistir en eso. No he vuelto a tocar desde que empecé con mis estudios. Ratos libres, dices. ¿De verdad crees que los tengo?

No entiendo nada. ¿Qué se supone que Boro pretenderá hacer conmigo y que tanto contraría a Vicenta?

11

CREMA PASTELERA

El reloj de mi mesita de noche señalaba las tres de la mañana. Me sentía agotada, no podía dormir. Quizá fuese yo misma quien boicoteaba mi sueño por temor a volver a padecer una de mis pesadillas. Cada vez que cerraba los ojos, me sobresaltaba un golpe que tan solo procedía del interior de mi cabeza. Percibía *flashes* de una tortura que se me infligía. Me sentía tan dolorida como si me desgarraran por dentro.

Después, ¿cómo fui capaz de perder el control de esa manera? ¡Yo no soy así! Recuerdo que comencé a temblar. Acudí a la cocina y mastiqué dos tranquilizantes. Volví a la cama y, al poco, me levanté, regresé a la cocina y... Solo sé que, en un momento dado, abrí los ojos y me descubrí acurrucada sobre la terraza, en la oscuridad de la noche. ¡Y no recuerdo cómo llegué hasta allí ni el momento en el que regresé a casa y me metí en la cama!

Esta mañana, mi cuerpo estaba manchado de barro.

—¡María! ¡María! ¡María! ¡¿Estás bien?!

—¡Dejadme en paz! —grité.

—¡Estupendo! Son las doce —Reconocí la voz de Boro procedente del corralillo—. ¡Sigue durmiendo! —dijo con retintín—. ¡No volveré a llamarte!

—Pero qué... ¡Las doce!

Me levanté con movimientos torpes, tropezando con las sillas y con los marcos de las puertas mientras me encaminaba hacia la ducha. Por temor a resbalarme, acabé de enjuagarme sentada en el suelo y salí de allí gateando. En la cocina, encontré un poco de café sobrante, y me lo tomé de pie, directamente desde la cafetera. Su sabor amargo me provocó arcadas. Sobre la encimera encontré una caja de Orfidal. ¡Un blíster estaba completamente vacío! Qué locura. Me vestí con lo primero que tuve a mano y ni siquiera me peiné. Bajé con extremada precaución la escalera y, frente al espejo me alisé el pelo con los dedos.

—¿Qué horas son estas de llegar al trabajo? —dijo Boro, entre molesto y preocupado, apenas me vio entrar—. ¿Te parece serio que te presentes a las doce y media?

—Lo siento mucho. Es que anoche no podía dormir y después tuve pesadillas. —Intentaba, sin éxito, colocarme el delantal—. ¿Dónde están las cintas? —Vicenta acudió al rescate y ella misma me las anudó a la cintura—. Ay, gracias. Perdonadme todos, lo siento de verdad. ¿Qué tengo que preparar?

—Nada —dijo Boro con contundencia.

—¿Nada?

—Eso he dicho. Ya tenemos todo el menú encarrilado sin ti, así que puedes irte. Hemos llamado a tu puerta cincuenta veces, nos hemos quedado afónicos de tanto llamarte. Me tenías muy preocupado.

—Todos estábamos preocupados —apostilló Vicenta.

—Íbamos a avisar a la policía —continuó Boro—. Me he tenido que encaramar por el patio hasta tu ventana de la habitación para ver si estabas allí, y te he visto en la cama durmiendo medio desnuda abrazada a la almohada, manchada de barro. ¿Qué hiciste anoche? ¿Te dio por

meterte en un arrozal?, o lo que es peor: ¿te fuiste a nadar al lago? Tú no tienes ni idea de lo que te puede pasar si haces algo así.

—Vale, vale —interrumpí sin saber qué explicación coherente podría dar—. Sí, es verdad, tenía calor y fui al lago, pero solo me mojé los pies.

Me sujetó por los hombros y me miró fijamente.

—¡No vuelvas a hacerlo! —exclamó—. Es peligroso. No lo hagas, ¿de acuerdo?

Agaché la cabeza y asentí.

—Pues, ala, de paseo. —Me soltó y caminó unos pasos hacia uno de los armarios— O, mejor —se giró hacia mí—: te vas otra vez a dormir. No quiero verte aquí con esa cara. Y lávate bien. Tienes lodo bajo las uñas.

Me las observé. Era cierto.

—¿Cómo te atreves a soltarme esa grosería? Lo de las uñas tiene arreglo. Solo necesito un cepillo para limpiármelas

—Te las limpias en tu casa. Aquí, no. Vete a dormir.

—Boro...

—Calla, tía Vicenta.

—¡No pienso irme! —exclamé.

—¿Quieres que te agarre y te meta en la cama yo mismo?

—Boro...

—Tía, no intervengas en esto.

—Pero es que vamos a tener un disgusto.

—Ala, ala, caminito. A dormir. Mañana será otro día. Y ven a las siete, que tenemos que hacer el brazo de gitano. Ponte un despertador... o dos.

—Sí, chef.

—Así se dice. Y menos guasa.

Me arranqué, furiosa, el delantal, y me marché.

Boro me siguió hasta la calle, tiró de mi brazo y me levantó la barbilla para que le mirase.

—Escúchame, María. Yo... Perdóname por la forma tan brusca como te he hablado, pero es que lo he pasado muy mal. No soportaría que te ocurriese algo malo. ¿Qué te pasó anoche, exactamente? Cuéntamelo.

—Ya te lo he dicho: tuve pesadillas —contesté con sequedad.

—No, María. Creo que lo que te sucede es algo más. Me gustaría que algún día hablásemos de esto.

—Eso. Algún día. Lo que tu digas. Déjame en paz.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a obedecerte: me voy a dormir.

Me desperté sobre las cuatro de la tarde. Me sentía despejada, tranquila y con mucha hambre. Me dirigí a la cocina, abrí la nevera y me serví un poco de *esgarraet* y unas croquetas de bacalao que me trajo ayer Vicenta.

Boro me había ordenado que no acudiera al trabajo hasta el día siguiente. Puesto que tenía la tarde libre, decidí ir a Valencia a dar un paseo por el centro y ojear algunas tiendas.

En la carretera de El Saler, la circulación discurría lenta en ambos sentidos: tanto hacia la ciudad como hacia las playas de los pueblos vecinos. El termómetro marcaba treinta y cinco grados de temperatura. El viento húmedo resultaba agobiante. Aun así, abrí por completo las ventanillas para respirar el aroma de los pinos. Durante unos instantes, sentí deseos de desviarme hacia la playa y darme un baño, pero a esas horas el sol aún quemaba demasiado y no disponía

de protección. Además, debajo del vestido solo llevaba mis braguitas de encaje y no me gusta enseñar las tetas si no es por un buen motivo. Me sorprendí sonriendo con una extraña mezcla de rabia y excitación. Recordé las palabras de Boro: «te he visto en la cama medio desnuda abrazada a la almohada, manchada de barro». Y después, su mirada cuando me sujetaba de los hombros con gesto preocupado. Se me erizó la piel. Mis sentidos se desbordaron al imaginar lo que sentiría si le tuviera dentro de mí. Un claxon me despertó de mi ensoñación y enderecé el volante con rapidez. Había estado a punto de caer en el arcén, incluso podría haber provocado un accidente.

En cuanto tuve ocasión, me desvié hacia la derecha por una de las sendas bordeada de pinares que conducen hasta la playa. Bajé del coche, me incliné hacia adelante y apoyé las manos sobre mis rodillas para intentar calmar mi agitación interior y mis latidos. Me erguí e inspiré profundamente mientras observaba el mar. Más rehecha, regresé a mi coche y reemprendí la marcha.

Llegué al centro de la ciudad sobre las seis y media de la tarde. Tras aparcar, caminé hacia la Plaza del Ayuntamiento y desde allí hacia la Calle de San Vicente, entre turistas que se dirigían hacia la Catedral. El calor resultaba menos agobiante entre las estrechas calles aledañas a la Plaza Redonda, así que me desvié y comencé a deambular por allí sin rumbo fijo.

Encontré una tienda en la que vendían figuras religiosas, peinetas y aderezos de fallera. Me dijeron que era la tienda más antigua de Valencia. Data del año ;1793!: «La tienda de las ollas de hierro». No me pude resistir: me compré un abanico de nácar con sus varillas engarzadas con encaje blanco. Por mi *deje* al hablar, refiriéndose a mi acento, reconocieron que era madrileña. No sabía que ese detalle pudiera notarse tanto.

A la vuelta de la esquina, descubrí una antigua librería de libros usados: «El asilo del libro». Su interior resultaba demasiado reducido para la cantidad de ejemplares que encerraba. Parecía que pretendían escaparse o buscar algo de respiro, aunque fuese apilados junto a la acera. Pensé que quizá encontrase alguna edición bonita de algún clásico que pudiera leer en la cama por las noches. Después de ojear algunos, desistí. El trabajo en el restaurante me dejaba agotada y, cuando subía a casa, tan solo me apetecía dormir. De todas formas, no pude resistirme a ojear en otra que estaba justo en la misma calle. Se trataba de librería y anticuario al mismo tiempo. Me hubiese comprado un montón de cosas, pero no tenía ni idea del lugar donde las colocaría en mi piso de Madrid, porque... suponía que algún día tendría que regresar. Esa idea me anudó el estómago.

En una calle cercana, encontré una tienda de ropa. El olor a humedad procedente de la trastienda de aquellos bloques decimonónicos me recordaba a algunas que vi en Ibiza en Dalt Vila o entre las callejuelas del puerto. Me compré un vestido blanco, un collar de plata que llevaba engarzadas unas amatistas, y un biquini color turquesa. En un probador, me desnudé, me quité el atuendo con el que había salido de casa, lo guardé en la bolsa de la tienda y me vestí con todo lo que me había comprado. El biquini color turquesa, se transparentaba a través del vestido blanco otorgándole un matiz informal que me parecía divertido.

A dos calles, se encontraba la iglesia de Santa Catalina. Un organista interpretaba una pieza de Bach. Me emocionó. Me interesé por el nombre y me lo anoté. Era el preludio de la *Tocata y fuga in D menor BWV 538*. Cuando acabó la interpretación, crucé la calle y entré en la Horchatería de Santa Catalina. Me senté en una de sus antiguas mesas de mármol. Después de tomarme una horchata granizada, subí al cuarto de baño. Estaba vacío. A través del espejo, observé con detenimiento mi vestido: sus finos tirantes, su exquisito ceñido hasta la cintura y, desde ahí, la amplia falda que parecía volar cada vez que balanceaba las caderas. Comencé a dar

vueltas sobre mí misma como si fuera una bailarina, sin apartar apenas la vista del espejo. Mi pelo suelto se desplegaba como un abanico. Las piedras de color violeta del collar relucían ante mis ojos como fuegos artificiales que, al poco, se transformaron en intermitentes focos de neón que conseguían deslumbrarme a pesar de cerrar los ojos. A tientas, alcancé la pared contigua. Apoyé la espalda. «María... María... Me llamo María... María es de color blanco con reflejos plateados. Violeta ya no existe, las violetas son moradas, los hematomas son morados como el sufrimiento, como el cántico de las saetas». Necesitaba gritar, golpearme la cabeza contra la pared para que cesara mi tortura, al igual que se estamparía contra el suelo un estridente aparato de radio imposible de apagar. El impulso resultaba tan intenso que, apenas recobré el equilibrio, me eché a llorar y corrí hacia la Basílica de la Virgen de los Desamparados.

Los turistas ocupaban los pasillos y se detenían de repente para tomar sus fotos. Encontré un asiento libre en un banco y me arrodillé. Recité en voz baja una oración tras otra en actitud de recogimiento. Alcé la mirada. Un sacerdote cruzaba en ese momento el Altar Mayor. Me levanté y le seguí hasta el camarín de la Virgen. No me atrevía a abordarle, pero en cuanto este se giró para marcharse, me acerqué y le supliqué que me escuchara en confesión, o al menos, que me otorgara algún consuelo. Comprobó su reloj y se excusó diciendo que apenas le quedaba tiempo hasta el inicio de la próxima misa. No obstante, en cuanto dio unos pasos hacia la puerta, se detuvo, se dirigió hacia mí y aceptó escucharme. Creo que debió intuir mi desesperación.

No sé durante cuánto tiempo hablamos, pero mi confesión y sus serenas palabras lograron aliviar mi ansiedad.

—¡María, espere! —dijo cuando después de agradecerle su dedicación, me disponía a marcharme—. Creo que el accidente de tráfico la ha traumatizado demasiado. Debería acudir a algún psiquiatra y explicarle lo que le sucede. Quizá él la ayudase mucho más que yo, en este caso.

Asentí. Pero una vez en la calle, suspiré. La imagen de Boro se filtró de nuevo en mi cabeza, y en aquel momento pensé que lo que necesitaba era acurrucarme entre sus brazos.

Durante el camino de regreso a El Palmar, aunque el sol ya se alejaba por el oeste y la temperatura había disminuido, me desvié por un camino que conducía hasta las inmediaciones de la playa. Aparqué el coche lo más cerca posible. Al llegar a la arena me descalcé. Aún estaba caliente. Me deshice del vestido y con mi biquini color turquesa me dirigí hacia la orilla del mar. El viento húmedo me enmarañaba el pelo.

Las olas del mar acariciaban mis tobillos, incitándome a penetrar más adentro. La calidez de la temperatura del agua se asemejaba a la que preparaba yo misma en mi bañera de Madrid. Nadé un poco. Después me tumbé sobre la arena, cerré los ojos y respiré profundamente para que la brisa marina penetrara en lo más hondo de mí. Al abrirlos, miré al cielo y en décimas de segundo me sentí suspendida en el vacío, en una especie de estado de ingravidez que me resultaba agradable. Sin embargo, a los pocos segundos percibí una sensación de inminente caída. Se me disparó el corazón. Apareció de nuevo ese terror flotante y sin objeto. Me levanté con cuidado de mantener el equilibrio, recogí el bolso y, sin vestirme siquiera, me dirigí hacia el coche en busca de cobijo. Bloqueé las puertas. Encendí el reproductor y busqué a una antigua amiga a la que antes del accidente recurría algunas veces cuando necesitaba tranquilizarme: la *gymnopédie* número uno de Erik Satie. Coloqué los brazos sobre el volante, y apoyé la cabeza. Me concentré en su melodía hasta que conseguí calmarme lo suficiente para vestirme, encender el motor y regresar a casa. Subí a mi habitación de inmediato y me tumbé en la cama. Pensé que era curioso que durante todo el tiempo que llevaba en La Albufera, no me hubiera bañado en el mar hasta esa tarde. No había percibido el extraño instinto que había anidado dentro de mí y que me

impulsaba a nadar hacia sus profundidades. Y entonces me aterroricé. Durante todo el tiempo que llevaba en La Albufera, no había pensado en el mar sino en el lago. Y estaba tan cerca... Tan solo a unos pasos.

12

MARK

LOS AMIGOS DE VIOLETA

Algunas veces, cuando intentaba salir con Violeta, me decía que se había comprometido con algunos amigos —que, por cierto, resultaban ser tan jóvenes como ella— para ir a tomar unas copas, y me pedía que la acompañase. Entonces yo argüía todo tipo de excusas y razonamientos, para convencerla de que era mejor que saliéramos los dos solos. Pero ella se esforzaba en rebatirme con otros argumentos, y en cuanto se le agotaban, torcía el gesto. En aquel momento, comprendía que, para conseguir quedarme a solas con ella al final de la noche, no tenía más remedio que claudicar. No te imaginas, Rafa, lo que me cabreaba tener que compadrear con sus amigos. Intervenir en sus conversaciones me obligaba a retroceder más de veinte años y revivir mis tiempos de universitario. Escuchaba, aburrido, sus ingenuas y demagógicas ideas políticas, sus objetivos al acabar la carrera, las explicaciones sobre sus másters de postgrado y sus vicisitudes con los precarios trabajos que acababan de conseguir. Y no solo eso: fingía especial interés por la manera pueril con la que habían obtenido las codiciadas entradas para los conciertos de unos artistas que me provocaban ardor de estómago.

Después de pagar semejante tributo para acompañarla a casa, se negaba a que subiera. «Tal como estás de salido, no te dejo que subas, ni loca. No me fío de ti», decía en medio de sus risas insinuantes y coquetas. Y yo tenía que conformarme con la muy escasa ración de sexo que ella estaba dispuesta a otorgarme: morreos y magreos que me ponían a cien y que solo conseguía aliviar con una paja apenas llegaba a casa.

En uno de esos días de mis obsoletos recuerdos universitarios con sus amigos, les dio por comentar sus preferencias sexuales. Empezaba a bostezar, cuando intervino ella:

—Pues lo que yo no haría nunca sería hacer un trío, ni sexo en grupo —contaba con los dedos —, ni intercambio de parejas, ni sadomasoquismo, ¡Ah! y por supuesto, nada de sexo anal.

«Vaya, de lo que se entera uno», ironicé para mis adentros aguantando la risa. «Al final va a ser cierto que es virgen».

Por otro lado, Fusco continuaba resultando un misterio; así que decidí investigar por mi cuenta. Me enteré de que era «una joya». A lo largo de su corta vida, ya había estado en prisión una vez, y seguramente hubiesen sido algunas más si no se tratara de un individuo bastante escurridizo. Actualmente se encontraba en paradero desconocido. Se decía que se relacionaba con delincuentes de muy diversa catadura. Al parecer, era un conductor excepcional. Él se encargaba de trasladar a los miembros del equipo al lugar de los hechos y después escapar de allí con la misma habilidad que un especialista de película de acción. «¿Cómo tienes tanto interés por Fusco?», me preguntó un amigo común. «¿No será que en realidad quien te interesa es su melliza? Violeta es intocable, que lo sepas. Quien se acerca a ella lo paga. Y si pretendes algo más serio, no conseguirás nada si no obtienes primero el beneplácito de su familia y, sobre todo, el de su hermano. Ten mucho cuidado o acabarás muy mal».

Y vaya hermano. Entonces comprendí que mi chiquitita no quisiera hablar de un ser tan despreciable y que no encajaba nada con el resto de sus floreadas hermanas: Margarita, Rosa y,

por supuesto, mi Violeta.

Por fin, un día le conocí personalmente, o más bien debería decir que fue él quien quiso conocerme a mí. Se presentó en un local al que Violeta y yo acostumbrábamos a ir. Intentó darme conversación, pero... ¿De qué tenía yo que hablar con semejante tipo? En cuanto ella se marchó al cuarto de baño, me agarró con una mano por la solapa de la chaqueta y con gesto amenazante me dijo:

—Oye, tú, no me gusta cómo miras a mi hermana.

—No sé a qué te refieres —contesté.

Y continuó:

—Le llevas casi treinta años y veo que tienes mucha labia. No quiero que salgas con ella. Solo quieres follártela. Déjala en paz. Búscate a una tía de tu edad.

—Creo que te equivocas, Fusco. Los dos tenemos amigos comunes. A veces salimos todos juntos, pero otras ella prefiere que vayamos solos. Le gusta estar conmigo, pregúntaselo. Por ahora, solo somos amigos.

—¡Y una mierda! Olvídate de ella, porque si me entero que te la acabas follando o que la haces sufrir un tanto así —señaló la uña de su dedo meñique—, te destrozo, ¿te enteras?

—¿Follármela, dices? En todo caso, haría el amor con ella y solo si Violeta me lo pidiera. Nunca la haría sufrir. Violeta me gusta mucho, es verdad, pero la respeto.

—¡¿Te enteras?! —exclamó tirando de mi solapa aún más.

—Vale, de acuerdo, me entero —contesté.

—Más te vale. —Y me soltó.

Debo decirte, Rafa, que, aunque Fusco es muy joven, me inspira bastante respeto porque parece ser capaz de cualquier cosa por desagradable que sea. Después añadió:

—Pertenece a una familia muy clásica y muy tradicional.

—¿Tradicional? No lo dirás por ti.

—Por mí también, porque en todas las familias hay una oveja negra y ese soy yo —dijo, altanero, golpeándose el pecho con el puño—. Mis hermanas, mi sangre, pero Violeta..., Violeta, mis entrañas —añadió mientras simulaba estrujarse el estómago—. No olvides lo que te he dicho.

—No te preocupes. No lo olvidaré —dije para que se tranquilizase.

Los días pasaban y mi relación con Violeta se convertía en una travesía demasiado larga, a la par que peligrosa. Cada vez que acudía al *aparcamiento* en el que había sido asaltado por aquellos dos tipos, me echaba temblar. Por eso, alquilé una plaza en otro garaje, pero no sirvió de nada. A los pocos días me encontraron.

Una noche, después de una jornada de trabajo agotadora, apenas entré en el nuevo aparcamiento, me interceptaron:

—¡¿Dónde?! —preguntaron.

—¡No sé dónde está! Y Violeta tampoco sabe nada, creedme. No entiendo por qué motivo me preguntáis justo a mí. No formo parte de vuestro mundo.

Me pegaron tal puñetazo en la cara que casi me noquean. Tuvieron que sujetarme para evitar que me desplomara.

—Tú tienes muchos amigos: policías, abogados, gente importante. Ellos saben cosas. Esto no es una broma. Es urgente encontrar a ese hijo de puta. Si no, lo pagará su hermana.

—¡No, por favor! —exclamé jadeante—. ¡A ella no le hagáis daño! Os juro que no sabe nada. ¿Queréis dinero? Os lo daré con tal de que os olvidéis de ella.

Se miraron entre ellos con sonrisa maliciosa.

—Cincuenta mil —dijo uno de ellos.

—¿Qué?! Será una broma.

—Ahora, setenta y cinco mil —dijo el otro.

—Me tomáis el pelo, ¿verdad?

—Cien mil —replicó el primero. Soltó una carcajada. Acto seguido, su gesto se volvió amenazante y levantó el puño como si fuera a golpearme de nuevo—. Violeta es muy guapa y cien mil es una mierda para lo que vale. ¿Subimos la subasta de tu novia?

—Esperad, esperad un poco —dije tembloroso—. Sí, de acuerdo. Pero a ella dejadla en paz.

Me registraron, extrajeron de mi cartera una de mis tarjetas y me pidieron la contraseña para obtener dinero de un cajero electrónico. No fueron cien mil, pero aseguraron que volverían a por más si no les informaba de todo cuanto conocía de Fusco.

—He oído —se me ocurrió decir— que Fusco podría haberse marchado fuera de España.

—¡Mentira! —Me agarraron de las solapas de mi chaqueta, y me zarandearon—. Si Violeta en Madrid, Fusco en Madrid. Si Violeta en Siberia, Fusco en Siberia. ¡Cuenta lo que sabes, averigua dónde está o iremos a casa de tu novia ... o a la tuya! Sabemos dónde vives y lo que haces. Nosotros te vigilamos. —Y me amenazaron con el puño.

Por supuesto, Rafa, les conté todo cuanto sabía de él: que solo le había visto una vez, y en qué lugar y momento. Creo que por las especiales circunstancias en las que me encontraba, mi memoria debió agudizarse en extremo porque incluso les dije el día y la hora exacta. Contesté a todas las preguntas, como si fuera uno de esos chivatos de las películas, que un día acaba acribillado junto al contenedor de basura de un callejón. Les prometí que continuaría averiguando todo cuanto pudiera y, sobre todo, les insistí y les supliqué que no le hicieran daño a Violeta.

Créeme que, durante los días que siguieron, estuve cavilando sobre si sería mejor olvidarme para siempre de Violeta, porque algunas frases que había escuchado desde que la conocí invadían mi mente y no me dejaban dormir: «Ni se te ocurra, macho», «Violeta es peligrosa», «¿Es que quieres acabar en el Anatómico Forense?», ¿No recuerdas lo que le sucedió a Iñaki?, «Violeta es intocable, que lo sepas», «Fusco se relaciona con delincuentes de diversa catadura», «Sabemos dónde vives», «¿Subimos la subasta de tu novia?», «Como te la acabes follando, te destrozo».

Desde aquel suceso, podría decirse que me convertí en un auténtico paranoico.

13

ARROZALES

Al día siguiente, acudí al trabajo a las siete de la mañana. Todavía me sentía molesta por la actitud paternal y al mismo tiempo grosera que Boro había manifestado conmigo. Sus palabras volvieron a resonar en mi cabeza apenas crucé la puerta: «Lávate bien. Tienes las uñas sucias de lodo», «No vuelvas a hacerlo. Es peligroso. Ala, ala, caminito», «¿Quieres que te meta yo mismo en la cama?».

—Buenos días, María —dijo al verme—. Perdona si ayer me porté un poco borde contigo. Pero reconoce que yo tenía razón. No entiendo tus excursiones nocturnas, y lo de llegar tan tarde... es poca formalidad. En cualquier caso, lo siento. Venga, ponte ahora mismo con la crema para el brazo de gitano.

—Ese trato hacia tus empleados es indigno y...

—Ayer te pedí perdón y ahora acabo de volver a hacerlo. Ya no sé qué más decirte. Así que no me discutas y tengamos la fiesta en paz.

—Boro...

—¡Tía! No te metas en esto, guapetona.

«Sí. Me pongo con la crema», pensé.

La furia que guardaba dentro de mí se exacerbó y la descargué sobre los cacharros que colocaba en el lavavajillas. Cuando Boro escuchó los golpes, se acercó a mí, me miró con severidad y cuando parecía que iba a reprenderme, se giró y continuó con sus quehaceres, como si no le importase mi actitud.

—Que sepas —intervino Amparo— que, como rompas algo, te lo descontaremos de tu sueldo.

—No voy a romper nada. Ya he terminado. Sabéis que si las encimeras no están completamente despejadas y limpias no soy capaz ni de pelar una patata. ¿Veis? Ahora ya puedo preparar la crema.

«Ya está todo», pensé al acabar de elaborarla. «Ahora solo me toca vigilarla porque si no, se quemará...». Sonreí para mis adentros.

Boro, enloquecido al notar el olor de la crema achicharrada, intentó salvarla de distintas formas, mientras yo me esforzaba en contener la risa. Después de que comprendiera la inutilidad de sus maniobras, estampó la cuchara contra el fregadero.

Me agarró por una muñeca y me arrastró hasta la terraza mientras que yo, a pesar de su brusquedad, disfrutaba sumergida en una mezcla de temor y excitación.

Amparo, Vicenta y Federico corrían detrás de nosotros. Gritaban «¡Boro, suéltala!, ¡¿Qué le vas a hacer?!... ¡Déjala en paz, loco! ¡Se va a poner mala!».

En algunos momentos, temí que me echase al agua, pero mi ansiedad era ínfima comparada con el placer de conseguir haberle sacado de sus casillas. Aun así, intenté escapar. De pronto, me vi con la espalda pegada a la pared del restaurante, a la cual, después de soltarme, golpeó con la palma de la mano, mientras yo repetía para mis adentros: «Fastídiate, imbécil».

—Sé que lo has hecho a propósito —dijo más calmado—. Yo lo único que hago es preocuparme por ti. No entiendes nada de nada, ¿verdad? —exclamó—. ¿Y encima te ríes?

—No me estoy riendo. Bueno, solo un poquito.

Se alejó unos pasos y, después de resoplar, se giró y se dirigió hacia mí con paso firme. La expresión de sus ojos me resultaba desconcertante. Se acercó tanto, que me rozó con la punta de su nariz. Entrelazó sus dedos con los míos y los apoyó sobre la pared, a ambos lados de mi cabeza. Clavó su mirada en mis labios y yo los abrí. Los observó con el mismo deseo que a una ostra jugosa. Así me sentía yo, abierta, entre sus manos, a su merced, esperando.

—¿Quieres venir conmigo esta noche a Gandía? —dijo.

—Sí, quiero.

Cerré los ojos y tomé aire. Un extraño impulso me obligó a retroceder, pero detrás de mí, pegada a mi espalda solo existía la pared, un muro infranqueable y sin salida.

Lo siguiente que recuerdo es que me desperté acostada sobre mi cama. Observé la habitación con sensación de extrañeza, como si hubiese vagado por el espacio durante toda una vida. «He vuelto», me dije. Necesité unos instantes para volver a sentirme en el interior de mi propio cuerpo y conectar de nuevo con la realidad. Reconocí a Boro sentado en el borde de la cama. En el otro lado estaba Josefina.

—Hola —dijo Boro con expresión cariñosa, mientras me acariciaba el pelo—. ¿Estás mejor?

Asentí

—Ha estado aquí el médico —continuó— y te ha reconocido. Nos ha dicho que estabas bien y que no debíamos preocuparnos, que se te pasaría igual que otras veces. Siento haberte asustado tanto. Nunca imaginé que reaccionarías así.

Me apoyé sobre los codos y me incorporé un poco.

—No me has hecho nada malo, al contrario.

—¿De verdad te encuentras bien?

—Algo aturdida, pero ya casi se me ha pasado, créeme. Hacía mucho tiempo que no me desmayaba.

—Entonces, ¿ya has pensado lo que te vas a poner esta noche? —Bromeó. En sus ojos se reflejaba un halo de tristeza. Con la yema de su dedo índice, acarició mis labios.

—Un vestido blanco.

—Sí, veo que ya estás bien. —Me sonrió y se levantó—. Tengo que irme. Josefina se quedará contigo para hacerte compañía durante un rato.

—Mamá me va a comprar un vestido blanco para ir a Gandía.

—No, Josefina —intervino Boro—. Tú no puedes venir con nosotros.

—¡Sí que voy! —repitió varias veces.

—Quiero volver al restaurante —dije—. Hoy ni siquiera me habéis puesto una pastilla debajo de la lengua, ¿verdad? No percibo el sabor. —Me incorporé en la cama para levantarme, pero volví a echarme.

Boro agachó la cabeza y, durante unos instantes permaneció en silencio.

—No —contestó dubitativo—, claro que no.

En mi mente no existía reminiscencia alguna de lo que pudiera haber soñado. Tan solo un susurro resonaba en mis oídos, una frase que en una ocasión pronuncié. No recuerdo cuándo ni dónde. Parecía proceder de un lugar muy lejano: «el día que le encuentre, no solo le entregaré mi cuerpo, sino mi alma entera».

—¡Sí que voy! —repitió Josefina con gesto desafiante.

Boro se marchó, seguido por Josefina con su recién iniciada nueva letanía. Una vez a solas, me levanté y, a trompicones, conseguí llegar a la cocina. Extraje un jarro de agua fría del frigorífico, me incliné sobre el fregadero y me la eché sobre la cabeza. Acudí a mi habitación y abrí mi

diario, pero tan solo conseguí garabatearlo con unos rotuladores que me había comprado hacía pocos días. Algo más repuesta, me sequé el pelo, me maquillé y me vestí con esmero, y regresé al restaurante. Debía ocuparme de servir los platos en la sala.

Boro me miró y, sin pronunciar palabra, se limitó a mover la cabeza a un lado y otro, y a chasquear la lengua. Vicenta y Amparo observaron su reacción, se miraron, y volvieron a hacerlo cuando observaron el temblor de mis dedos.

—¿Te encuentras bien, María? —me preguntó Vicenta.

—Sí, ya estoy bien. No te preocupes.

Desempeñé mi trabajo como un ritual aprendido, flotante, como un barquito que discurre tranquilo sobre el agua, pero consciente de las corrientes que podrían hacerle zozobrar en cualquier momento.

Percibía la mirada cautelosa y preocupada de Vicenta. Supongo que la cautela sería por mí, por si volvía a padecer una de mis crisis intempestivas, pero la causa de la preocupación descubrí que se debía a la actitud de Boro.

—Sí que voy —repetía Josefina como si fuera un disco rayado.

—Menudo espectáculo —escuché que Vicenta le decía a Federico en un momento en que salieron al paellero a preparar la leña—. Este chico se ha vuelto loco. Le echa una bronca que casi se la come, y de pronto la invita a cenar a Gandía. No sé en qué piensa.

—¿En qué va a pensar, bonita? —dijo Federico—. Pues en eso: en comérsela. ¿Tú qué crees?

—Ay —suspiró Vicenta—. Esta María le va a hacer sufrir mucho. En otras circunstancias, me hubiera gustado para él, pero viene de una familia más rica y distinguida que la nuestra. Además, está enferma, y creo que ni ella misma sabe lo que tiene. Uno de estos días se marchará a Madrid, se olvidará de él y no quiero que Boro lo pase mal. Bastante ha padecido ya para pagarse sus estudios y tiene mucho en qué pensar —suspiró de nuevo.

—¿Ya estás otra vez pensando en eso? —replicó Federico—. Aquello ya pasó. Anda, mira, que no dirás que te he traído hoy malas patatas.

—Sí, son buenas, pero demasiadas. Les van a salir raíces.

—Haga lo que haga, siempre te parece mal, tontita.

Antes de que entraran de nuevo en la cocina, me apresuré a salir al mostrador y fingí hacer algunas anotaciones.

En algunos momentos, Boro se detenía y me miraba pensativo, y me sonreía. Mientras tanto, Josefina repetía su «sí que voy», cada dos minutos y con la misma entonación monótona y cansina.

—¡Calla, Josefina! —gritó Amparo.

Boro levantó la vista hacia el reloj de cocina.

—Hoy tenemos pocas reservas para la cena —me dijo al oído—. Sube y descansa un poco. Dentro de un rato, te llamaré.

—Sí, chef. —Sonreí, me deshice del delantal y me marché. Necesitaba relajarme y dormir un poco, pero no me resultó fácil, al menos al principio. Nuestra inminente cita me mantenía muy excitada, pero también existía otro motivo: los «Sí que voy..., sí que voy..., sí que voy...» de Josefina alcanzaban mis oídos como un disco rayado, cuyo volumen percibía cada vez más alto. Un grito de Amparo consiguió detenerlos: «¡Como vuelvas a decir “sí que voy”, te castigo!». «Voy a Gandía, voy a Gandía, voy a Gandía...». Y de nuevo la voz de Amparo: «¡Donde te vas ahora mismo es a casa!».

Me desperté con una agradable sensación de ligereza, con ganas de cantar y de bailar. Una especie de cosquilleo me correteaba por todo el cuerpo.

Después de ducharme, extraje del armario el vestido blanco y me lo puse directamente sobre la piel. Me lo ajusté al pecho con ambas manos, para comprobar en el espejo si la ausencia del sujetador se notaría demasiado. Los consejos y advertencias de Vicenta resonaron en mis oídos como si se encontrase a mi lado. «Si no te miran las tetas, de lejos no se distingue, pero de cerca se nota y mucho, y ya sabes cómo son los hombres». Sonreí con picardía. En esta ocasión, bajo el vestido tan solo llevaría unas bragas de encaje blanco.

Ensayé mil maneras de peinarme: con la raya a un lado, al otro, un moño, una trenza... Finalmente, me dejé el pelo suelto y me lo ahuequé con los dedos para darle cierto aspecto salvaje. Comprobaba el reloj constantemente. ¿A qué hora había dicho que vendría a recogerme, exactamente? No quise maquillarme demasiado. Rímel negro en las pestañas, colorete en las mejillas y rojo coral en los labios. Busqué unos pendientes de diamantes pequeñitos que me regaló mi padre cuando cumplí dieciocho años y me los puse. Los llevo conmigo en todos mis viajes. Con ellos me siento protegida.

Por fin, Boro llamó a mi puerta.

—Estás guapísima —dijo—. Eres lo más bonito que he visto nunca. ¿Seguro que no tienes un novio esperándote en Madrid?

—Nunca he tenido novio.

—He escuchado desde el restaurante que hablas por teléfono con un hombre de manera muy cariñosa.

—¿Ah, sí? Debe ser con mi hermano —comenté mientras cerraba con llave la puerta de la casa.

—No me malinterpretes, María. —Me apartó de la frente uno de mis mechones rebeldes—. No tengo derecho alguno a preguntarte, pero incluso Federico ha notado que hablas con él como si fuera algo más.

—Pues, no sé a lo que se refiere —dije con desenfado mientras nos dirigíamos hacia su todo terreno aparcado a pocos metros—. No lo hago conscientemente. Mi hermano siempre ha sido muy especial para mí.

Me adelanté unos pasos.

—Me encanta tu coche. Es como un tanque. Nunca he conducido uno de estos—. Abrí la puerta del conductor, apoyé un pie en el estribo para encaramarme hasta el asiento y me senté al volante—. Yo tenía un Volkswagen escarabajo de color amarillo, pero...

No tuve tiempo de acabar la frase. Boro me agarró por la cintura, me bajó del coche, cerró la puerta y me besó; un beso intenso, profundo, ese mismo que yo había deseado siempre, no desde que le conocí, sino desde que era una niña.

Boro, jadeante, se separó de mis labios para tomar aire y entonces fui yo quien se lanzó a los suyos para chuparlos y mordisquearlos con frenesí. Colocó una mano sobre uno de mis pechos por encima de la ropa, mientras yo me estremecía. Ansiaba percibir su piel, conocer su textura, sus relieves y su calor. Tiré de su camisa para extraerla de sus pantalones. Pero él me sujetó las manos a la espalda.

—Quieta —dijo con la respiración agitada—. Me estás pidiendo que subamos a tu habitación y nos dejemos de paseos ¿No es así? Porque, si es lo que quieres, yo lo deseo más que tú.

—¡Mamá! ¡Boro y María se están besando! ¡Y se van a ir a Gandía! ¡Yo también voy! —gritaba intentando correr hacia nosotros—. ¡Se me van a escapar!

—¡Josefina! —Amparo forcejeaba con ella para retenerla.

Boro corrió a ayudar a su tía. Si, en ese momento, Amparo le hubiera soltado el brazo, Josefina habría caído al lago como lanzada desde la goma elástica de un tirachinas.

—Josefina, tranquilízate —dijo Boro—. Te prometo que uno de estos días te llevaré a Gandía. Y te compraré un vestido blanco..., y aún más bonito que el que lleva María.

—¿Quiero ir ahora!

—No, Josefina —replicó Boro con firmeza—, hoy no.

—¿Y me llevarás a Cullera?

—Si obedeces a tu madre, otro día te llevaré a Cullera.

—¿Y también a Altea! ¿Y a Denia! ¿Y a Peñíscola! ¿Y a Mallorca! ¿Y...!

—Sí, algún día. ¿Y basta ya!

Josefina calló al instante. Amparo le pasó el brazo por la espalda.

—¿Hala, pasa para adentro! ¿Y cómo me des este susto otra vez, te pego una paliza que te mato!

—¿Tía! —exclamó Boro—. No quiero que amenaces a Josefina de esa manera. Venga, no lo estropees.

Madre e hija regresaron al restaurante.

Boro se acercó a mí, me miró e hizo ademán de comenzar a hablar. Pero me adelanté:

—Yo también quiero que me lleves a Gandía. Necesito dar un buen paseo.

—Sí —dijo ojeando de manera fugaz la ventana de mi habitación—. En tal caso, yo también lo voy a necesitar.

Antes de subir al coche le conté que Josefina me dijo una vez que su primo conocía La Albufera «mejor que cualquiera de los patos que nadaban por el agua, mucho mejor que el padre y la madre de todas las *llisas*, carpas, y anguilas, y mejor que todos los arroceros de España y de La China». Nos reímos. Apenas emprendimos la marcha, le pedí que no transitáramos por una autopista, sino a través de los pequeños caminos de tierra que circundan los arrozales.

«¿Hasta Gandía? No lo dirás en serio. ¿Es que no sabes a qué distancia está de aquí? Eso es imposible, no tiene ningún sentido», dijo. Pero yo insistí en que me apetecía mucho sentirme como si fuera circulando en medio de ellos; respirar aquel aire, percibir su aroma. Boro, después de llamarme «madrileña caprichosa», accedió a conducir por allí pero solo un par de kilómetros.

—¿Por qué no me dejas conducir a mí?

—Ni pensarlo.

—Soy muy buena conductora. ¿No te lo crees? ¿Es que no te fías de mí?

—En absoluto —sentenció. De repente, detuvo el coche. Apoyó las manos sobre el volante, levantó la cabeza para observar el camino y me miró—. Perdona, María, lo he dicho porque estos caminos son estrechos y es complicado transitar por ellos cuando no se tiene demasiada experiencia, solo por eso. Ni siquiera me he acordado de que tuviste un accidente de tráfico. No quiero que pienses que...

—No me ha molestado. Yo tampoco me acordaba.

—Vale, de acuerdo. Entonces, si quieres conducir y no te importa que no lleguemos a Gandía porque acabemos dentro de un arrozal o de una acequia, adelante. —Se rio. Echó el freno de mano, abrió la puerta e intercambiamos los asientos. Manoseé el cambio de marchas.

—Es automático, ¿verdad?

—Baja ahora mismo.

—Lo he dicho de broma.

Reconozco que inicié la marcha con mis cinco sentidos. Me sentía insegura. Me aferraba al volante como si estuviese colgada de una rama al borde de un precipicio. Cada vez que cambiaba de marcha, el coche parecía relinchar y brincar como si fuera un caballo montado por un jinete muy malo. Además, tenía la sensación de que Boro simulaba no advertirlo. Se limitaba a mirar

por su ventanilla y hacer comentarios como: «A este arrozal le falta agua». Mientras tanto, yo deseaba que me pidiera que parase, pero como no lo hacía pisé el acelerador.

—No corras —dijo—. Aminora un poco.

Y en ese momento, agarró con fuerza el volante y me pisó el pie para presionar el freno. El coche se detuvo en seco. Boro bajó de él con rapidez y abrió mi puerta con brusquedad.

—¡Baja! ¿Qué pretendías demostrar circulando tan rápido? ¡Fuera!

—Lo tenía todo controlado, créeme.

—Menos mal que no he dejado de estar atento ni un segundo. —Me miró con severidad—. ¿Y ahora, qué haces?

—Nada. Te miro.

—Baja de una vez.

Volvimos a intercambiar nuestros asientos.

—Ahora eres tú quien me mira a mí —dije—. ¿Por qué no enciendes el motor y nos vamos de una vez?

—¿Por qué no te abrochas primero el cinturón de seguridad? Estoy esperando.

—Ah, vale. No me acordaba. ¿Es que a ti no se te olvida nunca nada?

Boro dio un bufido y no contestó.

Reiniciamos la marcha. Observé sus fuertes muñecas. Una vez más, percibí el poder hipnótico de sus manos aferradas al volante de su coche, deslizándose por él como si lo dominase y acariciase al mismo tiempo. Lo hacía girar con suavidad a un lado y otro para adaptarse al relieve del camino. Nos miramos y sonreímos.

No entiendo el motivo por el que a pesar de la seguridad que Boro me inspiraba agaché la cabeza, y me sujeté a los bordes laterales de mi asiento como si anduviese sentada sobre una barca a punto de hundirse. Percibía las sombras de los arrozales y de los cañaverales, iluminados y oscurecidos por el alumbrado de los faros de nuestro coche serpenteante por los caminos. Mis músculos comenzaron a relajarse, mientras escuchaba el rumor del agua discurriendo por las acequias, el croar de las ranas, el súbito chapoteo de algún pez. Respiré profundamente. Una bruma espesa penetró dentro de mí, como si se tratase del alma de todo lo que existía a mi alrededor; un alma que me llamaba y que pretendía poseerme para arrastrarme hasta las profundidades de algo doloroso. Sentí un nudo en el estómago. El coche tomó velocidad al salir a una carretera de asfalto. Un chasquido. En el cielo, la luna llena se ocultó tras una nube.

Una extraña fuerza me propulsaba hacia la superficie de un tanque de agua. Tras unos instantes de confusión, fui consciente del lugar en el que me encontraba.

Boro se había detenido en el arcén y me había humedecido el pelo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté sobresaltada.

—Te has desmayado. Estabas como en otro mundo —contestó, mientras me secaba la cara con extrema delicadeza—. Intentaba traerte de nuevo a este, despertarte. Voy a dar la vuelta. Debemos regresar.

—¡No pasa nada! —me apresuré a decir sujetándole el brazo—. Debo haberme quedado un poco adormilada. Perdona. —Le acaricié una mejilla—. Lo siento mucho. No quiero volver, estoy bien.

—Tenías los ojos abiertos. ¡Han sido dos minutos! Temía que no volvieras.

—Yo... —No sabía que decir—. No sé por qué me ocurre esto, pero no volverá a pasar, te lo prometo.

—Esta mañana he sido testigo de uno de tus desmayos. Ahora has sufrido otro. No creo que este tipo de cosas puedas controlarlas. ¿Te suceden desde tu accidente?

Agaché la cabeza y asentí. Me limpié con el dorso de la mano una lágrima.

—Debió resultar muy traumático para ti, ¿verdad?

—No, por favor, no quiero hablar de ello.

—Te resientes de los costados cuando levantas del suelo alguna caja. Hasta hace poco te dolía el hombro. Ni siquiera fuiste capaz de terminar de limpiar la vitrina de las bebidas. ¿Te acuerdas?

No respondí.

—María, mírame —continuó. Me giró la cabeza hacia él—. No tienes ninguna obligación de explicármelo, pero conmigo no tienes nada que temer. Cuéntame lo que pasó. Una vez, le dijiste a mi tía Amparo que no recuerdas nada. ¿Es verdad?

—Sí, es verdad.

—¿Nada?

—¡Nada! —exclamé—. ¡Déjame, por favor! ¡Me hace daño esforzarme en recordar! —Me tapé la cara con las manos y sacudí la cabeza—. Es un punto ciego en mi mente, un agujero negro, ¡una laguna oscura! Y ahora, por favor, te pido que sigamos. Olvidémonos de todo. Esta noche solo quiero estar contigo.

Boro me miró con gesto dubitativo y observó la carretera. Tomó aire y lo expulsó lentamente. Se giró hacia mí, me besó en los labios y me acarició el pelo.

—Yo también quiero estar contigo.

Encendió el motor y reanudamos la marcha.

—Cuéntame otras cosas —dijo—. No quiero que vuelvas a dormirte. En realidad, sabemos muy poco el uno del otro.

—No voy a dormirte. ¿Qué quieres que te cuente?

—Si no fuera por tu accidente, ya serías médico, ¿verdad? ¿Cómo es que eres tan buena estudiante?

—Porque lo único que he hecho en mi vida ha sido estudiar y —titubeé— estar con mi madre. Mi verdadera vida social, mi libertad tiene muy poco recorrido, apenas tres años.

Era la primera vez que decía esto en voz alta: «estar con mi madre». Reviví en mi interior aquella sensación de opresión, de agobio, esa necesidad imperiosa de sentirme libre, de volar, de hacer lo que me diera la gana. Sin cortapisas. Sin miedo a sentirme desleal y culpable. Bajé por completo la ventanilla y saqué el brazo. El viento lo empujaba como si le molestase mi atrevimiento de ir más allá. Los pinos desfilaban uno tras otro a mi lado, sin detenerse, sin detenerme. Alguna casita. Algunas vallas, alguna huerta. Alargaba la mano como si pretendiera tocarlos, adueñarme de su esencia. Cerré los ojos.

«Mamá, ¿por qué se llevan mi escritorio?». «Te he comprado este que es mucho más grande. Así no tendrás que irte a estudiar a casa de Carlota. Que venga ella aquí». «Violeta, cariño, me duele mucho la cabeza. ¿Podrías venir a mi habitación a hacerme compañía? Estudia aquí. No te molestaré, te lo prometo», «Violeta, cariño, últimamente estás muy despendolada. No debes salir tanto de noche. Ayer volviste a casa a las dos de la mañana. Si de verdad supieras lo que me haces sufrir con tu comportamiento, no lo harías», «¡Deja en paz a Violeta, mamá! Necesita salir con amigos, cometer sus propios errores. ¡Déjala vivir!», «Tú no lo entiendes, Rosa. Violeta es tan inocente... No soportaría que le ocurriese algo malo, como a Fran... o como al abuelo», «Papá, cuando regrese de mi viaje del paso del ecuador, me gustaría independizarme. Si tú pudieras ayudarme de algún modo...».

—¡María! ¡María! ¿No me oyes? No saques el brazo por la ventanilla.

La voz de Boro me sobresaltó. Era cierto. No le había oído.

—Perdona, estaba... —Escondí el brazo y subí la ventanilla.

—Ensimismada.

—Un poco, pero no «me había ido», como tú dices.

—¿En qué pensabas?

—En algunas escenas que viví con mi madre hace años. —Comencé a jugar con el cuello de su camisa—. Y tú ¿En qué piensas?

—Hace un minuto, en que si no te hubiera hecho caso y hubiésemos circulado por la autopista en lugar de por estas carreteras, habríamos llegado hace mucho. En este mismo momento, me gustaría abrazarte. El resto prefiero no decírtelo. Estoy conduciendo. —Me eché a reír—. Pero no quiero que te quedes callada. Háblame de tu familia, de tus amigos. Tú ya conoces cómo es la mía. Sin embargo, yo solo conozco la tuya a través de retazos sueltos y algunas anécdotas que nos has contado.

—¿Y no te la imaginas?

—En general, supongo que sí. Por cierto, nunca hablas de tu hermano. Solo de tus hermanas. Antes has dicho que siempre ha sido muy especial para ti. Háblame de él. ¿Cómo se llama?

—Fusco. Se llama Fusco. —Giré la cabeza hacia la ventanilla—. Pero no me apetece ahora hablar de él.

—Te has puesto muy seria. Mi tío Federico me dijo que perteneces a la nobleza, que eres una marquesa.

—¿Qué? —Me reí—. ¡No! Qué va. Es solo un apellido. Me llamo... —Una pincelada gris atravesó mi mente—. Me llamo... —titubeé—... Me llamo María Marqués de Pizarro...

—Sí. Ya lo sé. Es un apellido compuesto. Tu nombre también es compuesto ¿Cómo era...?

—María. Me llamo María.

—María —asintió.

Durante el resto del camino, me acribilló con numerosas preguntas. Aludía a que solo se trataban de aspectos de mi vida por los que siempre sintió curiosidad, y que no se atrevió a preguntarme, a veces por cortedad y otras por falta de tiempo. Y yo le hablé y le hablé... de lo positivo, de todo lo bueno. Solo de lo bueno.

14

UN GOLPE EN EL TABIQUE

Madrid, verano de 2007, dos de la madrugada. En la casa familiar

Violeta no puede conciliar el sueño. A través del tabique que separa su habitación de la de su hermano Fran, sabe que él tampoco duerme. Le escucha arrastrar la silla de su ordenador, jugar con una pelota de goma, emitir algún gruñido de rabia. No es la primera vez. Cuando esto sucede, Violeta suele dar unos golpecitos con los nudillos en la pared, o se levanta con sigilo, sale al pasillo, y llama a su puerta. Le gustaría que la dejara entrar para hacerle compañía un rato e intentar calmar su inquietud. Se pregunta por qué nunca le abre y siempre le pide que se vaya.

Esta noche, cuando ha vuelto a llamar a su puerta, él le ha gritado que le dejase en paz y, como ella insistía, chilló que se fuera a la mierda. Y él jamás utiliza con ella ese tipo de lenguaje.

Regresa a su habitación y se tapa los oídos para no percibir la inquietud cada vez mayor de su hermano: escucha cómo abre y cierra la ventana, arrastra su escritorio, la cama. Incluso juraría que acaba de escuchar un sollozo.

Violeta esconde la cabeza bajo las sábanas, cambia de postura una y otra vez, y se revuelve. Es imposible. ¿Cómo va a dormirse así, sabiendo que su hermano está sufriendo tanto?

Se levanta y abre la ventana. La visión del jardín le transmite una sensación fúnebre. Está desierto. Sus luces, como cada noche, permanecen encendidas hasta las dos de la madrugada y acaban de apagarse. La luna se mantiene oculta bajo las nubes. Recuerda que hace pocos días, cuando ella se encontraba tumbada sobre una hamaca tomando el sol junto a la piscina, vio un gato en lo alto de la valla. Violeta le llamó y, en lugar de mostrarse huidizo, saltó al jardín, se acercó y se restregó en sus piernas. Ella le acarició la cabeza, se levantó y le dio de comer unas sobras que encontró en la cocina. El gato, después de relamerse, se recostó bajo la hamaca. No ha vuelto a verlo y es posible que no vuelva nunca. Al parecer, cuando regresó al día siguiente, el jardinero le pegó de palos hasta conseguir que huyera despavorido. Al imaginarlo, se le encoge el corazón.

La escasa luz que penetra por la ventana se le representa como la que se filtra por el ventanuco de un sótano en el que vive secuestrada. Sí, eso es, se siente atrapada. Vivir en casa se ha convertido en una tortura. Quiere mucho a su familia, pero a menudo le gustaría haber nacido en el seno de otra. Si le dieran a elegir, viviría en un pueblo pequeño, junto al mar, pero cerca de una gran ciudad, eso sí.

Puestos a imaginar, preferiría que su familia fuera más modesta. A Violeta no le importaría trabajar de cajera en un supermercado, o vendiendo perfumes o lencería en alguna *boutique* o en unos grandes almacenes. Sus padres, por ejemplo, podrían ser los dueños de un negocio a pie de calle, quizá de una mercería, o de una zapatería o de un restaurante de esos donde se sirve menú del día. En este último caso, ella se dedicaría en cuerpo y alma a la cocina y trabajaría duro, hasta caer rendida. Su padre y su madre lo regentarían y siempre se encontrarían presentes, incluso servirían las mesas. Sonríe y se tapa la boca con la mano cuando imagina a los suyos con un

delantal. Menuda ocurrencia. Tendría muchos hermanos y hermanas, y muchos primos y primas que vivirían cerca. Para visitarse, solo sería necesario cruzar unas pocas calles. Estarían todos muy unidos. Celebrarían los cumpleaños y las Navidades con mucho jolgorio. En esa familia se respiraría paz, y no esa tensión que vive dentro de la suya, sobre todo cuando su madre se encierra en su habitación, llora sin parar y se queja de que se siente muy sola cuando Violeta sale con sus amigas. A Violeta le duele mucho que su madre le hable una y otra vez de todo lo que sufre desde la muerte del abuelo, de su tristeza, de su desgana y de sus dolores físicos; que le relate sus pesadillas, que se queje de la poca atención que recibe de sus hijas mayores, y de la actitud de su marido con Fran. «A mí también me duele mucho, mamá», suele contestar. «Me gustaría poder hacer algo, pero no sé el qué».

En el seno de su familia imaginaria, no necesitaría vivir en un lugar tan privilegiado como en el que vive ahora, o eso dicen, «apartado del bullicio de la ciudad y donde se respira aire puro». A ella, ese aire le resulta a veces denso y viciado. ¿Para qué necesita ese chalé tan comfortable, cuando a menudo se le hiela la sangre?

Su fantasía cesa de repente y regresa a la realidad. Se acerca al tabique. Ya no se oye nada. Fran debe haberse quedado dormido. Menos mal.

Ahora es ella quien se siente inquieta y muy triste. Recuerda de pronto que, hace días, limpiaron la piscina climatizada y que está llena. La del jardín también, pero le parece un poco fría. Sus padres no la dejan que se bañe sola, sin la presencia de otra persona. Es peligroso. Sin embargo, piensa que, si se zambullese en el agua tibia y nadara un poco, quizá se relajaría y después conseguiría dormir, como ha experimentado en otras ocasiones. El agua siempre ha sido su principal fuente de calma, la música suave también. El agua tiene para ella un significado especial que nunca ha sabido traducir en palabras. El agua aparece con frecuencia en sus sueños de distintas maneras: a veces se encuentra tan limpia como si emergiera de un manantial, pero con frecuencia sueña que camina por un terreno embarrado, que poco a poco se llena de agua sucia, le impregna los tobillos y asciende por su cuerpo con rapidez. Cuando alcanza su cuello, se despierta muy asustada. Esas noches, si consigue volver a dormirse, sueña con Fran. No recuerda el qué. Las escenas son confusas, pero se ha convertido en algo sistemático. Sabe que los sueños no pueden controlarse, por supuesto, pero no puede evitar sentirse muy culpable. En una ocasión, se lo contó a Margarita. Esta se mantuvo en silencio durante unos instantes. A continuación, suspiró y dijo: «Los sueños son muy misteriosos. No te preocupes».

Violeta se desprende del camisón, se envuelve en su toalla de baño de florecitas y, descalza y de puntillas, sale de la habitación y cierra la puerta con sigilo.

Escucha un golpe seco y se detiene. Contiene la respiración.

15

EL PASEO MARÍTIMO

Mi parisina hermana Margarita dice que no hay nada más horterera que un paseo marítimo en los meses de julio y agosto, sobre todo los que son demasiado populares y concurridos. No opino lo mismo. El ambiente alegre y despreocupado que se respira en ellos me resulta contagioso.

Cuando bajamos del coche, Boro entrelazó sus dedos con los míos. Un calambre repentino se extendió hasta mi vagina, tanto que me sentía anudada a él como si se tratase de un coito. Ahogué un gemido y me aparté.

Había estado muchas veces en Gandía en el mes de julio con mis amigas; pero aquella noche, la percibía diferente, como si se tratase de un país desconocido, intrigante, en el que vivir sucesos inimaginables.

Los distintos restaurantes y locales se hermanaban uno junto a otro como cogidos del brazo. En uno de ellos, unas velitas colocadas sobre pequeñas mesas y una canción muy romántica desconocida consiguió resaltar, aún más si cabe, mi sensibilidad y mis sentimientos. Frente a ellos, los puestos de artesanía, abalorios, libros usados, vestidos blancos bordados, minerales mágicos y esencias naturales permitían un pasillo por el que circulaba un espeso gentío. Es lógico, Gandía es una ciudad de más de setenta mil habitantes. Su playa de arena muy fina tiene una longitud de más de ocho kilómetros y te permite internarte en el mar muchos metros antes de que el agua te cubra la cabeza. Por eso, es una de las más populares entre las familias españolas, sobre todo de las madrileñas.

Delante de nosotros caminaba una de ellas. El padre portaba sobre los hombros a una niña de pocos años. La madre luchaba para que el niño pequeño, tan díscolo como mi hermano Fran, no se soltase de su mano. Mi mente se trasladó al paseo marítimo del Puerto de la Cruz, en Tenerife, a aquella noche en la que mi padre me llevaba a mí a caballito. Recordé a mi hermana Margarita, ya adolescente, deteniéndose en los puestos de artesanía. Tomaba algún objeto y su mirada parecía sumergirse en su propia esencia. Después, meticulosa, lo devolvía a su lugar. Rosa, sin embargo, manifestaba otros intereses. Exigía que le comprasen algodón de azúcar y manzanas cubiertas de caramelo. Si mis padres se lo negaban, su gesto permanecía enfurruñado el resto de la noche.

Boro me sonreía y me atraía hacia él de vez en cuando, rodeaba mi cintura y me besaba en la sien. De nuestros cuerpos parecía emanar un aroma dulce, que revoloteaba a nuestro alrededor con irisados remolinos. «Me llamo María», me decía, «María es de color blanco con reflejos plateados, él me llama así. Que nadie me llame Violeta».

De repente, uno de los puestos atrajo mi atención y me detuve.

—¡Muñequitas recortables!

—¿Qué? —preguntó sorprendido.

—Cuando era pequeña, cada vez que las veía en el escaparate de una papelería me detenía a mirarlas. Solo conseguí que me las comprasen una vez. Mi madre decía: «¿Para qué quieres esas tonterías? En casa tienes muñecas de sobra, de las de verdad».

—Y te las vas a comprar ahora, a los veinticuatro años.

—¿Por qué no? Mira, ¿ves? Las coloreas a tu gusto y después las recortas. Con estas pestañas, puedes elegir vestirlas con la indumentaria que te apetezca.

—¡Señorita! —Boro llamó a la dependienta y me señaló con un gesto de cabeza—. ¿Podría darme unas cuantas para la niña?

—Quiero esta... y esta... y esta otra... No son para mí. Se las voy a regalar a Josefina. Le encantarán, seguro. A ver si consigo desviar su atención de los cromos de fútbol.

—Y los demás rezaremos para que no se obsesione con ellas. No sé qué resultaría peor.

—Bueno, espero que no. Ya veremos —dije mientras guardaba los recortables en mi bolsito de bandolera.

Continuamos nuestro paseo. Me llamó la atención que Boro se encontrara con tantos amigos y conocidos. Solían quejarse de que hacía años que no le veían, y él se excusaba hablándoles de sus estudios y de sus distintas ocupaciones. Uno de ellos resultó ser un antiguo compañero de su banda de música, aquella en la que, en tiempos pasados, tocaba el saxo. Se percibía entre ellos una gran confianza.

Boro me presentó:

—Es María, de Madrid', ¿sabes? —dijo con irónica condescendencia—. Es enfermera. Ahora está en paro.

—¿Q...?

—Y cuando no juega con muñequitas recortables —añadió—, me ayuda en el restaurante.

—¡No! Eso no es verdad —le aclaré a su amigo, molesta—. Ni soy enfermera, ni estoy en paro. Soy estudiante de Medicina, y este verano pensaba irme a la India, pero...

—Así es —interrumpió Boro—. Pero se ha equivocado de camino y ha acabado en La Albufera —dijo irónico.

Soltaron una carcajada.

—No te enfades —dijo su amigo—. Ya conoces su sentido del humor.

—Pues, no. No suele demostrarlo demasiado.

—Entonces, será porque... —Le miró y le dio un golpecito en la espalda— algo le ronda por la cabeza. Seguro, María. Le conozco. —Otro golpecito—. Si es por el accidente de tu tío, macho, que sepas que ya está todo arreglado. No te lo vas a creer. Ha sido...

Boro cambió de tema visiblemente incómodo. Su gesto se ensombreció.

—¿No era aquí donde preparaban la ensalada de tomate valenciano?

Su amigo agachó la cabeza.

—Y la siguen preparando —contestó mientras comprobaba su reloj—. Bueno, os dejo solos, parejita, que tengo que ir a recoger a mi novia. Y ánimate, macho, que te veo muy serio, y estás con una mujer muy guapa. —Me dio un beso en cada mejilla y se despidió.

—Quiero probar ese tomate —me apresuré a decir.

Mis palabras consiguieron devolver la luz a su rostro. Me sonrió y me dio un abrazo, suave y a la vez intenso. Hundió la cabeza en mi cuello, y su aliento me transmitió unos sentimientos dolorosos necesitados de sustento y de consuelo.

El motivo no lo descubrí hasta el final de la noche.

16

AGUA SALADA

Boro pidió unas raciones de tomate, solo tomate, sin acompañamiento de cualquier otro ingrediente que enmascarase su sabor. Insistió en que no la aliñasen antes de servirlo. Al llegar a la mesa, él mismo le echó la sal y el aceite de oliva virgen. Sus manos. Otra vez sus manos, grandes, fuertes y al mismo tiempo precisas. Recordé la firmeza con la que esa misma mañana habían tirado de mí muñeca arrastrándome, dominándome; aquella sensación de que me poseía por primera vez. Hacía pocas horas que me había vuelto loca con sus besos. Más tarde, sus dedos entrelazados con los míos habían vuelto a evocarla. Una réplica del mismo movimiento sísmico. Pero el definitivo, el más potente, el que de verdad ansiaba, aún no había llegado. Anhelaba sentirle dentro de mí. ¿Cómo lo haríamos? ¿Qué sentiría yo? ¿Cuál sería la expresión de su cara en tales momentos?

Pinchó un trozo y me lo acercó a la boca.

—Pruébalo. Tomate valenciano. Recién cogido de la huerta. A ver qué te parece.

Sujeté su mano y, después de tomarlo, lamí una gotita de aceite que descendía por su muñeca.

—Está buenísimo —dije.

A su vez, Boro rescató de mí, con su dedo índice, algunos restos de sal que habían quedado escondidos entre las comisuras de mis labios. Se lo llevó a la boca, igual que hizo un día con la crema de fresa. En su mirada existía deseo; un deseo que parecía controlar entre aquel sorbo de agua, entre bocado y bocado.

—Voy a pedir otras raciones que seguro que te van a gustar —me dijo.

—Ay, no. Estoy muy llena. He mojado tanto pan en el aceite que ya no puedo más —me excusé con la mano sobre el estómago—. Necesito caminar.

Y caminamos. Hasta que se le ocurrió detenerse junto a unas atracciones. Me miró, pensativo.

—¿Te apetece que subamos en los coches de choque? —me preguntó.

—¿Lo dices en serio? La última vez que subí en uno era una adolescente.

—Entonces, no hace demasiado tiempo.

—Vaya. ¿Y tú te burlas de mis muñecas recortables? No conocía esa faceta tuya tan infantil. Pero si tienes ese capricho, por mí, vale.

Nos dirigimos hacia la taquilla y Boro compró una ficha. El sonido de la sirena que señaló el fin del viaje previo al nuestro me provocó cierto desasosiego. Unos instantes tan solo. La música estridente consiguió hacerlo desaparecer por completo.

—¿Solo una ficha? —pregunté.

—¿No te asustan los choques?

—Nunca me han asustado —contesté—... al menos hasta hoy.

—¿Quieres conducir? Aquí no hay acequias —dijo con ironía.

—Prefiero que lo hagas tú.

Elegimos un coche y tomamos asiento. Me agarré de su brazo y me adosé a él.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

—No, qué va. Solo me estoy... acomodando.

Boro esquivaba con facilidad a los otros coches, hasta que uno de ellos nos envistió por detrás y nos hizo saltar del asiento. Detuvo el coche de inmediato y me miró asustado.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. No me han hecho daño.

—¿Quieres que lo dejemos?

—No sé. Lo que tu prefieras.

—¿Seguro? —me preguntó extrañado—. Entonces, ¿no te molestaría si comprase más fichas?

—Lo de subir ha sido idea tuya. Lo que tú quieras.

Boro prefirió que nos marchásemos. Después de ayudarme a bajar, me atrajo hacia él y me besó el pelo. Pero algo en él había cambiado.

—¿Qué te pasa? —le pregunté—. Otra vez te has puesto muy serio. ¿Se trata de algo que yo he dicho, o de algo que he hecho que te ha molestado?

—¡No, bonita! ¿Cómo se te ocurre esa tontería? —me contestó en tono cariñoso—. Tú no tienes la culpa de nada.

El aroma del salitre me hizo tomar conciencia de la proximidad del mar, y le sugerí que paseáramos por la orilla de la playa. Caminamos hacia allí a través de unas tablillas de madera. Fingí que perdía el equilibrio debido a mis zapatos de tacón y me abracé a su cintura. Apoyé la cabeza en su pecho. La potencia de su corazón se transmitía hasta mis oídos. Deslicé mi mejilla por su camisa hasta alcanzar la piel desnuda de su cuello, cuyas venas se engrosaban con cada latido. Hubiese querido mordisquearle el mentón, percibir el roce de la barba incipiente que ya se insinuaba a esas horas de la noche. Me acarició el pelo e intentó besarme, pero yo, juguetona, escapé de sus brazos. Me descalcé y me adelanté hasta la arena mojada. Una ola me cubrió los tobillos. Me arremangué la falda de mi vestido y me introduje aún más en el agua. Los embates de las olas succionaban la arena bajo mis pies y me obligaban a esforzarme en mantener el equilibrio.

Me giré. Boro se había recostado en la arena apoyándose sobre los codos y me observaba con gesto sonriente.

—¿No vienes? —pregunté con el brazo extendido.

—Prefiero mirarte.

—¡Estamos en el mar!

—¡Sí! ¡Lo tengo siempre cerca, esté donde esté!

—¡¿Qué dices?! ¿Lo tienes dónde?

—Cerca. Deja de dar vueltas. ¿Cómo vas a oírme? Digo que, aunque esté lejos de él, lo llevo muy dentro. Me he criado aquí. Si tanto te gusta, ¿por qué no te quedas para siempre?

—¡Es posible que lo haga!

Las olas impactaban sobre mis piernas cada vez con más fuerza. Una de ellas me pilló desprevenida y me empapó hasta la cintura salpicándome la cara. Estuve a punto de caerme.

Boro soltó una carcajada.

—¿Qué le has hecho al mar para alborotarlo de esa manera? Otra ola como esa, y te arrancará el vestido.

Salí del agua, me escurrí la falda y me la alisé con las manos. Mis bragas de encaje, también mojadas se transparentaban a través de la tela. Corrí a sentarme a su lado.

—Bueno, ahora me toca a mí —dije—. Te voy a freír a preguntas sobre tu vida, como tú me has hecho antes.

Me interesé por sus padres, cómo había sido su infancia y, sobre todo, por qué un hombre que se había graduado en una de las mejores escuelas de hostelería se conformaba con trabajar en un

restaurante de un pequeño pueblo de Valencia.

Boro tomó aire y lo retuvo durante unos instantes antes de exhalarlo.

—Cada vida es única, María. Y según me has contado, si no fuera por tu accidente, parece que la tuya continuaría de color de rosa.

—De color de rosa. ¿De verdad?

—Al menos, es lo que has pretendido hacerme creer.

«De color de rosa». Era cierto. Eso parecía. Eludí confesarle que en realidad yo jamás la había percibido así. «¿Una niña pija?», «¿Una madrileña caprichosa que solo trabaja “porque está aburrida”?». ¿Qué iba a saber él? No sabía nada. No le había hablado de mi hermano Fran, de una historia sin final feliz. Había eludido contarle que mi madre perdió a su padre y con ella su salud; que yo perdí el mismo día a mi abuelo y a mi madre; que me sentí abandonada y a la vez abrumada por su enfermiza dependencia de mí. ¡Solo tenía diez años! Tampoco le hablé de mi angustiada necesidad de escapar de su control, y de mi sentimiento de culpa por desearlo.

El alma empequeñece cada vez que te traicionas a ti mismo para no defraudar a los demás. Las personas que te aman demasiado te necesitan demasiado. Para no perderte, ansían protegerte de cualquier daño, por pequeño que sea. De ese modo, te impiden aprender a afrontarlo y manejarlo. Te dejan inerte para pelear en el futuro. Porque ese daño es ineludible y siempre llega. Lo sé. Lo he sabido siempre. Por otro lado, cada vez que actúas de manera independiente, pero de forma contraria a lo que los demás esperan de ti, tu espíritu se fortalece, pero lleva aparejado un tributo: el sentimiento de deslealtad y de culpa.

¿Y yo, justo yo, hablo de mi necesidad de libertad, y de no traicionarme a mí misma, cuando fue el dinero de mi familia el que me permitió abandonar la casa de mis padres?

—Mis circunstancias han sido muy diferentes a las tuyas —prosiguió, Boro—. Mis padres eran casi unos críos cuando yo nací. Digamos que no fui un niño deseado.

—Yo tampoco —interrumpí—. Nací cuando mi madre ya no quería tener más hijos.

—A mis padres la responsabilidad de criar a un niño les sobrepasaba —continuó—. Podría decirse que pasé toda mi infancia en casa de mis tíos. Cuando cumplí catorce años, mi vida se torció. Mis padres se marcharon a trabajar a Francia y me convertí en un adolescente agresivo. Me costaba controlarme. Sentía demasiada rabia. No sé si lo motivaría el deseo de llamar su atención para que volvieran. Sin embargo, no solo no volvieron, sino que acabaron por desentenderse de mí. La situación resultaba demasiado complicada para ellos.

—Tuviste una adolescencia difícil.

—Solo fueron unos años —se apresuró a contestar—. Pero, una vez más, allí estaban mis tíos, los que siempre confiaron en mí y me ayudaron, no sabes hasta qué punto. Poco después, mis padres se divorciaron y cada uno rehízo su vida. Ahora apenas mantenemos contacto. Mi tía Vicenta le ha reprochado a mi padre, su hermano, tantas cosas... Han sido demasiadas broncas. Ahora él ni siquiera le contesta el teléfono.

—Tus tíos son unas personas estupendas. Les he tomado mucho cariño.

—También ellos a ti.

—¿Piensas quedarte siempre con ellos en el restaurante?

—No es mi intención. —Durante unos instantes se mantuvo en silencio, un silencio reflexivo, mientras jugueteaba con un canto rodado. Lo tomó entre sus dedos, apuntó y lo lanzó al agua—. Hace un tiempo —prosiguió—, me enteré de que mis tíos estaban atravesando un mal momento económico. Por eso abandoné los planes que me había trazado. En cuanto pude, me despedí de mi trabajo anterior y acudí para intentar sacarles del apuro. Ese es mi principal objetivo. Quiero que el restaurante se distinga de los demás. Todo debe resultar perfecto, sin fallos. Y parece que

tenemos bastante éxito, porque ha aumentado nuestra clientela. En cuanto superemos este bache, retomaré mi carrera profesional. Tengo tantos proyectos... Me ilusiona pensar en ellos.

—Tienes razón. Cada vez tenemos más reservas.

—Y en parte, también te lo debemos a ti.

—¿A mí?

—No te extrañes. Antes servía las mesas mi tía Amparo y ahora las sirves tú. La diferencia está bastante clara, ¿no? ¿Sabes cómo te llama la gente de los alrededores?

—¿A mí?

—Te llaman «Marieta, la de la barraca». Y no es broma.

—¿Este es el sentido del humor del que hablaba tu amigo?

—No me burlo de ti. Es completamente cierto.

—Sí, claro. La semana pasada me dijiste que ibas a hacer un puré de anguilas y que me lo tomaría sin saberlo.

—Eso sí que era una broma. Lo que acabo de decirte, no.

Sacudí la cabeza. Me reí.

—Marieta, de la...

—«Marieta la de la barraca» —repitió.

Solté una carcajada.

Me acosté sobre la arena y le miré. Él se giró hacia mí y, apoyado en uno de sus codos se sujetó la cabeza. Observó mis labios y yo los suyos. Estábamos tan cerca que pensé que íbamos a besarnos y cerré los ojos. Un segundo, cinco, diez. Nada. Abrí los ojos y observé los suyos fijos en los míos, con gesto serio y pensativo.

—Solo tú podrías cambiar el color de mi nombre —dije en voz baja—. Solo tú podrías.

—No te entiendo. ¿No te gusta? —me susurró al oído—. Tu nombre es el más bonito que existe: María.

—No te alejes de mí. Tengo miedo.

—No me alejo. —Se acercó y me acarició con su mejilla—. ¿Por qué tienes miedo?

—Porque hoy el cielo es de color Violeta.

Había mirado el cielo. Un error. Porque mi cuerpo ya había traspasado las estrellas. Lejos del suelo. Muy lejos. Irremediablemente. La ingravidez. El vértigo. La nada.

Percibí un sabor a sal, y la desagradable sensación del peso de mi propio cuerpo sobre la arena. Una vez más, tomé conciencia del lugar en el que me encontraba, y de que era verano y de que estaba con él.

—¿Qué ha pasado? Tengo la cara mojada.

—Es agua del mar. Te habías escapado de la realidad. ¿Por qué puñetas te pasa esto? —dijo con gesto de rabia y preocupación.

—Si me sujetaras lo suficientemente fuerte, no podría escaparme. Abrázame. Ven y ayúdame a evitarlo. —Sujeté su cabeza e intenté besarle, pero él me apartó las manos y se limitó a abrazarme.

—No puedo, María. Me pides demasiado. Es imposible que yo me convierta en todo lo que necesitas.

—Me siento vacía si no estás.

Suspiró.

—¿Y qué crees que me sucede a mí? Pero eso no es lo verdaderamente importante en estos momentos, sino tus desmayos o ausencias, o lo que quiera que sean. Deberíamos acudir a las urgencias de un hospital. —Me extendió la mano para ayudarme a levantarme—. Ahora mismo.

Han sido tres veces en un mismo día. Estás muy mal, María. Quiero que te atienda un psiquiatra.

No contesté. Deseé abofetearle. Rechacé su mano. Me levanté y me dirigí con premura hacia el paseo, frustrada, rabiosa.

—¡María, espera!

Me alcanzó y me obligó a mirarle.

—María, escúchame: necesitas mucha ayuda y yo no puedo prestártela. Yo tan solo puedo quererte, y eso ya lo hago con creces. Y ahora, puesto que te niegas a pedir ayuda, volvamos a casa. —Tiró de mi mano hasta llegar de nuevo al paseo.

—¡Acabas de decir que me quieres!

No contestó.

—Si me quieres —continuó—, ¿por qué no respetas mi decisión? No quiero acudir a un psiquiatra. —Boro guardó silencio—. ¿Por qué no dices nada? ¡Contéstame! ¡No quiero ir ahora a un hospital! ¡No quiero volver a casa! ¡Me quieres! ¡Me quieres!

Se detuvo y se giró hacia mí. Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero se limitó a tomar aire, agachar la cabeza y expulsarlo. Después tomó mi cara entre sus manos y me miró a los ojos.

—Naturalmente que te quiero —dijo—. ¿Acaso no lo sabes? —Me besó en los labios. Creí volverme loca cuando percibí el roce de su piel y de su lengua. Fue un beso profundo y tan hambriento que me absorbía la fuerza de las piernas y me doblaba las rodillas.

—Te quiero, te quiero —le decía mientras le besuqueaba. Me resultaba imposible dejar de repetirlo—. No voy a separarme nunca de ti.

—A partir de este momento, no volveré a tocarte hasta que no tenga constancia de que has acudido a un psiquiatra.

—¿Qué has dicho?

—¿Quieres que te lo repita?

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Me separé de él con brusquedad.

—Tú no lo entiendes, Boro, y —tartamudeé—... y quizá yo tampoco, pero no puedo ir. Es superior a mis fuerzas.

—¿Por qué?

—Bueno, vale, lo pensaré, iré al psiquiatra. Pero por favor, no digas que no vas a volver a tocarme. Acabas de decir que me quieres. Yo también te quiero. ¡Nos queremos!

—Lo siento, María. Ya te lo he dicho. Es mejor que volvamos a El Palmar —indicó con un gesto de cabeza.

—No, no, no, Boro. —Le sujeté el brazo—. No me toques si no quieres, pero no me llesves a casa. Si ahora me dejaras sola, creo que me moriría de pena.

—Está bien —dijo—, iremos a otra parte, pero luego volveremos a El Palmar.

Asentí.

Me condujo hasta un chalé reconvertido en local de copas. Durante el trayecto no me tocó. En el centro del jardín, había una pista de baile y a su derecha, una barra. Nos dirigimos a ella. Yo apoyé la espalda y los codos. Él se situó a mi lado, de frente, y apoyó las manos. Nos mantuvimos en silencio. «Ni siquiera me habla», pensaba, «Es lógico: ¿qué hombre querría mantener una relación seria con una mujer como yo, que se “escapa de este mundo”; una enferma que necesita un psiquiatra y se niega a pedir ayuda?». Sentí un nudo en la garganta, tan intenso que se extendió hasta mi pecho. Me giré de espaldas para que no advirtiera que una lágrima se deslizaba por una de mis mejillas. Me sentía desolada.

No sé por qué lo hice, o quizá sí: pedí un vodka con limón.

Sabía que obraba mal. Muy mal.

17

MANZANAS VERDES

Le miraba de reojo. Mientras él observaba su tónica, yo daba sorbos a mi vodka con limón. Percibía en la boca el sabor del alcohol envuelto en burbujas. El maldito alcohol. Di un par de sorbos más y deposité mi copa sobre la barra. Me avergonzaba de mí misma, sobre todo después de mi nefasta experiencia de hacía poco. ¿Y la vez anterior a esa? ¿Cuándo fue? Sí, recordaba que fue en París. La noche de la cena de mi despedida de mis compañeros del hospital, la misma noche de mi visita al despacho de Pierre. Ni siquiera sé lo que sucedió allí. Qué vergüenza.

Una pareja de novios vestida con sus trajes nupciales entró en el local. Los acompañaba una chillona comitiva que, a los pocos instantes, se abalanzó contra la barra. Aquella visita me pareció de lo más vulgar e inadecuada. Boro se colocó frente a mí para protegerme de sus embates. Volvió a apoyar sus manos, pero esta vez una a cada lado de mí cuerpo. Evitaba acercarse demasiado; pero sus dedos pulgares le traicionaban y me rozaban la cintura, provocándome un ligero cosquilleo.

—Boro, ¿por qué no me miras? —Giré su mejilla hacia mí. Regresó aquella sensación de completa desnudez de la primera vez que nos vimos en la puerta de mi casa.

—Al menos —dijo—, me gustaría que en algún momento me explicaras todo lo que sucedió en realidad, hasta donde recuerdes tú, no lo que dices que te han contado los demás. No tienes obligación de hacerlo, ya lo sé; pero sea lo que sea que me cuentes, cualquier cosa, por dura que sea, yo estaría a tu lado.

—Pero es que yo nunca he mentido. No te oculto nada.

—Si tuviste un accidente de tráfico tan grave como para provocarte estas crisis y lo suficientemente aparatoso como para que tu coche quedara destrozado, ¿por qué no te atemorizan los coches ni lo más mínimo? Conducir el mío, quizá un poco, sí, pero fingías que no como una caprichosa. ¿Qué pretendías, coquetear, demostrarme lo valiente que eres? El coche que te has comprado es un cacharro viejo. Y después, los otros...

—¿Otros? ¿Te refieres a los cochecitos de choque? —interrumpí—. ¡Son de juguete!

—De juguete. Uno de ellos te ha hecho saltar del asiento y te has sobresaltado. Aun así, has dicho que no te importaba continuar.

Desvié la mirada.

Comenzó a sonar una canción. *Mais je t'aime*: «Te amo, y te amo de la mejor manera que soy capaz. Veo estas llamas amarillas y azules bailando, y la pasión que me quema... Porque cuando el amor es fuerte nos vuelve vulnerables y frágiles... Pero te amo, te amo, te amo».

Deseaba tanto que depusiera su actitud... Necesitaba que me abrazara, que me dijera que me quería así, de cualquier manera, con mis misterios, mi amnesia, mis ausencias de este mundo, mis debilidades, mis caprichos. Nuestra primera cita no debería acabar así. Anhelaba pasar la noche con él, en su cama, entre sus brazos.

—Estás enfadado conmigo. ¿Te arrepientes de haberme invitado a salir?

—¿Arrepentirme? Me moría de ganas de estar contigo. Desde el primer momento: desde que bajé de la barca y me preguntaste si la banasta que llevaba contenía anguilas. Te ajustaste el

botón de tu rebeca azul y te escondiste en casa como una niña vergonzosa. Y hoy te has pintado de rojo esos morritos...

—Entonces...

—Me preocupas muchísimo, María. ¿Qué existe en tu interior que te niegas a afrontar?

—¡Nada! —Me giré hacia la barra y le di la espalda.

—Muy bien —me susurró al oído—. Hasta que no tenga la completa seguridad de que estás recibiendo la ayuda profesional que necesitas, no solo no te tocaré ni un solo pelo, sino que no volveré a salir contigo, aunque me muera de ganas.

—¿De verdad? —me giré hacia él de manera altiva—. Pues yo tampoco.

No contestó.

No, no iba a tocarle, pero nada me impedía provocarle. Con aparente descuido, dejé deslizar uno de los tirantes de mi vestido para demostrarle una vez más que no llevaba sujetador, aunque sé que lo supo desde el momento en que abrí la puerta cuando vino a recogerme a casa. Y lo volvió a comprobar de manera fehaciente cuando me tocó uno de los pechos a través de la ropa, mientras nos besábamos.

Cogí el vaso que descansaba sobre la barra y di unos tragos a mi vodka con limón. Con un «torpe movimiento», dejé caer sobre mi pecho casi toda mi bebida. Fingí sobresaltarme. Me incliné hacia delante y me introduje la mano por el escote para intentar extraer los cubitos de hielo que tan convenientemente resbalaban por mi piel, y alcanzaban mi vientre. Me ahuequé la falda del vestido, hasta que cayeron al suelo. Me palpé los pechos como si pretendiera secármelos. La tela pegada a mi piel por la humedad hacía transparentar el color café con leche de mi areola.

Durante mi actuación, Boro permaneció callado, con gesto serio. Miró a su alrededor y se acercó aún más a mí para protegerme de las miradas ajenas. Estrechó la jaula que formaban sus brazos y su cuerpo alrededor del mío. Se esforzaba en evitar contemplar mi desnudez, pero sus ojos se le escapaban hacia ella.

—Vámonos —dijo—. La fiesta ha terminado.

—¿Qué fiesta?

—No puedes seguir así. —Señaló mi pecho con un gesto fugaz de cabeza.

En ese instante, alguien le llamó:

—¡Boro! ¡Boro! ¡Eh, tío!

Reconocí a dos de sus amigos.

—¿Por qué no contestas? —dijeron al llegar hasta nosotros—. Tenemos más noticias de los cabrones que le pegaron a tu tío. —Se rieron—. Te va a interesar. Ya lo sabe todo el mundo. ¡Eh! ¿A quién escondes ahí? ¡Hola, María!

—¡Hola, chicos! —contesté sonriente.

Boro se colocó de espaldas a mí intentando ocultarme.

—Aquí no podemos hablar —les dijo, al tiempo que me giraba de espaldas a ellos con la misma facilidad que a un maniquí de un escaparate—. Esperadme en la puerta.

Sus amigos se marcharon. Me giró hacia él, me abrazó con el fin de ocultarme de las miradas ajenas y me obligó a caminar hacia atrás en dirección al lavabo de señoras.

—¡Eh! ¡¿Qué haces?! ¿Qué pretendes hacer conmigo?

Se detuvo en la puerta.

—Entra ahí —dijo con firmeza—. Y no te muevas hasta que yo no vuelva. ¿Me oyes, bien?

—Ni pensarlo. Haré lo que me dé la gana.

—No salgas.

—¿Por qué? Saldré si quiero. No eres mi dueño.

—Ni quiero serlo. —Se dio la vuelta, mientras que yo, apoyada en el marco de la puerta, le observaba dirigirse a la salida. Tras unos pasos, se giró y señaló con el dedo los lavabos.

—¡Ni se te ocurra salir de ahí!

En el interior del lavabo, me apoyé sobre la pared y crucé los brazos. «¿Se acabó la fiesta?». ¿Quién era él para decidirlo?

Me asomé a la puerta y, en cuanto le perdí de vista, salí del lavabo de señoras. Me dirigí hacia el centro de la pista de baile. Sonaba *Baila Morena*, la canción de Zucchero.

Apenas quedaba gente. Empecé a bailar a merced del influjo de la música, pero, sobre todo, de los sorbos de alcohol que ya impregnaban por completo las neuronas de mi cerebro. Me sentía libre y confiada. No temía a nada ni a nadie. Disfrutaba de aquella sensación. Un hombre se acercó y me rodeó la cintura. Le aparté las manos y me alejé hacia otro lado de la pista sin dejar de bailar, pero entonces se acercó otro, y luego otro más que, con una de sus manos me adosó a su cuerpo, mientras con la otra me agarraba el culo para restregar su miembro claramente erecto sobre mi vientre.

—Hola, guapísima —dijo—. ¿Qué tal en tu barraca, Marieta? —preguntó sarcástico—. ¿Has venido tú sola, o con el tío Federico?

Intenté, sin éxito, desasirme de él apartándole, despegándole las manos. Miré suplicante hacia la puerta por la que había salido Boro, pero no le vi. Los árboles, los setos, las luces de colores, la barra, la gente, todo comenzó a difuminarse a mi alrededor. Me sentía dominada, inerme y con náuseas. Figuras sin cara se dirigían hacia mí para devorarme como monstruos hambrientos.

—¡Suéltala! —Escuché en la lejanía.

—¿Quién, cojones eres tú?

—¡Ella es mi novia, hijo de puta! —Percibí un zarandeo como si pretendiesen despedazarme.

—¿Acaso la quieres para ti solo? ¿Por qué no me la prestas durante un rato? Luego, sé de un amigo mío que, si ahora mismo no estuviera en el hospital, le gustaría acabar con Marieta la faena que empezó hace dos meses. No importa. Seguro que lo hará cuando salga.

Boro me soltó, se abalanzó contra ese hombre y le pegó un puñetazo en la cara. Los amigos con los que había hablado en la puerta corrieron a separarles.

—Déjalo, Boro, no te metas en líos con esta gente —dijo uno de ellos.

El portero del local se acercó al hombre y le dijo algo al oído algo que pareció impresionarle. Levantó las palmas de las manos y retrocedió unos pasos, aunque sin apartar su mirada de mis pechos.

—¡¿Qué te pasa, cabrón?! —gritó Boro—. ¿Tienes miedo, de repente? ¿Por qué no le pides a ese amigo tuyo que cuando salga del hospital termine «su faena» conmigo? A ver si tiene huevos.

—No quiero problemas con nadie. A mí no me incumbe nada de lo que haya pasado. Pero tú, calzonazos, controla un poco más a tu chica —me señaló con un gesto de cabeza— para que no venga a ponérsela dura.

Boro intentó abalanzarse de nuevo contra él, pero sus amigos consiguieron detenerle.

Me cubrí el pecho con los brazos. Sentí vergüenza. Aún me encontraba mareada. Boro me sujetó por la cintura, pero se me doblaron las piernas. Me cogió en brazos y, abriéndose paso entre la gente alcanzamos la salida.

—Has dicho que soy tu novia —dije una vez en la calle, abrazada a su cuello—. ¿Soy tuya, Boro? ¿De verdad soy tu novia? —Me reía—. ¿De verdad? Por favor párate de una vez. Tengo ganas de vomitar.

—Vamos a sentarnos en este banco. Se ha levantado algo de aire fresco.

Intentó sentarme como si fuese de nuevo un maniquí, pero ¿cómo conseguirlo con una muñeca desarticulada? Volvió a cogerme en brazos y me llevó hasta la orilla de la playa. Me tumbó sobre la arena y se recostó a mi lado. Me atrajo hacia él. Me agarré con fuerza a su cintura. Levanté la cabeza, le miré y me reí.

—¿Sabes, Boro? ¿Eres consciente de que en estos momentos podrías hacer conmigo lo que te viniera en gana? Cualquier cosa. No puedo oponer resistencia. Ni siquiera sería capaz de gritar. ¿Lo sabes? —repetí—. Sé que a ti te apetece. Seguro que yo lo disfrutaría mucho. Aunque mañana, lo más probable sería que no me acordase de casi nada. —Solté una carcajada—. Sería muy triste.

—No digas más tonterías y cállate. —Y añadió para sí—: El coche está en la otra punta, ¡joder! Y les he pedido a mis amigos que se vayan.

Boro me acogió en su regazo como a una niña. Creo que llegué a dormirme. No sé cuánto tiempo permanecí así, entre sus brazos, bajo su cuidado.

Cuando abrí los ojos, la mayoría de las burbujas que revoloteaban en mi interior habían desaparecido. Continuaba algo aturdida, pero mi mente volvía a pertenecerme. En un instante, comprendí el daño que me había provocado a mí misma al consumir alcohol, y el riesgo al que me había sometido. Fui consciente de que Boro me había protegido aun a costa de peligrar su integridad física. Percibí su cariño, la calidez con la que me envolvía. Me sentí estúpida y ridícula y, sobre todo, muy culpable.

Poco a poco, mis músculos recuperaron el suficiente tono para que pudiera permanecer sentada sin ayuda.

—Muchas gracias, Boro. Si tú no hubieses acudido a sacarme de allí... yo... Gracias, de verdad.

—¿Gracias?! ¿Lo dices en serio? —dijo Boro, visiblemente enfadado—. No sé si has tenido una de tus peculiares crisis o es que estabas borracha. Sí, creo que es lo segundo. Te comportabas de manera normal hasta que has empezado a beber vodka. Solo han sido unos sorbos. Te has tirado encima el resto. Aún estás empapada. ¡¿Qué te pasa?! ¿Te sienta mal el alcohol? ¿Eres alcohólica?

—¡No! No soy alcohólica, te lo juro.

—Eso es lo que dicen todos. —Me ayudó a levantarme, me sujetó por la cintura y caminamos unos pasos hacia el paseo marítimo.

—¡Pero yo digo la verdad! Verás, yo... fui a un genetista hace tiempo. Me hicieron unas pruebas y carezco de una enzima hepática que metaboliza el alcohol de manera adecuada. A mi padre le sucede lo mismo.

—Entonces, ¿por qué bebes?

—¿Me has visto beber alguna vez antes? ¡Hasta me negaba a probar el vino cuando tú me pedías opinión, o cuando lo servíamos durante las comidas!

—Es verdad, pero ¿por qué hoy?

—Hoy... No lo sé. Me sentía muy enfadada por tu forma de rechazarme y... muy angustiada. Puede ser que haya sido por eso. Sin embargo, ¡estaba contigo! Sentía que yo te pertenecía y que estaba a salvo. Acabas de decir que soy tuya. Y es cierto, porque yo me siento así.

—Lo sientes así porque te has enamorado. Nadie pertenece a nadie.

—Lo siento mucho. Estoy muy arrepentida, de verdad —dije suplicante con las manos sobre su pecho—. No te enfades conmigo. Te juro que la copa me la eché sobre el vestido de manera deliberada. Solo pretendía provocarte.

—Eso ya lo sé. Te pedí... te supliqué que no salieras del baño. ¿También te sentías a salvo cuando bailaste con esos tíos? Si yo no hubiese acudido...

—No es la primera vez que tengo que quitarme de encima a tipos como esos.

—No me extraña nada. Pero hoy no has sido capaz de hacerlo sola. Esto no es un juego, María, ¿es que no lo entiendes?

—Puedo jugar a lo que me dé la gana, y ellos tienen la obligación de respetarme.

—¿De verdad crees que el mundo funciona así?

—¡Debería ser así!

Boro arqueó las cejas y negó con la cabeza con gesto de incredulidad.

—¿Dónde has estado metida durante todo este tiempo, encerrada en una torre? Mírate. —Me giró hacia el cristal de un escaparate del paseo—. Eres una mujer preciosa; un bocado demasiado apetecible.

—¡No soy una comida! ¡Soy un ser humano! Los hombres que no respetan a las mujeres son animales.

—¡Todos! somos animales, María. Tú lo eres, yo lo soy, y aquellos, y aquellos de allí, también.

—Señaló a distintos grupos de personas que circulaban por la calle.

—Pero los seres humanos somos diferentes a ellos. Existe un raciocinio y una moralidad.

—¿De verdad crees eso? Muchas personas carecen de sentido de la moralidad. Y aunque la tengan, cuando se han tomado varias copas, el raciocinio disminuye, o puede perderse. Entonces afloran los instintos más primarios. ¿Es que tengo que explicártelo yo? ¡Estudias Medicina! Mira, no quiero que me malinterpretes. Nunca justificaré ese tipo de conductas, pero debes protegerte. Te crees muy lista, pero eres tan vulnerable... —Me acarició los brazos, el pelo, las mejillas.

Me giré de espaldas para que no me viese llorar, pero él me atrajo hacia sí y me abrazó.

—Llora todo lo que quieras. Conmigo, con este animal —subrayó, con la mano sobre su pecho— estás a salvo, al menos por ahora. —Y me besó el pelo.

—Sí, pero yo, normalmente, no necesito a nadie. Me basto yo sola. Soy... —Me aparté de él y le miré fijamente, mientras me sorbía las lágrimas—. Tengo unos estudios, vivo independiente, ¿sabes? Es verdad que el piso no lo compré yo porque no tengo tanto dinero para permitírmelo. El piso era de mis padres, pero ellos tienen muchos en el centro de Madrid. Me lo regalaron cuando acabé tercer curso. Saqué muy buenas notas —dije, altiva—. Así que, creo que me lo merecía.

—Por supuesto que sí —dijo irónico—. Y tú padre te pasa tres mil euros al mes para que no te falte de nada. Eres una mujer independiente por completo, ya lo veo. Vámonos a casa.

—Ya camino bien. ¿Lo ves? —Me adelanté un poco e intenté caminar en línea recta por la misma baldosa, aunque con poco éxito. Una vez más, acudió a sujetarme.

Llegamos hasta el coche. Bajo su atenta mirada, me apresuré a ponerme el cinturón de seguridad como una chica sensata y obediente.

—Contéstame una cosa —dijo, antes de encender el motor—: eso que ha dicho ese tipo de que a un amigo le gustaría acabar la faena que empezó contigo, ¿qué quiso decir? ¿A qué se refería? ¿Tiene algo que ver con lo que le sucedió a Josefina? —Me sujetó de los brazos. Por un momento, creí que iba a zarandearme—. Me dijeron que tú habías estado con ella el día que tuvo aquella crisis. ¿Qué te hicieron a ti, exactamente? Cuéntamelo, por Dios.

«Sí, por supuesto que sí. Me tocaron las tetas, me metieron mano, la lengua hasta la campanilla, y me habrían violado si no hubiera sido por la intervención de tu prima». Eso le hubiese dicho, pero no podía hacerlo. Ahora era yo quien debía protegerle. Recordé las palabras

de Vicenta: «No quiero que mi sobrino se entere de lo que ha pasado. No sé lo que sería capaz de hacer». Y Boro ya sabía demasiado.

—Nada —dijo contundente.

—¿A ti no te tumbaron en la yerba como a mi prima?

—¿Qué?! ¿Josefina te ha dicho eso? No. ¡No me hicieron nada de lo que imaginas!

—Muy bien. —Me soltó—. No sé si es cierto lo que dices, o tu firmeza me confirma lo contrario. Ya me enteraré.

—¡No! —Me apresuré a decir—. No hagas eso. ¿Qué más da? No te compliques la vida. Olvídalo. Es agua pasada.

—¿De veras? Muy cierto, sí —dijo con ironía.

Durante el trayecto de regreso, nos mantuvimos en silencio. Apenas me miró. Al llegar a mi casa, bajamos del coche. Extraje las llaves del bolso y, a punto de abrir la puerta, me giré hacia él:

—No intentarás buscarte complicaciones con esos hombres, ¿verdad? No lo hagas. Prométeme que no, ¿me lo prometes? —insistí.

Agachó la cabeza.

—Ahora ya no tendría sentido. Parece ser que un tipo de Madrid se me adelantó. Dijeron que debía de tenerles muchas ganas, que fue a buscarlos, uno por uno. Los envió directamente al hospital.

—¿Qué?! —El corazón me dio un vuelco—. ¿Quién ha sido? ¿Sabes cómo se llama?

—Ni idea. Nadie le conoce.

—El tipo de Madrid, ¿también está en el hospital? ¿Está herido?

—Parece ser que no. Dicen que sabía muy bien lo que hacía. Nadie le ha vuelto a ver. ¿A qué viene tanto interés? ¿Sabes algo que no me hayas dicho?

—No, no es eso. Es que —titubeé— me alegro de que esos hombres hayan pagado por lo que le hicieron a tu tío y... Aunque..., bueno, supongo que el motivo no sería ese justamente. Sería... sería, ¿cómo se dice? Un ajuste de cuentas por drogas. En cualquier caso, no creo que fuera necesario llegar a tanto.

Los dedos me temblaban y las llaves de casa se me cayeron al suelo. Boro se agachó a recogerlas y me las entregó.

—¿Y... —tartamudeé— eso que me has dicho de que no volverás a tocarme ni a salir conmigo hasta que vaya al médico, ¿vas a cumplirlo?

—María, ¿por qué me retas y me lo pones tan difícil? —Realizó ademán de tocarme la cara, pero se detuvo—. Si tuvieras la más mínima idea de lo que me gustaría hacer contigo ahora mismo. —Miró hacia la ventana de mi habitación—. Pero ya sabes lo que quiero de ti. ¡Busca ayuda!

—¿Ni siquiera vas a tocarme un pelo?

Se acercó a mí, me hundió el dedo índice en mi cabello, y lo giró sobre sí mismo hasta enrollar en él uno de mis mechoncitos. Después lo deslizó hacia abajo muy despacio hasta terminar en la punta, y lo soltó.

—Ya ves. Acabo de incumplir mi promesa. Yo pierdo y tú ganas. Hasta mañana, María.

Cuando me encerré en casa me moría de rabia, de frustración y al mismo tiempo de vergüenza. Aquella noche soñé con caramelo de fresa líquida derramado sobre manzanas verdes.

18

MARK

ACOSADOR

Te lo juro, Rafa: me convertí en un auténtico paranoico.

«Sabemos dónde vives y lo que haces. Nosotros vigilamos».

Dejé de utilizar el *parking*, y guardé mi coche en el chalé de un amigo. Tan solo utilizaba transporte público. Caminaba siempre por lugares concurridos. Cambié la cerradura de casa por una más segura. Cada vez que entraba o salía, aunque solo fuera a la tienda de la esquina, cerraba mi puerta de manera tan hermética como una caja fuerte. Además, instalé cámaras en el recibidor, el salón e incluso en la cocina, por si se les ocurría penetrar en la casa por el patio de luces. Durante el día, en cualquier momento, comprobaba la pantalla de mi móvil por si había entrado alguno de esos tipos. Me parecía verlos por todas partes: si no me estaban siguiendo, me esperaban tras una esquina, o se encontraban de espaldas apoyados sobre la barra de un bar, o me dejaban cartas amenazadoras en el buzón, que tan solo se trataba de publicidad de alguna ONG o de alguna pizzería.

De todos modos, mis precauciones no sirvieron demasiado.

Una noche, Violeta y yo acudimos a cenar a una conocida marisquería. A la salida, esperábamos a un taxi para que pasara a recogernos cuando, de improviso, un Toyota negro se detuvo a nuestro lado. De él descendieron tres hombres y nos abordaron. Uno de ellos, al que ya conocía de las otras veces, se adelantó, sacó un cigarrillo y me preguntó:

—¿Tienes fuego?

Saqué el encendedor, pero se me escurrió de los dedos. Me agaché, lo recogí y le encendí el pitillo. Dio una calada, y expulsó el humo a pocos centímetros de mi cara.

—Tu novia es muy guapa. Violeta, ¿no?

Violeta le miró de manera sorprendida, y después a mí de manera interrogante.

—¿Cómo sabes mi nombre? —le preguntó.

—Porque somos amigos de Fusco. Nos ha hablado mucho de ti. Cuando le veas, le recuerdas que le buscamos. —Miró de arriba abajo a Violeta, y añadió para sí—: Qué hermana tan bonita tiene ese cabrón.

—No sé quiénes sois —dijo Violeta, contundente—, pero no te consiento que hables así de mi hermano. Y me estas faltando el respeto mirándome de esta manera. Sí, por supuesto que cuando le vea se lo voy a decir a Fusco, y él os buscará.

Los tres estallaron al unísono en una carcajada.

—Claro que sí, guapísima. Justo lo que queremos. No te faltó el respeto. Solo digo que me gustas. Yo, mejor polvo que este —dijo señalándome con un gesto de la cabeza.

—¿Me dejas ver el encendedor? —me preguntó.

Me lo saqué del bolsillo. Él lo tomó, lo miró y se lo guardó en el suyo.

—Muchas gracias por el fuego. Yo —se acercó a Violeta—, mejor polla que él. La guardo para ti —añadió tocándose los huevos por dentro del pantalón.

Violeta intentó abofetearle, pero ese tío interceptó su mano y se echó a reír.

—¡Es usted un tío asqueroso! —exclamó Violeta—. ¡No vuelva a utilizar conmigo ese lenguaje y mucho menos a hacer esa asquerosidad delante de mí! ¡Y devuélvale el mechero!

—Venga —intervine con gesto apaciguador—, dejadla tranquila. Ella no os ha hecho nada. Y tú, Violeta —me dirigí a ella—, no te enfades. Solo son bromas. No pasa nada. —Pensé que robarme el encendedor, aunque fuese un Dupont de oro, era lo menos que podría ocurrirme.

Violeta me miró con el ceño fruncido, supongo que sorprendida por mi cobardía. Aquellos tíos se dieron la vuelta con intención de marcharse, pero Violeta les gritó:

—¡Eh! ¡Idiotas! ¡No os tengo ningún miedo! No sé ahora mismo dónde está mi hermano, pero os juro que cuando le vea le contaré todo esto. ¡Os atenderéis a las consecuencias! ¡Cobardes!

Reaccionaron con una risotada.

—Calla —dije sin apenas mover los labios—. Vámonos. —Y tiré de su brazo.

¿Me creerías si te dijera que estuve a punto de llamarte para que me ayudaras a tomar una decisión sobre Violeta? ¿Sabes por qué no lo hice? Por si me aconsejabas que no volviera a verla.

Justo lo que debería haber hecho: apartarla de mi vida para siempre.

Pero en aquellos momentos, las causas de mi desesperación no eran solo las amenazas de aquellos tres tipos, o la posibilidad de, como poco, recibir una paliza, sino otra.

La principal causa consistía en la actitud desconcertante que adoptaba Violeta hacia mí. Por ejemplo, salíamos juntos como si fuésemos una pareja normal, y al día siguiente, decía sin más que ya me llamaría, o me enviaba un mensaje para anular nuestras citas con diferentes pretextos: que se marchaba con unos amigos a pasar un fin de semana fuera de Madrid; o que se iba a París a visitar a su hermana Margarita; o que se había comprometido con su hermana Rosa para ayudarla a redecorar su restaurante; o que tenía mucho que estudiar...

A lo largo de esos días, le enviaba mensajes en los que realizaba comentarios completamente normales, como «Hola, Violeta. ¿Qué tal?; Hola, Violeta. ¿Qué haces?; Hola, Violeta. ¿Dónde estás? ¿Va todo bien?; Hola, Violeta. Te echo de menos». Y le suplicaba que nos viéramos en alguna parte, aunque fuera solo unos minutos. Le decía que necesitaba verla, besarla, olerla, tocarla y decirle todo lo que me hacía sentir. Pero ella no contestaba a mis mensajes, o se limitaba a un único y escueto: «Estoy bien, muchas gracias». Y por fin, cuando ella lo consideraba oportuno, me enviaba uno en el que se disculpaba por no haber contestado a los míos. Se quejaba de que eran demasiados y, en definitiva: que ya me había dicho muchas veces que se negaba a ser una posesa del teléfono y que necesitaba sentirse libre. Acto seguido, se mostraba muy cariñosa y me aseguraba que se había acordado mucho de mí y me pedía que nos viésemos. ¡Qué cabrona!

Durante sus periodos de ausencia, aprovechaba para llamar a algunas amigas mías, con el fin de intentar airearme y aliviar en parte mis apetitos sexuales. Pero ¿cómo quedar satisfecho con una hamburguesa cuando lo que a ti te apetece es un buen filete de buey? En una ocasión, le comenté a una de ellas lo que me ocurría con Violeta, incluso le hablé de esos tipos que me acosaban. Al principio se rio. Dijo que le hacía mucha gracia que un hombre como yo se viera enredado en semejante situación, y todo por culpa de una niña tan joven como Violeta. «Menudo baboso», dijo sin dejar de reírse. Poco después se puso seria y me dijo que las chicas tan jóvenes como esa tenían una forma de ver la vida diferente a la que tuvieron en su día las que ahora rondaban los cincuenta. Me explicó que valoraban mucho más la libertad y la amistad con sus iguales; que evitaban atarse a un hombre hasta mucho más tarde y que Violeta, en concreto, le parecía algo caprichosa e inmadura. Si, además, procedía de una familia chapada a la antigua y si mi decisión de continuar con ella era seria, no tendría otro remedio que respetarla, y esperar, y

esperar y esperar...

«Esperar». Seguro que tú, hubieses roto tu relación con Violeta, en otras palabras: la hubieras enviado a la mierda. Pero yo me sentía incapaz de abandonarla, porque mi niña se había convertido para mí en una droga muy dura. Mi caramelo. Mi amor.

Una tarde, le compré un anillo de brillantes. Los brillantes más perfectos. Se lo daría en algún momento, aunque no supiera cuándo. Entonces le pediría que se casara conmigo, pero no ahora, quizá dentro de un año, o de dos, o de cinco, cuando ella quisiera. Hasta entonces, debería jurarme que lo llevaría siempre para que recordara que estaba prometida y que me pertenecía.

De esa forma, ya ni siquiera me importarían las imprevisibles apariciones de esos delincuentes relacionados con su hermano. ¿Qué sería eso si, a cambio, podía poseer a mi Violeta para siempre? Ya ves. A esas alturas ya había perdido el juicio, porque tales divagaciones ¿no eran una auténtica locura?

Con el paso del tiempo, mis mensajes sin respuesta inmediata acabaron convirtiéndose en llamadas, incluso a horas intempestivas, que ella contestaba cuando se le antojaba. Quedábamos para comer, merendar, cenar, pasear, tomar una copa, besarnos, pero con los intervalos que ella consideraba oportunos.

—Es que me siento acosada —me dijo una tarde mientras merendábamos en un café de la Puerta de Alcalá—. Me gusta estar contigo. Tienes muchas cualidades, pero a veces me resultas muy agobiante.

—No quiero agobiarte, Violeta, y mucho menos acosarte. Pero es que yo te quiero de verdad.

—Pues no puedo prometerte nada. Además, estoy un poco asustada, ¿sabes? ¿Te acuerdas de esos hombres que te quitaron el encendedor?

—Sí, claro. —Sentí un escalofrío—. ¿Has vuelto a verlos?

—No, no. No los he visto —me dijo al oído—, pero el otro día, Fusco me llamó por teléfono, le conté lo que nos pasó y se alteró mucho. Me preguntó un montón de cosas, de mí, de ti, y de todo. Después, ¡me exigió que me fuera a París a vivir con Margarita, al menos por un tiempo, hasta que él me diera permiso para volver! Yo me negué, por supuesto. Entonces comenzó a gritarme como un loco. Ese mismo día, me envió a casa a un amigo suyo y ¡me ha cambiado la cerradura por una rarísima! Otro de sus amigos me espera en la puerta de casa, me lleva a la universidad y después me recoge. ¡Y cada día con un coche diferente! Viste con trajes oscuros impecables y unas camisas blancas muy bien planchadas, pero no le pegan nada. Parece disfrazado. Está lleno de piercings y de tatuajes horribles hasta en el dorso de las manos y en la nuca. Ah, y durante todo el tiempo, no me habla y, cuando ve que le miro, gira la cabeza. Cualquiera diría que me tiene miedo.

—Y... —Miré a mi alrededor con cautela—. ¿Está por aquí el tío ese que te acompaña?

Violeta ojeó con disimulo a otros clientes del café y a los que se distinguían a través de la enorme cristalera que nos separaba de la calle.

—Bueno, siempre, lo que se dice siempre, no me acompaña. Aquí dentro no le veo. Afuera no lo distingo bien. Podemos ir a mirar.

—No. —Sujeté su muñeca—. Es igual. No tengo ningún interés en conocerle.

—Creo que a Fusco se le ha ido la cabeza por completo —prosiguió—. Menuda película se ha montado. Se lo ha contado todo a Margarita y los dos me han agobiado tanto que he estado investigando y... —Hizo una pausa y su voz grave y se transformó en aguda—, ¡que he conseguido una beca de tres meses en un hospital de obstetricia y ginecología! —exclamó—. Me voy a París la semana que viene. Volveré dentro de mes y medio para pasar las Navidades con mi familia. Después, a primeros de año, me marcharé otra vez para completar el tiempo que falte.

Viviré en casa de mi hermana. Estoy muy ilusionada. ¡Tres meses! ¡Voy a estudiar en París! — gritó sin comedimiento ni vergüenza alguna—. ¡La madre de Dios! ¡Estoy loca de contento! —Y se puso a canturrear en francés.

Pues como lo oyes, Rafa: Violeta se marchó a París. Y a pesar del hipotético pavor de su hermano a que se quedara en Madrid y de su insistencia en que se alejara, Violeta no cesó de colgar fotos y videos en sus redes sociales mostrando su paradero: la Catedral de Notre Dame, la Torre Eiffel, la Plaza de Los Vosgos, Versalles... y selfis, muchos selfis, de ella sola, de ella con su hermana, de ella con sus amigos parisinos, de ella haciendo el tonto con un sombrero antiguo, de ella a punto de subir a una atracción de Eurodisney, de ella con un espectacular vestido rojo, de ella con su cuñado, de ella con todos, pero sin mí.

Pues, por mis santos cojones, que ni la llamé, ni respondí a sus esporádicos mensajes. ¿No decía que se sentía acosada?

Ayer me llamó por teléfono y le respondí. Me dijo que estaba muy enfadada conmigo por mi actitud en todo este tiempo. «¿No te remuerde la conciencia? Mañana vuelvo a Madrid a pasar la Navidad».

Y mañana, Rafa... es hoy.

19

ACOSADORA

Me siento desolada.

Han transcurrido dos semanas desde la noche que estuvimos en Gandía, y Boro no ha vuelto a pedirme que salgamos juntos. Ni una caricia. Ni una insinuación.

Nada.

La mañana siguiente de nuestra cita me desperté con náuseas y dolor de cabeza. Además de la resaca por el consumo de alcohol, las escasas horas que conseguí dormir no resultaron demasiado reparadoras. Me observé en el espejo. Lamentable. Necesité introducir la cara en agua repleta de cubitos de hielo para, al menos, deshinchar mis párpados y aclarar mis ojeras. Ojalá hubiese conseguido, de ese modo, borrar los acontecimientos de las últimas horas.

Cuando acudí al restaurante, Boro aún no había llegado.

—¿Dónde está Boro? —pregunté.

—Esta mañana —contestó Vicenta— me llamó para avisarme de que llegaría tarde.

—¿Por qué? Bueno, perdona. Sé que no es asunto mío.

—No pasa nada. Dijo que necesitaba ir a Gandía a encargarse de unos asuntos importantes. No dijo más.

—¿A Gandía, precisamente?!

—A lo mejor —dijo Amparo con retintín, mientras pelaba unas gambas—, ha ido allí a ensayar con la banda.

—No puede ser. Hace tiempo que la dejado. No me dijo que quisiera volver a tocar.

—¿Es que acaso, tenía la obligación de decírtelo a ti? —contestó al tiempo que cortaba de un tajo los tallos de tres calabacines.

Mi corazón se aceleraba con cada minuto que transcurría, cada hora. Me sentía triste, arrepentida de mi comportamiento de la noche anterior, preocupada por haberle defraudado y que ya no me quisiera. Pero no solo era ese el motivo de mi zozobra, ni mucho menos. Temía las posibles consecuencias de su enfrentamiento con aquellos hombres del local de copas. Temía que algo grave pudiera haberle ocurrido.

Sobre las doce del mediodía, Amparo se dirigió a Vicenta.

—Bueno, qué —prosiguió—. ¿Qué me dices de los manteles? —Salió al comedor y Vicenta y yo la seguimos—. En la bolsa no se aprecia, pero... —Extrajo algunos y los extendió sobre la mesa—. A mí me gustan.

—Aquí no pegan —contestó Vicenta—. Además, no son todos iguales: Unos son amarillo canario, otros, verde cotorra y, otros, con estampado de papagayos.

—Entonces, dime qué hago con ellos.

—Devuélveselos a Consuelito.

—¿A ti tampoco te gustan, María?

—A mí —titubeé—, lo que se dice gustar, pues...

—Retirad de aquí esos manteles.

La voz de Boro me sobresaltó. Me giré hacia él. Estuve a punto de echarme en sus brazos, pero

me contuve. Necesitaba comprobar si alguien le había hecho daño. A primera vista, no lo parecía. Después le miré a los ojos. Cinco segundos de espera, de angustiosa espera uno frente al otro.

No me importó. Le abracé y me refugié en su pecho. Me temblaron las piernas cuando él me besó el cabello. Los latidos de su corazón me transmitían calidez y protección. Un imperioso deseo me impulsaba a recorrerle hasta sus labios. Cerré los ojos y me aparté.

—Tienes mala cara —dijo cuando levanté la cabeza. Me acarició las ojeras con la yema de sus pulgares—. ¿Te encuentras bien para quedarte hoy aquí?

—Estoy bien. Hoy tenemos mucho trabajo.

—No te preocupes por eso. Si necesitas tomarte el resto del día libre, hazlo.

Amparo, Vicenta y Federico habían sido testigos de aquella escena. Vicenta chasqueó la lengua, Amparo bufó y Federico sonrió.

—Me voy a asar los pimientos —dijo Amparo. Y, a los pocos instantes, añadió en voz alta con retintín—: Si la señorita lo prefiere, puede marcharse a casa o sentarse a una mesa de la sala y, aquí, la tía Amparo le llevará la comida. Si desea un menú degustación, no dude en pedirlo.

—Tía —dijo Boro—, si asas los pimientos, no te olvides de meter las berenjenas.

—¿Y las cebollas también, Señorito?

—Quiero continuar trabajando, Boro —dije—. La actividad me hará bien. Se me pasará.

Asintió.

Comenzamos nuestras tareas con la dinámica habitual. Vicenta se portaba conmigo con la amabilidad de siempre. Sin embargo, en la cocina del restaurante se respiraba seriedad. Los silencios me parecían más largos y más intensos de lo habitual, a pesar de las imparable frases de premura que nos transmitíamos unos a otros. Las viandas debían servirse en el momento justo. Como un reloj. Como solía decir Boro: a tiempo y sin fallos.

—María —me llamó—, ponte con la bechamel y no olvides el puntito de nuez moscada.

—Sí, chef —contesté.

Cuando acabé de elaborar la bechamel, me puse unas gotas en el dorso de la mano y se la di a probar.

—¿Qué te parece? ¿Está bien así?

—Rectifícala de sal. Está sosa.

Por supuesto que lo estaba. Lo sabía de sobra. Solo pretendía que sus labios rozaran mi mano. Comprobar su reacción. Ninguna. Continuó elaborando una salsa.

Más seriedad.

—Pruébala ahora. Volví a acercársela a la boca—. Creo que de sal está bien.

—Está bien —dijo con gesto indiferente.

No, no estaba bien. Nada bien. Cada vez peor, mucho peor.

—Boro, perdóname —le susurré al oído—. Te veo tan serio... Siento mucho por lo que te hice pasar anoche. Supongo que te he decepcionado y que has dejado de quererme.

—Eso es imposible —contestó sin detenerse a mirarme. Introdujo una cazuela en el horno.

—¿Vas a intentar olvidarme?

—No. Sería una batalla perdida. —Ajustó la temperatura y salió de la barraca en dirección al paellero. Le seguí.

—Yo te quiero.

—Escúchame, María. —Se giró hacia mí y me susurró al oído—: El motivo por el que estoy tan serio no eres tú, sino otro del que no quiero hablar contigo ahora.

—Pero ¿tú estás bien? ¿Te han hecho algo malo?

—Pues claro que estoy bien. ¿Por qué iban a hacerme algo malo? Quédate tranquila. —Y comenzó a distribuir la leña bajo la parrilla para elaborar las paellas algo más tarde.

—Ayer escuché a tus amigos referirse a lo que le ocurrió a tu tío. ¿Tiene algo que ver con eso?

—¿Quieres decir —prosiguió con firmeza—, con lo que le pasó a Josefina? ¿Con lo que te pasó a ti? Esos tipos no volverán a molestaros nunca más.

—Porque están en un hospital.

—Uno de ellos, un tal Agustín, ha muerto.

Cerré con fuerza los ojos y me agarré a uno de los pilares del paellero. Comencé a jadear. Las piernas me temblaban. Creí que iba a desplomarme.

—María, lo siento. Ven, ven aquí. —Me abrazó—. Tranquilízate. No debería habértelo contado. Ha sido una torpeza.

—¿Se sabe algo sobre el hombre de Madrid?

—Nadie sabe nada.

—¡Boro! —le llamó Vicenta—. Que te duermes en los laureles. ¿Es que no tuvisteis María y tú suficiente cháchara anoche?

—Ya voy, tía. Por cierto, no te olvides hoy de quitar el intestino a los langostinos.

—Sí. De eso mismo te estaba hablando —contestó con retintín.

—No me sueltes, Boro. No me sueltes.

—No lo hago. Venga, respira hondo. Despacio.

Me mantuvo abrazada durante unos minutos. No hablamos, pero me sentí sustentada y protegida.

El resto de la mañana, a pesar de mis esfuerzos para concentrarme en mis actividades, mi cabeza se convirtió en un hervidero de oscuras sensaciones, escenas fugaces e imágenes distorsionadas de mi adolescencia y de mi vida en los años recientes.

—¡María! ¡No! —gritó Boro.

—¡¿Qué?! —Me sobresalté.

—Ibas a echar azúcar al caldo del arroz a banda.

—¡Ay, lo siento! Lo siento —repetí conteniendo el llanto.

Vicenta se acercó a mí.

—María, hoy no te veo en condiciones para trabajar. Apenas has dormido, ¿verdad? Estás muy despistada. Procura concentrarte. De todas formas, Intentaré estar pendiente.

—Muchas gracias, Vicenta, de verdad. Voy a estar más atenta, te lo juro.

A pesar de la sensación de cansancio y angustia, conseguí no pensar en otra cosa que en el trabajo, porque tuvimos tanta clientela que nos fue imposible comer hasta las cinco de la tarde.

—María —Vicenta me llamó—, siéntate a comer aquí con nosotros. No es necesario que recojas tanto la cocina. Deja eso para luego.

La obedecí.

—¿Qué tal os lo pasasteis anoche en Gandía? —preguntó Federico.

—Muy bien —contestó Boro.

—Pues nadie lo diría. Os veo muy serios.

—Bueno —intervine—, es que yo me mareé un poco.

—Ay, María —Vicenta suspiró—. ¿Cuándo te decidirás, de una vez por todas, a ir a que te trate un especialista?

—Pediré una cita pronto.

—¿Subisteis a la noria? —preguntó Josefina—. Mamá no me deja por si me mareo.

—No —contesté—. No subimos a la noria.

—¿Subisteis al tiovivo?

—No, que va.

—¿Subisteis a la chocolatera?

—¿Qué?

—No —intervino Boro—. Solo paseamos.

—¿Os besasteis mucho? —replicó Josefina, mirándome.

—Basta ya, Josefina —intervino Boro—. Eso no es asunto tuyo.

—Mamá me va a comprar un vestido blanco para ir a Altea. Mi amigo Pedro vive en Altea y me ha invitado a ir a su casa. Quiero ir a Altea y a Cullera y a Denia y a Peñíscola...

—En todos esos pueblos ya has estado, Josefina. ¿No te acuerdas? —dijo Vicenta.

—Ayer me prometiste —dijo dirigiéndose a Boro— que me comprarías un vestido blanco y que me llevarías.

—¡No empecemos, Josefina! ¡Cállate, ya! —la increpó Amparo.

—Te lo prometí y lo cumpliré —afirmó, Boro—. Si no tuvieras inconveniente, tía Amparo, me gustaría que María la acompañase y que le comprara ropa bonita. Se la regalaría yo. ¿Os parecería bien a las dos?

Amparo se encogió de hombros.

—Claro que sí —afirmé—. El miércoles, que es mi día libre, puedo recogerla a la salida del colegio.

—Y otro día, más adelante —interrumpió Boro—, te llevaré a Denia o a Altea. Tendrás que elegir. No puedo llevarte a todos los pueblos a la vez.

Y así pasan los días, uno tras otro, sin que se acerque a mí con la actitud cariñosa que necesito. Cuando un hombre está enamorado de una mujer, ¿cómo puede comportarse con ella de ese modo tan distante? ¡Me está matando! Es verdad que ahora está un poco agobiado. Ha decidido ser él mismo quien, a pie de mercado, compre algunas de nuestras provisiones, principalmente el pescado. Hace unos días nos vimos obligados a rechazar una entrega. Pero yo sé que me evita, y que se esfuerza en fingir que nuestra relación ha quedado reducida a lo estrictamente profesional. Apenas me mira. Intenta mantenerse firme como una columna de hielo, pero resulta un esfuerzo baldío porque mi presencia se filtra por sus grietas como si fuera agua caliente. Cuando estoy de espaldas y cree que no puedo verle, de pronto, siento el influjo de su mirada. Me giro y tropiezo con ella. Cuando sucede, me sonrío, pero eso es todo.

El otro día, se acercó a mí y me dijo al oído:

—¿Ya has ido al médico?

—No, aún no —contesté.

—Supongo que, si no lo has hecho, será porque lo harás pronto en Madrid, ¿verdad?

—No estoy segura.

—¿Por qué no tomas ya una decisión? ¿A qué tienes tanto miedo?

—No lo tendría si estuvieras conmigo —me apresuré a responder.

Desvió la mirada.

Intento llamar su atención, que me miré más de lo que lo hace, zarandear sus entrañas y derribar sus defensas, porque mis sentimientos hacia él no han cambiado, ni van a cambiar. Por ejemplo: toco su mano con delicadeza, tan solo un roce con la yema de mis dedos. En ocasiones finge no haberlo advertido, pero en otras, sus manos se detienen, observa las mías, y suspira con disimulo, o traga saliva.

La otra tarde se encontraba de pie con las manos apoyadas sobre la encimera, serio, pensativo. Me acerqué y le toqué los nudillos. De manera espontánea, iniciamos un baile de dedos que me

cortaba la respiración. Suspiró. En lugar de soltarme, entrecruzó sus dedos con los míos y me miró a los ojos; un segundo que abarcó todo mi espacio y mi tiempo.

—Esta televisión es más moderna y más discreta que la que rompí. Así no tendré que irme a casa a ver las noticias.

Boro me soltó los dedos y se giró.

—Nada de televisiones, tío. Ni pensarlo. Ni se te ocurra instalarla. Llévatela a casa.

—No pretenderás quitarme también mi mesa del dominó...

Boro dio un soplo.

—Debería.

—Pues bien que me harías la puñeta.

—Yo creo —intervine— que no se le debería quitar la mesa. Incluso se le podría cambiar el nombre al restaurante por otro más cotidiano y más cercano: «Restaurante valenciano “El Dominó de Federico”». Federico se convertiría en un icono. La gente hablaría de que, a pesar de ser un restaurante de categoría, el tal Federico existe. Vendrían solo para verle.

—«Solo» —dijo Boro—. Una idea fantástica.

—Sí —Amparo soltó una carcajada—. Acudirían, se asomarían a verle como si fuera un mono en una jaula, le fotografiarían y después se irían partiéndose de risa.

—Una publicidad estupenda —dijo Boro con ironía—. Mi tío Federico aparecería luego en todas las redes sociales.

—Che —exclamó Federico—. *A qui es burla, el dimoni li furga*. —Y se giró hacia la puerta negando con la cabeza.

—Yo, Federico —aclaré—, que conste que no lo he dicho de broma. Y mucho menos para burlarme. Se me ha ocurrido así, de pronto.

—No te preocupes, bonita. Parece que eres la única que me comprende y que me respeta aquí —dijo mientras miraba a su familia con gesto de reproche.

A día de hoy, ya no sé qué hacer para que Boro cambie su actitud hacia mí. Me gustaría retroceder a la noche en que todo sucedió, a los momentos en que acudí a recogerme y nos besamos en la puerta de casa. Deberíamos haber subido a mi habitación y, como él mismo dijo: «dejarnos de paseos».

Creo que me he vuelto completamente loca.

A lo largo de mi vida, he coqueteado de manera divertida con muchos hombres; pero en este caso, parece que solo soy capaz de hacer el ridículo.

Recientemente, he llegado a cruzar mi propia línea de dignidad, a pesar de saber que la mejor manera de alejar a un hombre es acosarle.

Una noche, en mi cama, me vino a la cabeza una antigua canción de Neil Diamond, *Hello Again*: «Acabo de llamarte para decirte que pienso en ti todas las noches. Sé que es tarde, pero no podía esperar. Solo quería decirte *hola* y que tú me respondieras».

De manera impulsiva le llamé por teléfono:

«Boro, soy yo. ¿Podrías venir a mi casa?»

«¿Por qué? ¿Qué ocurre?»

«Es que acabo de tener una pesadilla horrible y estoy muy nerviosa. No hago más que darle vueltas a lo que sucedió en Gandía. No creo que pueda volver a dormirme».

«¿María, sabes la hora que es? ¿Qué quieres que haga yo?»

«Quizá si vinieras a hacerme compañía, a hablarme y distraerme un poco...»

«Hasta mañana, María. Y no vuelvas a llamarme por semejante tontería».

O, bien:

«¿Qué quieres, María?»

«Es que he escuchado pasos en la calle. Me he asomado por la ventana y me ha parecido ver un coche negro. Luego he visto algunas sombras».

«Vuelve a mirar».

«Voy».

«¿Todavía las ves?»

«No. Bueno, quizá. ¿Podrías venir?»

«Si vuelves a verlas, avísame, o llama a la Guardia Civil. Buenas noches, María».

Pero la última noche que le llamé, fue distinto.

—Boro, estoy un poco asustada. Un todoterreno grande ha aparcado justo enfrente de mi barraca. Creo que es un Toyota negro. Me suena haber visto en Madrid un coche así. No recuerdo muy bien cuando, pero...

—Has visto un Toyota negro en Madrid. Qué raro. Y desde tu ventana distingues la marca, el color. ¿También puedes ver la matrícula? ¿El coche de Madrid la llevaba?

—No te burles. No es una broma. Ha bajado un hombre y está mirando hacia mi ventana, y sé que también le he visto en alguna parte.

—María...

—En estos momentos, está apoyado en un pilar de la terraza del restaurante. Se ha sacado un cigarrillo y lo ha encendido.

—María. Calla y escucha. Voy a ir.

—Ahora que lo pienso... ¿Y si tiene algo que ver con los hombres a los que te enfrentase en Gandía? Aquellos eran amigos de Agustín. Si vienes y te ve, como poco, te pegará una paliza como a tu tío. He cerrado la puerta con llave y he apagado las luces.

—No te preocupes por mí. Entraré por la puerta trasera del restaurante y subiré hasta tu casa a través del corralillo. No me verá. Mantén abierta esa ventana. Luego veré si reconozco el coche. No enciendas las luces ni hagas ruido. ¿De acuerdo?

—Sí, pero ten mucho cuidado, por favor.

Oculto tras la cortina, continué observando al hombre del Toyota. No distinguía su cara. Con una mano sujetaba su cigarrillo, con la otra jugueteaba con su mechero, un mechero al cual se detenía a observar de vez en cuando, le echaba el aliento y lo frotaba contra su camiseta. Me aparté de la ventana y me senté en la cama a esperar, temblorosa y con el corazón desbocado.

Boro apareció a través de la ventana del corralillo. Colocó su dedo índice sobre sus labios y se acercó a la otra, con sigilo. Me miró.

—No, Boro, no. Te lo juro. Era verdad. No te he llamado por capricho. Boro, ¿adónde vas? — Le seguí mientras bajaba por las escaleras. Abrió la puerta de la calle, encendió la linterna de su móvil y dirigió el haz de luz hacia el suelo.

—¿En qué pilar dijiste que se apoyó el supuesto hombre?

—En ese de ahí —señalé con el dedo.

Se detuvo, se agachó y tomó entre sus dedos una colilla.

—Aún está caliente —dijo. La devolvió a su lugar—. ¿Dónde aparcó el coche?

—Ahí —señalé con la cabeza—. Justo enfrente de mi barraca.

Se acuclilló y tocó la hierba con su dedo índice. Las huellas de los neumáticos eran recientes.

Me miró y dio un soplo.

—Vale, María. Te creo. No es habitual que a estas horas alguien venga aquí a fumarse un cigarro. ¿Estás segura de que estaba solo? ¿No había una mujer dentro del coche?

—¿Una mujer? Si fuera lo que insinúas... Eso... es imposible. Solo han sido unos minutos. No

les habría dado tiempo a hacerlo.

—Mañana intentaré averiguar si ese Toyota es de alguien de por aquí. Y si tú lo vuelves a ver, tanto si es de día como de noche, me avisas enseguida.

—Vale, eso haré.

—De todas formas, esta noche dormiré aquí. Me sentiré mucho más tranquilo si no te dejo sola.

—¿Aquí conmigo —tartamudeé—, quieres decir, en mi cama?

—Quiero decir en la habitación de abajo.

—Prefiero que te vayas a tu casa, Boro. Dormirás mejor. El colchón de esa habitación es demasiado duro y no tiene sábanas.

Boro tomó aire y lo expulsó despacio con la cabeza agachada.

—¿Dónde guardas las sábanas?

No contesté.

—¿Me las das tú o las busco yo? Y si no, da igual. Me bastará con la colcha.

Subí apresurada a mi habitación, extraje las sábanas del armario, se las entregué y comenzó a arreglarse la cama bajo mi atenta mirada.

—¿Te ayudo? Aunque estarías mejor en mi cama, créeme.

—Gracias, pero no.

—Es que no alisas las sábanas como es debido y no remetes bien los bordes por el colchón.

—Hasta mañana, María. Acuéstate. —Me agarró del brazo y me echó.

Y allí me quedé yo, plantada, al otro lado de la puerta.

—Boro. —Llamé con los nudillos—. ¿Te preparo un poco de leche caliente?

No contestó.

Cuando me desperté por la mañana, ya se había marchado.

—Toma este cuchillo —dijo apenas me vio entrar a la cocina—. Continúa troceando el aguacate, pero con cuidado de que los trozos salgan del mismo tamaño que los míos.

—Se te ha quedado pegado un trozo entre los dedos. —Le sujeté la muñeca, intenté cogerlo con los dientes y, cuando estaba a punto de cazarlo, resbaló de mis labios. Cayó sobre una fuente de natillas calientes y se hundió bajo la fina capa de canela. Introduje los dedos y, después de recuperarlo me lo comí. Me los relamí y dije con gesto reflexivo—: Deberías elaborar un plato con esta mezcla. El sabor es original.

—No vuelvas a hacer semejante cochinada, o te despido.

—Lo siento. No volverá a ocurrir. —Y me disculpé con gesto inocente mientras me reía por dentro.

Con cualquier pretexto, cruzo al mismo tiempo que él la puerta del corralillo, e incluso la de la cámara frigorífica. De este modo, para solucionarlo, no tengo otro remedio que restregarle las tetas. Le digo algo como: «¿Por qué no te apartas cuando ves que voy a pasar?».

Una noche, Vicenta me pidió que no me marchase y que me quedase con ella para ayudarla en una tarea.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté cuando nos quedamos solas.

—Que te sientes en esta mesa. Tengo que hablar contigo.

Se sentó y se acercó como si fuera a referirme un secreto importante.

—Debes dejar en paz a mi sobrino, María —dijo sin rodeos—. ¿Por qué le provocas?

—Estoy muy enamorada de él, Vicenta. Y él también me quiere.

—Ya lo sé. Pero no has contestado a mi pregunta. ¿Qué pretendes?

—Quiero ser su novia.

—Pues está muy claro que él no quiere ser tu novio. Algún motivo tendrá. ¿Por qué no lo respetas?

—¡No puedo! —exclamé gimoteando. Me limpié las lágrimas con el dorso de los dedos—. Lo siento, pero no puedo. Le necesito.

Vicenta acercó su silla a la mía, me pasó el brazo por la espalda y me atrajo hacia ella.

—Ay, María. Te comprendo, pero debes ser realista: Ya estamos en octubre. Llegaste cuándo el arroz acababa de sembrarse y ya se ha recolectado. Dijiste que te quedarías durante todo el verano. ¿No habrán empezado ya tus clases en la universidad?

—No lo sé. No lo he mirado.

—Dentro de poco, es posible que solo abramos a medio día. Después, nada más que los fines de semana y en alguno de los puentes festivos más importantes del año. Ya no te necesitaremos. Boro se marchará. Todavía le queda mucho por hacer antes de que decida cuándo y dónde establecerse.

—Sí, me lo dijo, pero...

—Tú volverás a Madrid dentro de muy poco. Es allí donde está tu vida y la gente de tu clase. Eres muy joven. Solo tienes veinticuatro años. Apenas te queda un año para acabar tu carrera. ¿Es que ya se te ha olvidado todo el esfuerzo que te habrá costado? Y espero que allí acudas a un especialista y te recuperes de tu enfermedad al abrigo de tu familia. Conforme pase el tiempo te olvidarás de Boro.

—Pero es que yo le quiero, le quiero, le quiero —repetí deshecha en lágrimas.

—Eso no es suficiente, María. Necesitas madurar un poco.

—Además, en el caso de que vuelva a Madrid, Valencia está al lado. Ni siquiera a cuatrocientos kilómetros de aquí.

—Boro tiene muchos planes. Va a marcharse al extranjero durante un tiempo. Y tú, ¿no dijiste una vez que querías irte a la India?

—Sí. Algún día. Pero solo me iré de aquí cuando él me lo pida.

—Muy bien. —Se levantó y alzó el mentón—. Entonces, espero que te lo pida cuanto antes, porque si de mí dependiera... —Suspiró—. Por el bien de mi sobrino, y sobre todo el tuyo, María. Entiéndeme: debes tomar las riendas de tu vida. Yo no tengo tantos estudios como tú, pero sí mucha más experiencia. Tú no viniste aquí a descansar sino a esconderte de algo o de alguien.

—¿Qué? ¿Esconderme? —Las palabras quedaron atascadas en mi boca, como si se tratase de los primeros indicios de enmudecer para siempre. Como un relámpago, resonaron en mi mente las palabras de mi familia: «¡Nadie debe saber dónde estás!», me había ordenado Fusco. «Haz caso a Fusco y a Margarita y no llames a nadie», dijo mi padre, corroborando las palabras de mis hermanos.

—Vicenta, por favor, no me digas eso —dije suplicante—. No te enfades conmigo. Yo creía que tú y yo éramos amigas, que me apreciabas como yo te aprecio a ti. Siempre te he admirado y respetado. Confío en ti por completo. Y ahora, esto. —Me levanté, alcancé una servilleta, me soné y, sin dejar de llorar, me dirigí hacia la puerta.

—Claro que te aprecio, María. Eres una chica noble y buena, y muy trabajadora. No me gusta verte sufrir; pero debes retomar tus estudios cuanto antes, después será mucho peor para ti. De todas formas, ya eres una mujer adulta y tú decides. Hasta mañana, María. Sal por la puerta de siempre. Yo cerraré.

Aquella noche, lloré durante varias horas. «Eres muy joven» había dicho Vicenta, «te olvidarás de él». «Eso es imposible. Imposible», me repetía entre lágrimas. ¿Y él? ¿Se olvidaría de mí

también?

Por otro lado, mi familia me llama sin cesar. Dicen que ya llevo aquí cinco meses y creen que debería volver. Mi padre me recuerda que no soy una simple ayudante de cocina. Insiste en que debo reanudar mis estudios. «Necesito más tiempo», le contesto. Pero es inútil. Ni lo comprende ni lo acepta. «Espero», dijo, «que no tenga que ir yo personalmente a sacarte de ahí y traerte a Madrid». Me sigue tratando como a una cría.

Mis hermanas están convencidas de que les oculto algo. Creo que Margarita pretende «sacarme de aquí» mediante una invitación a ir con ella y Pierre a las islas Seychelles. Dice que Pierre estaría encantado de arreglar los billetes de avión y solicitar una habitación más en el hotel. Yo le digo que me parece absurdo. La he escuchado decir muchas veces que ese viaje significaría para ellos una segunda luna de miel porque, aunque no tienen hijos, sus respectivos trabajos les impiden verse todo lo que les gustaría. Aún recuerdo la discusión que tuvieron por mi culpa la mañana siguiente de mi despedida de París, poco antes de tomar el avión de regreso a Madrid. No quiero ni pensar que su matrimonio esté atravesando por una crisis. Para evitar su insistencia, le he dicho que me lo pensaría, pero dijo que debo darle la respuesta antes de tres días.

Al cabo de un rato, me volvió a llamar. Dijo que se han enterado de que en el Parador de El Saler existe un campo de golf bastante bueno y que podrían venir a verme la semana anterior a su viaje a las islas. Se alojarían allí, pero intentarían pasar conmigo la mayor parte del tiempo. Le he insistido en que no vengán. No se lo he dicho, pero no quiero ver a Pierre. No recuerdo nada de lo que ocurrió en su despacho la noche que fui a verle, pero fuera lo que fuera, me da tanta vergüenza que no podría mirarle a la cara.

Y qué casualidad. Al día siguiente recibí la llamada de Rosa.

—Violeta, ¿qué pasa? ¿Qué te retiene ahí? Es un hombre, ¿verdad? —dijo sin rodeos.

—Pues, yo...

—Lo que suponía: te has enamorado de alguien hasta las trancas. ¿Quién es? Cuéntamelo todo. Y se lo conté.

A pesar de lo sola que me siento, les suplico a todos que no vengán y que respeten mi deseo de no recibir más llamadas de las necesarias. Soy una egoísta, lo sé, pero admito que, en estos momentos resultarían para mí un estorbo. Les he pedido que confíen en mí. Pero no creo que mis palabras hayan resultado demasiado convincentes.

Mi madre también me ha pedido que vuelva. Dice que necesita tenerme cerca. Incluso ha insinuado que debería regresar a la casa familiar. No tiene arreglo. Continúa con sus brotes de fibromialgia. La medicación que le prescriben no calma sus dolores y trae loco a mi padre con sus peregrinaciones por diferentes especialistas, los cuales siempre acaban derivándola al psiquiatra. Se queja de que nadie la comprende ni la toma en serio. Espero que no vuelva a sentirse tan desesperada que vuelva a intentar... Me cuesta pronunciarlo. Al menos, me tranquiliza que Rosa permanece en Madrid y que, a pesar de su escasa diplomacia, consigue tranquilizarla un poco.

Y Fusco... nadie sabe dónde está. «Aunque ella no me vea, estaré muy cerca...», «No volveré a fallarte...», «No quiero que me trinque la Guardia Civil», dijo. Me parece irrisorio todo esto. Después de tanto tiempo, aún no he sido capaz de asimilar su situación personal y sus constantes problemas con la ley. No obstante, le echo muchísimo de menos. Me gustaría que él sí que viniera a verme alguno de estos días. Creo que, en estos momentos, solo él sería capaz de aliviar el vacío que siento.

Boro no lo sabe. Por orgullo, no he querido contárselo: hace más de dos semanas que acudí a la consulta de un psiquiatra. Le referí lo que me sucedía. Solicitó varias pruebas de imagen y una

analítica muy completa para descartar etiología orgánica. Los resultados no sugieren patología alguna. Me aseguró que, *a priori*, no existe motivo para sospechar que tanto la amnesia anterógrada y retrograda de mi accidente, es decir, el espacio que permanece vacío antes y después del hecho, sean debidas al golpe que me di en la cabeza. Tampoco cree que mis episodios de ansiedad y de desconexión del medio puedan deberse a ello. No obstante, añadió que necesitaba más información y me pidió permiso para ponerse en contacto con algún familiar cercano. Me negué. No quiero que mi familia sepa que, durante todo el tiempo que llevo en Valencia, mis síntomas no han remitido en absoluto. Le aseguré que ellos le informarían lo mismo que yo, porque lo que yo le había contado a él era lo mismo que ellos me dijeron que había sucedido. Creo que, durante unos instantes, se quedó perplejo. Tras unos minutos de silencio, me insistió en que era necesario que iniciara una psicoterapia.

Justo ayer, me recibió una psicóloga. Me resulta cada vez más molesto referir mi historia, pero lo hice. La psicóloga, después de escucharme atentamente, dijo que era muy posible que mi terapia resultase bastante larga. Me aconsejó que, puesto que mi lugar de residencia habitual no es Valencia, sino Madrid, era preferible que la iniciase allí. Salí de la consulta muy desanimada.

35

COLORES

Si mi vida fuera uno de esos cuentos para colorear, diría que las escenas que viví anoche comenzaron con un azul pastel, como las sábanas por las que ahora deslizo la palma de la mano. Poco a poco, los tonos adquirieron toques amarillos y rojos como las llamas de una gran hoguera. Después, unos garabatos oscuros perforaron el papel.

El reloj marcaba la una de la madrugada. La soledad y el vacío me impedían conciliar el sueño.

Cerré los ojos y me concentré en visualizar el mar en calma. Imaginé que caminaba por la orilla de la playa. Percibía en la planta de los pies la suavidad de la arena mojada. Respiré profundamente el aroma de la brisa del mar. A lo lejos, una mujer comenzó a cantar muy bajito una melodía suave. El aroma de los arrozales se mezcló con vainilla, chocolate y jengibre.

Abrí los ojos, me levanté de la cama y corrí a observar el lago. Se mantenía en calma y en silencio. La luna llena se reflejaba sobre sus aguas. Corrí hacia la otra ventana y me asomé. Por debajo de la puerta del corralillo se escapaba una estrechita línea de luz. Me vestí con lo primero que encontré y, descalza, bajé hasta el restaurante y llamé con los nudillos.

Boro la abrió.

—¿Qué haces aquí, María?

—He escuchado la música y huele a vainilla.

—Lo siento. —Sacudió la cabeza y suspiró—. No quería despertarte. —Desvió la mirada hacia el reloj de cocina—. Es muy tarde. Apagaré el reproductor. Vuelve a la cama.

—¿Me dejas pasar? Me gustaría ver lo que cocinas.

—Bueno —dudó unos instantes—, pasa si quieres, pero solo un momento. —Abrió la puerta por completo y se echó a un lado para dejarme entrar. Me observó mientras me acercaba a las encimeras—. Estaba intentando —aclaró— elaborar una variedad de un postre que aprendí una vez. Por eso he esperado a quedarme solo y en silencio.

—Me encanta esta canción. ¿Cómo se llama?

—Es una antigua canción de Tony Bennett, *The way you look tonigth*.

Me detuve a escucharla. «Cuando me sienta triste o haga frío, pensaré en ti, en tu cálida sonrisa, en tus suaves mejillas, en la manera en la que te veo esta noche, y no podré hacer otra cosa que no sea amarte».

—Qué canción tan romántica. ¿La música no te distrae?

—Me tranquiliza.

—Si quieres, yo puedo ayudarte con el postre.

—Contigo vestida así —señaló las transparencias de mi vestido—, no sería capaz ni de freír un huevo.

—¿Tanto te perturba mi presencia?

—Más de lo que te puedas imaginar.

—¿Quieres que me vaya?

—¿Cuándo vuelves a Madrid?

—No lo sé. ¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Sé que tu familia te llama mucho últimamente, y tú sueles hablar bastante alto. Parece que no quieres marcharte, pero ¿cuánto tiempo más vas a tardar en hacerlo?

—No lo sé, no quiero volver. No lo haré. Me quedará aquí siempre si me da la gana. Ah, por cierto, no te lo he dicho: me pediste que buscara ayuda y lo he hecho por ti.

—¿Por mí? No, María, debes hacerlo solo por ti. Pero me alegro mucho de que, por fin, hayas dado el paso.

—Entonces te importo un poquito.

—Sabes de sobra lo que siento.

—Me gustaría bailar abrazada a ti. —Me acerqué lentamente y le descrucé los brazos. Él se dejó hacer mientras observaba cómo mis manos acariciaban su pecho—. ¿Podríamos hacerlo —le susurré al oído—, aunque solo fuera una vez? Solo una vez, una canción, esta o la que tú quieras. Sé que a los dos nos apetece. —Acaricié su cuello con mis mejillas—. Quiero estar contigo siempre. Siempre. Haré todo lo que tú me pidas. Me muero por...

Una olla a presión emitió un pitido. Boro la apartó del fuego y la depositó sobre la encimera.

Tiró de mi brazo y sujetó mi cara entre sus manos.

—Yo también quiero estar contigo siempre y también me muero por ti. Nos casaremos lo antes posible.

—¿Qué has dicho?

—Acabas de decir que harías todo lo que yo te pidiera. Como los dos queremos estar siempre juntos, nos casaremos y por la Iglesia, ya que tú eres creyente. Seremos marido y mujer, para toda la vida. Perderás la asignación mensual de tu padre. Abandonarás tus estudios durante un tiempo y te olvidarás de tu viaje a la India y de esas ONG con los que pretendes ir a todos esos lugares de los que me has hablado. Me seguirás adonde yo vaya. Será difícil al principio. Quizá tengamos que alojarnos en algún barrio modesto. Solicitaré un trabajo de chef en algún restaurante, o, mejor aún, pediremos una hipoteca a costa de mi casa de La Albufera y compraremos uno pequeño para intentar sacarlo adelante. Serás mi ayudante de cocina. No nos importará limpiar, fregar y levantarnos a las cuatro de la mañana para comprar provisiones. Por las noches, cuando cerremos el restaurante volveremos a casa y haremos el amor hasta caer rendidos. Venga ya, María. —Me soltó y me apartó—. Deberías marcharte a dormir. Dejaré para otro día el maldito postre.

Me sentí zarandeada emocionalmente, enmudecida, bloqueada. A velocidad de vértigo, surgieron por mi mente las imágenes de mis padres y mis hermanos, de mis amigos, de mis estudios de Medicina, del nivel de vida al que estaba acostumbrada, de la comodidad de mi casa, de mi ciudad y de tantas cosas...

—Yo... —tartamudeé mientras caminaba hacia atrás—... No tengo sueño. —Señalé la olla a presión que había retirado del fuego—. ¿Es que... no... piensas terminar el...? —Señalé la encimera y volqué sin querer un cazo con leche caliente. Resbalé. Hubiese caído al suelo si Boro no se hubiera adelantado a cogerme en brazos.

—¿Te has quemado?

—No, tan solo... me he asustado.

—Sí. Está muy claro que estás bastante asustada. —Me dejó de pie en el suelo.

—Pero, es que no todo tiene que ser tan radical. Menudo panorama me has montado.

—¿De veras te parece radical? —dijo con sonrisa irónica—. Serías mi mujercita. Estaríamos juntos. De día y de noche. «Siempre». ¿No es eso lo que me has dicho que quieres?

—Bueno, creo que quizá —tartamudeé— podríamos compaginarlo todo con mis estudios de algún modo, no sé. Yo acabaría mi carrera en un año, y me prepararía el MIR durante un... año y

seguro que aprobaría y... empezaría mi especialidad que son... solo son... cuatro años más y luego buscaría trabajo y... ¿Por qué todas las personas a las que quiero os empeñáis en que me marche a Madrid?! ¡Idos todos a la mierda!

—Ese lenguaje...

Abrí la puerta, pero me detuve antes de traspasar el dintel. Me giré y le miré. Durante unos instantes, estuve a punto de correr hacia él y echarme en sus brazos, de decirle que ocurriera lo que ocurriera, le seguiría, que abandonarla mis estudios, que aceptaría cualquier sacrificio, que me sometería a cualquier tipo de tratamiento médico por doloroso que fuera, cualquier cosa.

Pero no lo hice.

Subí a mi casa y me eché sobre la cama, rota de dolor. La música que procedía del corralillo se apagó al instante. Al poco, escuché cómo se cerraba la puerta del restaurante. Todo quedó en silencio hasta que escuché cómo un coche se acercaba y detenía el motor junto a mi barraca. Con sigilo, me levanté y me asomé a la ventana con las luces apagadas. De nuevo el Toyota negro. Dos hombres se apearon de él. Uno de ellos levantó la mirada hacia mi ventana como si pretendiera verme. Se sentó sobre la hierba, y se extrajo del bolsillo una cajetilla de tabaco. La observó con detenimiento. La estrujó y la lanzó al agua. Al cabo de unos instantes, se levantó y, con la ayuda de un carrizo que encontró en el suelo, la recobró. Pronunció una blasfemia en voz baja. El otro hombre se rio. Bajé a la cocina, me tomé un tranquilizante y regresé a la cama. En aquellos momentos, todo me daba igual.

36

MARK PETRYK

Madrid, 23 de diciembre de 2015

Esta tarde, he acudido al aeropuerto para recoger a Violeta, que regresaba de París. Ella me lo pidió y yo la obedecí.

—Te he echado mucho de menos, Mark —me dijo sonriente—. Me he acordado tanto de ti... Aunque visto lo visto, que no he recibido ni llamadas, ni mensajes ni nada, y que has pasado de los míos —añadió burlona—, supongo que te habrás buscado una novia. Voy a comprobarlo. — Me besó en la boca, y comenzó a reírse y a pegarme con el bolso, allí, delante de todos. No le importaron las miradas de la gente. Ni siquiera se percató de que aquellos tíos siniestros que nos habían abordado varias veces se encontraban a unos metros, con los brazos cruzados, mirándonos con descaro. Uno de ellos, apoyado sobre una columna, mascaba chicle, con sonrisa maliciosa.

—Los amigos que buscan a tu hermano están allí —le dije mientras me protegía con las manos, de sus estúpidos e infantiles bolsazos.

—¿Sí? —Se puso seria y dejó de pegarme— Habrán venido a recibirme —bromeó—. Son idiotas. No les tengo miedo. ¿Dónde dices que están?

Cuando levanté la vista, habían desaparecido.

—¿Sabes qué? —añadió de nuevo burlona—. Que si te has buscado novia, yo te gusto mucho más que ella. Está claro.

Al entrar en el aparcamiento, a unos veinte metros de nosotros, creí distinguir de nuevo a los mismos hombres. La agarré del brazo, y aceleré nuestros pasos. ¿Cómo había sido tan estúpido de no haber ido a recogerla en un taxi?

Salimos del aeropuerto y me incorporé a la Autovía de la Nacional II en dirección a Madrid. Al poco, descubrí a través del espejo retrovisor que un Toyota negro nos seguía. Me pareció que se trataba del mismo coche desde el que se apearon los tres individuos que nos intimidaron a Violeta y a mí, y me robaron. Reproducía fielmente todas mis maniobras: cambios de carril y adelantamientos, como si el conductor pretendiese hacerme conocedor de su presencia y vigilancia. Para comprobar mis sospechas, tomé un desvío anterior al más correcto, y ese coche me imitó. Al llegar a la Avenida de América y descender hacia Serrano por la calle María de Molina, el denso tráfico de hoy, víspera de Nochebuena, colapsaba tanto las calles que ya me resultó imposible distinguirlo.

Deseaba convencerme de que, en realidad, nadie me había seguido, y que mi percepción tan solo era fruto del temor a mis acosadores. Después de mes y medio, ¿resultarían tan incompetentes que aún no habrían encontrado a Fusco, o es que se les habría vuelto a perder? No, no era un asunto para tomárselo a broma. ¿Sería para anunciarme que sus intimidatorias visitas iban a reproducirse en breve? Pero... ¿Y si en realidad no era a Fusco a quien buscaban

hoy, sino a Violeta para vengarse de su hermano? «Yo polla más grande que este». «La guardo para ti», recordé que dijo uno de esos tipos.

Llegamos a su portal. Al descender del coche, ojeé a mi alrededor por si divisaba el Toyota negro, pero el tráfico por los alrededores de la Glorieta de Alonso Martínez era bastante denso y no lo vi. De todos modos, la presencia de Petryk, el imponente portero de la casa de Violeta, me tranquilizó. Se encontraba apoyado sobre el marco de la entrada, fumándose un cigarrillo. Al vernos, apagó el cigarro y se apresuró a descargarnos las maletas.

Y justo entonces, divisé de nuevo el Toyota negro. Daba vueltas alrededor de la fuente, muy despacio.

—Petryk —me atreví a preguntarle—, ¿sabría usted si, por casualidad, ese Toyota negro pertenece a algún vecino de la zona?

Petryk se fijó.

—Ah, creo que yo he visto alguna vez, pero no es de aquí. Hace tiempo uno baja del coche a por unas cervezas y tenían no buena pinta.

—¿Qué pasa, Mark? —preguntó Violeta.

—Nada —contesté—. No te preocupes. Es que creía haber visto a un amigo que vive cerca de aquí, pero me he equivocado.

—Mark, déjame las llaves de tu coche —me pidió Violeta con la mano extendida—. Se las voy a dar a Petryk para que lo aparque en una de mis plazas de garaje.

—¡No! —respondí contundente—. Nada de garajes. Petryk, ¿sería usted capaz de aparcarme el coche en una calle cercana? En la calle. —Subrayé.

—Muy difícil. Difícil de cojones —contestó Petryk—. Ay, perdón, señorita Violeta. Perdón, señor. No quiero ser maleducado. Deme llaves. Puedo probar. Aparco, seguro.

—Muchas gracias —contestó Violeta—. Después, si hace usted el favor, puede dejar las llaves en el buzón y luego las recogeremos.

Petryk asintió con un respetuoso movimiento de cabeza, nos introdujo las maletas en el ascensor y se marchó.

Te juro, Rafa, que, en estos momentos, daría mi vida porque Petryk no se hubiese marchado.

37

GYMNOPIÉDIE N.º 1

Los trazos de mi escritura tiemblan tanto como mis piernas cada vez que lo recuerdo. Pero hoy, más que nunca, necesito plasmarlo. ¿Cómo asimilar un suceso tan maravilloso para mí, y, a la vez, teñido de tanto desasosiego?

Uno de los momentos más agradables del día es el de la siesta, ese periodo de tiempo en el que subo a casa a descansar hasta la hora de preparar las cenas.

Juro que no fue premeditado. Ocurrió, así, sin más: dormitaba en la cama y, de improviso, me levanté y me asomé a la ventana del patio.

—Boro, ¿podrías subir un momento?

—¿Para...?

—Es que necesito un hombre que tenga un poco de fuerza.

—Eso está hecho. ¡Tío Federico! ¡Deja el dominó un rato y sube a ver qué necesita María!

—¡No! —me apresuré a contestar—. No le molestes. Solo era que —tartamudeé— tengo un poco atascadas las tuberías y quizá con una llave inglesa...

—Las tuberías son nuevas. —Era la voz de Vicenta—. Mi prima las cambió el invierno pasado.

—Pues se han dejado algo sin acabar.

—¿Quieres que avise al fontanero? —Intervino Amparo en tono sarcástico—. Si quieres, le llamo ahora mismo y viene enseguida.

—No, gracias. Luego me das su número de teléfono y yo lo haré cuando pueda.

Durante los minutos siguientes, no escuché más que sonido de platos y cacerolas. Hasta que llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —pregunté en voz baja.

—Abre.

Distinguí la voz de Boro. El corazón me dio un vuelco. Le abrí. Llevaba en la mano una llave inglesa.

—¿Qué es eso?

—Lo que has pedido. Aquí la tienes. Una llave inglesa. —Extendió la mano para entregármela. La miré y retrocedí—. ¿Qué pasa? ¿No era esto lo que querías?

—Bueno, yo —titubeé— no creo que sepa usarla y... se necesita un poco de fuerza... —Hice un gesto con la muñeca.

—¿Para eso necesitabas un hombre?

Asentí.

—Quizá yo pueda servirte. Tengo fuerza suficiente.

Cerró la puerta tras de sí y echó el cerrojo. Retrocedí unos pasos.

—¿Por qué cierras... tanto?

—¿Dónde está la avería?

—Pues, está en... supongo que... —Extendí el brazo señalando hacia arriba de la escalera.

Sin pronunciar palabra, me agarró como si fuera un saco de patatas y me echó sobre su hombro.

—¡Eh! ¿Qué haces? Me das miedo —reí—. Suéltame.

Sin atender a mis palabras, y sin esfuerzo alguno, subió la escalera y me llevó a mi habitación. Observó la ventana del corralillo y, después de dejarme en el suelo, la cerró. Se giró hacia mí y, sin dejar de mirarme, con la misma naturalidad que si de una rutina diaria se tratase, tiró de la correa de la persiana hasta que quedó la ventana prácticamente tapiada. La estancia quedó tan solo iluminada por la luz procedente de la otra, de la que daba al lago.

Se acercó a mí e introdujo sus dedos en mi pelo.

—No puedo más —dijo.

Me sujetó la cara con sus manos y me besó los labios, despacio, suave, dulce. Sin embargo, yo le besaba impetuosa, salvaje, como si pretendiera saciar de un trago toda la sed que había sufrido desde la mañana que descendió de una barca, me llamó «*xiqueta* bonita» y me turbó con su mirada. Los escasos besos que me había dado desde que le conocí tan solo habían servido para deshidratarme aún más.

Sus jadeos y caricias sustituyeron mi sed por un fuego que él intentaba controlar como el que empuja con el pie hacia fuera uno de los troncos de la chimenea.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Muy bien.

No, no era cierto. El corazón se me había disparado, apenas podía respirar, temblaba. Toda una crisis de ansiedad que no deseaba que acabase nunca, tan fuerte que diluía mis sentidos hasta perderme en ellos. Sin apartarme de su boca, dejé caer los tirantes de mi vestido, que se desplomó hasta el suelo como una cortina de seda.

Su mirada recorrió fugazmente mi desnudez, interrumpida tan solo por mis braguitas de encaje azul claro. Sus labios resbalaron hacia mis pechos y se adueñó de ellos con su lengua y con sus dientes. Me tomó en brazos y me depositó sobre la cama. Doblé las rodillas y después las separé bajo su atenta mirada mientras se desnudaba con rapidez.

Se colocó sobre mí con cuidado.

—No quiero hacerte daño, María, que te desmayes o algo así, porque me resulta muy difícil controlarme...

—Quiero que me trates como si yo fuera una de esas tartas de chocolate en la que derramas la crema caliente.

—Chiss. No sigas, María, por favor.

—¿Es que no piensas quitarme las bragas? —Hice ademán de hacerlo yo, pero él me sujetó las manos.

—Estate quieta. No tengas tanta prisa.

Dejé que sus manos recorrieran mi cuerpo a su antojo porque confiaba en él. Confiaba cuando, de repente, me giró para besarme la espalda y las nalgas, cuando colocaba la palma de su mano sobre mi sexo por encima de las bragas.

Me sentía cada vez más jugosa, como aquellas ostras que él abría y acercaba a mis labios. «No entiendo como una pija como tú no las ha probado nunca. ¿Qué haces, María? Abre más la boca, absórbela bien y trágatelo todo», o, «Tu crema está demasiado líquida, bonita, rebosará el hojaldre» Recordaba sus labios y su muñeca impregnados de aceite cuando me obligó a morder aquel tomate del Paseo Marítimo. «Seguro que jamás lo has probado. Te va a gustar». «Sí, me encanta» contesté.

Me apartó de la cara unos mechones de pelo.

—Eres preciosa, María. Incluso me gusta tu cicatriz —la besó—, esa que tienes en el labio inferior. ¿Te la hiciste cuando eras pequeña? ¿Eras tan traviesa como lo eres ahora?

—No era traviesa —contesté entre gemidos—. Era una niña muy buena.

—¿Es que te han mordido?

—No me ha mordido nadie. Tú me estás mordiendo ahora y me encanta.

—Esto no es morder, sino mordisquear. Existe una diferencia.

—¿Por qué lo preguntas?! —exclamé.

—Chiss. No grites. Tranquilízate.

Sus labios acuñaron su sello en cada una de mis pequeñas cicatrices, en mis hematomas que aún conservaban un ligero tono parduzco y en cada trocito de mi piel.

Mientras tanto, yo, inquieta, resbalaba por su cuerpo deseando saborear esos instantes, retenerlos en mi interior, apropiarme de los suyos y de los míos, de todos al mismo tiempo. Era inevitable. Sabía que quedarían grabados dentro de mí para siempre.

Se deslizó hasta mi sexo y me besó el pubis. Corrió hacia un lado uno de los bordes de mis braguitas y me tocó con sus dedos, mientras yo me sentía enloquecer. Por fin, me las quitó. Continuó acariciándome hasta que, en un momento dado, se detuvo como cuando se percibe un estallido de cristales. Un profundo suspiro. Un vacío. Sus labios ascendieron por mi cuerpo lentamente hasta alcanzar los míos. Me besó y me envolvió con ternura como si me hubiera convertido en una niña perdida, inocente, desvalida.

—Mi María —me susurró al oído, y me besó la sien y cada milímetro de mi rostro, diminutos besitos, dulces, ansiosos como si le doliesen.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, pero no respondió y se deslizó de nuevo hasta mi sexo.

—¡Dios mío! —exclamé.

—La lengua no solo sirve para degustar la comida.

Cerré los ojos y me agarré con fuerza a los pliegues de la sábana. Una noria me elevaba más y más. Temía que de un momento a otro se me suspendiera el estómago y todo acabase. Por eso, esperaba ansiosa a que me penetrara. Ahora. Debería ser ahora.

—Penétrame de una vez. Me estoy muriendo.

—No recuerdas nada del accidente, ¿verdad?

—¿Te parece oportuna esa pregunta? Boro, quiero que lo hagas ya. Lo necesito.

Intentó penetrarme con suavidad.

Grité, y él paró de inmediato.

—Tranquila —dijo—. No es necesario que nos comamos toda la tarta de una sola vez.

—Vuelve a intentarlo. Mira lo mojada que estoy. Si me duele un poco debe ser porque soy virgen.

—¿Nadie te ha penetrado nunca?

—Nunca.

—¿Por qué yo, María? ¿Por qué tal privilegio?

—Porque estoy muy enamorada de ti —pronuncié entre gemidos—. No era mi intención, pero no pude evitarlo. Me he enamorado de un hombre más sensato que yo, que me envuelve de calor en un paseo marítimo a las tres de la madrugada, que me respeta a pesar de mis provocaciones, que me mira a los ojos para escuchar mis sentimientos, un hombre que me quiere y por el que me siento querida. Ya ves. Soy tan poco original que me he enamorado de un hombre que me enseña a cocinar.

Sonrió.

—Yo también te quiero, María. También estoy muy enamorado.

Intentó penetrarme de nuevo.

—Relájate. No tengas miedo.

—No tengo ningún miedo. Esto no es ninguna intervención quirúrgica.

—Ya está. Ya está —dijo.

—Dios mío. Creo que voy a desmayarme.

—Ni se te ocurra desmayarte justo ahora, por favor. Mírame. No gires la cabeza. No dejes de mirarme. Soy yo. Estoy contigo, dentro de ti como me has pedido, como tú querías. —Y comenzó a moverse—. Mírame a los ojos, María. No te marches.

Entró y salió de mí varias veces y con la fuerza de sus brazos y su vigor masculino, modeló la posición de nuestros cuerpos, mientras yo me dejaba llevar gustosa, experimentando por primera vez lo que significaba hacer el amor con el hombre al que quieres y que te quiere.

¿Electricidad? ¿Placer? ¿Locura? ¿Cómo podría describir aquel orgasmo, el primero, plasmar sobre esta página de mi diario todo lo que sentí? Por fin, había observado la expresión de su cara durante el clímax y percibido el temblor de su cuerpo. Había escuchado de su boca sus innumerables «te quiero», y yo los había pronunciado libremente.

Había sido mi primera vez, la nuestra.

Me sentía extenuada, pero saciada, como si todas mis sensaciones hubieran cristalizado como una capa de caramelo sobre crema de vainilla. Y yo era una adicta al azúcar.

Durante el tiempo en el que permanecemos abrazados, fui yo quien se sentía introducida en él, envuelta en una nube de seda, protegida. Completamente suya. Completamente mío. «Nadie pertenece a nadie», dijo una vez. Es cierto. Sin embargo, él había conseguido despertar en mí la necesidad de posesión y de pertenencia.

Boro se apoyó sobre la frente el dorso de su antebrazo y, durante unos instantes, permaneció con la mirada fija en el techo, en sus vigas de madera, como si pretendiera descubrir alguna anomalía.

—Tienes muchas heridas —dijo.

—No te entiendo. Están cicatrizadas.

—Aún no.

—¿Por qué dices eso? —pregunté molesta—. Apenas se distinguen. Bueno, sí. Yo estrellé mi coche y su carrocería fue especialmente agresiva conmigo en algunas partes, pero eso no me impide sentir. Y si te refieres a mis crisis, se controlarán. Acudo al psiquiatra y al psicólogo. Estoy segura de que me pondré bien. Ya lo verás. No te preocupes por eso.

—Es que me duele muchísimo imaginar lo que habrás sufrido. —Se giró hacia mí y me sujetó la cabeza—. Mírame bien, María. Aquello que te dije en la playa, cuando hablamos sobre el mar. Dije que estuviese donde estuviese lo llevaba conmigo. Muy dentro. Siempre. Pues no quiero que lo olvides: te quiero y siempre será así. Ocurra lo que ocurra. ¿Lo recordarás?

—¿Recordarlo? —Me incorporé y me giré hacia él—. Parece que nos estamos despidiendo. Me asustas.

Escuchamos un trueno.

—Tenemos tormenta —dijo.

—Nunca me han asustado las tormentas.

Sonrió y tiró de mí para abrazarme de nuevo.

Comenzó a llover, así, de pronto, pero no con la rabia de las típicas tormentas de verano, sino despacio, constante, como el sonido de unas cortinas de maderitas cuando las agita el viento; como entonces, como cuando el agua de un lago recibe la de la lluvia. El aroma de la tierra mojada me hizo recordar una melodía y la busqué. Escuchamos todas las *Gymnopédies* de Satie, mientras charlábamos y nos reíamos de cosas muy tontas. Jamás he dicho tantas cursilerías. Y así, se sucedieron los momentos. Abrazándonos, comiendo, comiéndonos, una vez más. El

tiempo se había disuelto.

—¡Boro! —El grito de Vicenta nos sobresaltó—. ¿Estás vivo, o muerto? ¿Es que ya has perdido hasta la memoria? ¡Una mesa para doce!, y otra para nueve! ¡Y que baje también María!

—¡Ya voy, tía!

Miró el reloj. Se levantó y se encerró en el cuarto de baño. Escuché correr el agua. Al poco le vi salir empapado.

—Sécate un poco. No puedes volver a vestirte de ese modo. Boro, ¿no me oyes? —No contestó. Parecía ensimismado—. Boro...

—Ah —se miró—, no me he dado cuenta. —Regresó al baño. Ya de vuelta, se vistió, se echó el pelo hacia atrás con los dedos y se dirigió hacia la salida. Le seguí hasta la puerta. Se detuvo y, antes de abrir, se giró y me abrazó con fuerza y me besó. Desprendía una inmensa ternura.

—Sécate tú también. Todavía estás mojada.

—Me da mucha pena que te vayas y me dejes así.

—Te quiero muchísimo, María. —Abrió la puerta y se alejó unos pasos. De repente, se giró y, apresurado, me besó de nuevo, una, y otra, y otra vez, hasta que se separó unos centímetros. Cerró los ojos, tomó aire y lo expulsó lentamente, antes de marcharse.

Con las piernas temblorosas, subí la escalera y regresé a mi habitación. Miré por la ventana. Vicenta tenía razón: era tarde. Ya había dejado de llover. En el horizonte, el cielo aparecía despejado y se había teñido de suaves tonos rosados y violáceos. El lago desprendía serenidad, inquieto tan solo por la visita de una gaviota extraviada. Una vez más, su visión me hipnotizaba.

Desoí las palabras de premura de Vicenta y, después de subir por completo la persiana de la ventana interior y abrirla de par en par, regresé a la cama. Me acurruqué y abracé las sábanas que había rozado su cuerpo. No entendía su exagerado interés por mis cicatrices, su silencio cuando su mirada parecía traspasar las vigas de madera, y su insistencia en que recordase que me querría siempre.

Mis cicatrices. Me oculté la cara con las manos. ¿Por qué me comporté de manera tan estúpida la última noche de mi estancia en París, justo la víspera de mi regreso a Madrid? Conocía las consecuencias de mi consumo de alcohol. Supongo que si no hubiese bebido, al día siguiente mi mente se hubiese mantenido lúcida por completo. Al conducir de regreso a casa, mi accidente jamás se habría producido. No entiendo el motivo por el que decidí que mi coche permaneciera en el aparcamiento durante el mes y medio que estuve en París. Es incongruente.

—Vienes con la camisa mojada. —Escuché a Vicenta decir con tono irónico—. ¡Qué! ¿Por fin le has desatascado las tuberías?

—Puede.

—Y las tuyas —intervino Amparo...

—Cuando llegue a casa lo compruebo. No te distraigas, tía. Saca de la sartén esas croquetas. Se van a quemar.

—Tú sabrás lo que haces, Boro. —Escuché decir a Vicenta—. Quiero mucho a María, pero como no se vaya a *Los Madriles*... Aunque mirándote, creo que ya es demasiado tarde.

Boro no contestó.

¿Irme? ¿Cómo iba a irme? Ahora menos que nunca. Imposible. Ya no. No podría. Me mordí el dorso de los dedos y me sequé las lágrimas. ¿Cómo se puede sentir a la vez una mezcla de plenitud y de tristeza? No, nada de tristezas, me dije, y me concentré en aquel aroma que siempre desprendía su piel, y que ahora impregnaba mi cuerpo. Me sentía agotada, pero inquieta al mismo tiempo, invadida por sucesivas oleadas de calor y de frío. Me tapé la cabeza con la sábana y, sin darme cuenta, me quedé dormida. Cuando desperté miré el reloj y me sobresalté. Se

supone que debería haber regresado al trabajo hacía más de dos horas. Pero no era solo mi impuntualidad lo que me preocupaba. Acababa de darme cuenta de que el motivo era otro. Y corrí en busca del teléfono.

—¿Qué pasa, bonita? —contestó Boro—. ¿Por qué no estás ya aquí?

—¡No puedo! —exclamé azorada—. Estoy muy nerviosa.

—¿Por qué? ¿Necesitas que suba?

—No, no. Otra vez no. Es que —tartamudeé—... no me atrevo a bajar. Me da vergüenza. ¿Crees que tu familia sospecha que nosotros...?

—Sospechar es poco.

—Entonces, ¿cómo voy a llegar y entrar ahí como si no hubiese ocurrido nada?

—No hemos hecho nada malo. —Se rio—. No seas cría.

—Además, hay otra cosa: tengo miedo de quedarme embarazada. No me siento preparada para eso, pero quiero que sepas que, si sucediera, yo jamás iría a abortar.

—No vas a quedarte embarazada. He utilizado un preservativo. ¿Es que no te has dado cuenta? No debes tener miedo, María.

—Y hay otra cosa.

—¿Otra más?

—¡No puedo sentarme! Me duele. No sé qué hacer.

Boro se echó a reír.

—Supongo que se te pasará. Anda, baja. Necesito volver a besarte.

—Bueno, es que yo también tengo que ducharme.

Soltó una carcajada.

—Qué vergüenza voy a pasar con tus tíos. Pero vale, ahora voy.

Sin pensarlo más, me levanté y acudí a la ducha. Me excitó pensar que hacía muy poco que su cuerpo desnudo había estado justo allí, que habría tocado las mismas baldosas en las que yo ahora apoyaba mi espalda. Uno de sus cabellos púbicos había quedado atascado en la rejilla del desagüe. La imagen de mis padres y de mi hermano Fusco aparecieron en mi mente como un estallido, con sus normas, sus advertencias. Se me representaban convertidos en un Tribunal de Justicia. Y yo, al pie de su tarima, me sentía tan pequeña... ¿Qué pensarían de lo que había hecho? ¿Cuál sería su sentencia? Abrí por completo el grifo del agua caliente para que me golpease hasta llegar casi a quemarme. Cerré el grifo y abrí el del agua fría hasta que me hizo temblar. No sé por qué me infligí tal castigo. Sin embargo, no me enjaboné. Tenía la sensación de que si lo hacía me traicionaba a mí misma, que cometía un sacrilegio por expulsar de mí lo que yo había deseado libremente. Salí de la ducha y, con el albornoz puesto, abrí el armario de mi habitación para vestirme. Busqué el sujetador que me compré por indicación de Vicenta; un sujetador horrible de color carne, con tirante ancho, contorno ancho y una copa tan casta que casi me llegaba al cuello. Me lo puse. Después, encontré las bragas a juego enormes, que me compré también por consejo de la dependienta de la tienda, aquella tan gorda y tan simpática que me contó que iba a jubilarse pronto.

Apenas utilizaba pantalones en verano debido al calor, sino vestidos ligeros y cortos. No obstante, esa tarde elegí unos pantalones negros y anchos. Al agacharme a por los zapatos percibí un pinchazo en la vagina. Para evitar sentarme, apoyé una mano en el armario mientras con la otra me deshacía de ellos. Una amiga me había regalado hacía tiempo una falda negra *midi* que había comprado en un mercadito vintage. Perfecto, me vendría bien. Una camisa blanca, y listo. De cara al espejo, aquel conjunto resultaba espantoso. Parecía una monja que acababa de colgar sus hábitos. Una monja con los labios rojos e inflamados como si acabase de inyectarse silicona.

Me desnudé y me vestí con la ropa que había llevado por la mañana. Como si jamás me la hubiese quitado; el mismo vestido que yacía en el suelo, sobre el mismo lugar en el que se había desplomado cuando comenzó nuestra locura.

—Hola, buenas tardes a todos —dije al entrar en la cocina. Jamás había saludado de manera tan formal.

—Buenas tardes —repitieron a coro.

Silencio. Me apresuré a colocarme el delantal.

—María. —Boro me llamó con naturalidad, como si nada hubiera sucedido.

—¿Qué quieres? —le susurré al oído.

—Necesito que ralles algo más de tomate. Vamos muy mal de tiempo. —Los señaló con la cabeza.

—¿A ti no te tiemblan las piernas?

—Ven, bonica. —Tiró de mí, me llevó al corralillo y me apartó el pelo mojado de la cara—. Claro que me tiemblan mucho las piernas. Me gustaría hacer desaparecer a toda esa gente que espera ahí fuera, incluidos mis tíos. Cerraría las puertas y...

—¿Por qué no les haces un huevo frito a cada uno y que se vayan?

—¡Boro! —Vicenta le llamó—, no me gustan nada estos mejillones.

—Tíralos.

—Escucha, María. Lo que hemos hecho ahí arriba es completamente natural. ¿Qué crees que hacen mis tíos? —Los señaló con la cabeza.

—Pero ellos están casados.

—No digas tonterías. Y Josefina, ¿de dónde crees que ha salido?

—No tengo ni idea.

—Yo tampoco, pero déjate de tanta mojigatería. ¿Qué te ocurre? Llevas provocándome mucho tiempo, y ahora, ¿estás arrepentida?

—No, qué va. Si estoy loca por ti, pero ahora, no puedo quitarme de la cabeza la imagen de mi familia.

—Tu familia lo comprendería, seguro, créeme.

—Es posible. —Agaché la cabeza.

—Pues entonces, ve a rallar esos tomates. —Los señaló con el brazo extendido—. Concéntrate en tu trabajo y te sentirás mejor. Cuando echemos el cierre subiremos a tu casa y me quedaré contigo toda la noche, y no precisamente en la habitación de abajo. —Se rio—. Nos relajaremos un poco y nos tranquilizaremos.

—Sí, chef.

—Te quiero, María. —Me abrazó y me besó el pelo.

El resto de la tarde se desarrolló con aparente normalidad, pero mi corazón no dejó de latir con fuerza ni un solo instante.

Pasamos la noche juntos, pero ¿cómo relajarnos si era la primera noche que dormíamos los dos en la misma cama?

38

GRITOS Y SUSURROS

El viento agita los cañaverales mientras inspiro entre mis gemidos y sus labios. La fuerza del mar zarandea mi barquita hasta hacerla zozobrar, pero las olas me empujan suavemente hasta la orilla. Comienza a llover sobre la arena; una lluvia lenta y constante que me libera y me apacigua. Abro los ojos y él está conmigo, sonriéndome, no importa dónde.

Desde nuestra primera vez, Boro sube a casa cada tarde. Se ha convertido en una costumbre que en nuestra intimidad se transforma cada día. Cuando estamos juntos, nuestros cuerpos se disuelven el uno en el otro de un modo cada vez más intenso.

—Si te digo una cosa, ¿te burlarás? —le pregunté mientras descansábamos en la cama.

—¿Qué cosa?

—María es blanco con reflejos plateados, pero últimamente está teñido de tonos azules y rosados.

—Como una puesta de sol. ¿Y mi nombre?

—Boro es del color del chocolate batido con una bola de nata. Pero Salvador tiene reflejos dorados.

Entonces él se rio, y bromeó con el color de los nombres de sus dos tías y el de su prima. Luego nombró a algún otro de los de sus amigos, algunos bastante estrafalarios. Me negué a seguirle el juego porque me parecía que dejaba entrar en nuestra habitación a demasiada gente. Tan solo permití el paso a Erik Satie con su *Gymnopédie Nº 1*.

Cuando Boro regresa al restaurante, nadie realiza comentario alguno. Se comportan como si sus habituales escapadas se hubiesen convertido en algo natural o no existieran. Cuando llego yo, a la hora de las cenas sucede lo mismo. Sin embargo, ese tiempo que asumen como vacío me pesa demasiado porque me transmiten su temor: que se trate del periodo de incubación de una pérdida, un adiós, un sufrimiento que llegará más pronto o más tarde.

Por otra parte, les preocupa que Boro se haya entregado a una enferma como yo. No se lo reprocho. Comencé a acudir a la psicóloga una vez a la semana. Ahora voy dos veces. Al principio, todo iba bien. Salía de las sesiones con una sonrisa en los labios. Sin embargo, a medida que se sucedían, comencé a sentirme cada vez más inquieta, hasta el punto de que, cuando regresaba a casa con mi coche, me descubría conduciendo con el cerebro automático mientras me invadía un cúmulo de sensaciones difusas. Se lo conté a Boro y, desde entonces, se las arregla para acompañarme. Me lleva, se espera en alguna cafetería cercana y después me recoge. Algunos días, las sesiones me resultan tan angustiosas que apenas le veo me echo a llorar. Si no fuera por sus abrazos y su consuelo de aquellos momentos, no podría soportarlas. «¿Tan doloroso te resulta lo que habláis?». «No lo sé. Me paso las sesiones hablando de mi familia. No es que la psicóloga me interrogue. Soy yo la que, sin darme cuenta, me deslizo hacia ese tema».

La otra tarde, después de una sesión, le pedí a Boro que me acompañase hasta la iglesia de San Nicolás. Me arrodillé y comencé a rezar. Boro se acomodó en el banco. De repente, tiró de mi brazo para que me levantara y me sentase a su lado, y me atrajo hacia él.

—Chiss. Tranquilízate. Estoy aquí, contigo. Estás a salvo.

—Sí, lo sé, lo sé. Contigo estoy a salvo. ¿He vuelto a hablar sola? ¿Qué decía?

—No lo sé. Solo eran medias palabras. Algo incoherente. Vámonos a casa. Supongo que habrá sido una sesión bastante dura —añadió cuando salimos a la calle.

—Hoy le he hablado a la psicóloga de mi hermano Fran. Le he dicho que no volveré a nombrarle. Me duele demasiado lo que le ocurrió.

—No sabía que tuvieras otro hermano.

—No me preguntes nada, por favor.

Podría decirse que, a estas alturas, Boro ya vive conmigo. Siente pánico a lo que yo pueda hacer. Ya no sufro desmayos, es verdad; sin embargo, me cuenta que cuando estoy dormida pronuncio frases, a menudo ininteligibles, pero cargadas de una gran angustia. Dice que en ocasiones grito como si sintiera un dolor insoportable, tanto que él me despierta con gotas de agua fría en la cara. Lo peor de todo es que, a veces, de improviso, me levanto de la cama y, sonámbula, me envuelvo el cuerpo con una toalla de baño, me dirijo hacia la puerta y realizo ademán de abrirla para salir a la calle. Él me detiene, me pasa el brazo por la espalda y me devuelve a la cama. Por ese motivo, hace días que antes de irnos a dormir cierra la puerta con llave y después la esconde.

Sin embargo, una de esas noches, fue él mismo quien me abrió la puerta de la calle con la intención de seguirme y comprobar hasta dónde sería capaz de llegar. Observó con estupor cómo alcanzaba la orilla del lago me deshacía de la toalla y realizaba ademán de introducirme en el agua. Contuvo sus impulsos de detenerme, y me permitió que me mojara los pies. Albergaba la esperanza de que el frescor del agua me despertase y me concienciase de mi conducta errática, pero no fue así. Me preguntó: «María, ¿dónde vas?». Dijo que no le respondí y que ni siquiera le miré. Sin embargo, no opuse resistencia cuando me detuvo y me condujo de nuevo a la cama. Aunque él lo niegue, sé que durante el resto de la noche se mantiene alerta por temor a que vuelva a levantarme y cometa una locura.

Al día siguiente, siempre me pide que le cuente lo que he soñado. A veces, no recuerdo nada, pero otras, le hablo de dolor, de estallido de cristales, de aplastamiento, de sensación de muerte inminente, de luces que me deslumbran y de un piano.

—¿Serías capaz de reproducir algunas notas de ese piano?

—No solo unas notas. Reconozco perfectamente la melodía.

—Dime cuál es. Quizá sea importante.

—¿Importante? ¿Por qué va a ser importante? ¡No quiero recordarla!

—¡Si no llego a estar contigo la otra noche hubieras muerto ahogada! ¡Estabas dormida! ¿Por qué no quieres recordarla? ¿Por qué te obsesiona el lago? ¿Qué significa para ti? ¿Qué buscas en él?

—¡No lo sé! —contesté—. No lo entiendo, es como si necesitase nadar y llegar al fondo, como si existiera algo escondido para mí, algo vital, algo imprescindible para...

—¿Para qué?!

—¡No lo sé!

—¿Para qué?!

—Por favor, no me atosigues. ¡Déjame en paz!

—Contéstame de una vez. ¿Para qué quieres sumergirte hasta el fondo? ¿Es que quieres morir?

—¡No! ¡Necesito sumergirme para... no lo sé! ¡Para seguir viviendo! ¡¿No lo entiendes?!

—No, María. No lo entiendo. Dime, al menos, el nombre de la música que escuchas.

Me eché a llorar. Él me abrazó y me acarició.

—Contéstame, María, ¿cuál es? ¿Es alguna pieza de Satie?

—¡No! Es de Philip Glass. Es un fragmento de la banda sonora de la película *Las horas*. La he escuchado muchas veces. Es un pasaje en el que hay un piano cuyas notas son lentas, y a la vez inquietantes porque me transmiten que algo grave va a ocurrir. Después el piano se vuelve loco. En la película, ¡el poeta se siente muy desgraciado desde que su madre le abandonó! ¡Está muy enfermo y se suicida saltando desde la ventana!

Boro tomó aire, cerró los ojos antes de expulsarlo y me abrazó con fuerza.

—No veo ningún progreso con tu tratamiento, María. No entiendo nada de terapias, pero creo que estás peor. Sales de las sesiones muy revuelta y por las noches no quiero ni pensar que... Bueno, me parece que deberías pedir una segunda opinión. Prométeme que lo harás lo antes posible.

—Te lo prometo.

A menudo pienso que mis numerosas pesadillas y mi sonambulismo parecen haberse instalado dentro de mí, como las secuelas provocadas por un virus para el que no existe remedio alguno.

Esta situación debe acabar. Estoy haciendo sufrir a Boro. Me pregunto si lo mejor para él sería desaparecer de su vida.

Por otro lado, ningún miembro de mi familia sabe nada de Fusco. Mi padre cree que puede haber huido a Francia, pero cuando le pregunto a Margarita, se muestra bastante hermética. Siempre ha dicho que, si en algún momento tuviera que ocultarle, lo haría y nadie lo descubriría jamás. Sin embargo, desde mi llegada a La Albufera, estoy segura de que, aunque no le haya visto, está cerca de mí. Le presiento.

Y existe algo más que me preocupa: desde la noche en que el Toyota negro se detuvo ante mi casa por primera vez, me siento vigilada y sé que no es por mi hermano. La otra tarde, caminaba por la plaza cuando un Citroën blanco con los cristales laminados se detuvo a mi lado. Pensé que el conductor iba a preguntarme alguna cosa, pero no lo hizo. Se limitó a circular junto a mí durante varios metros. «Hola, guapa», dijo sonriendo en tono burlón. Aceleré el paso. «Eh, no te vayas, preciosa. Tengo un regalo para ti». Y soltó una carcajada. No recuerdo que nadie me haya mirado nunca de manera tan maliciosa y obscena. Eché a correr y me escondí en uno de los restaurantes cercanos. A través del cristal vi que se detenía en la puerta y apagaba el motor como si me estuviese esperando. «¿Necesitas algo, María?», me preguntó uno de los camareros que conocía. «Quiero avisar a la Guardia civil», dije de manera espontánea. A los pocos segundos, el individuo encendió el motor y se alejó. «No, déjalo», rectifiqué. «No llames a nadie. Solo era un tío guarro que me ha dicho cosas». Desde entonces, no me siento segura. Un olor, una luz, una mirada fugaz, una ráfaga de viento, alguna vibración... Reconozco que tengo miedo. No sé. Quizá mi trastorno mental esté derivando hacia un estado paranoide.

No le he contado a Boro lo sucedido. No quiero preocuparle aún más ni que caiga en la tentación de investigarlo y ponerse en peligro.

En estos momentos, mientras escribo esto, escucho parlotear en el restaurante. Sé que hablan de mí, porque sin querer he escuchado pronunciar mi nombre. Acabo de levantarme para cerrar la ventana y justo en ese instante he escuchado la voz de Vicenta.

—No sé en qué va a quedar todo esto. Su hermana Rosa me ha llamado muy preocupada porque sus clases empezaron la semana pasada y no quiere volver. Uno de estos días, su familia se va a presentar aquí y se la van a llevar quiera o no, aunque sea agarrada de los pelos.

39

GOLPES

Madrid, verano 2007, 3:30 de la madrugada. En la casa familiar

Violeta ha escuchado un golpe seco. Después, otro, y otro, con la misma intensidad y el mismo intervalo de tiempo, como los de esos tambores que preceden a la guillotina de los condenados. Lo ha visto en las películas.

Procede de la habitación de Fran.

Violeta se detiene.

Hacía solo unos instantes que, envuelta en su toalla de florecitas, había salido de su habitación para bañarse en la piscina climatizada, con la intención de aliviar la angustia que le había provocado el altercado de esa mañana entre su padre y Fran.

Se acerca a la puerta y llama con los nudillos. Ahora lo comprende: Fran debe estar golpeándose la cabeza contra la pared. Vuelve a llamar, esta vez más fuerte... Mira a un lado y a otro del pasillo. No hay nadie. Rosa se ha instalado en la buhardilla y hace su vida allí como si se tratase de un apartamento independiente. Sus padres tienen sus habitaciones en la primera planta, un piso más abajo que ellos. Ninguno escuchará nada.

—¡Fran, abre la puerta! —le pide en voz baja.

Silencio.

—Te digo que abras —insiste Violeta—. ¿Te estás golpeando la cabeza?

No contesta. Los golpes persisten.

—Si no abres, avisaré a Rosa.

Más golpes.

—¡Vete! —escucha decir a Fran.

—Entonces voy a avisar a mamá. No quiero que hagas tonterías.

Silencio.

Fran abre una rendija de la puerta, y Violeta, con un ágil movimiento, aprovecha para colarse en su habitación. Observa la cara de su hermano y le recorre un calambre por el cuerpo. Se tapa la boca con la mano. Han transcurrido varias horas desde que le agredió su padre, y su pómulo izquierdo está amoratado.

—Necesitas ponerte hielo. Pero si voy a buscarlo, luego no me dejarás entrar, ¿verdad?

—¡Vete, Violeta! ¿Qué pintas aquí? Déjame en paz, por favor. No voy a romperme la cabeza. Lo hago para tranquilizarme.

Reanuda los golpes.

Violeta intenta agarrarle de un brazo con la mano que tiene libre, ya que con la otra sujeta la toalla que envuelve su cuerpo, pero Fran continúa frente a la pared y se desembaraza de su hermana con facilidad, una y otra vez.

—¡Que pares!, Fran. ¡He dicho que pares! ¡Fran, soy tu hermana y te quiero. No puedo verte así. Me haces sufrir. —Se da cuenta de que no va a conseguir nada y le suelta. De espaldas a él, se mete en la cama. Se ajusta bien al cuerpo la toalla y la sábana.

Fran, de reojo, ha advertido lo que acaba de hacer su hermana y se gira hacia ella.

—¿Qué coño haces? ¡Largo de aquí!

—No.

—Que te largues.

—No hasta que te calmes.

—¡Fuera!

—No.

—Eres gilipollas.

—Tú también.

Fran tira de uno de los brazos de su hermana.

Violeta intenta evitar que la saque de la cama. Con una mano se sujeta al cabecero, y con la otra a los pliegues de las sábanas, pero él la arrastra y, en un momento dado, la toalla y la sábana que la cubren caen al suelo.

Fran se queda paralizado contemplando la desnudez de Violeta. Este año, se había dado cuenta de que le habían crecido bastante sus pechos, pero siempre a través de la ropa. Y jamás pensó en que podría poseer vello púbico. Siempre la imaginó con los genitales de una muñeca.

—¡Eh! ¡No mires! —dice ella.

—No te he mirado.

Violeta se ha cubierto el cuerpo con rapidez, incluso con la colcha que yace arrugada en el suelo. Se acurruca en la cama y le mira.

—Te he dicho que no me voy hasta que te calmes.

—Estoy calmado —dice con los dientes apretados. Y da un golpe con el puño en su mesa de estudio. El ordenador da un salto, el bote de los lápices cae y estos se desparraman por el suelo.

El hueco que ha dejado el bote en la mesa, deja al descubierto algo brillante. Es una navaja. Fran sabe que Violeta la ha visto.

—¿Qué pasa? ¿Qué miras?

—¡¿Para qué tienes una navaja?!

—¿Y a ti qué te importa?

—No me iré si no te calmas. No lo estás, ven aquí. —Se corre hacia una esquina y, con una de las manos retira la sábana del otro lado para que Fran se acueste. Con la otra, sigue sujetando la parte que le cubre el cuerpo—. Ven, anda.

—¡¿Estás loca?! ¿Sabes lo que ocurriría si alguien te encuentra aquí?

—Nadie va a encontrarnos, a no ser que yo me ponga a gritar si no vienes, y todos se despierten. Solo quiero que te calmes y te duermas. Luego me iré.

—¡¿Qué te pasa?! ¿Te has creído que eres mamá? «¡Uy, soy mamá! Ven aquí, cariño. Solo ha sido una pesadilla» —se burla Fran de manera teatral—. ¡Una mierda! ¡Que te vayas! Hoy te has pasado, cabroncita. Soy yo quien debería avisar a todos. Así verían las maldades que hace su niña mimada.

—¡Ah, claro! —dice Violeta con gesto burlón—. A lo mejor quien te gustaría que estuviese aquí es Irene, ¿verdad?

—¿Irene? ¿A mí qué me importa Irene?

—¿Lo habéis hecho? Ella es mayor, tiene dieciséis años. Va diciendo a todos que ha follado contigo.

—¿Follado? ¿Sabes lo mal que suena esa palabra en tu boca? No la digas más, no te pega nada. Además, lo que haya hecho con ella, a ti qué.

—Sí, creo que lo has hecho con ella.

—Pues sí, ya ves. Me la he follado. ¿Qué pasa? —dice Fran con gesto altivo. Pero a continuación, se siente avergonzado. ¡Acaba de confesárselo a su propia hermana!

—¿Y te gustó?

—¡Cállate! No me gusta hablar de esto contigo. Vete ya.

Fran insiste una y otra vez en que se vaya y ante la negativa de Violeta, cada vez se altera más. Da una ágil patada de kárate a una de las baldas de la librería. Algunos libros se deslizan y uno de sus trofeos de ajedrez cae al suelo.

—¿Ves como no estás calmado? Ven.

—¡Violeta, coño! ¡Que te pires!

—No.

Fran teme que, si saca a Violeta de la habitación por la fuerza, se ponga a patalear. Sabe que puede hacerlo porque lo ha visto algunas veces cuando no se sale con la suya. Aun así, la agarra en brazos, abre la puerta y la arrastra hasta el pasillo. Pero ella no piensa darse por vencida y se revuelve: intenta sujetarse a un cuadro de la pared, y este se cae al suelo. Del golpe, el marco se ha partido. Aquello ya es demasiado. Fran retrocede y regresa con rapidez a la habitación. Echa a su hermana en la cama como si fuera un fardo, haciéndola rebotar sobre el colchón. Sale a colgar de nuevo el cuadro, pero este se tuerce, y lo deposita apoyado en la pared. Entra en su habitación y cierra la puerta. Mira a Violeta, y ella, se arroja hasta el cuello, y se adelanta a la nueva orden de su hermano:

—No.

A Fran, aquella situación le resulta grotesca. Ya no piensa en golpearla. Ahora solo desea que todo acabe, que sea su hermana la que recupere el juicio y se marche de manera voluntaria. Da un soplo. ¿De qué le sirve tanta inteligencia como dicen que tiene si no es capaz de dominar a la mocosa de su hermana? Ambos tienen la misma edad, ella es más menuda que él, pero quizá tenga más cojones, mejor dicho: más ovarios.

Se introduce en el lado de la cama que Violeta ha dejado al descubierto para él. Se desplaza tanto hasta la orilla que se resbala y casi se cae al suelo. No quiere mirarla. Durante unos minutos, los dos permanecen en silencio. Fran intenta simular que se ha quedado dormido. De pronto, acude a su cabeza el sufrimiento de Violeta: sabe que ella se estremece con cada grito de su padre, con cada bofetada que le arrea delante de todos sin previo aviso. No es su gemela sino su melliza, pero sabe que ella lo percibe en su propia carne. De manera impulsiva, se gira hacia ella, la abraza y se echa a llorar en su regazo. Ella también le abraza con fuerza y le arrulla como si fuera su antiguo osito de peluche, su niño pequeño.

Fran siente una vergüenza insoportable por derrumbarse de ese modo delante de su hermana. Ella es la única que ha sido testigo de su llanto, que ha escuchado sus gemidos y ha visto sus lágrimas. Pero ni ella ni nadie intuye lo que lo que en realidad le ocurre a él: existe algo en lo más profundo de su interior que no puede permitirse sacar a flote. Ay, si lo supieran. Fran sabe que sería capaz de matar a un ser humano con facilidad y sin remordimientos. Por eso jamás deberá dejar escapar ni un ápice de la agresividad que guarda desde hace muchos años. No debe perder el control, como ocurrió aquel día que le rompió la nariz a un compañero de clase de Violeta a la salida del colegio.

En algunos momentos le aterroriza admitirlo: podría matar, y eso jamás debe ocurrir.

Pero no es eso solo, aún existe algo más, algo mucho peor.

Se aparta del regazo de Violeta e intenta que sea ella la que se acomode en el suyo. Siempre la ha protegido y así deberá ser: de sus amigas poco recomendables, de los chicos que solo pretendían follársela para presumir de su hombría con el resto de sus compañeros.

Mientras se acomoda, su brazo roza sin querer los pechos de su hermana.

—Ten cuidado —dice ella. Se ajusta mejor la sábana a su cuerpo y se remete aún más la colcha.

—Violeta, vete, estoy calmado, ¿no lo ves? Vete ya, por favor.

—De acuerdo. Muá. —Ella le da un beso fugaz en los labios, tan solo un roce, como ha hecho otras veces, una pequeña broma, una licencia aceptada por todos, e intenta levantarse, pero entonces él tira de su brazo.

LA INUNDACIÓN

Ya estamos en noviembre. Como todos los años, se han cerrado las compuertas que comunican el lago con el mar. Los campos de arrozales y los caminos que los bordean han quedado inundados de agua. Aquí lo llaman «la *perellonà*». El paisaje es precioso. No suponía que llegara a serlo tanto. La superficie de La Albufera ha recuperado parte de lo que fue a finales del siglo XVIII. Solo durará unos meses. En enero, volverán a abrirse las compuertas y parte del agua dulce del lago desembocará en el mar. De ese modo, los labradores desecarán de nuevo los campos y los prepararán para la nueva siembra. Pero hasta que eso ocurra, muchas aves, garzas, flamencos, patos, encontrarán aquí su refugio y alimento hasta que con el frío del invierno emigren a África. Las hierbas que quedaron tras la cosecha se pudrirán y servirán de nutrientes para la siguiente. Especies de crustáceos microscópicos depurarán el agua para que se limpie y se renueve.

Ahora me pregunto el motivo por el que elegí venir a La Albufera. Ni yo misma lo sé. Quizá sea porque creo recordar que una vez tuve un sueño. Soñé con agua, de nuevo, pero en esa ocasión no me encontraba inerme y desprotegida. Conducía una barquita a través de un marjal. Me sentía segura. En una orilla existía una casita pequeña. Vivía en ella, pero al llegar a su altura, en lugar de detenerme, la corriente me alejaba. De eso hace tiempo. Supongo que aquel sueño quedaría suspendido en mi subconsciente. No creo que el destino exista, pero, de alguna manera, ese sueño me ha conducido hasta aquí.

Me siento como una de esas aves que acuden en busca de refugio y alivio para encontrar un poco de paz. Pero el tiempo pasa y, también como esas aves, tendré que marcharme. En La Albufera ya me queda poco que hacer. He escuchado decir que ya no merece la pena que el restaurante permanezca abierto a la hora de las cenas, como no sea algún fin de semana. Siento que, a medida que desciende la carga del trabajo, me convierto un poco más en la mera «mujercita» de Boro. Y eso no debe ocurrir.

41

LA TORMENTA

Estoy muy asustada. Son las tres de la madrugada. Boro se ha marchado y me ha dejado sola. Sola y encerrada en casa. Se ha llevado la llave. No puedo escapar. Me duelen las manos de forcejear con la manilla de la puerta. Fusco dijo que cerrase todas las ventanas y así lo he hecho. Las he comprobado una por una. Bien cerradas.

Dentro de mí, ha aparecido una vez más ese terror flotante y sin objeto. He estado caminando por mi habitación arriba y abajo, retorciéndome las manos, clavándome las uñas, sobresaltándome con cada relámpago, con cada trueno. Una tormenta, precisamente hoy. Jamás me han asustado las tormentas, pero esta noche me siento especialmente sensible y alerta. Necesito que Boro vuelva y me tranquilice con sus caricias y palabras de consuelo. Pero no, en un cajón de la cocina está la medicación que me prescribió el psiquiatra.

Ya está. Acabo de tomarme dos dosis adicionales de la medicación que me pautó a la hora de acostarme. No, no quería hacerlo, pero ya es tarde. No son dosis letales, ni siquiera tóxicas, pero... No sé. Sería mejor que acudiera al baño, me metiera los dedos hasta el fondo de la garganta y me provocase el vómito. No. En estos momentos, creo que lo mejor es que escriba sin parar, sin detenerme a pensar demasiado, aunque sea con manos temblorosas, y mi letra resulte ilegible.

Sin darme cuenta, me he mordido muy fuerte el dorso de mi dedo índice. No lo he hecho a propósito. No quería hacerme daño. No sé lo que quería. Una gotita de sangre me ha emborronado el papel. Me he levantado de la silla sobresaltada, he acudido al baño a por una esponja y, con una puntita, lo he frotado con fuerza hasta hacerla desaparecer. Lo malo es que lo ha agujereado. Me da igual.

No sé hasta donde seré capaz de escribir. Es posible que cuando la medicación comience a hacerme efecto... Pero hasta entonces, escribiré lo que ha sucedido para que haya acabado así: sola y encerrada.

Boro y yo regresábamos a casa después de cenar en la alquería de unos amigos. Los pequeños caminos de tierra que separaban a unos arrozales de otros han desaparecido bajo el nivel del agua; esos caminos por los que a veces paseaba con Josefina. No obstante, existe uno más elevado por el que Boro se ha atrevido a circular a pesar de la tormenta que acababa de desencadenarse. Era el trayecto más corto. Me encontraba muerta de sueño y quería llegar a casa cuanto antes.

Dormitaba tranquila en mi asiento, cuando Boro detuvo el coche.

—¿Qué pasa? ¿Por qué paras?

A unos veinte metros de nosotros, un coche atravesado obstruía el camino. Se mantenía inmóvil, con el motor encendido y los faros apagados.

Boro le hizo señales intermitentes con las luces para que se apartara, pero no respondió.

—María —dijo—, voy a ver qué pasa. Bloquea las ventanillas y las puertas. Si ves algo raro, te colocas al volante y huyes. Pero ten cuidado de no salirte del camino.

—¿Huir? De eso nada. No te dejaría solo. Voy contigo. —Intenté abrir la puerta.

—No. —Detuvo mi mano—. Hazme caso, María. Confía en mí. —Bajó del coche y se dirigió hacia el otro.

Un relámpago iluminó el terreno durante dos segundos. A través del trozo de cristal que el limpiaparabrisas me permitía ver de manera intermitente, observé cómo Boro se inclinaba hacia la ventanilla del conductor. Abrí la mía para escuchar la conversación. Imposible, solo entendía algunas palabras, retazos de frases que Boro pronunciaba: «¿Qué pasa? ¿Necesitas ayuda?, baja y te ayudaré a dar la vuelta... Tranquilízate, tío... ¡No sé quién es Violeta!... No entiendo a lo que te refieres... Anda, lárgate de aquí. Luego iremos a buscarla. ¿Se te ha perdido tu novia?».

Vi que un hombre abría la puerta con brusquedad. Agarró del cuello a Boro y le estampó contra el capó.

Bajé del coche. Al colocar el pie en el suelo, uno de los tacones de mis sandalias se atascó en el fango y con ella mi tobillo. Caí al suelo. Intenté arrancarme la sandalia, pero la hebilla estaba demasiado apretada. Forcejeé con ella para desabrocharla.

—¡No sé quién es Violeta! —Escuché decir a Boro. Vi cómo se deshacía de las manos del desconocido y le pegaba un puñetazo. El impacto le hizo caer a un arrozal

—¡María, no vengas! ¡Lárgate de aquí! —gritó al comprobar mis intenciones.

—Vaya, tío. ¡Muy bien! —El hombre aplaudía sentado sobre el fango—. No ha estado nada mal para ser un «comiditas». —Se reía a carcajadas—. ¿Quieres saber quién es Violeta? Es la mujer de tus putos sueños, chef. —Se puso en pie, salió del agua y con una especie de llave, se colocó tras él y le inmovilizó—. No intentes medirme conmigo. No sabes, ni de lejos, las cosas que aprendí en el talego, gilipollas.

Conseguí deshacerme de las sandalias e intenté correr hacia ellos, pero resbalé y caí no sé en dónde. La fuerza del agua atravesaba de un lado a otro el camino de tierra por el que habíamos circulado, transformándolo en un río que arrastraba cañas y barro.

—¡María, no! ¡Vete! ¡Entra en el coche! —gritaba Boro.

La luz de un relámpago iluminó el lugar y me ayudó a encontrar la manera de salir del agua y ponerme en pie. A trompicones, me dirigí hacia ellos.

—¡María, no!

La luz de otro relámpago resultó suficiente.

—¡Fusco! ¡Déjale! —Me abracé a su espalda y tiré de él para que le soltase.

Fusco se desembarazó de mí, le giró, le agarró por la pechera de la camisa, y me señaló con el dedo índice.

—Hasta ahora te he dejado que estés con ella. —Me señaló con el dedo—, pero no te pases ni un pelo.

—¡¿Que «me has dejado», dices?! —interrumpió Boro empujando con su frente la de Fusco—. ¿Quién eres tú, hijo de puta?

—Fusco, ¡no le pegues! ¡Déjale! —Tiré con fuerza de mi hermano. Se giró hacia mí y me abrazó.

—¡¿Quién es este tío, María?! —exclamó Boro mientras tiraba de mi brazo—. ¡Dime quién es! —Añadió con gesto de perplejidad—. ¿Te hizo algún daño? ¡Respóndeme!

—No, Boro, él...

—¿Daño? —interrumpió Fusco sin dejar de abrazarme—. Violeta es mi hermana. Esta mujer es mi vida.

—María, ¿es cierto? ¿Es tu hermano?

Agaché la cabeza y asentí. Boro frunció el ceño, dio un paso atrás y nos miró desconcertado.

—Fusco, por favor. —Le retiré de la frente los rizos de su pelo empapado, y le sujeté la cara

con las manos, para que me mirase—. Me ha dicho Rosa que te están buscando. Entrégate, por Dios. Papá te buscará buenos abogados. Seguro que esta vez funcionará. Así quedarás en paz con la Justicia, y descansaremos ya de una vez de este suplicio. No puedo más.

—¿Justicia? No creo en la Justicia. Y todos vosotros solo descansareis cuando yo desaparezca. La paz es imposible para las personas como yo. Desde aquella noche jamás volveré a tenerla.

—¡No, no, no! Eso no es verdad.

—Si entro en prisión no podré verte cada vez que te necesito y tú me necesitas. Sabes lo que significas para mí. Oye Violeta —me sujetó de los brazos—, escúchame: el otro día los picoletos casi me trincan, y no puedo estar tan cerca de ti como quisiera. Estás mal, te pones en peligro. Al menos, sé que él —señaló a Boro con un gesto de la cabeza— te protege y que es un buen tío. Tienes que esforzarte en recordar y afrontarlo todo. Si tú no lo haces, te espabilaré yo. Me la suda lo que te hayan dicho los psiquiatras. Te contaré todo lo que ocurrió, con pelos y señales. Y si después me odias, lo aceptaré. Tienes que volver a ser una persona normal, joder. Y, ¡eh, tú, pajarito! —Miró a Boro y levantó el dedo índice con gesto de advertencia—. Cuida de ella.

—Y tú, bravucón, si tanto la quieres y estás tan cerca como dices, ¿cómo es que no te he visto nunca?

—Ni me verás si a mí no me sale de las pelotas. Y te aconsejo que no vuelvas a llamarla María. No le hace ningún bien. Su nombre es Violeta. Y si no soporta ese nombre, por algo será. Que lo afronte —dijo mientras caminaba hacia atrás dirigiéndose a su coche—. Hazme caso. Debes llamarla Violeta como lo hago yo.

—No, Fusco, no te vayas.

—Pero, mi Violeta, cariño. —Caminó de nuevo hacia mí y volvió a abrazarme—. Hago todo lo que puedo, en mis circunstancias. Te lo juro. —Miró a Boro—. Subid los dos a mi coche. El camino está inundado. Os sacaré de aquí.

—No necesito tu ayuda. Conozco muy bien estas tierras. «Saca» a Violeta —dijo con retintín— si ella quiere. Eres su hermano, ¿no?

—¿Qué te pasa, capullo? ¿Estás celoso?

—¿Debería?

—Venga —dijo Fusco sin atender a su ironía—, aparto el coche y os largáis de aquí los dos cagando leches.

—Espera. ¿Dónde puedo encontrarte? Necesito que me aclares algunas cosas.

—¿Encontrarme tú a mí? Tranquilo, tío, tranquilo. Todo a su tiempo. Seré yo quien te encuentre... si quiero.

—No estés tan seguro —dijo Boro—. Sí, ahora que te veo mejor me suena tu cara. Sospecho dónde podrías esconderte. Ya te lo he dicho: conozco muy bien estas tierras.

—Claro que sí —le dijo con gesto burlón—. Ah, y otra cosa: procura que tu tío no juegue a las *vendettas* si no tiene ni idea de cómo se hace. Así, yo no tendré que ir luego a acabar su chapuza. De mi hermana no abusa nadie sin que lo pague muy caro.

Comencé a jadear.

—Fuiste tú, ¿verdad? —dije.

—¿Eres ese tío de Madrid? —preguntó Boro.

—Lo hice por ti, Violeta —dijo Fusco al tiempo que me apartaba las gotas de agua que se deslizaban por mis mejillas—. Todo es por ti, cariño. No puedes ir por la vida de justiciara de infelices arriesgándote a acabar mal. Y por favor: ¡no vuelvas a beber alcohol, joder! ¡Tienes un problema! ¡Arréglalo de una vez!

Fusco subió al coche, lo enderezó con maestría y lo condujo a velocidad insensata por el

camino enfangado como si se hubiera criado entre arrozales. Cuando desapareció de nuestra vista, durante unos segundos, Boro y yo nos quedamos allí de pie, mirándonos el uno al otro, empapados de agua, sin saber qué decirnos.

—Vámonos a casa —dijo por fin.

Antes de encender el motor, cruzó los brazos sobre el volante. Apoyó la cabeza y tras unos instantes, me miró.

—¿«Esta mujer es mi vida»? ¿«Todo es por ti, mi Violeta, cariño»? ¿Tu hermano te habla siempre de ese modo?

—Mi hermano... suele decirme esas cosas, sí.

Emprendimos la marcha. Conducía muy despacio. No hablamos. El silencio tan solo lo interrumpía el sonido intermitente del limpiaparabrisas y el de los neumáticos mientras se deslizaban sobre el barro y penetraban en los charcos que Boro intentaba sortear. Cuando llegamos a la puerta de casa y bajamos del coche, se mostró reticente a entrar.

—¿Qué te pasa, Boro? ¿Es que hoy no quieres quedarte? Por favor. —Tiré de su mano—. No me dejes sola.

—Necesito reflexionar.

—¿Reflexionar sobre qué? —Me abracé a él—. ¿Estás enfadado? Te hablaré sobre mi hermano. ¿Es eso lo que quieres? Te contestaré a todo lo que me preguntes. ¡Te contaré mi vida!, pero no te vayas por favor.

—No es eso, María, o Violeta, o como te llames. —Me sujetó los brazos y me apartó—. No voy a dejarte sola esta noche, te lo prometo; pero ahora tengo que irme. Volveré lo antes posible.

—¿Adónde vas? —pregunté suplicante.

—Voy a buscar a tu hermano.

—No vas a encontrarle.

—Es posible que no, o es posible que sí. Que no se crea tan listo. Anda, entra en casa. —Abrió la puerta y se echó hacia un lado para dejarme pasar—. Y sécate. Estás empapada.

—Quiero acompañarte.

—Déjalo de mi cuenta. Es cosa mía. Entra. Debo encontrarle ahora, si no, mañana será tarde. Venga, hazme caso. Volveré lo antes que pueda.

—No, no voy a entrar. Tengo mucho miedo. Esta noche... justo esta noche no. No puedo. No te vayas.

Boro agachó la cabeza y suspiró.

—Vale, de acuerdo. Entremos.

Le obedecí y, apenas crucé el dintel, cerró la puerta con cuatro vueltas de llave y me dejó encerrada.

—¿Qué haces?! Ábreme —Forcejeé con el pomo y con la manilla.

—¡Lo siento, María! Es ahora cuando debo ir.

Desde la ventana le he visto subir al coche y alejarse. Me siento mareada. La medicación ya me inunda la sangre y mis neuronas. La siento como una especie de vino dulce que me aturde, y a la vez me tranquiliza. Sin embargo, no consigue deshacer el nudo que me presiona el estómago. Creo que ha llegado el momento de que me meta en la cama. Apagaré la luz y me refugiaré entre las sábanas como si se tratase de una cueva. Tengo frío. Esperaré a Boro dormida. Necesito alcanzar la inconsciencia. Sin pesadillas. Me siento confusa. Creo que algo grave está a punto de suceder.

42

ESCAPE

Lo siguiente que recuerdo me resulta tan confuso como si lo hubiera soñado. Son escenas que aparecen en mi mente. Una tras otra, **rápidas**, lentas, claras, borrosas.

El sonido de la cerradura me despertó. Escuché unos pasos cada vez más cercanos. Boro apareció en la habitación. Me incorporé en la cama.

—¿Dónde has estado? ¿Has encontrado a mi hermano?

—Sí. Le he encontrado. —Se despojó de su ropa mojada, se acostó a mi lado y me abrazó muy fuerte. Me acarició el pelo y me besó en la frente.

—¿Te ha hablado de mi accidente?

—Algo así.

Durante unos instantes, nos quedamos en silencio; un silencio tenso, expectante. Su mirada parecía clavada en el techo. Tenía los ojos empapados de lágrimas.

—¿Estás llorando? ¿Qué te pasa?

—O sea que te llamas Violeta, y no María. —Se giró hacia mí—. ¿Por qué mentiste? ¿Es que no te gusta el color de tu nombre? Dime cómo es. ¿De qué color es Violeta?

—Violeta es... de color Violeta.

—No te burles de mí. Dime cómo es.

—Todo eso es... Fue... —Su pregunta me incomodaba. Los latidos de mi corazón me golpeaban las sienes—. Siempre me ha parecido ver colores en los nombres de las personas. Ya lo sabes. Es como una broma.

—¿De qué color es Violeta? —insistió. El tono de su voz y la firmeza de su pregunta me asustaban. Intenté levantarme de la cama, pero Boro me sujetó por la muñeca y me retuvo.

—¡Suéltame, por favor! —dije forcejeando con él. Soy estúpida. Una caprichosa. Una niña mimada. Una... una... ¡Estoy harta! No quiero que me llamen Violeta. No pido demasiado. Me llamo María. María es de color blanco... y tiene... tiene destellos plate... ¿Por qué me preguntas eso?

—Ya sé cómo es María, me lo has dicho muchas veces. Lo que quiero saber es...

—¡Vale! Violeta es... ¡Suéltame! ¡Deja que me levante y que me vaya! ¡¿Qué vas a hacerme?! ¡No me hagas daño! —Intenté gritar, pero me tapó la boca con la mano.

—Chiss. Tranquila. Soy yo, Boro, Salvador. Mírame. Yo nunca te haría nada malo.

—¡No me pegues, por favor!

—Yo jamás te pegaría. Pero contéstame: ¿de qué color es Violeta, tu nombre?

—Las violetas... El violeta es un color espiritual. ¡Me estás volviendo loca! Las violetas son... ¡Voy a vomitar! ¡Las violetas son moradas, del color de la sangre bajo la piel! ¡Suéltame por favor! ¡Déjame marchar! —Forcejeé. Me retenía. Me dominaba. Me sentía aterrorizada, inerme ante la fuerza de sus brazos—. ¡Me estoy mareando! ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! Las violetas son... están ahí. ¡Siempre están ahí!

—Tranquilízate. Aquí no hay violetas.

—¡Están en el suelo! ¡Sus hojas pisoteadas, sucias, deshechas... manchadas de sangre entre

vidrios rotos!

Me liberó las manos y salté de la cama. Boro también se levantó y se dirigió hacia mí.

—¡No, no te acerques! —grité mientras caminaba hacia atrás con las palmas de las manos levantadas—. ¡No me toques!

—De acuerdo. No te tocaré. Tranquila.

—¡Vete! Quiero que te vayas.

—¿Viste cómo quedó tu coche después del accidente?

—¡No te sigas acercando!

—¿Lo viste?

—Mi familia dijo que quedó destrozado. ¡¿Para qué iba a verlo?!

—Y ¿por qué tienes las cicatrices?

—¿Qué cicatrices? ¡No tengo cicatrices! Apenas se notan mis cicatrices. Esta de aquí... — señalé temblorosa para conformarle y que se marchara de una vez—. Esta... me la hice con el cristal del parabrisas. El hombro me lo disloqué con la puerta y las costillas se rompieron porque... me las aplasté contra el volante. Y esta creo que fue al... al... ¡Sí! ¡Sí! ¡Ya te lo dije! ¡La carrocería de mi coche fue especialmente agresiva conmigo! ¡Vas a volverme loca! Te doy asco, ¿verdad?... ¡Vete de aquí! —Miré hacia atrás para no chocar contra la pared—. ¡No te sigas acercando!

Escapé de la habitación y, despavorida, alcancé el rellano de la escalera. Boro intentó sujetarme. Me revolví y le empujé con todas mis fuerzas. Agarré el florero de cristal que descansaba sobre un mueble pegado a la pared, levanté la mano e intenté golpearle en la cabeza.

—¿Sabes lo que creo, Violeta? —dijo al tiempo que interceptaba mi mano—. Que tú nunca recordarás nada sobre tu accidente porque jamás lo tuviste.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Eso es falso! ¡Dices mentiras! ¡Vete! ¡Fuera!

Boro intentó depositar el florero sobre la cómoda, pero conseguí alcanzarlo y darle un manotazo. El cristal se estrelló contra el suelo destrozándose en mil pedazos. El agua y las flores se desparramaron a mi alrededor. Caí al suelo. Me descubrí a mí misma gateando hacia atrás sobre los cristales. Boro había desaparecido. Solo existía una figura indefinida, amenazante, una mancha gris que me sujetaba de los brazos y me levantaba del suelo.

Forcejeé con ella... Forcejeé... Forcejeé...

Un golpe.

Silencio.

Bajé las escaleras a toda velocidad para huir de la casa. Tropecé con un bulto. Caí al suelo. Me levanté. Tiré una y otra vez de la manilla de la puerta. Imposible. Intenté abrir la ventana del comedor. Imposible. Lancé contra el cristal un objeto, y otro, y otro, hasta que conseguí romperlo y escapar.

Me encontré en la calle sola y desnuda. Miré a mi alrededor. El cristal que aún permanecía ileso en la parte superior de la ventana se desplomó de golpe con el ímpetu de una guillotina. El lago recibía sediento el agua de la lluvia como si pretendiera desbordarse.

Pensé que estaba dormida. «¡Sí! Eso es», me dije. «Solo es una pesadilla. Estoy soñando. ¡Me despertaré de un momento a otro! Cuando abra los ojos estaré en mi habitación, en la casa de mis padres, con mis hermanos. Mi hermano Fran dormirá tranquilo al otro lado del tabique».

Me observé las palmas de las manos. La lluvia arrastraba la sangre que brotaba profusamente de unas incisiones que las atravesaban de lado a lado. Y entonces aparecieron las voces.

«En una novela siempre debe morir alguien. ¡Violeta! ¡Lo siento! ¡Te quiero! No me iré de aquí hasta que te calmes. ¡Esta mujer es mi vida! ¡Un anillo de compromiso! ¿Por qué no te

asustan los coches? ¡Sabes que tú no puedes beber! Yo mejor polla que este. Los amigos de tu hermano están allí... Llegué al aeropuerto y...». ¡La música del piano me ensordecía! ¡Me iba a estallar la cabeza!

Distinguí la fachada de mi casita de La Albufera. Todo me resultaba tétrico. Las buganvillas ya no eran rojas sino gris oscuro. Sus ramas cobraron vida. Se deslizaban hacia mí reptando como si fueran anguilas enormes. Percibí su piel viscosa mientras me anudaban los tobillos y ascendían por mis piernas, mi vientre y mis costillas, constriñéndome, inmovilizándome, asfixiándome. Después me penetraron por la vagina y por el ano, para devorarme por dentro. Me sentía dominada y sucia. ¿Dónde estaban todos? ¿Dónde estaba mi madre? ¡¿Dónde estaba Boro?! Una serie de escenas transcurrieron ante mí a una velocidad enloquecedora. Necesitaba morir para que acabase mi sufrimiento. Los pies se me hundieron en el fango, resbalé. Tenía frío. El agua me cubrió la cabeza.

Necesitaba respirar.

TERCERA PARTE

1

UNA TOALLA DE FLORECITAS

Madrid, verano 2007, tres de la madrugada. Viernes. En la casa familiar

Fran siempre ha pensado que Violeta y él estaban destinados a ser un solo embrión, pero la naturaleza es injusta y caprichosa, y en el último momento decidió alterar su genética para separarlos. Separados. Cada uno en el interior de un saco amniótico diferente, con una placenta distinta, con un sexo diferente. La puta naturaleza solo les permitió, durante nueve meses, compartir el útero de la misma madre. Los dos se alimentaron de ella al mismo tiempo, pero ni tan siquiera en eso se comportó de manera equitativa.

A todos les gusta contar como una anécdota que Fran nació con mayor tamaño que su hermana y que era un bebé inquieto y llorón; que Violeta, sin embargo, nació pequeña, pero era una bebita tranquila que ansiaba que la cogieran en brazos, y en cuanto la abrazaban, se calmaba y se dormía.

Fran lo ha sabido desde siempre: Violeta es suya, le pertenece. Es una parte de sí mismo que un día le amputaron. Violeta ha crecido, y disfruta del contacto físico de las personas queridas, se emociona con facilidad y los ojos se le llenan de lágrimas tanto con lo bueno como con lo malo. Él apenas es capaz de sentir amor por los que le rodean. Le cuesta empatizar emocionalmente con los demás y compadecerse del sufrimiento ajeno, al menos, no con la misma intensidad que suele hacerlo el resto de la gente. Sin embargo, con Violeta le sucede lo contrario. Desde muy pequeño le ha gustado tocarla, abrazarla y besarla. Cuentan que cuando solo tenía cuatro años, si ella no estaba en casa, le veían buscarla por todas las habitaciones, como si le faltase el aire. Cuando tendría ocho o nueve años, comenzó a besarla en los labios y saborearlos como si fueran un caramelo muy dulce. Su madre le llamó la atención: «Eso no se hace. Violeta es tu hermana. Cuando seas mayor, ya lo harás con las chicas». «Pero, mamá, Violeta es una chica y eso lo hacen en las películas». «Sí, pero no con las hermanas. No lo hagas más». Sin embargo, a Violeta no le importaba que la besara. Incluso cuando él dejó de hacerlo, ella comenzó a usar aquellos «mua» con los que apenas le rozaba los labios. A medida que transcurría el tiempo, cada vez que Fran percibía el tacto de su piel y la calidez de sus labios, se estremecía con mayor intensidad. Realizaba esfuerzos sobrehumanos para contener aquel calambre que le recorría todo el cuerpo y le erizaba la piel.

Aquello no estaba bien, claro que no. Fran ha aprendido a distinguir el bien del mal, pero siempre le ha costado encontrar dónde se establece la maldita línea divisoria que los demás decían percibir con claridad. La jodida naturaleza...

Fran tira del brazo de Violeta, y la hace caer sobre la cama. Se coloca sobre ella y le devuelve el beso, pero es un beso profundo, con lengua. Le sujeta la cara con las manos y le besa toda la cara, rápido, si apenas respirar, como si temiera que de un momento a otro una fuerza sobrehumana se la arrebatase para siempre. No piensa. Una tromba de agua ha emergido de dentro de sí y le envuelve y arrastra sin que pueda detenerla. Necesita estar siempre con su

hermana, si los dos fueran solo uno...

Violeta, desconcertada, durante unos segundos, inmóvil, permite sus besos. Pero no, ya no. Aquello no es normal y no está bien. El calor y la fuerza de su hermano la envuelven y la aturden... «¡Fran, soy tu hermana. ¡Suéltame!», desea gritar, pero esa frase ha quedado embarrada en su garganta y no es capaz de pronunciarla. Le empuja de los hombros, pero Fran es como una roca inexpugnable. «Fran, ¿qué haces?», balbucea. Es inútil. Parece que él no ha escuchado sus palabras, y besa con avidez su cuerpo desnudo. «No, ¡Fran!, no! No debemos», se esfuerza en gritar, pero sus cuerdas vocales se niegan a obedecer. A los pocos instantes, percibe un dolor intenso. Vuelve a empujarle de los hombros. Intenta gritar sin éxito. Se agarra a los barrotes del cabecero de la cama, cierra los ojos y se deja llevar.

Fran emite unos estertores roncacos y queda tendido sobre su hermana, en la misma posición de antes, quieto, jadeante. «¿Qué acaba de suceder?», se pregunta. «¿Cómo ha podido ocurrir? Después de tantos años de durísima contención, ¿justo hoy...?». Sí, naturalmente que lo sabe. Lleva toda la noche luchando con Violeta y, sobre todo, consigo mismo. Se siente completamente extenuado. Piensa que, si esta noche no se hubiese golpeado la cabeza contra la pared, si su padre no le hubiese pegado esa mañana, si hubiese sido capaz de mantener a raya a los hijos de puta de su colegio, esto jamás habría sucedido.

Fran se recupera y mira a su hermana, que permanece inmóvil y con la mirada perdida.

—¡Violeta, lo siento! Lo siento mucho. ¿Estás bien? —Violeta no responde—. Violeta, mírame, estoy aquí. —Con una mano, le gira la cara hacía él, pero ella parece ausente, como si se encontrase muy lejos—. ¿Qué te pasa? ¡Violeta, cariño! —Suelta una blasfemia y se echa a llorar sobre el regazo de su hermana.

—No me iré hasta que te calmes —balbucea Violeta en voz muy baja, apenas inteligible, con ritmo silábico monótono, como el de una muñeca a la que se dio cuerda y se le agotan las pilas.

—¿Que me calme? —Fran ruge como un animal herido que sabe que va a morir.

Ahora, sí. Fran levanta a su hermana en brazos y, desnuda, sin contemplaciones, la saca de su habitación y la traslada a la de ella. La deposita con cuidado sobre la cama. Parece un animalillo vulnerable e indefenso. La arropa y le acaricia la cara. Observa cómo empieza a tiritar. Mira a su alrededor, se dirige al armario saca uno de los abrigos y la cubre con él. Se sienta a su lado, le acaricia la mano, se acerca a sus labios y la besa con cuidado.

—Violeta, mírame. ¿Sabes dónde estás? ¿Sabes quién soy? —Se echa a llorar sobre el regazo de su hermana como hizo antes. Es un llanto convulso. Está empapado de sudor.

Violeta le mira. Ya ha dejado de temblar.

—¿Te vas a ir? —susurra de manera apenas inteligible.

Fran agacha la cabeza y la abraza.

—¿Estás mejor? Lo siento mucho. Mi melliza, mi amor, mi vida. Sé que lo sabes. —Se acuesta a su lado, la abraza y le besa la frente.

Violeta permanece inmóvil, con los ojos inexpresivos y fríos, como los de cristal de sus antiguas muñecas, y manejable como si fuera de trapo.

La mente de Fran se convierte en una centrifugadora, un instrumento de tortura que le destroza el alma. Despega su cuerpo del de ella muy poco a poco, como un esparadrapo adherido a la costra de una quemadura que sangra. Se separa del sudor de la piel de su hermana, del aroma a hierbas frescas de su pelo oscuro, suave. Se levanta de la cama, la mira como si fuera la última vez en su vida, y se dirige a la puerta con la cabeza hundida entre los hombros, con los ojos empapados de lágrimas. Desde el pasillo, se gira y la mira por última vez.

Regresa a su habitación y se echa sobre la cama, boca abajo. Se coloca la almohada sobre la

cabeza y la oprime con fuerza para que Violeta no pueda escuchar su llanto, y sus bramidos.

Pero en esos momentos, Violeta es incapaz de oír.

Violeta permanece acostada en la misma posición en la que su hermano la dejó minutos antes. No siente nada. Se levanta de la cama y, como si fuera un autómata, se acerca a la ventana. Dirige su brazo hacia la manilla, hace ademán de ir a abrirla, pero se detiene. Toma conciencia de que es de noche, y de noche, se duerme. Regresa a la cama, se arropa y se acurruca. De pronto, percibe una extraña sensación en la vagina, como si su corazón se hubiese desplazado hasta allí. No, su corazón continúa en su pecho, porque siente cómo se acelera y le late cada vez con más fuerza. Algo le estrangula la garganta. Comienza a temblar de nuevo. ¿Qué ha pasado? Ahora se da cuenta de que le duele todo el cuerpo y está mojada. Se toca. ¿Le habrá bajado la regla? No, no es eso..., no..., no es eso..., no lo es, no. Acude al cuarto de baño y se observa la vulva y la cara interna de sus muslos. Toda la habitación gira a su alrededor. Da una arcada y vomita en el suelo. Regresa a la cama. Percibe un chasquido dentro de su cabeza y desaparece.

2

UN ATOLÓN DE HIELO

Madrid, verano de 2007. Una de la madrugada. Sábado. En la casa familiar.

El reloj del salón de la casa familiar de los Marqués de Pizarro marca la una de la madrugada. Hoy Fran no ha acudido a comer y tampoco a cenar.

Francisco siempre ha exigido que se cene en familia y Fran acaba de infringir por primera vez esa norma. Es cierto que debe de estar enfadado por el excesivo castigo al que fue sometido ayer, pero no es propio de él llegar tarde, al menos sin avisar y sin alegar un buen motivo.

Ha telefoneado a su hijo numerosas veces y no ha contestado. Las dos últimas, el teléfono ni siquiera ha dado señal.

Se ha puesto en contacto con sus compañeros de kárate y con algunos de sus amigos. No saben nada. Hace unas horas, telefoneó a su hija Margarita, le informó de la situación y le pidió que se acercara con su novio a preguntar en la gasolinera de al lado de los karts. Azucena dice que Fran suele comprarse allí algunos bollos.

El empleado de la gasolinera asegura que no le ha visto.

Francisco se angustia e impacienta. Percibe la preocupación en los demás, sobre todo en Violeta. Hoy está muy rara. Parece ausente. Apenas ha salido de su habitación, ha comido muy poco, y no ha pronunciado palabra alguna en todo el día. Incluso Azucena y sus hermanas le han preguntado lo que le sucede porque, además, han advertido que a veces ha realizado algún gesto de dolor al sentarse. Después de muchos “no sé”, al final ha contestado en plena mesa, sin reparar en que él estaba delante, que le había bajado la regla porque esta mañana ha manchado las bragas de sangre. Definitivamente, no está bien. No es normal que sea tan explícita en su presencia con algo tan íntimo. Deberían haberla llevado al médico.

Azucena ha dicho que vio marcharse a Fran por la mañana con su bolsa de deporte, como cualquier otro sábado. A mediodía, al no presentarse a comer, ella misma acudió a su habitación. Pensó en la posibilidad de que hubiera regresado sin que ella se diera cuenta y que podría haberse quedado dormido. Llamó a su puerta varias veces y, como no respondía, decidió entrar. No estaba. Admite que mintió: contó a sus hijas que Fran acababa de telefonarla para pedirle permiso para comer en casa de un amigo. A media tarde, regresó a la habitación para comprobar si ya había vuelto. Al no encontrarle, le telefoneó para conocer su paradero. Fran le aseguró que estaba bien y que regresaría a la hora de la cena. Confiesa sin rodeos, que no quiso avisar a su marido de la ausencia de Fran, por si este se enfadaba y le volvía a «reñir».

Por supuesto que le va a reñir, piensa Francisco. Su conducta va de mal en peor. Se levanta y, con paso decidido, se dirige a la habitación de Fran. Violeta va tras él. Los siniestros golpes de tambor de la pasada noche reaparecen en el interior de su pecho, y cada vez más potentes a medida que se acerca con su padre hasta la puerta. Francisco la abre sin contemplaciones. «¡Hijo de la gran puta!» La habitación aparece ante sus ojos tan desordenada como si hubiera sido desvalijada. ¿Dónde, puñetas, estará? Se trata de un menor. Podría estar en peligro. Es cierto que

es fuerte y que sería capaz de noquear a cualquiera de un puñetazo, pero solo tiene quince años. Es un crío, un adolescente inexperto e inmaduro, al fin y al cabo. Saca el teléfono de su bolsillo, avisa a la policía para comunicar la desaparición de su hijo y baja al salón para comunicárselo a su mujer y sus hijas.

Violeta se queda sola en la habitación. Observa que las sábanas de la cama se encuentran arrugadas y retorcidas. Hay una pequeña mancha de sangre. La colcha yace en el suelo. Los libros, cuadernos y lápices aparecen desparramados, incluso los trofeos de ajedrez y de kárate. Las puertas y los cajones de los armarios están abiertos, y toda la ropa revuelta. Un sudor frío la invade cuando descubre que su toalla de baño de florecitas, la misma con la que anoche recuerda que se envolvió para ir a nadar, asoma por debajo de la cama. ¿Por qué está allí? Se apresura a recogerla y, cerciorándose de que no hay nadie en el pasillo, la esconde en su habitación. De pronto, cree recordar algo, y regresa. Sobre la mesa del escritorio había una navaja. Seguro que la vio. ¿Cuándo fue? Se apresura a buscarla. Remueve los objetos que aún permanecen sobre la mesa, escudriña los cajones, repasa con la mano las baldas de la librería, levanta del suelo las sábanas, se arrodilla para mirar debajo de la cama. Nada.

Violeta grita.

Su madre y sus hermanas acuden a la habitación. La observan jadear, hiperventilar, temblar. Está sentada en el suelo con la espalda apoyada en el borde de la cama. Margarita se sienta a su lado, la atrae hacia sí y la mece. Sabe que Violeta está padeciendo una crisis de ansiedad. La ha visto así otras veces: cuando su padre reprende a Fran. Gira la cabeza por encima de su hombro y distingue una mancha de sangre en una sábana. El corazón se le dispara, pero se calla. Debería llevar al hospital a Violeta ahora mismo. No, mejor mañana.

Esta noche es necesario encontrar a Fran.

Son las cuatro de la madrugada. Francisco ha telefoneado por su cuenta a hospitales, ha llamado repetidas veces a la policía por si tenían alguna noticia, pero nadie le ha dado razón de dónde podría encontrarse su hijo. Azucena ha tomado hoy doble ración de ansiolíticos, se quedó dormida en un sillón y sus hijas la acostaron en su habitación en la que permanece revolviéndose en un inquieto duermevela. Rosa está con ella, pero entra y sale constantemente en busca de posibles noticias. Violeta, más calmada, se ha resistido a irse a la cama, pero finalmente ha obedecido a su padre y se ha acostado. Margarita está con ella, y la mantiene abrazada. Ninguna de las dos duerme.

A las cinco de la madrugada, el timbre del teléfono de Francisco resuena por toda la casa como la sirena de una alarma de incendios. Es de la comisaría del distrito. Le comunican que, hace media hora, Fran se personó allí cubierto de sangre. Confesó que acababa de cometer un delito: «Le había cortado el cuello a un compañero del colegio. Al cabecilla del grupo que le acosaba».

Un atolón de hielo se desploma sobre todos los miembros de la familia. La maltrecha estabilidad de la casa de los Marqués de Pizarro queda destrozada para siempre.

3

FUSCO

Madrid, marzo de 2015. La tarde de la merienda en casa de Violeta.

Francisco hace demasiado tiempo que se siente viejo y cansado. Hoy, además, le preocupa el anuncio de Violeta: va a marcharse de Madrid durante un tiempo. Ha dicho que dentro de unos días, apenas comience el mes de mayo, se trasladará a La Albufera de Valencia y que quizá permanezca allí durante todo el verano.

A Francisco le gustaría escapar del presente y recuperar los cimientos sobre los que edificó su vida, su manera de pensar y de sentir. Por inercia, se ha acercado a la ventana del salón de la casa de su hija y observa la Plaza de Alonso Martínez. Su mirada se diluye entre los chorros de agua de la fuente. Ha quedado hipnotizado por su rumor, por su permanencia. El agua se eleva y desciende, pero siempre es la misma. No parece afectada por la agresividad de los vehículos que discurren junto a ella.

Siempre la misma. Su misma esencia. A pesar de todo.

Francisco jamás pensó que se pudiese envidiar a una fuente.

La presencia de su hijo le ha trastornado. Hacía mucho que no le veía. Es su hijo, pero es incapaz de olvidar que violó a su hermana Violeta aquella noche. Siempre se ha negado a pensar que los dos se encontrasen involucrados en una relación incestuosa de manera consensuada. No, claro que no. Sabe que Violeta no sería capaz de semejante inmoralidad.

Francisco recuerda que justo al día siguiente de la noche en la que Fran asesinó a su compañero seccionándole la yugular, Margarita llevó a Violeta al servicio de urgencias de un hospital. Allí le confirmaron lo que más temían.

Margarita le contó que, mientras el ginecólogo les explicaba los hallazgos de sus exploraciones, Violeta, sentada a su lado, se entretenía pasando la yema del dedo por el vértice de la mesa del despacho del médico, o mirando de manera insulsa los posters de ginecología que colgaban de la pared. Ante la falta de reactividad de Violeta, el ginecólogo le pidió que le prestara atención, la confrontó con los hallazgos y le entregó la receta de la píldora anticonceptiva de emergencia. Violeta la rompió y echó los pedazos sobre el escritorio del médico. «No pienso tomarme esa cosa. Usted se equivoca. Yo no he mantenido relaciones sexuales con nadie. Soy virgen. Y tú, Margarita, actúas de muy mala fe insinuando que Fran me ha hecho algo tan horrible. ¿Te imaginas lo que debe estar sufriendo después de lo que le ha pasado con ese chico? No deberías haberme traído aquí. Lo único que quiero es que Fran vuelva a casa».

Esa misma tarde, Rosa decidió sonsacar a Violeta sobre todo lo que había ocurrido en los dos últimos días. Le juró que fuera lo que fuera que le confesase lo guardaría en secreto. Pero Rosa le mintió. Tras la conversación, refirió a Margarita y a su padre toda la información que obtuvo de Violeta: que acudió a la habitación de su hermano porque escuchó que estaba muy inquieto y que se golpeaba la cabeza; que suponía que allí estarían charlando, a pesar de que no era capaz de recordar ni un ápice de la conversación. Lo siguiente que recordaba era que por la mañana se

despertó en su habitación como cualquier otro día. Rosa aseguró que Violeta, a pesar de conocer las pruebas médicas, parecía tan convencida de que eran erróneas que no creía que estuviera mintiendo. Y que finalmente, sentenció: «No puedo creerme que Fran matase a ese chico si no fuera en defensa propia. Estoy segura de que papá lo aclarará todo y lo arreglará muy pronto. Y ¡no volváis a preguntarme esas cosas tan horribles!».

Nadie ha vuelto a preguntarle.

Nadie ha vuelto a referirse a ello. Nunca. Jamás.

Lo que no se nombra, no existe.

Desde aquella maldita noche han transcurrido ocho años.

Francisco sabe que, al menos, hizo todo cuanto estuvo en su mano para rehabilitar a su hijo. Puso en marcha todos los recursos imaginables: ingresos en unidades de psiquiatría de adolescentes, psicólogos, Centros de Día especializados...

Sus múltiples esfuerzos para estabilizar a su familia y mantenerla unida han resultado infructuosos. Azucena intentó suicidarse en dos ocasiones con una sobredosis de tranquilizantes y analgésicos; Margarita se marchó a París y, hasta hoy, apenas le ha dirigido la palabra; Rosa consiguió un trabajo y se mudó a vivir a casa de su novio. Violeta fue la única que se quedó en la casa familiar bajo su atenta vigilancia. Se tornó una muchacha introvertida. No volvió a ser la misma hasta después de varios años. No nombraba a su hermano jamás, y cuando él venía a casa, su mirada se volvía enigmática, indescifrable. A veces, parecía rehuirle, pero otras, le buscaba, le abrazaba y se mostraba muy cariñosa con él. Cualquiera sabe lo que pasa por la mente de una chica adolescente tan sensible como ella que había sufrido tanto. Su rendimiento académico disminuyó, sobre todo al principio. Un día dijo que ya no sabía si estudiar Medicina o Restauración. No ha entendido nunca esos intereses tan dispares. Al final, se decidió por la Medicina.

A estas alturas, Francisco está harto de luchar. Todo su sistema de creencias acerca de la vida y de las personas parece haber quedado deformado y maloliente, como un plástico quemado. Se siente muy solo y con un sentimiento de culpa desgarrador. Se pregunta hasta qué punto contribuyó a que su hijo destrozara su vida y, por ende, la del resto de su familia. Después de tanto tiempo, se lamenta de que todos sus esfuerzos para rehabilitarle fracasasen por completo. Fran, a los dieciséis años, le fracturó la mandíbula a un compañero de Violeta que se atrevió a calumniarla y dejó malherido a otro que comenzó a acosarla. Se involucró en múltiples peleas, robó varios coches de alta gama y los fue destrozando uno a uno después de jugar a derrapar con ellos en los descampados. Incluso compitió en carreras ilegales. Y, por si fuera poco, a los veinte años participó en un atraco a una joyería, fue detenido e ingresó en prisión. En uno de sus permisos penitenciarios, acudió a casa y dijo: «Fran ha muerto. Aceptadlo. Ahora soy otra persona. Cuando os refiráis a mí, cuando penséis en mí, a partir de ahora, hacedlo de la forma como comenzaron a llamarme mis colegas de la prisión. Es mucho mejor para todos. Ahora mi nombre es Fusco. Y si no queréis saber nada más de Fusco, lo entenderé y me marcharé para siempre de vuestras vidas». Una pena. Fran, un chico tan inteligente, completamente desperdiciado, convertido en un delincuente al que no parece importarle nada que no sea él mismo... y su hermana melliza.

Por otro lado, a Francisco siempre le ha llamado la atención la actitud de Violeta: se esfuerza en restarles importancia a los delitos que comete su hermano: «Él no hace daño a nadie, al menos directamente. Solo conduce los coches. Debería haber sido piloto de carreras».

Francisco recuerda aquella ocasión en la que reprendió a su hija con dureza por llegar muy tarde a cenar. Fran reaccionó agarrándole del cuello y estampándole contra la pared. Francisco le

echó de casa y le exigió que no volviera nunca, al menos cuando él se encontrara presente.

Después del anuncio de Violeta de que va a marcharse a Valencia, y de las discusiones al respecto, la familia guarda silencio. Fusco ha aprovechado para acercarse a la mesa del salón de Violeta para probar la merienda que ella preparó con tanto esmero. Observa que permanece intacta. Coge uno de los pastelitos y se lo introduce en la boca. Sabe de manera espectacular. Después da buena cuenta de otro y otro. Se chupa los dedos antes de utilizar la servilleta. Desearía disfrutar de ellos y no pensar. Imposible. Apoya las manos sobre la mesa y agacha la cabeza. Las actuales circunstancias en las que se encuentra su hermana y la conversación que acaba de mantener con su familia han originado que su mente vuele hacia escenas del pasado. Le provoca tanta angustia recordarlas que casi preferiría haber muerto la noche que violó a su hermana.

Lo que más le duele es hacerla sufrir, a su melliza, la mujer a la que más quiere en el mundo, la mujer a la que decidió proteger siempre, incluso de sí mismo. Además, parece que ella no recuerda nada de lo que sucedió. En este caso, la naturaleza ha sido bondadosa con ella. Es mejor que sea así. Sin embargo, la huella que aquella noche estampó en él, la sensación de poseerla, la posibilidad de que Violeta llegara al orgasmo cuando él estuvo dentro de ella, el tacto de su cuerpo sudoroso, el de su pelo enredado entre sus dedos cuando él se lo retiraba de la cara para besarla, sabe que jamás se borrarán de sus entrañas. Supone que solo transcurrirían unos minutos. El tiempo. Piensa que si en aquellos momentos se hubiese ralentizado lo suficiente para que algún pensamiento hubiera conseguido infiltrarse en su cabeza, se habría detenido, sin duda. Pero no existía racionalidad alguna en sus actos, se trataba tan solo un instinto reprimido desde siempre, que necesitaba estallar y reclamar lo que le correspondía por derecho. Nadie puede edificar sobre el cauce de un río. Más pronto o más tarde, las nubes descargarán una lluvia tan intensa que se transformará en un torrente de agua que se adueñará de lo que siempre ha sido suyo. Y Violeta lo era.

Suya. Siempre.

Se prometió a sí mismo que, aunque él se encontrara lejos de ella, la protegería. Sabría qué hacer. Eso pensó también cuando ella le llamó la víspera de su regreso de París para que acudiese a recogerla al aeropuerto. Si se hubiese comportado con la suficiente valentía para salir de su escondite e ir a buscarla, aun a riesgo de ser detenido... Si jamás hubiese confiado la protección de su hermana a quienes no debía... ¡Dios! Jamás conseguirá perdonarse a sí mismo su cobardía. Pero está completamente seguro de que, a partir de ahora, ocurra lo que ocurra, aunque se encuentre en prisión, hallará alguna estrategia mejor para continuar cuidándola. Violeta deberá disfrutar de todo lo bueno que la vida le proporcione, acabar su carrera, trabajar, casarse, tener hijos. Por supuesto que sí.

No obstante, existe algo que siempre le ha preocupado sobremanera: Violeta se ha convertido en una mujer preciosa, sensual, y muy deseable para cualquier hombre. Lo peor es que es demasiado coqueta y confiada, y no sabe medir sus límites.

Violeta es lo único que da sentido a su vida.

4

MARK

UN ANILLO DE BRILLANTES

Madrid, 23 de diciembre de 2015

Violeta y yo subimos en el ascensor. Marcó el número de su piso. Después de sus cincuenta y dos días de ausencia, por fin nos quedábamos solos. Con su espalda pegada al cristal, le palpé las tetas por encima de la ropa, mientras, jadeante y loco de deseo, le comía la boca.

—¡Eh! ¡Para! —Se rio—. ¿Qué haces? ¡No quiero! ¡Para! ¡Vas a hacer que se caiga el ascensor! —Y yo paré.

Una vez en el rellano de su escalera, a punto de entrar en casa, me miró recelosa. No obstante, abrió la puerta y me dejó pasar. Una vez dentro, la cerró y se apresuró a descorrer las cortinas y a abrir las ventanas.

—Hace un frío tremendo, pero quiero que la casa se airee un poco.

La seguí hasta el balcón y me asomé. El Toyota negro se encontraba junto a la plaza, con dos ruedas laterales apoyadas sobre la acera, con las luces de emergencia encendidas, como un aviso, como una amenaza, como el anuncio de un inminente peligro.

—Es mejor que cerremos las ventanas —dije—. Hace demasiado frío. Dicen que es posible que nieve en los próximos días.

—Vale —contestó desenfadada—. Voy a poner un poco de música.

—No te imaginas, Violeta, cuánto te he echado de menos. —La abracé y la besé en el cuello—. Para mí ha sido una tortura no llamarte y no responder a tus llamadas. No quería que te sintieras acosada como me dijiste. Te necesito, Violeta.

—Quieto, Mark —dijo al tiempo que me apartaba—. Déjame respirar un poco. —Se sentó en el sofá y se quitó los zapatos.

—Ay, mi casita. —Suspiró mientras miraba a su alrededor—. Qué mona —. Señaló la mesa de delante del sofá, la librería, sus vitrinas—. ¿Has visto? Mis tarritos de cristal con tus caramelos siguen aquí. Y las violetas, mira qué bien se conservan. Me las ha cuidado mi hermana Rosa durante este tiempo. Es tan entrañable... Siéntate. Voy a ducharme y a arreglarme un poco. Después si quieres podemos bajar a cenar algo por ahí. ¡Ah! ¡Tengo que llamar a Pilar! Esta noche es su cumpleaños y nos va a invitar a unas copas. Voy a regalarle unas láminas preciosas que he conseguido en el anticuario de mi hermana Margarita.

—Que también es muy entrañable, ¿verdad —le pregunté irónico. Me miró, sonrió y asintió con la cabeza.

—Mira, Violeta, te escucho y no me lo creo. Hace tiempo que no nos vemos. Mientras tanto, esos amigos de tu hermano que tanto se interesan por él han continuado amenazándome. —Mentí.

—¿De verdad?! ¿Cuándo ha sido eso? ¡Lo habrás denunciado, supongo! Yo se lo he contado a mi hermano mil veces y dijo que lo solucionaría de una vez por todas. No lo entiendo.

—Déjalo, Violeta, ¿qué más da? Lo que me molesta es que ayer me llamaste para que fuera hoy a recogerte al aeropuerto, y yo, como un corderito, como un completo imbécil, aplazó todas mis reuniones para ir a recibirte. Apenas me ves, me estampas un besazo, y después me pegas con tu bolsito avergonzándome delante de la gente. No quiero ni pensar que la escenita la haya grabado alguien para difundirla. Y ahora quieres que «cenemos algo por ahí» y que nos vayamos de cumpleaños.

—Lo del beso, y lo de pegarte con el bolso, era solo en broma. Cualquiera habría comprendido que se trataba de un juego.

—No, Violeta. Para mí, todo lo que sucede entre nosotros no es un juego. Necesito pasar toda la noche contigo, los dos solos. Quiero que hagamos el amor. Te quiero. ¿Lo entiendes?

—Anda, ven y siéntate aquí conmigo. —Colocó la palma de la mano sobre el sofá—. Es que como durante todo este tiempo no me has cogido el teléfono, no he tenido ocasión de contártelo. Veras: a partir de ahora apenas voy a salir de casa como no sea a la universidad o a la biblioteca. Tengo que dedicarme en cuerpo y alma a acabar mi carrera. Estudiar en París me sirve de mucho, pero apenas he tenido tiempo de preparar algunas asignaturas. Además, debo recuperar algunas prácticas. A partir de ahora, nada de salir con amigos, ni cine, ni redes sociales. Nada de nada. Solo estudiar. Así, el verano próximo, con la carrera terminada, me podré ir tres meses a la India, y si todo sale como espero, quizá me quede allí un año. Ya veremos. La especialidad la haré a la vuelta.

—¿¿Qué... qué dices?! A la India... ¡Un año! ¿Qué se te ha perdido allí?

—Pues allí se me ha perdido que voy a trabajar en una ONG que se dedica a atender a mujeres maltratadas, a esas que violan, o que venden sus familias para sobrevivir y las mafias las convierten en esclavas sexuales. ¿Sabes lo horrible que debe ser eso? No quiero ni pensar que me sucediese a mí. Creo que no lo soportaría.

—Violeta. —La cogí de los hombros y la giré hacia mí—. Violeta, escúchame. Yo tenía otros planes para nosotros. Yo quería que tú y yo... Espera, mira. —Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y saqué el estuche con el anillo que le había comprado hacía muchos meses. Se lo entregué. Lo cogió despacio y en silencio. Miró la cajita, luego a mí, y por fin lo abrió.

—¡Madre mía! —Se sobresaltó—. ¡Qué bonito! ¡Un anillo de brillantes! No será para mí, ¿verdad?

—Pues claro que es para ti. Es un anillo de compromiso. Me gustaría que aceptaras ser mi prometida. Casarme contigo es lo que más deseo en el mundo, ¿lo llevarás?

—Yo, tu prometida. ¿Estás loco? Solo tengo veintitrés años.

Extraje el anillo de la cajita y se lo coloqué en el dedo. No opuso resistencia. Extendió el dorso de la mano y se lo observó.

—Es precioso, Mark. Me encanta, pero no puedo comprometerme ni contigo ni con nadie. Tengo demasiadas cosas que hacer antes de eso. Además —dijo con dulzura—, ¿qué iba a hacer en la India con un anillo así? ¿No lo comprendes?

—Marcharte a trabajar a la India... Eso... Se trata, sin duda de un simple capricho de una joven idealista. Dedícate a acabar tu carrera y la especialidad que elijas. El resto déjalo de mi cuenta. Conseguiré para ti el trabajo que te apetezca, cualquier cosa. ¿Qué te parecería ser la propietaria de una gran clínica privada?

—¿¿Qué?! —exclamó—. ¿Conseguir trabajo para mí? Sería indigno. No necesito que nadie me ayude profesionalmente.

—Es igual, Violeta. Si te vas a la India, me iré contigo. Lo dejaré todo. Te seguiré adonde vayas con tal de tenerte.

—¿Cómo dices? Ay, Mark. —Me acarició la cara con gesto compasivo—. Creo que... Ay, Dios mío. No sabía que en realidad me querías tan en serio, de esa manera. Me has regalado un anillo de compromiso. ¡Me has pedido que me case contigo! Si es verdad que sientes tanto por mí... Yo... no quiero hacerte daño, pero es que... Ay, me sabe tan mal... Yo no estoy enamorada de ti y no creo que vaya a estarlo nunca. Lo siento. —Tenía los ojos llenos de lágrimas—. No sé si a partir de ahora podrás aceptarme tan solo como una buena amiga, o será mejor para ti que no volvamos a vernos. No sé muy bien lo que piensas tú. —Agachó la cabeza y, durante unos instantes, se mantuvo pensativa y en silencio—. Bueno —añadió compungida mientras me acariciaba la mejilla—, ¿te parece bien que llame a Pilar para ver dónde quedamos? Lo siento mucho, Mark, de verdad que sí.

—Violeta, mírame —le dije desesperado. Le acariciaba la cara, el pelo, los brazos—. No es necesario que estés enamorada de mí. Me has dicho algunas veces que te gusto mucho. Incluso yo creo que, en el fondo, me quieres un poco. Necesito hacer el amor contigo esta noche. ¿Tan difícil sería para ti?

—No puedo, Mark. Entiéndelo. —Se quitó el anillo y me lo devolvió—. No me apetece. Necesitaría estar enamorada de verdad. Para mí, el amor y el sexo deben estar unidos.

—¿Eso crees? —Me guardé el anillo—. Eres muy joven, Violeta, una cría. No tienes ni idea del mundo en el que vives. Acaso, cuando yo te beso y tú me besas, ¿no sientes nada?

—Pues claro que sí, pero sabes que a partir de cierto límite me siento muy incómoda.

—Yo siempre te he respetado y he parado cuando me lo has pedido. Creo que me merezco hacer el amor contigo alguna vez.

—No creo que mantener relaciones sexuales sea cuestión de méritos. No me considero un premio.

—¿Ni siquiera una noche, Violeta? ¿Ni siquiera? —Intenté besarla, pero ella giró la cabeza—. Te juro que no te arrepentirás. Las mujeres dicen que soy muy buen amante. Tengo experiencia de sobra. Solo tienes que dejarte llevar. Yo lo haré todo.

—Mira, Mark, no quiero discutir contigo sobre eso. —Se levantó del sofá—. Creo que es mejor para ambos que no volvamos a vernos. Estamos en otra onda. Deberíamos dejarlo aquí.

—Dejarlo aquí, dices. ¿Dejarlo aquí? Te conozco desde hace nueve meses. Nos besamos la misma noche que te conocí, te comí el coño, te corriste.

—¡Calla, por favor! —Se tapó los oídos con las manos—. No me acuerdo de eso. Estaba borracha. No quiero que me lo cuentes.

—¡Hemos salido juntos en muchas ocasiones y ya he tenido demasiada paciencia contigo! Cuando salgo con una tía, ¿crees que espero tanto tiempo? ¿Crees que yo soy uno de esos tíos blandos? —La agarré del pelo, la acerqué a mí y la besé sin contemplaciones.

—¡Ay! —gritó—. ¡¿Qué haces?! —dijo mientras se deshacía de mis manos—. ¡No puedo! El día que me acueste con alguien... ese día —dijo mientras caminaba hacia atrás—, a esa persona le entregaré mi cuerpo y mi alma entera.

—Eres una ignorante y una estúpida. ¿Dónde piensas encontrar a ese tío, aquí, o en la India? ¿O te irás a África a buscarle?

—Eso no importa. Ahora tengo planes, y cuando los cumpla tendré otros.

La espalda de Violeta chocó contra la pared y adosó a ella las palmas de las manos como si pretendiera empujarla para continuar retrocediendo.

—Planes, dices. Cuéntamelos. Me interesan —dije con sorna—. ¿Qué planes tendrás? Venga, cuenta.

—Apártate, por favor. —Me empujó con suavidad—. Me das miedo. Tengo muchos planes

profesionales, personales y de todo tipo. Después, dentro de unos años, cuando lo considere oportuno, supongo que querré casarme, tener hijos y criarlos como es debido, como hicieron mis padres conmigo y mis hermanos, pero eso será mucho más adelante. ¡Y no vuelvas a tocarme! — Miró a su alrededor y se dirigió hacia la puerta.

—¿Y dónde se crio tu hermano Fusco?! ¿En un hogar, dulce hogar? Dime, ¿a cuántos les habrá jodido la vida? Me dijeron que gracias a él eras intocable. ¿Tanto te quiere que te obliga a comportarte como una monja? Me cago en su puta calavera y en la de tu amiga Carlota.

Frunció el ceño. Después su expresión cambió. Jamás la había visto tan enfurecida.

—¡No te consiento que insultes a mi hermano! Y Carlota es una buena amiga. ¡Vete!

—No.

Me agarró del brazo, tiró de mí hacia la puerta e intentó abrirla, pero se lo impedí.

—¡He dicho que te vayas! —insistió.

—¡Ni lo sueñes!

—No debí haber salido nunca contigo. No sé en lo que pensaba. Creo que esta situación debería haberla previsto. Me dejo llevar demasiado por lo que siento en el momento. Ahora me arrepiento. Tienes razón. Soy una cría. Vete o llamaré a la policía.

—No voy a marcharme de aquí sin follarte. ¡Eres una calientapollas!

Me lancé a ella, le sujeté la cabeza, la besé y le mordí los labios. Violeta intentó defenderse de todas las maneras posibles: gritó, me arañó, me dio patadas, me mordió la oreja... Me sentía tan enfurecido con ella que le pegué una hostia tan fuerte que cayó al suelo. Parecía algo aturdida, pero aun así se levantó y corrió hacia la puerta. Intercepté sus pasos, le puse la zancadilla y volvió a caerse.

—¡Mark, por favor! ¡No me pegues! —suplicó aterrorizada mientras se esforzaba en levantarse del suelo. Le sangraba la nariz—. Si te vas ahora, no te denunciaré. Si me quisieras tan de verdad como has dicho, te marcharías.

A partir de ese momento, fui yo quien comenzó a jugar; un juego divertido y gratificante: Violeta corría a esconderse: en la cocina, en el baño, en su habitación, intentaba salir al balcón para pedir ayuda, pero le resultaba inútil. Siempre acababa por interceptarla y golpearla o empujarla contra el suelo o contra un mueble. Los tarritos de cristal que con tanto esmero tenía colocados por toda la casa, con las sucesivas carreras y forcejeos, cayeron al suelo y estallaron en múltiples pedazos. Los caramelos rodaron por la habitación como canicas.

—¡Espera, espera! —dijo temblorosa y jadeante desde el suelo. Se levantó, se acercó a mí y me puso una mano en el pecho mientras con la otra intentaba limpiarse la sangre que le manaba de la nariz y de la boca—. Tienes razón: no es necesario que esté enamorada y confieso que en el fondo es posible que te quiera —apenas le salía la voz—. Si quieres que lo hagamos lo haremos, pero vamos a hacerlo tranquilos. Ven. —Tiró de mi brazo—. Vamos a la habitación.

—¿Por quién me tomas? Insultas mi inteligencia, hija de puta. —Subí el volumen de la música. Las notas de aquel piano resultaban perfectas para disimular mis golpes y sus gritos.

Con las escasas fuerzas que le quedaban, intentó alcanzar la puerta de la calle, pero yo, sin necesidad de correr, la alcancé y la empujé contra una vitrina. Su cristal estalló y se desplomó hasta el suelo al mismo tiempo que ella y que sus macetitas de violetas. Con la mano ensangrentada, alcanzó una de ellas. Yacía junto a ella, con la mata arrancada del tiesto, mostrando sus raíces desnudas por la fuerza del impacto. Me la lanzó, pero solo logró que cayera a su lado.

Ya no sirvieron de nada sus intentos por levantarse. La cogí en brazos, la llevé a su habitación y la estampé sobre la cama.

—¿No era aquí dónde querías hacerlo, cabrona?

Me eché sobre ella y con el peso de mi cuerpo la inmovilicé. Abrió la boca esforzándose en respirar. Sonreí. Por fin era mía. Me sentía poderoso. Iba a hacer con ella todo lo que se me antojase, ahora sí.

—¡No, por favor! —dijo jadeante—, no lo hagas. Estoy llena de vidrios. Me duele mucho el hombro y las rodillas y creo que no puedo mover los tobillos. No me hagas más daño. Suéltame.

Volví a abofetearla y le arranqué la ropa.

—Te lo suplico. —Lloraba—. Estoy muy contraída. ¡Me vas a hacer mucho daño! Soy virgen.

Le separé las piernas con mis rodillas, me abrí la bragueta y la penetré con todas mis fuerzas. La embestí fuerte, muy fuerte, una vez, y otra, y otra, mientras ella gritaba.

Aquello no era suficiente para mí y, al poco, le di la vuelta y e intenté ponerla a cuatro patas mientras le tiraba del pelo y le abofeteaba el culo, pero se desplomaba una y otra vez sobre la cama. No me importó demasiado. Le di por detrás con toda mi furia, mi furia desatada. Gritó tanto que se quedó afónica. La cogí en brazos, la lancé contra el suelo, la agarré de los pelos y la arrastré hasta el sofá. Y allí la volví a penetrar hasta que quedó extendida con los brazos y piernas abiertos como la piel de un animal. Sus gritos me daban casi más placer que follarla, porque el castigo que le estaba infligiendo se lo merecía.

Finalmente, cuando ya no pude aguantar más, la giré y me corrí en su cara.

Para entonces, ya hacía unos minutos que había enmudecido y que su cuerpo aparecía inerte. A horcajadas sobre su vientre, la agarré por los hombros y la zarandeé.

—¡Eh! ¡Mírame! —dije sujetándole la cara—. ¡Que me mires!

Sus ojos abiertos parecían huecos, sin vida, como si su cuerpo se hubiera convertido en una cáscara vacía. Le tiré del pelo. No respondía. Lo volví a hacer y ella gimió. Dije:

—Ya está. ¿Ves qué fácil? A partir de ahora nos llevaremos mejor. ¡¿Verdad?! Contesta. ¡¿Verdad?! —Con la mirada ausente, movió los labios. ¿Qué dices? ¡No te oigo!

Acerqué mi oído a su boca, pero no escuché nada.

—¿Te has corrido? Dime, ¿te has corrido como aquella noche? —dije sarcástico.

No respondió.

—Pues otro día será mejor. —Me levanté y la observé soberano desde arriba, rendida a mis antojos. Porque ahora, por fin, yo era su amo. Me recliné de nuevo sobre ella y le sujeté la barbilla.

—Es mejor que no contemos esto a nadie. Quedará entre nosotros. ¿De acuerdo?

Entré en el cuarto de baño. Al salir observé que permanecía sobre el mismo sofá en el que me la había follado, y en la misma posición en la que la había dejado, inmóvil, callada.

—Te llamaré —le dije mientras me colocaba la chaqueta—, y tú responderás siempre. ¿De acuerdo? —Me acerqué y la volví a abofetear—. ¡¿De acuerdo?!

A pesar de que continuaba con los ojos abiertos, no contestó. Me dirigí hacia la puerta y, a punto de abrirla, ¡crash! Sin darme cuenta, aplasté con el pie uno de los pequeños tarritos de caramelos violeta, sus caramelos, los míos. Algo estalló también dentro de mí. Me giré a mirarla. Fue entonces cuando reconocí la sangre: la que manaba de su nariz, de su boca, de sus brazos... y, sobre todo, de su vientre, una gran mancha roja bajo esas entrañas que yo había profanado. ¡¿Qué había hecho?! Me acerqué hacia ella y me horroricé. ¿De verdad aquello había sucedido? Lo que yacía delante de mí no era Violeta, sino un trapo viejo arrugado y ensangrentado. Sin poder apartar la vista de ella, retrocedí hasta alcanzar el rellano de la escalera. Cerré la puerta de una patada. Necesitaba huir, escapar, pero de mí mismo, extraer de mi interior aquel ser demoníaco que me había poseído. Bajé corriendo las escaleras hasta alcanzar la calle. Desde allí,

miré hacia los balcones de Violeta. Su imagen reapareció en el interior de mi cabeza. La vi con su vestido amarillo, riendo despreocupada, intentando ahuyentar los mosquitos con su sándwich, disfrutando de la vida. Y ahora estaba sangrando, sí, lo estaba. ¿Por qué sangraba? ¿De verdad le habría hecho tanto daño? Mi Violeta, mi dulce Violeta, mi amor, mi chiquitita, mi niña. «No puedo dejarla así», me dije. «Tengo que volver. La llevaré al hospital, al mismo en el que ella estudia. La curarán. Se pondrá bien. ¡No, no puedo llevarla a ese puto hospital ni a ninguno! Llamaré a una ambulancia de manera anónima para que vayan a buscarla. Ella no dirá nada de lo que ha pasado. Seguro que no lo hará, ¿verdad? No, eso tampoco. La curaré yo mismo, me quedará con ella siempre, ella me pertenece a mí desde el primer día, desde la noche de San Juan, desde la noche que cumplió veintitrés años». Llamé a su telefonillo. ¡No contestó! Volví a llamar. ¡Tampoco respondió! «¡Violeta! ¡Violeta!», grité desde la calle. «¡Lo siento! ¡Violeta! Te quiero. Te amo. Mi niña». Caí de rodillas y tapándome la cara con las manos comencé a llorar, a gritar, a bramar.

No me preguntes, Rafa, si estaba Petryk, o si el Toyota negro continuaba sobre la acera con sus luces de emergencia, si había alguien en la calle paseando por la Plaza de Santa Bárbara o circulando por la Glorieta. Para mí solo existía oscuridad y vacío.

Voy a confesarte una cosa, Rafa: siempre he creído ser mejor persona que tú porque yo nunca he estafado dinero a las mujeres con las que he salido. ¿Recuerdas aquellas fiestas de después, aquellos viajes? Pues claro que lo recuerdas. Y tampoco he vivido a costa de tus novias como tú sueles hacer. Me dijeron que ahora es Mónica quien te sufraga todos tus gastos, ¿no? Sin embargo, creo que los dos somos iguales. No, no es cierto. Ahora yo soy mucho peor. Si pudiera retroceder... Me arrepiento de lo que he hecho, pero mentiría si dijera que ella no se lo merecía.

Ya no tengo nada más que contarte, Rafa. No sabes lo que te agradezco que me hayas escuchado y que no me hayas interrumpido. Ahora necesito que por fin me digas algo. ¿Qué puedo hacer? Si pudiera atrasar el reloj... Dime algo. Contéstame por favor. ¿No contestas? ¡¿Estás ahí?! ¡Contesta por Dios!... ¿Rafa? ¡Rafa! ¿Qué sucede? ¡¿Hay alguien ahí?! ¡¿Estás ahí?! ¡Contesta por Dios!... ¿Rafa? ¡Rafa! ¿Qué sucede? ¡¿Hay alguien ahí?! ¡¿Estás ahí?! ¡Contesta por Dios!...

—Sí, hay alguien aquí, pero ya no es Rafa porque acabo de echarle de mi casa. Soy Mónica, su expareja. Y ya he avisado a la policía, hijo de puta.

CUARTA PARTE

1

VIOLETA Y MARÍA

«La señora Dalloway compró las flores ella misma», o quizá no, porque es posible que olvidase el color de su propio nombre. A veces necesitas la ayuda de las personas que más te quieren para poder recuperarlo.

El fondo de algunos lagos está cubierto de lodo y yo resbalé una vez, y otra y otra...

Pero unos brazos fuertes pueden hacerte emerger y salvarte la vida.

Regresaron las luces blancas y azules, las sirenas, los pinchazos, la mascarilla de oxígeno, las correas. No sé en qué momento comencé a gritar hasta desgarrarme la voz. Pensé que Boro estaba muerto. Que yo le había matado. Llamaba a Fusco, y a mi padre... y a mi madre. Sobre todo, a mi madre. Necesitaba que me abrazara, que me acunara en su regazo como cuando era pequeña, y necesitaba protección y consuelo. Necesitaba a la madre cariñosa que un día fue, la que me entregó a escondidas la libreta de la abuela; esa madre que perdí el mismo día que a mi abuelo, su padre.

Por suerte, el traumatismo craneoencefálico que sufrió Boro al golpearse con el último escalón de la escalera tan solo provocó que perdiera la conciencia durante unos instantes. En cuanto se repuso corrió a buscarme, me sacó del agua, y avisó a una ambulancia. No fui consciente de ello hasta mi llegada al hospital.

Ahora, Boro se culpabiliza a sí mismo por haberme sometido a una estrategia tan arriesgada, después de que hablase con mi hermano y este le contase la verdad de lo que me había sucedido. Jamás pensó que pudiese conllevar tanto peligro para mí y para él. Sin embargo, gracias a su atrevimiento, pude sumergirme en el lugar más oscuro de mi mente y conseguir recordar. Por fin, había sido capaz de completar aquella frase: «Llegué al aeropuerto y...».

Mi estancia en la planta de neumología del Hospital de Valencia oscilaba entre gritos, sedaciones y periodos de lucidez en los que era, no solo consciente de mi situación, sino también de las personas a las que más quería.

Mis padres y mis hermanos, una vez más, fueron testigos de mi dolor; pero en esta ocasión, no de mi realidad inventada, sino de la auténtica, la que me habían ocultado para protegerme.

Supe que, antes de que Boro pasara las noches conmigo, mi hermano Fusco deambulaba por mi puerta con coches diferentes, para no llamar la atención. Supe que en alguna ocasión llegó a dormir en alguno acurrucado en el asiento de atrás, como si fuera un mendigo. Jamás le vi, pero ahora comprendo por qué algunas veces me despertaba en mi cama, arropada, con las manos sucias, con pequeñas piedrecitas o alguna misteriosa brizna de hierba entre los dedos de los pies.

Durante mi estancia en el hospital, Margarita y Rosa tuvieron el extravagante capricho de alojarse en mi casa de La Albufera. Me las imagino a las dos, atentas al sonido del rumor del agua y del viento, y expuestas al vocerío y el golpeteo de los cacharros procedentes del restaurante. Me las imagino asomadas a la ventana respirando los olores del barro y del salitre. Y, sobre todo, imagino a Margarita disfrutando de la luz del Mediterráneo, esa que no alcanza hasta París.

Vicenta, Federico y Amparo acudieron a verme al hospital en varias ocasiones, y ambas

familias, mis dos familias, se conocieron, y hablaron. Sin embargo, solo permanecían conmigo unos segundos, o se limitaban a quedarse en el pasillo o a asomarse a la puerta. Porque yo, apenas los veía, deshecha en llanto, les pedía mil perdones por haber empujado a Boro por la escalera y haber podido matarle. Les decía que Vicenta tenía razón cuando me habló de que estaba enferma, y que debería marcharme a Madrid para «curarme al abrigo de mi familia». De ese modo, nada de esto habría sucedido. Era tanta la ansiedad que me provocaba su presencia que el médico les aconsejó que no viniesen a verme por el momento.

Una tarde, recibí la visita de Vicenta. Llegó sola. Apenas entró en la habitación, levantó la palma de la mano:

—No. No digas nada. No quiero que llores ni que pidas perdón porque bastante lo has hecho ya.

No pude responder. La tos me impedía hablar.

Vicenta me dio un beso en la frente y frunció el ceño.

—Creo que tienes fiebre. Y esa tos... ¿Es que nadie se ha dado cuenta?

—No me han tomado la temperatura desde esta mañana. No estoy nada bien, Vicenta. Me parece que estoy desarrollando una neumonía.

—¿Dónde está tu familia, Violeta? —me preguntó mientras pulsaba el timbre para llamar a la enfermera—. Me extraña no ver a nadie por aquí.

—Es que esta mañana, he discutido con mis hermanas y se han marchado un poco enfadadas. Dijeron que llevaban aquí muchos días, que ya no podían quedarse más. Se empeñaron en que una ambulancia me trasladase a un hospital de Madrid. Así, mis padres me tendrían más cerca y les resultaría más cómodo visitarme. Margarita a estas horas ya habrá llegado a París. Rosa tiene dos niños pequeños y el restaurante, ya sabes.

—Y tú no quieres irte con ellos.

—No, no quiero, al menos hasta que no esté bien.

—Y tus padres...

—Están en el hotel.

—¿Por qué no está al menos tu madre contigo? ¿Tan mal se encuentra?

—¿Mi madre? Mi madre es incapaz de estar aquí más de una hora. Apenas me ve, se echa a llorar. Se sienta, y al poco rato se queja de que le duele la espalda, o las piernas cuando está de pie. Está muy deprimida.

—Y tu hermano, ¿tampoco puede? No me gusta que estés sola.

—Mi hermano es... muy especial. ¿Qué tal os va en el restaurante?

—No estábamos hablando de eso, pero ya que lo preguntas... Últimamente ha llovido mucho. Dicen que algunos pueblos se han inundado. Menos mal que nosotros tenemos el lago y los arrozales. Si vieras lo que han aumentado de nivel... Estamos aguantando todo lo que podemos para permanecer abiertos a la hora de las cenas, pero no nos compensa. La semana que viene, lo haremos solo en las comidas y —suspiró—, no sé si más adelante cerraremos los días de diario y abriremos los fines de semana y los puentes señalados. Ya veremos.

—Me da mucha pena.

—Esto es así, bonita. Todo está cada vez más caro y la gente parece que tiene cada vez menos dinero. Por suerte, nosotros no podemos quejarnos. El verano ha resultado bastante bueno gracias a Boro y, en parte, gracias a ti: «Marieta, la de la barraca».

—Ay, no digas eso que me emociono y cuando lloro se me congestiona la nariz y no puedo respirar.

—Sigo pensando que no deberías estar sola. Sobre todo, si tienes fiebre y te encuentras peor.

—Vicenta volvió a pulsar el timbre para que acudiera la enfermera.

—No estoy sola. Boro viene todos los días... a pesar de... de todo lo que hice.

—Violeta, ya está bien, no vuelvas a hablar de eso. Solo fue un accidente. Además, es muy difícil matarse cayendo desde tan poca altura. No sé cómo se atrevió a someterte a aquella situación. ¿Quién se creyó que era, tu psiquiatra? Le está bien empleado —suspiró—. No sé de qué hablaría con tu hermano. Menuda pareja. Por cierto, hoy no veo a mi sobrino por ninguna parte.

—Ha salido a ver a un amigo.

—Sí, claro, por supuesto. Ayer a mediodía presentó un postre especial. Estaba riquísimo. Era de chocolate y... Da igual. Tuvo mucho éxito, aunque —titubeó—, es tan complicado que no creo que yo aprenda a elaborarlo. Vamos que, aunque se enfade conmigo, no lo pienso ni intentar.

—¿Ayer? Boro ayer estuvo aquí casi todo el día. ¿Quién hizo el postre?

—Él.

—Eso es imposible, Vicenta. Solo se marchó a comer a la cafetería de enfrente del hospital y volvió a las... Ay, no estarás insinuando que cada vez que sale de aquí se va al restaurante, ¿verdad?

—No siempre; pero muchas veces, sí.

—¡Eso es una ridiculez! Debería habérmelo dicho. No quiero que venga. No lo necesito. Me duele mucho verle. Si quiere, que se acerque un ratito alguna tarde y ya está.

—Boro te quiere mucho, Violeta, y está dispuesto a hacer por ti cualquier sacrificio por duro que sea, aunque tenga que renunciar a muchas cosas. Pero eso ya lo sabes, ¿no?

—Yo también le quiero, pero no pienso consentirlo. —Tuve otro acceso de tos. Me asfixiaba—. Tengo una neumonía, por la aspiración del agua del lago. Estoy segura. Necesito que vuelvan a valorar mi estado y que me reajusten el tratamiento.

Vicenta corrió al pasillo a buscar a la enfermera. Desde la habitación escuché como discutía con ella.

—¿Desde cuándo no la ha visto un médico?... ¡No me importa que hoy sea domingo!... ¡Quiero que venga el médico de guardia!... Esa tos que tiene y la fiebre... ¡Deberían hacerle otra radiografía! ¡No, no soy médico, pero es cuestión de sentido común!... ¡No es asunto mío que no se contrate a más médicos!... ¡Si no viene enseguida, iré yo misma a buscarle y pondré una queja!

Regresó a la habitación con la cabeza erguida.

—Caray —comenté a su vuelta—. Siempre he admirado tu forma de ser. Con esa firmeza, seguro que el médico viene corriendo.

—Pienso quedarme contigo hasta que todo esto se resuelva.

—Entonces, avisa a Boro para que no venga y se quede en el restaurante.

—Cuando se lo cuente, seguro que vendrá enseguida.

—No, no. Dile que no es preciso.

—No servirá de nada. Voy a avisar también a tus padres. Tienen que saber que estás peor.

—Eso tampoco. Mi madre se habrá acostado y no quiero molestarla. Y mi padre también se preocupará. A estas horas, mis hermanas seguro que ya habrán llegado a sus casas y, si se enteran, es posible que vuelvan. No quiero que estén pendientes de mí. Bastante lo han hecho ya durante toda mi vida. Y mi hermano —me eché a reír en medio de un golpe de tos— o está aquí demasiado, o no está nada. Toda mi familia es muy especial. Necesito un paracetamol. Estoy tiritando.

Vicenta salió al pasillo.

—¡Enfermera!

Por fin, el médico de guardia acudió a reconocermela y solicitó una serie de pruebas. Posteriormente, reajustó la dosis de mi medicación.

Mis padres y Boro acudieron enseguida. No obstante, llegada la noche, Vicenta los convenció de que se marcharan. La fiebre me había descendido, pero ella lo tenía muy claro: no se marcharía de mi lado hasta que al día siguiente acudiera el médico a visitarme de nuevo. Y no sirvieron de nada mis protestas. «Lo tengo decidido. Y que no se hable más», dijo.

Esa noche no volvió a subirme la temperatura hasta las tres de la madrugada. Hasta ese momento, a pesar de mi tos constante, hablamos mucho. Ella de sus cosas y yo de las mías. Como dos amigas, como dos confidentes, como lo harían una madre y una hija adulta que se quieren y se respetan.

—No, Violeta —dijo Vicenta en un momento dado—. Durante los meses que has estado trabajando con nosotros, me has hablado de tu familia muchas veces. Ahora los he conocido y... Bueno, la verdad es que no sé de ninguna familia que sea perfecta. Eso no existe. Aunque, lo que me has contado hoy... ¡Madre de los Desamparados! No sabía lo que le había pasado a tu hermano con ese compañero. No quiero ni imaginarme todo lo que habréis sufrido todos, sobre todo tu madre. Y él, por supuesto.

—Y no tienen arreglo. Ni mi madre, ni mi hermano...

—¿Ni tú? —interrumpió.

—¿Yooo?

—Vas a enfadarte conmigo, pero tú también tienes un problema, y no menos grave.

—Ay, Vicenta, no me digas eso. Espero ponerme bien de la neumonía y que supere mis traumas. Por lo demás, no tengo problemas. Incluso me siento muy culpable por ello porque yo siempre he sido la más favorecida, la más afortunada de toda mi familia. Soy... soy... —Tosí y me aclaré la voz—. Soy a la que todos quieren y miman. Soy su —tartamudeé— mu... ñequita de... cristal.

Me sorprendió escucharme a mí misma pronunciando esas palabras: «Soy su muñequita de cristal».

Me eché a llorar.

—Vamos, Violeta, tranquilízate. —Me acarició el pelo con los dedos—. Aunque no siempre lo parezca, en las familias que se quieren de verdad, cuando a alguno le sucede algo malo, los demás también sufren. Cada uno a su manera. Ninguno se libra. A todos nos duelen cosas propias y ajenas. Lo he visto desde que tengo uso de razón. Supongo que, según lo que me han contado, tú siempre has sido la más dócil y obediente, tu hermano era tan rebelde... y luego tus hermanas mayores se marcharon de casa tan pronto... pues... todos se volcarían en ti. Bueno, no me hagas caso. Solo son intuiciones mías. Soy la menos indicada para hablar. Ya sabes la cantidad de problemas que existen en la mía.

—La tuya es estupenda.

—No, Violeta. Nos has idealizado y no sé por qué.

—A veces, he pensado que mi vida hubiese sido muy distinta si mi madre hubieses sido tú.

Vicenta realizó ademán de taparme la boca con la mano.

—Cállate. Tienes fiebre. Deliras.

—Boro tiene mucha suerte.

—Y tú también porque además de tener a una familia que te quiere mucho, le tienes a él. Estoy segura de que nunca te dejará. Pase lo que pase.

—Vicenta.

—¿Qué

—Gracias por todo.

Mi empeoramiento provocó que toda mi familia acudiera a verme con mayor frecuencia. Sobre todo, mi padre.

—Papá, ¿cómo estás?

—Contigo, mi niña. No te esfuerces en hablar. Sigue durmiendo.

—Papá, dame la mano. ¿Recuerdas cuando estuvimos en Tenerife toda la familia, cuando a mí me llevabas sentada sobre tus hombros?

—Claro que sí. ¿Cómo no voy a acordarme? Aquella etapa de nuestra vida fue maravillosa.

—¿Papá...?

—Estoy aquí. ¿Necesitas algo?

—¿Dónde está Fusco?

—No lo sé, cariño.

—Esa noche le vi. Después, Boro fue a buscarle y hablaron los dos.

—Sí, ya lo sé. Hubiese sido mejor que no lo hubieran hecho. Estás viva de milagro.

—¿Dónde está Boro?

—Debe estar en la sala de espera. Salió de la habitación cuando yo llegué, para dejarnos a solas.

—Tengo que hablar con él de algo muy importante. Mucho.

—¿Quieres que le avise?

—No, ahora no. Hablaré con él de eso en otro momento: por la mañana, pronto, uno de estos días... Ahora no. Tengo mucho sueño.

—Cierra los ojos y descansa, mi pequeña. —Y me dio un beso en la frente.

—Oye, Fusco. —Me apoyé sobre los codos para incorporarme en la cama, ahora que estamos los dos solos quiero pedirte algo muy importante.

—Acababas de quedarte dormida.

—No quiero que nadie lo sepa.

—Pídeme lo que quieras.

—Quiero que busques a Mark. Tráemelo aquí por favor.

—¿Qué?! Anda, cierra los ojos. Es mejor que sigas durmiendo.

—Necesito pedirle perdón. Jugué con él durante muchos meses. Estoy tan arrepentida... Él dijo que se había enamorado de mí de verdad. Me compró un anillo de brillantes, de compromiso. Quería casarse conmigo y yo le desprecié. Me merecí lo que me hizo.

—¡Voy a llamar a la enfermera! ¡Estás mucho peor de lo que parece! ¡Y no vuelvas a nombrarme nunca más a ese hijo de la gran puta!

—No le habrás hecho daño, ¿verdad?

—No, Violeta. ¡Qué dices! En absoluto. Hace unos meses, nos encontramos por casualidad. Me pidió disculpas por lo que te hizo. Después se marchó a las Maldivas con tres amigos míos. Hace unos días, me envió una postal preciosa.

—¿Está en la cárcel?

—Si estuviera en la cárcel —se echó a reír—, tendría mucha suerte.

—No tiene gracia, Fusco. ¿Y a Iñaki, fuiste tú quien le atropelló?

—¿Iñaki? ¿Ahora te acuerdas de ese cabrón? ¿También pretendes pedirle perdón por todo lo que te acosó, por lo mal que te lo hizo pasar? Pues va a resultar difícil traerle aquí. No me jodas.

—Y a ese amigo de Cosme que...

—¿A cuál de ellos? Ya está bien, hermanita. Vuelve a dormirte.

—Y también fuiste tú el que apaleó a los hombres que le pegaron a Federico. Agustín murió.

—¿Qué pasa? —interrumpió—. ¿Llevas un micro pegado a la piel para grabar mi confesión? ¿Qué es lo que toca ahora? ¿Qué entre en la habitación el FBI y me detenga? —Se acercó a mi pecho, sujetó con dos dedos uno de los botones de mi camión y fingió hablarle—. Soy inocente, caballeros. Nunca he hecho nada malo. Pueden entrar.

—No estoy para bromas, Fusco.

Fusco se levantó del borde de mi cama y se sentó en un sillón. Se inclinó hacia delante, se pasó la mano por la cabeza, se tapó la boca, se levantó, se apoyó en el cristal de la ventana, agarró el picaporte pretendiendo abrirla, pasó la yema de los dedos por el cabecero de mi cama... De pronto, se sentó de nuevo a mi lado.

—Oye, Violeta —me susurró al oído como si fuera a contarme algún secreto—. Me gustaría preguntarte algo que... —Se levantó y comenzó a caminar inquieto, por la habitación con las manos entrecruzadas sobre la nuca—. No sé por dónde empezar. Bueno, vale, te lo diré sin rodeos. —Se detuvo y se acercó a mí, y se sentó de nuevo en el borde de mi cama—: Hubo una noche... Teníamos quince años. Acudiste a mi habitación porque me estaba golpeando la cabeza. ¿Lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo.

—Me refiero a lo que sucedió entre nosotros... lo que te hice... ¡Joder, qué difícil es esto!

—Me acuerdo... más o menos.

—¿Por qué no me has pedido todavía que me vaya al carajo y no vuelva a verte? ¿Por qué no lo has hecho? ¿Es que quieres pedirme perdón a mí, como pretendías hacer con Mark? Soy tan cabronazo como él.

—Éramos unos críos y estábamos sufriendo mucho.

—Pero al final, fuiste tú quien lo pagó.

—No, Fusco. Lo pagamos los dos. Hemos estado juntos desde antes de nacer. Siempre me he sentido más cerca de ti que de Margarita y Rosa. No sé muy bien por qué. Tú chico y yo chica. Tú grande, yo pequeña. Tú el listo, yo la estudiosa. Tú el niño malo, yo la niña buena y confiada. A ti te castigaban, a mí me hacían regalos. Tú el delincuente, yo demasiado honrada.

—Qué diferentes somos.

—No es verdad. Somos iguales, pero desde la diferencia. Bueno, en ti existía algo muy especial: tenías un molde preparado para que lo rellenaras, eras el chico superdotado, el más listo, en el que papá y mamá depositaron sus expectativas. Pero tú jugabas en otra división.

—En la división de los psicópatas.

—No, no. En absoluto. Yo sé que, en el fondo, eres bueno.

—Sí. Soy muy bueno, lo reconozco —dijo con ironía—, pero no como a ti te gustaría. Soy una mala persona, Violeta. Eso sí, conduzco como nadie, peleo como nadie, no tengo miedo a nada y no soy fiel a ninguna banda. Solo a mí mismo y ni siquiera sé quién soy. Me mantengo vivo por ti. Y esto, joder, qué difícil me resulta a veces.

—Hay mucha gente que te busca, y no creo que con muy buenas intenciones.

—No todo es lo que aparenta. No debes asustarte.

—Una vez, tres hombres con muy mala pinta nos abordaron a Mark y a mí de muy malas maneras. Y Mark me contó que le pegaron un puñetazo y le pincharon en el cuello...

—¡Ja! Esos eran amigos míos. Solo pretendían asustarle y que rompiera contigo por propia iniciativa. Le calé desde el principio. No quería que se pasaran con él porque era un tío conocido. Menudos capullos. Deberían haber obrado de una manera mucho más contundente.

—¿Has dicho «era»?!

—Es solo una forma de hablar.

—Y ese compañero tuyo «del talego», como tú dices, que se había obsesionado conmigo, ¿También era mentira?

—Ese era real. Un mal bicho al que había que aplastar. No te preocupes. Ya no corres ningún peligro. De todos modos, no quiero que los colegas te relacionen conmigo demasiado. Me esfuerzo lo indecible para evitar que nos vean juntos. Por otra parte, los picoletos saben quién eres y lo que significas para mí, y eso me tranquiliza porque cuando me buscan a mí acaban por vigilarte a ti.

—Boro te encontró.

—Digamos que se lo permití.

—Y si yo quiero encontrarte...

—Tú me tienes siempre.

—Aunque no te vea.

—Siempre. Tengo mis métodos.

—Estás muy loco.

—Completamente, y tú no te quedas atrás.

—¿Sabes una cosa, Fusco? Hace poco vi a un hombre que me recordó a ti.

—Qué interesante.

—Era más mayor, con el pelo canoso. Tenía la nariz bastante más grande y las orejas eran como... un poco de soplillo.

—Pues qué bien.

—Fusco, dime una cosa: ¿qué guardas en tu mochila? Siempre llevas una. Enséñamela por dentro.

—De eso nada.

—Quiero ver lo que guardas en tu chistera.

—No te creas tan lista.

—Venga, te guardaré el secreto.

—Puedo decírtelo: una botella de agua, unas barritas energéticas, calzoncillos, jabón, una maquinilla de afeitar, colonia... Lo normal.

—¿Colonia? Tu siempre hueles bien.

—No siempre, ni mucho menos.

—¿Qué más?

—Unos zapatos castellanos.

—No te creo.

Fusco introdujo la mano en la mochila y extrajo unos perfectamente limpios. Me reí.

—Venga, saca algo más.

—No.

—Venga, Fusco, solo una cosa más.

Volvió a introducir la mano, y esta vez sacó unas elegantes camisas sin estrenar. Me volví a reír.

—¿Qué es eso? ¿Le has robado el bolso a Mary Poppins? ¿Qué es lo siguiente que vas a sacar, un ficus, o una lamparita de pie? Bueno, dame la mochila de una vez. Quiero verla por dentro.

—No, Violeta —dijo con voz firme—. Y no insistas más en ello.

—Vaya, ni que llevaras explosivos.

—Los explosivos no son mi fuerte. Dejemos esto —dijo, rotundo.

Me cogió la mano y me dio un beso en la frente. Se levantó y deambuló inquieto por la habitación.

—Si pudiera hacer algo para no hacerte sufrir...

—Sí que puedes.

Se detuvo. Y yo proseguí:

—Puedes entregarte a la policía y cumplir tu condena. Sería larga, quizá, no lo sé. Bueno, bien pensado, al menos sabría siempre dónde estás y, cuando salieras, podrías llevar una vida normal.

—¿Vida normal?! Sigues siendo tan ingenua... Yo no soy normal. No lo he sido nunca. Has hablado antes de moldes. ¿Podrías tú llevar la misma vida que yo? ¿Pensar como yo? ¿Sentir como yo? Mira, Violeta, no te empeñes en buscar para mí un final feliz. —Continuó deambulando por la habitación. La expresión de su cara era de impotencia y de dolor—. Creo que necesito salir a tomar el aire.

Asentí.

—¿Has visto hoy a Boro?

—Mira, a ese sí que puedo traerle —dijo con ironía—. De hecho, está en el pasillo, esperando a que yo salga de la habitación.

—Tengo algo muy importante que decirle.

—¿Puedo saber qué es?

—No. Por ahora no se lo voy a decir. Dile de mi parte que no se preocupe y que se vaya al restaurante. Ya se lo diré otro día.

—¿Estás preñada?

—Pues, ya que lo preguntas... no te voy a contestar. Es asunto mío.

2

LUCIDEZ

Permanecí ingresada en la planta de Neumología del Hospital de Valencia durante tres semanas. Me libré de la UCI de milagro. Efectivamente, el agua de mis pulmones me provocó una neumonía bilateral.

Y por fin, llegó el momento: el veredicto final, el alta médica.

—Por nuestra parte —dijo un neumólogo—, puedes marcharte a casa; pero los psiquiatras consideran que te vendría bien permanecer unos días más ingresada en su planta para observación. Todavía padeces algún episodio disociativo y necesitas vigilancia.

—Muchas gracias por su interés, pero no me hace falta. Desde que no tengo fiebre he pensado mucho y sé lo que quiero. Lo tengo todo planeado.

Toda mi familia, y por supuesto, Boro, se encontraban presentes, y se miraron unos a otros, callados, con gesto de sorpresa y de extrañeza.

Pero era cierto, me sentía más lúcida que nunca, a pesar de que la lucidez puede resultar mucho más dolorosa que el delirio. En ocasiones, ser consciente de lo que nos sucede y de lo que nos rodea nos hace sentir tan vulnerables y tan pequeños que preferimos dejarlo de lado o, incluso, expulsarlo de la memoria. Sumergirse en el fondo de nuestra mente, contactar con nuestras emociones puede llegar a ser asfixiante. Violeta quiso dejar de serlo y apareció María. María era el olvido, una quimera de reflejos plateados. Violeta era real a pesar de sus hematomas, sus cicatrices y su dolor.

—Voy a regresar a Madrid, a mi casa, sola. Bueno, no voy a estar sola del todo porque he llamado por teléfono a una enfermera que conozco y la he contratado. Me cuidará por las mañanas y por las noches. Por las tardes mamá vendrá y se quedará conmigo, ¿verdad que lo harás, mamá?

Rosa se acercó a mi cama.

—Violeta, ya sabes que mamá no está en condiciones para asumir esa responsabilidad.

—¿Estás segura, Rosa? —Me dirigí a mi madre—. ¿Estás tan enferma, mamá, tanto, que ni siquiera podrás hacerme compañía, solo compañía, ahora que más te necesito?

Silencio.

—Bueno —intervino Rosa—, quizá yo pueda escaparme del restaurante e ir a verte.

—No, Rosa. Quiero a mamá.

Silencio.

—No es imposible —dijo mi madre acercándose a mi cama—. Claro que voy a cuidarte. Puedes venir a casa y quedarte con tu padre y conmigo, y así me resultaría mucho más fácil.

—No, mamá —afirmé contundente—. Si me trasladara a tu casa, sería yo quien acabaría cuidando de ti. Si no quieres venir a estar conmigo por las tardes, quédate tú en la mía durante un par de semanas. Supongo que será menos porque quiero retomar mis estudios lo antes posible.

—Violeta, cariño, yo, qué más quisiera; pero no puedo dejar solo a tu padre.

—Naturalmente que puedes. Estoy segura de que a papá no le importará demasiado que le dejes tranquilo.

—¡Violeta! —exclamó Margarita— ¡¿Qué te pasa?!

—Mamá —continuó—, ¿no te has dado cuenta? Fuiste la muñequita de cristal de tu padre y ahora lo eres de papá. Lo malo es que ya estás rota. Yo no pienso seguir tu camino como hasta ahora. Quiero dejar de serlo de una vez por todas.

Mis hermanas, sorprendidas por mis palabras, observaron a mi madre que, agarrada del brazo de mi padre, parecía haber encogido transformándose en una mujer más menuda.

—Azucena —le dijo mi padre—. Sí que puedes cuidar a Violeta. Yo te acompañaré todos los días. Violeta te necesita más que nunca.

—¡Sí! —Aplaudió Fusco, teatral—. ¡A partir de ahora, estaremos juntos, y seremos felices y comeremos...! ¿Qué fue aquello que comieron? ¿Eran perdices, o faisanes? ¿Qué eran, papá?

—No pienso soportar tus sarcasmos —contestó mi padre—. Si no sales de esta habitación ahora mismo...

—¿Qué harás, papá? —dijo, desafiante—. ¿Me pegarás como cuando tenía quince años? ¿Me prohibirás que vaya a conducir karts?

—Ese ha sido un golpe bajo —intervino Rosa—. Un golpe de lo más rastrero. Si no sales de esta habitación ahora, seré yo misma quien te pegue.

—Lo siento, papá —dijo Fusco—. Lo he dicho sin pensar. —Las disculpas de mi hermano parecían sinceras, doloridas, incluso—. Perdóname... una vez más —añadió. Acercó su mano al pecho de mi padre, pero no se atrevió a tocarlo. Y justo en ese instante, mi padre, sin mirarle, le atrapó la mano y se la depositó sobre el corazón y la frotó. Su rostro se hallaba congestionado. Fusco, sorprendido por el gesto de mi padre, cerró los ojos y repitió—: Perdonadme todos. Ya me voy.

—Lo siento, Fran —contestó mi padre. Le había llamado Fran.

—No —intervine—, que no se vaya, papá. Quiero hablar con Fran a solas. ¿Podríais salir todos unos momentos?

Me obedecieron. Estar enferma encierra muchos privilegios.

—He pensado que —proseguí cuando se marcharon—, a partir de ahora, ya no voy a llamarte Fusco. Te llamaré por tu nombre real. Fran no ha muerto para mí. Y no vas a convencerme de lo contrario. Y otra cosa: tampoco quiero que estés cerca de mí pretendiendo protegerme, y luego vengarte de todos los que me han hecho daño. Si quieres andar por la vida asesinando, si es esa tu naturaleza, allá tú. Pero no me pongas a mí como excusa.

—¿Qué es esto, Violeta? ¿Es que por fin me envías al carajo, de una vez por todas? Lo que me dijiste el otro día de que éramos iguales «desde la diferencia»; eso de que te sentías más cerca de mí que de Margarita y de Rosa, ¿era mentira?

—Era cierto, pero no quiero que te preocupes tanto por mí, quiero que hagas tu vida, que me dejes en libertad.

—¿Libertad? La única libertad que conozco es la de no estar encerrado en el talego. ¿Dejarte yo a ti en libertad? No puedo. ¿No te das cuenta de que lo llevo intentando toda la vida? El día en que me peguen dos tiros te dejaré en libertad porque habré dejado de sentir. —Se golpeó el pecho con el puño.

—No quiero que apalees ni mates a nadie.

—Nunca lo he hecho por capricho. Siempre ha existido un buen motivo, al menos para mí. Soy lo que soy, Violeta. Libertad, dices. —Apoyó las manos sobre mi mesita de noche y agachó la cabeza. Permaneció así durante unos instantes, callado—. Libertad, menuda ocurrencia. Menuda palabra.

—Fran... —Coloqué mi mano sobre su muñeca y él me la acarició.

—Nunca comeremos perdices, Violeta. No puedes hacer que suceda. Cuando te encuentres mejor, me iré por ahí durante una temporada. A otro país, quizá. Ya lo pensaré.

—Pero sabré de ti, ¿verdad?

—No lo dudes nunca.

Fran me besó en la frente y se marchó.

Rosa entró en la habitación.

—Hemos recogido todas tus cosas y tengo abajo el coche preparado para marcharnos a Madrid. Si quieres, te ayudo a arreglarte. Ah, y Boro quiere verte.

—Ya lo sé, Rosa. Supongo que ha llegado el momento. Ayúdame a vestirme y a peinarme un poco, sí. No quiero que vuelva a verme con este camisón.

—Mira, ayer te compré esta falda de lana y este suéter. Creo que en Madrid hoy hace mal tiempo. La ropa que guardabas en tu armario la he colocado en la maleta. Violeta, ¿qué te pasa? —me preguntó cuando acabé de vestirme y de peinarme—. Tienes los ojos tan hinchados... Has llorado esta mañana ¿verdad?

—Sí, un poco, pero no quiero hablar de eso ahora. Anda, dile a Boro que pase, por favor.

Rosa salió de la habitación, al tiempo que yo, de pie frente a la puerta, me alisaba la ropa con las manos.

—¿Qué pasa, Violeta? —Boro entró, se dirigió hacia mí y me abrazó—. Dime, si lo tienes todo tan planeado como dices, ¿puedo saber en qué lugar me dejas a mí? ¿Has pensado en mí en algún momento? Tengo la sensación de que yo solo era importante para María. Violeta me evita. Parece que a Violeta ya no le importo.

—Te quiero más que nunca. Por eso debes dejarme.

Boro tragó saliva y se quedó paralizado.

—No entiendo lo que quieres decir. —Me sujetó de los brazos y me miró fijamente—. No hablas en serio. ¿De verdad quieres dejarme?

—No. Eres tú quien debe hacerlo. —A pesar de que le miraba, hacía esfuerzos para no verle—. No pienso convertirme en un lastre para ti ni voy a abandonarlo todo para seguirte como «tu mujercita», ¿recuerdas? No saldría bien. Tu debes seguir tu camino y yo el mío. —Recitaba mi aprendido discurso de carrerilla—. Cuando llegué a La Albufera, estaba rota. Mi propósito era descansar, recomponerme por dentro y por fuera sin la opresión de mi familia. Necesitaba sentirme libre. —Intenté, con sutileza, deshacerme de sus brazos, pero me retuvo—. Después, me iría a la India con los Misioneros Salesianos para atender a mujeres víctimas de violencia. —Giré la cabeza hacia la ventana—. En lugar de eso, acabé trabajando como tu ayudante de cocina y enamorándome de ti como una loca. Suéltame, por favor.

—Vale. Y qué. —Por fin, me soltó, y caminé hacia la ventana. No deseaba verle, pero me siguió y se colocó frente a mí—. Los sentimientos no se eligen. Nos transforman la manera de vivir, y no pasa nada. Cuando una pareja se quiere, no les importa cambiar algunos planes.

—Yo te quiero de verdad, Boro, muchísimo. —Me giré hacia él y le miré. Mi discurso se había quedado corto. Ya no conseguía fingir más, ya no, solo contener mis lágrimas y evitar desmoronarme—. Estoy muy enamorada de ti, y no dejaré nunca de estarlo; pero tengo veinticuatro años, solo me queda un año escaso para acabar mi carrera y luego me espera la especialidad. Debes entenderlo. Tú también eres muy joven. Acabas de cumplir veintinueve. Nos queda mucho por hacer.

—Violeta, por Dios. No me hagas esto. Nuestros planes profesionales pueden continuar y nuestra relación también.

—Ay, no. No me has entendido. No son solo planes profesionales ni mucho menos.

—¿Entonces...?

—¡Son planes vitales! Necesito crecer como persona, y tú profesionalmente también, pero no podrás hacerlo si estás conmigo. Y por favor, no me llames. Yo no voy a ponerme en contacto contigo, aunque... no sé si seré tan valiente.

—No, no, Violeta. —Inquieto, con avidez, me acarició las mejillas, me sujetó la cara, me peinó con sus dedos, me cogió la mano y se la llevó a los labios—. Escucha: todo esto ha sucedido demasiado rápido. Dices que lo has pensado, pero no creo que hayas tenido tiempo de asimilarlo. Has dicho que recuerdas lo que te ocurrió, pero al mismo tiempo pareces haberte olvidado de lo que hemos vivido nosotros dos. Somos tú y yo, Violeta. Tú y yo.

—Lo sé. Lo sé. —Giré la cabeza.

—¿Sabes lo que pienso? Que lo de crecer está muy bien, pero no me lo trago. Creo que me estás mintiendo. Sé que hay más.

—¿Más? ¿Qué más puede haber?

—Dímelo tú.

—No tengo nada más que decirte.

—Es imposible que después de lo que te ha ocurrido mantengas la mente tan fría, al menos conmigo.

—Ya os he dicho a todos que desde que no tengo fiebre...

—Sí. Que has tenido tiempo de pensar. ¿Y de sentir? ¿Por qué desde que estas en el hospital rechazas mi mano? Una vez me dijiste que mis manos te hipnotizaban. Las buscabas. Ahora no solo no soportas que te toque, sino que te cuesta mantenerme la mirada.

—Eso no es verdad.

—¿Ah, no? —Me sujetó la cabeza y me obligó a mirarle—. ¡Mírame!

—¡Suéltame, por favor! No me hagas esto. Te lo suplico. ¡No puedo!

—Entonces dime cuál es el verdadero motivo por el que quieres dejarme.

—No hay más motivo.

—Claro que lo hay. Voy a besarte, Violeta. Ahora que lo pienso, hace mucho que no nos besamos de verdad.

Me sujetó de los brazos e hizo ademán de lanzarse a mi boca.

—¡No! —grité. Coloqué las manos en su pecho y le empujé, pero no me soltó. Continuó sujetándome los brazos.

—¿Por qué no? Has dicho antes que me quieres más que nunca. ¿Por qué quieres romper, en realidad?

—Ya te lo he dicho.

—Repítemelo, Violeta. ¿Por qué?

—¡Porque me doy asco! —grité—. ¡Me siento sucia! ¡Soy una mala persona! ¡Porque he sido yo quien se ha buscado lo que me ha sucedido! ¡Porque he hecho sufrir a todas las personas que me quieren o me han querido! ¡Y porque un hombre con tu nobleza no se merece una mujer tan despreciable! ¡Ahora pienso que desde el primer momento que me viste desnuda supiste lo que me había pasado en realidad! Debes haber vencido muchas náuseas cuando viste todas mis cicatrices. No sé cómo fuiste capaz de penetrarme.

Me soltó los brazos. Cerró los ojos, tomó aire y lo soltó con la cabeza agachada, pensativo. Después me miró con gesto cansado.

El silencio. El dolor. El desconcierto. El agua. Sumergirme en el agua. ¿Pero cuál? Ninguna sería lo suficientemente clara y limpia para arrastrar mi porquería.

—Supongo —dijo con esa mirada que depositaba en mí y que me desarmaba, aquella que me

abrumó la primera vez que nos vimos— que para ti no serviría de nada que te dijera que estás equivocada y que te sientes de ese modo porque es justo ahora cuando estás hecha pedazos de verdad. Supongo que no serviría que te dijera que a pesar de tus cicatrices te deseaba con todas mis fuerzas; que lo único que yo pretendía nuestra primera vez era no hacerte daño; que eres una mujer preciosa por dentro y por fuera, y que no tuviste la culpa de lo que te hicieron.

—No serviría. En absoluto.

—Vale, muy bien. Voy a dejarte yo, ¿no es eso lo que me has pedido? Necesitas «crecer como persona». Pues crece. ¿Cuánto tiempo precisas, para recomponer todos tus pedazos, dos, tres años, cinco, diez? De acuerdo. Pero te aseguro una cosa: cuando pase un tiempo te buscaré. Quizá tú no llegues a saberlo nunca porque lo más probable es que para entonces descubra que estás con otro tío. Si es así, tranquila. No te abordaré, ni siquiera me verás, te lo aseguro.

—No voy a volver a enamorarme de nadie. Sería imposible.

—No seas ingenua.

—Es posible que lo sea, pero conozco muy bien cuáles son mis sentimientos. Mi decisión es firme, Boro: quiero que sigas con tu vida.

—Muy bien. Pero si cuando te encuentre compruebo que no estás con otro, te juro que haré lo que sea para que volvamos a vernos. Entonces hablaremos de cuáles son nuestros sentimientos, de cómo son nuestras vidas en ese momento, de lo que ha ocurrido durante ese periodo vacío en el que no hemos estado juntos, y de lo que queremos que ocurra.

Para cuando terminó de hablar, me encontraba deshecha en lágrimas y completamente destrozada. Me lancé a él y le abracé con todas mis fuerzas porque sabía que aquella era la última vez. Le dije miles «te quiero», y que me daba igual que pasaren cinco, o diez, o veinte años, porque mis sentimientos no cambiarían.

—Piénsalo mejor, Violeta. Espero que no seas tan «valiente» y me llames uno de estos días, pero si no lo haces, tranquila. Yo no voy a llamarte. No te preocupes por mí. Ya me voy. —Me besó en los labios de manera fugaz—. Adiós, Violeta. Hasta dentro de... —No pudo acabar la frase.

Me volví de espaldas para no ver cómo cerraba la puerta. Apoyé una mano sobre la pared. Creí que iba a desplomarme. Entre mi llanto, escuché cómo se despedía de mis padres, de mis hermanas y de Fran. Y repetía la palabra «adiós».

Me eché sobre la cama, boca abajo, con los puños apretados. Me encogí en posición fetal, y me oprimí el estómago con los brazos, como si pretendiera retenerlo dentro de mis entrañas.

Mi familia entró en la habitación y mis hermanas corrieron a abrazarme.

—Violeta...

—He roto con él. Le quiero demasiado. Pero no, dejadme —dije al tiempo que me incorporaba de la cama y me limpiaba las lágrimas con los dedos—. Tranquilas. No quiero que me ayudéis a levantarme. Puedo sola. —Respiré hondo, me erguí y me puse en pie.

—Vámonos ya, por favor. Quiero volver a casa.

3

EL COLOR DE MI NOMBRE

Mientras el chofer del Maybach de mis padres les conducía de regreso a Madrid, mi hermana Rosa arrancaba su Renault en dirección a la Nacional III. A su lado, Margarita, ponía un poco de música en el reproductor. Eros Ramazzotti y Anastasia cantaban *I Belong to You*: «Por ti superaré los momentos más difíciles... el invierno acabará y volveremos a empezar... porque tú me perteneces y yo te pertenezco».

Fran permanecía junto a mí en el asiento de atrás, con mi mano entre las suyas, y su hombro empapado por mis lágrimas. Julie London comenzó a cantar *When I fall in love*: «Cuando me enamore y me sienta querida, será para siempre».

—Margarita, por favor, cambia estas canciones. Si no, acabaré suplicándoos que demos la vuelta. No puedo soportarlas.

Margarita apagó el reproductor.

—¿Me dejarás en libertad, Fran? —susurré a mi hermano.

—Claro, por supuesto —contestó mientras miraba por la ventanilla.

Me tumbé sobre el asiento y acabé dormida sobre sus piernas, mientras sus dedos jugueteaban con mi cabello provocándome un relajante cosquilleo.

Ya estábamos a finales de noviembre y la temperatura exterior disminuía a medida que nos acercábamos a Madrid. En una de nuestras paradas para tomar café, al bajar del coche, una ráfaga de viento arrancó de las ramas de un árbol las escasas hojas que le quedaban. Se trataba de un viento áspero y seco. La humedad del ambiente había desaparecido. Margarita abrió su maleta y me entregó uno de sus abrigos. Al reiniciar la marcha, encendió la calefacción. Mi verano parecía haberse convertido en un sueño.

Llegamos a mi casa. El cielo estaba nublado y comenzó a llover de manera desgana, apenas unas gotas. El viento volvió del revés el paraguas de Rosa. En cuanto Petryk lo advirtió, salió apresurado de la portería y se dirigió hacia nosotros con uno enorme estampado de motivos madrileños. Mi Madrid.

Margarita se quedó conmigo hasta que, al día siguiente, a mediodía recibí la visita de mis padres, en espera de que acudiese mi enfermera.

Atrás quedaron mis vestiditos cortos, los sofritos, los arroces, La Albufera, mi familia de Valencia. A los pocos días, me corté el pelo. Mucho. Parecía un chico que acababa de ingresar en el ejército. Desapareció mi «melena morena» como la denominó el compañero de dominó de Federico.

—¿Qué has hecho, Violeta? —dijo mi madre acariciándome la cabeza—. ¿Cómo has sido capaz de semejante barbaridad?

—No pasa nada, mamá. Necesitaba hacerlo. El pelo vuelve a crecer.

En mi casa, por las noches, soñaba con agua sucia que me impregnaba la piel. Intentaba limpiármela, pero al frotarme se convertía en una sustancia oscura y pegajosa. En otros sueños, me veía a mí misma perdida en medio de un desierto con la tierra agrietada, desfallecida, sedienta, con la única compañía de algún cactus aislado. Me despertaba gritando y la enfermera,

que dormía en la habitación de al lado, me administraba un tranquilizante.

A las pocas semanas, me incorporé a las clases en la universidad, a pesar de mi tos residual, mi debilidad física y la labilidad emocional que sentía. Sufría accesos de llanto y melancolía en cualquier lugar y en los momentos más inoportunos. No me quedaba más remedio que huir del aula y correr hacia el cuarto de baño o a encerrarme en el coche.

Echaba tanto de menos a Boro... No. Era mucho más que eso. Boro se encontraba presente, no conmigo, sino dentro de mí. Compartía conmigo cada célula, cada molécula. Se había convertido en una parte intrínseca de mi cuerpo y de mi alma. De esa forma, ¿cómo iba a olvidarle sin olvidarme de mi propia existencia? Me levantaba por las mañanas, iba, venía, comía, cenaba, salía con amigos, intentaba llevar una vida lo más normal posible, actuar como si él no existiera, pero solo se trataba de eso: un mero fingimiento, una mala representación.

Cuando llegó la Navidad, recibí una postal de Vicenta, muy barroca, repleta de purpurina, de esas que al abrirlas se despliega el pesebre, con su estrella, los Reyes Magos y los pastores. En ella nos felicitaba la Navidad a mí y al resto de mi familia. Me informaba de que «en casa todos se encontraban bien». Una posdata: «Sigue tu camino, Violeta. Estoy segura de que un día nos reencontraremos. Un abrazo de Josefina. Es ella quien eligió la postal».

No pude corresponderle con otra escrita de mi puño y letra, porque apenas mi bolígrafo rozaba el papel, comenzaba a llorar y no quería que mis lágrimas emborronasen mis palabras. Finalmente, le pedí a Rosa que la escribiese ella, bajo mi dictado: «Me alegro muchísimo de que todos os encontréis bien. Ya he emprendido mi camino y no voy a desfallecer. Os quiero y os echo muchísimo de menos. Dile a Josefina que la postal es preciosa. Feliz Navidad».

Por supuesto, ese año me sentí incapaz de acercarme a la cocina de la casa de mis padres para elaborar las comidas familiares de los días festivos como venía haciendo los pasados años. No soportaba el sonido de platos, cubiertos, cacerolas, ni los olores que procedían de allí, ni siquiera las indicaciones de mi madre o de mis hermanas relacionadas con los menús. Me costaba comer. Un determinado sabor o una especia me anudaba el estómago. No tenía otro remedio que huir a mi habitación para tumbarme en la cama y llorar. Entonces mi madre se levantaba de la mesa, me seguía, se sentaba junto a mí y me acariciaba el pelo. Yo la abrazaba muy fuerte y ella me refugiaba en su regazo y me consolaba.

Reanudé en Madrid el tratamiento psiquiátrico y psicoterapéutico que había iniciado en Valencia. Necesitaba elaborar el trastorno por estrés postraumático que me provocó aquella agresión tan brutal que me hizo sepultar mis recuerdos en lo más profundo de mi mente, en lo más profundo del mar, en lo más profundo del lago. El sello que mantenía cerrada la cajita que yacía enterrada entre el fango había sido disuelto por el agua de La Albufera, por cada diminuto ser que la rodeaba. Los recuerdos encerrados habían emergido hasta la superficie. Difusos al principio, más claros después, las piezas del puzle se organizaron entre sí hasta poder completarse. La imagen aparecía clara. Ya no me resultaba posible escapar. No quería escapar. De ese modo, recordé los sucesivos golpes con los que me castigaba mi agresor, sus constantes empujones con los que me hacía estrellarme contra el suelo. Sin embargo, lo peor de mis caídas no era el dolor en sí mismo sino la sensación de vértigo, esos escasos segundos en los que percibía su inminencia. Recordé mi piel perforada y seccionada por los vidrios de la vitrina de mi casa, el dolor de mis genitales desgarrados. Reviví la asfixia que me producía la presión de su cuerpo sobre el mío para conseguir inmovilizarme y someterme. Sometida. Inerme. En sus manos. Le pertenecía. Llegué a pensar que no cesaría de golpearme hasta que consiguiera matarme.

Pero ¿cómo integrar esos recuerdos en mi vida cotidiana, aceptar sus inesperadas intrusiones, y

vivir con ellos, día a día? Solo me quedaba esperar a que con el paso del tiempo el dolor se disipase.

Cada vez que salía de mis sesiones de terapia, me descubría mirando a mi alrededor por si Boro aparecía en la acera de enfrente, o a mi lado, o detrás de mí como cuando estábamos en Valencia. «María, estoy aquí... Lloro lo que te apetezca... Te quiero tanto...». Echaba de menos sus cálidos abrazos y sus palabras de cariño y consuelo.

Cada noche, en la cama, me imaginaba que el tiempo no había pasado y que Boro descansaba a mi lado. Al borde de la inconsciencia surgía de mi interior una melodía de Holly Cole, *Calling You*: «Un viento cálido y seco sopla a través de mí... Mi niña está llorando y no puedo dormir... te estoy llamando..., te estoy llamando». Sin embargo, otras de esas noches mi mente sufría los embates de escenas violentas. Para ahuyentarlas, me levantaba de la cama. Caminaba por el piso arriba y abajo frotándome los brazos, o reordenando compulsivamente la ropa del vestidor o la de los cajones de los armarios. Y si esto resultaba inefectivo, optaba por vestirme y salir de casa. Paseaba por las calles del barrio de Chueca esforzándome en ver, oler, escuchar. «Hacia afuera... hacia afuera», me decía. «No pienses, solo observa... observa, no juzgues, no te detengas». En mis escapadas siempre llevaba algún sombrero o un gorro de lana para ocultar mi rostro. No quería encontrarme con amigos ni conocidos. Pero, sobre todo, necesitaba ocultarme de él, de mi agresor. Descubría retazos de su aura en cualquier parte, como girones esparcidos sin orden ni concierto. Me sobresaltaba cuando distinguía su espalda, o su chaqueta, o la forma de su cabeza, o su voz, o su olor. Algunas veces, me refugiaba en algún local bullicioso. Qué fácil hubiera sido entonces tomar una copa para acallar mis pensamientos, la sensación de miedo, mi sentimiento de soledad y desamparo. Pero no lo hice. ¿Qué hubiese sido de mí? Intercambiaba algunas palabras con desconocidos y, de repente, cuando me sentía más tranquila, de manera traidora, descubría su mirada. «Así me miraba él: Mark, Iñaki, Agustín...», miradas hambrientas y lujuriosas que me obligaban a agachar la cabeza o a salir corriendo. Regresaba a casa de nuevo oculta, con las solapas de mi chaqueta levantadas, la bufanda ajustada hasta la nariz y las manos en los bolsillos. «Boro, Boro, Boro... Su manera de mirarme era tan diferente... Expresaba ternura, nobleza y verdad. ¿Dónde estará? ¿Qué hará en este momento? ¿Dormir, besar a una mujer, estará, quizá, dentro de ella? Sí, eso sería lo mejor para él. Necesita a su lado una mujer sana, más limpia, más pura, y menos contaminada y desgarrada que yo. Deseo que la encuentre para que sea feliz. Deshecha en lágrimas, al llegar a casa, caía rendida en la cama y me quedaba dormida.

Cuando veía un coche del mismo modelo que el de mi agresor, me sobresaltaba, me invadía una oleada de calor y me giraba de espaldas. Cualquier escenario que hubiese compartido con él, las calles, los locales en los que habíamos estado me aterrorizaba. Madrid quedó delimitado por fronteras que encerraban lugares prohibidos.

Las llamadas telefónicas, incluso las notificaciones de los mensajes, me anudaban el estómago; sobre todo, si los recibía a las horas en que él solía enviármelos. Para deshacerme de mi angustia, sin detenerme a pensar corría a mirarlos para convencerme de que no eran los suyos.

Una mañana, acudí con mi ordenador a una cafetería cercana. «Aquí estoy a salvo», me dije. «Aquí no le veré. Él no entrará jamás en un local de ambiente gay como este». De pronto, me vinieron a la cabeza las palabras irónicas que Fran pronunció en el hospital y que yo no tuve en cuenta: «Si estuviera en la cárcel tendría mucha suerte... Estuvimos charlando... Pidió perdón. Luego se marchó con tres amigos míos a Las Maldivas...». Salí corriendo de la cafetería y vomité sobre la acera. Pensé que iba a desmayarme. Me senté sobre un banco. «¡No, Dios mío! ¡No! ¡No quiero que esté muerto! Mark tenía razón cuando dijo que en el fondo le quería un

poco. Si no, ¿por qué recuerdo a veces los momentos buenos que pasé con él?: mi excitación cuando me besaba, sus tremendos esfuerzos para contener su deseo cada vez que yo se lo pedía, nuestras agradables charlas, su conversación inteligente, sus atenciones, su extremada paciencia cuando le obligaba a salir con mis amigos. Me dijo mil veces que se había enamorado de mí, y no le presté atención. Quería casarse conmigo. No se merecía morir. Ni siquiera tenía cincuenta años. Era un ser humano. «¿Era?» Regresé a la cafetería y me lancé a buscar en internet alguna noticia que aclarase mis dudas, pero desistí. Pensé en llamar a un amigo común, pero también desistí. Estaba prácticamente segura de que más pronto o más tarde me enteraría de lo que había sido de él, pero rezaba para que ese momento no llegase nunca.

Llegué a casa y me metí en la ducha. Mientras el agua resbalaba por mi cuerpo, me toqué la pequeña señal que su mordedura había imprimido en mi labio inferior. Deslicé la mano hacia mis genitales y repasé con el dedo los bordes de mis cicatrices. «¡Me alegro de que estés muerto!», grité golpeando con el puño la pared de la ducha. «¡Jamás me quisiste, mentiroso! ¡Solo querías poseerme y presumir de mí como si yo fuera un coche nuevo! ¡Si no te hubiese matado Fran, lo habría hecho yo sin importarme las consecuencias! ¡La cárcel resultaría para ti un castigo de mierda! Saldrías pronto, seguro, señor importante, pero ¿y yo? ¡Yo tendré que vivir siempre marcada como un animal! ¡Marcada por ti, hijo de puta!». De repente, recordé la lengua de Boro sobre mis cicatrices. Cerré con fuerza los ojos y dejé resbalar la espalda sobre la pared hasta quedar acurrucada, en medio de una crisis de ansiedad y de un llanto interminable. Permanecí así, hasta que el agua caliente de la ducha, poco a poco, se transformó en fría. Mis sentimientos hacia Mark oscilaban entre la compasión y el odio.

Sufría altibajos emocionales tan marcados como los dientes de una sierra, e igual de dolorosos y punzantes: el victimismo, el ansia de venganza, el desprecio de mí misma, la necesidad de ser castigada y, sobre todo, una inmensa tristeza. Explicaba a mis compañeras del grupo de terapia que yo había tenido la culpa de todo porque debería haber sido mucho más cauta. Sabía que aquella primera noche de San Juan, la de mi cumpleaños, Mark me había tocado porque cuando me desperté al día siguiente observé en mis bragas dos manchitas de sangre seca y me escocía un poco la vagina. Deduje, quise pensar, que no me había penetrado, pero que lo más probable es que con sus dedos me hubiera roto el himen. Cuando salí de la ducha, descubrí que tenía un pequeño hematoma en la areola de uno de mis pechos. Entonces pensé que cualquier cosa que me hubiera hecho me lo merecía por haber bebido la noche anterior, sabiendo de sobra los efectos que el alcohol me produce. Me angustiaba la duda de que hubiese sido yo misma quien le habría pedido que me tocara, o la primera que le tocó a él. No. Consideraba que tales conductas no eran propias de mí, pero ¿cómo estar segura de eso si no recordaba nada? Qué desleal había sido con mis padres al romper mi promesa de no consumir alcohol, y con las enseñanzas acerca del sexo que ellos me habían inculcado, y que yo acepté como mías. Y, además, Fran, ¿qué pensaría y cómo reaccionaría si se hubiese enterado? ¿Cómo había podido traicionar a mi familia de ese modo? Lo que les había hecho jamás me lo perdonaría. Y después, ¿cómo pude ser tan estúpida? ¡Fui yo quien, a los pocos días se acercó a Mark en el Teatro Real con la intención de justificar mi conducta! No sé por qué lo hice. Me pregunto ante quién, o quiénes, pretendía hacerlo en realidad.

Debería haber rechazado su primera invitación a cenar, pero me sedujo con sus violetas y sus caramelos, con la expresión de su arrepentimiento y la súplica de mi perdón, por algo que, si yo intuía de algún modo, no deseaba conocer con certeza.

Me preguntaba el motivo por el que no rompí con él cuando comencé a sentirme acosada. Explicaba a mis terapeutas que quizá debería haber llevado siempre sujetador, o no ponerme

aquel vestido de punto verde, o aquel otro transparente, o aquella camisa tan explícita. Que no debería haberle besado, ni correspondido a sus besos, o peinado de esa forma, o dicho aquella frase, o sonreído así. Reconozco que me halagaba sentirme deseada por un hombre mayor, atractivo, culto y que parecía haber vivido tanto. Me divertía observar sus reacciones a mis coqueteos, provocarle, y después alejarme.

La noche fatídica en la que regresé de París, una débil voccita interior me advertía de que no debía permitirle entrar en mi casa, de que no podía fiarme de él, pero no la escuché.

Y Mark ¿por qué no me abandonó, sin más, cuando comprendió que sus sentimientos no coincidían con los míos, cuando se dio cuenta de que nuestra relación no cumplía sus expectativas, o cuando sospechó que para mí tan solo se trataba de un juego?

Si estaba tan enamorado de mí y me quería tanto como decía, me pregunto por qué no respetó mi decisión de romper nuestra relación, y no se marchó cuando se lo supliqué.

¿Por qué se portó así conmigo?

¿De verdad me merecía tal castigo?

Aquella noche cuando Mark se marchó, creo que me dormí. Puede parecer imposible que llegara a hacerlo en tales condiciones físicas, pero así fue, porque en esos momentos no sentía ningún dolor, sino un inmenso cansancio.

Me desperté tumbada sobre el sofá, boca abajo, con las piernas abiertas. No me moví, pero pude ver la hora en el reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea. No recuerdo la que marcaba en esos momentos, pero me pareció que «era muy tarde». «¡Tengo que llamar a mis padres! ¿He regresado hoy de París, o lo he soñado?». Intenté levantarme, pero mi cuerpo no me respondía. Me sentía tan confusa que no llegué a comprender el alcance de lo que me había sucedido hasta que, a duras penas, conseguí ponerme en pie. En décimas de segundo, observé mis manos ensangrentadas y los chorros de sangre que descendían por mis muslos hasta llegar al suelo. Creo que me desplomé.

Lo siguiente que recuerdo fue un gran estruendo y a mi hermano Fran, que me agarraba en brazos, enloquecido. Fue entonces cuando aparecieron el dolor, los zarandeos, las sirenas, el temblor de la camilla que alguien arrastraba por un pasillo y las luces de neón del techo que me obligaban a cerrar los ojos con fuerza. Llegaron las exploraciones, los pinchazos, las cirugías a las que me sometieron y las preguntas cuya respuesta desconocía.

Con el paso del tiempo, gracias a las sesiones de terapia, al apoyo de mi familia, y mi incorporación a la vida normal, me fui sintiendo algo mejor. Poco a poco, conseguí reencontrarme conmigo misma: con mis debilidades, pero también con mi fortaleza y con mis sueños.

Aún a día de hoy, soy consciente de que soporto una profunda herida cuyo dolor, aunque menos intenso, arrastraré siempre. Lo percibo como una mancha gris, una niebla espesa y sucia, o como una roca áspera que me araña por dentro. Lo curioso es que en ocasiones apenas lo siento. Entonces pienso que es posible que mi niebla se haya disipado y que mi roca se haya disuelto; pero tan solo se trata de una ilusión, porque siempre reaparecen de algún modo.

Después de finalizar la carrera de Medicina, me marché tres meses a la India. Era lo que yo quería antes de que aquel suceso truncara mis planes: ayudar a mujeres y a niñas víctimas de malos tratos y, por supuesto, de todo tipo de abusos y violaciones. Creo que después de haber pasado por lo mismo, me sentí mucho más cerca de ellas y, a pesar de que apenas hablé de mi propio trauma, creo que intuyeron mi secreto. Soy médico y mi intención era ayudar, pero no por eso me consideré superior en nada, porque también ellas me ayudaron a mí. Todas éramos iguales: supervivientes.

Y una cosa está muy clara:

Ninguna tuvo la culpa.

Ninguna de nosotras se lo merecía.

A pesar de todo, pienso que yo fui una mujer muy afortunada porque siempre tuve a mi lado a mi familia y el recuerdo del hombre del que me había enamorado, un hombre bueno que me quiso de verdad, tanto que, cuando le comuniqué mi decisión de romper nuestra relación, la respetó y me dejó marchar.

4

TIEMPO VACÍO

Transcurrieron cerca de cuatro años; años de esfuerzo, de llanto y de dolor, de caer y resurgir, de alegrías, de aprendizaje, de progresiva madurez.

Fran desapareció de nuestras vidas justo el mismo día que regresamos de La Albufera. Al bajar del coche se despidió de Margarita, de Rosa y de mí, de un modo muy especial: nos dio un abrazo intenso, a todas, una por una. Desprendía un inmenso cariño. «¿Qué te ocurre, Fran?», le pregunté. «¿Es que vas a marcharte?». Fran me abrazó de nuevo. Hundió el rostro en mi cuello y me susurró al oído: «Te quiero, Violeta. Lo haré por ti». Se separó y caminó hacia atrás unos pasos. «¿Hacer? ¿Hacer qué?», pregunté, y él añadió: «Todo saldrá bien». Margarita y yo nos miramos. Bueno, en realidad, fue Margarita quien me miró a mí primero, con tristeza. «¡Fran! ¿Adónde vas?», le preguntó. Pero él se limitó a colocar el dedo índice sobre sus labios y se alejó.

No he vuelto a verle. Al cabo de un tiempo, se corrió la voz de que había muerto, pero yo jamás lo creí.

Mi madre falleció. Ocurrió todo muy rápido. Cuando le diagnosticaron el cáncer de páncreas, resultó demasiado tarde. Sin embargo, antes de su muerte, tuvimos suficiente tiempo para que las dos nos acercásemos un poquito más la una a la otra de una manera más sana, como madre e hija, pero como dos personas adultas y libres.

El día del entierro de mi madre, en el cementerio, junto al panteón familiar presentí la cercanía de mi hermano. A punto de regresar a casa, insistí en que me dejaran sola unos minutos porque deseaba despedirme de mi madre una vez más. No era cierto. Lo que ansiaba en aquellos momentos era reencontrarme con Fran. Le busqué desesperada por los lugares aledaños, entre tumbas y cipreses... pero resultó inútil.

Al día siguiente, revisé la correspondencia en el buzón de mi portal. Un sobre. Sin remitente. Con manos temblorosas lo rasgué, ansiosa por descubrir su contenido. Una foto, vieja, descolorida, con los bordes arrugados. En ella figurábamos toda la familia: mis padres, mis dos hermanas, Fran y yo. Mirábamos a la cámara muy sonrientes. Apenas recordaba aquella escena, pero se tomó justo el día de nuestro cuarto cumpleaños. Cómo no saberlo si sobre la mesa figuraban dos tartas idénticas con cuatro velitas cada una. La foto venía acompañada de una postal: un amanecer sobre un mar en calma, el Océano Pacífico. Al reverso, una palabra, solo una, grande, que la atravesaba de lado a lado: «Libertad». Contuve las lágrimas y corrí a avisar a mi familia de que Fran vivía. Después me eché sobre la cama y rompí a llorar, mientras pronunciaba en voz alta: «Lo sabía, lo sabía. Dijiste que yo era tu vida y que te tendría siempre. A mí jamás podrás engañarme. No, a mí. Nunca, nunca».

El tiempo transcurrió, dos años más y, a esas alturas, el recuerdo de Boro se había convertido en una acuarela de colores cada vez más difusos y perfiles desdibujados.

Una mañana, cerca de Navidad, al levantarme de la cama, abrí las ventanas y encendí el reproductor. Sonaba la *Gymnopédie N.º 1*, de Erik Satie; la misma que envolvía las tardes en mi casita de La Albufera las primeras veces en que Boro y yo nos quisimos. La apagué de inmediato.

A partir de aquel momento, me sucedieron unas cosas muy extrañas. Caminaba por la calle y me parecía ver a Boro en todas partes. En la Librería de San Ginés, mientras ojeaba un libro, creí ver sus manos cerrando otro. Cuando conseguí reaccionar, me di cuenta de que allí, mi única compañía era la del dependiente. Pensé que me lo habría imaginado. En otra ocasión, me pareció verle a lo lejos en la calle Preciados, contemplando a un chico tocar el saxo. Me dirigí hacia allí, pero cuando levanté la vista, su posible silueta se había difuminado entre el gentío. Supuse que resultaría fruto de mi imaginación, que las notas de nuestra música habrían reavivado mis recuerdos e hipersensibilizado mis sentidos.

Pasaron los meses y llegó la noche de San Juan. Era mi cumpleaños. ¡Cumplía treinta años!, y salí a celebrarlo con unos amigos. Acudimos a cenar a un restaurante de moda que se había inaugurado hacía menos de un año.

Cuando leí la carta del menú, me invadió un extraño sentimiento de cotidianeidad y al mismo tiempo de extrañeza. Los entrantes, la carne cortada de aquel modo, el pescado, las especias...

Al final de la cena, mis amigos me sorprendieron con una tarta de cumpleaños que avanzaba hacia mí sobre un carrito procedente de la cocina.

«¡Cumpleaños feliz...!», corearon mis amigos.

Me disponía a soplar las velas, cuando mi amiga Carlota me sujetó el brazo.

—Ni se te ocurra hasta que no pidas un deseo.

—Sí. Lo pediré. —Con mis dedos en las sienes, cerré los ojos y, en aquel momento, pedí algo que parecía haberse convertido en un mero espejismo del pasado, en una quimera.

La tarta consistía en una masa hojaldrada, rellena de chocolate en algunas zonas y de fresa en otras. La porción que a mí me sirvieron era la de chocolate, y la del amigo que se sentaba frente a mí, de fresa.

—Esa fresa, ¿me dejas que la pruebe?

Mi amigo me acercó su plato. Partí un trocito con mi cucharilla, me la llevé a la boca y el corazón me dio un vuelco. Abducida por un impulso, me levanté y, sin pronunciar palabra alguna, con gesto decidido y paso firme, me dirigí hacia la cocina, a ese lugar mágico que esconde tantos secretos. Abrí la puerta.

—¿Dónde está Boro? —pregunté.

—Perdone, señorita, pero no puede estar aquí... ¿Por quién pregunta?... Aquí no hay nadie que se llame así.

—Busco al chef. Quizá le conozcan por el nombre de Salvador.

Una puerta se abrió al fondo de la cocina. Me quedé paralizada. Era él, estaba allí, real, en carne y hueso. Con seis años más, no el mismo joven que había conocido en La Albufera, aquel que, desde la soledad de mi habitación de Madrid, llamaba cada noche como un ritual.

Boro se acercó, se detuvo frente a mí y me sonrió.

—Hola, Violeta.

—Hola, Boro.

Nos miramos a los ojos durante unos segundos, en silencio. Necesitaba escrutar lo que escondía su mirada; la respuesta a todas esas preguntas que se agolpaban en mi mente; respuestas que significarían para mí la mayor felicidad o una tristeza infinita: «¿Me has olvidado? ¿En qué me he convertido para ti? ¿Existe una mujer esperándote? ¿Eres feliz?».

—¡Salva! —gritó un cocinero—. ¡Mira a ver qué te parece esta carne antes de sacarla!

—¡Espera un momento! —le contestó—. Estás muy guapa, Violeta. Te veo... —Sonrió y, durante unos instantes, me miró de arriba a abajo—. Estás diferente. Tu mirada es... no sé... como más serena. Y te has cortado el pelo. —Me tocó las puntas que me llegaban hasta los

hombros.

—Tú tampoco estás exactamente igual. Te veo más hombre y estás más... *sexy*.

—¡Salva!

Giró la cabeza.

—¡Ya voy!

—No podemos hablar aquí. —Me dijo al oído—. Ya ves que estoy muy ocupado.

—Sí, claro. Ya me voy. Perdona.

—No. Ven aquí. —Me cogió de la mano y me llevó detrás de una celosía. Me sujetó de los brazos, adelantó la cabeza hacia mí y me miró a los ojos, con urgencia, como si precisase hacerme comprender—. Han sucedido muchas cosas durante todo este tiempo y...

—Déjalo —interrumpí—. No te esfuerces. No quiero molestarte. Yo solo quería que supieras que...

—¡Salva! ¡La carne ya está fuera! Luego no te quejes.

No contestó.

—En realidad —proseguí—, no era nada. Ha pasado mucho tiempo. Yo solo quería decirte... —titubeé— quiero que sepas que yo, durante estos años —me temblaba la voz—, no he dejado de quererte ni un solo momento. Y que no he sido capaz de estar con otros hombres. —Me moría de vergüenza—. Lo he intentado, pero... no. Bueno, que —tartamudeé— pues... que tú fuiste el último y... Solo era eso. Ya está. —Suspiré—. Ya me voy. —Tragué saliva, al tiempo que cerraba los ojos. Lo siguiente que sentí fueron sus manos y un abrazo intenso, cálido, envolvente; de esos en los que mi cuerpo se perdía en el interior del suyo. Me acarició las mejillas y su mirada recorrió mi cara hasta alcanzar los labios. Se detuvo en ellos y me besó. Fue un beso pequeño, delicado, tímido quizá. Un susurro al oído: «Te dije que no iba a olvidarte nunca, ¿recuerdas? Te sigo queriendo, Violeta».

Por fin, había regresado a mi verdadero hogar.

—Ven a mí casa esta noche, Boro. Cuando acabes. No importa a la hora que sea. Te esperaré.

—Sí, claro —le temblaba la voz—, pero tardaré bastante... Al menos dos horas.

—Después de tantos años, ciento veinte minutos no son nada. Te doy mi dirección.

—Ya sé dónde vives. Conozco la Plaza de Alonso Martínez y la de Santa Bárbara como la palma de mi mano. Llevo tiempo intentando averiguar si estabas bien, si eras feliz y si estabas con otro hombre. Te busqué en internet. Supe que eras ginecóloga y que trabajabas en el Hospital Clínico. Una vez, se me ocurrió ir a esperarte a la puerta del trabajo. Te esperé durante horas, un día, y otro, pero no apareciste. Pregunté por ti. Una compañera tuya me dijo que estabas en un pueblo de África, y que no sabía cuándo volverías.

—Pues ya estoy aquí y no pienso volver a marcharme. ¿Vendrás a mi casa? ¡Dios mío, estoy temblando!

—Por supuesto que iré. Ahora soy yo a quien le gustaría despachar a todos los clientes con un huevo frito. ¿Recuerdas aquella tarde?

—Cómo no voy a acordarme. —Me eché a reír.

Regresé a la mesa sintiéndome transformada, ligera, como un alma que ha alcanzado el Paraíso después de una dolorosa enfermedad. Abrí mis regalos de cumpleaños riéndome de manera muy tonta, como si fuera una niña.

Antes de marcharnos, Boro salió de la cocina para felicitarme y saludar a mis amigos. Nos trajo unos dulces y una botella de cava. Él mismo nos sirvió las copas y no puse objeción a que llenase la mía.

—Sírvete una tú también y brinda con nosotros —le dije, a pesar de que sabía de sobra que no

lo haría.

—No, gracias. lo siento. Nunca bebo con los clientes, aunque sean amigos.

—Vale. Pero eso no te impedirá acompañarnos en nuestro brindis, ¿verdad?

—No. Supongo que no.

Me levanté. Los demás hicieron lo mismo. Extendimos nuestras copas.

—Para que se cumpla lo que una vez soñamos y que creíamos haber perdido para siempre.

Me mojé los labios en el sentido más estricto de la palabra. Solo «mis morritos», y abandoné la copa sobre la mesa.

—Es que no sé si sabes que no bebo alcohol —aclaré—, pero muchas gracias.

—No. No lo sabía. No tenía ni idea.

—Es un restaurante con un menú exquisito —dijo Carlota— y la decoración me encanta.

—Muchas gracias. Reconozco que tuve mucha suerte. Diseñar los menús me resultó sencillo. Reformar la decoración me costó algo más. Disculpadme, pero debo volver. —Señaló la cocina con un gesto de cabeza.

Durante los pocos minutos que estuvo con nosotros, tan solo observó a mis amigos de soslayo, porque su mirada la percibía sobre mí, fluyendo despacio como virutas de azúcar.

—Acabamos de conocer a tu Boro, ¿verdad? —me dijo Carlota al oído, muy sonriente—. Se nota que sigue loquito por ti.

—¿A ti te lo parece?

—¿A ti no?

—Creo que sí, pero necesitaba escucharlo de tu boca.

—Me encanta ese tío.

Por supuesto, al acabar la cena me marché a casa. Caminaba agarrada del brazo de Carlota porque me sentía tan nerviosa que me tambaleaba desde lo alto de mis tacones.

Una vez a solas, en mi piso, le esperé inquieta, incapaz de permanecer sentada ni un solo segundo. Me faltaba espacio para pasearme arriba y abajo. Los doscientos metros de mi casa me resultaban escasos. Ojalá que se hubiesen convertido en quinientos o más. No, mejor que eso: en un jardín palaciego, como aquel que visité una vez en Venecia. Allí, arropada por la oscuridad de la noche, esperaría a mi príncipe valiente. Me sentía como una niña de catorce años que queda por primera vez con un compañero del Instituto.

Comprobaba las luces de cada mesita auxiliar, encendía una, la otra, las dos, ninguna... Unas velas, muchas, pocas. Ojalá hubiese sido invierno. Así, prendería un poco de leña en la chimenea para que su cálida luz fuese la única que nos envolviera. Haríamos el amor, suponía, y, dentro de mí resurgían los recuerdos de nuestras primeras tardes. Sin embargo, intentaba detenerlos, como quien encierra en su regazo una subyugante y cálida novela; una de esas cuyas últimas páginas demoras leer porque sabes que serán las más emocionantes; una de esas que, cuando la cierras, acaricias su cubierta y emites un profundo suspiro.

Por fin, sonó el timbre del telefonillo. Abrí la puerta, y la de mi piso al mismo tiempo. Boro ni siquiera esperó al ascensor. El sonido de sus rápidas pisadas sobre los peldaños de la escalera de madera aceleraba mis latidos. Me retoqué el pelo en el espejo del recibidor. Conservaba el mismo vestido con el que me había visto en el restaurante: el de color malva, el que me había comprado en la tienda que mi amiga Valentina tiene en Malasaña. Imaginé a Boro bajándome la cremallera e introduciendo sus manos por debajo para acariciarme. Descubriría que hoy sí que llevo ropa interior. La llevo siempre. Bueno, siempre lo que se dice siempre, no. El vestido se deslizaría hasta el suelo y yo saltaría por encima con mis zapatos de tacón de aguja. No, imposible: ese vestido no tendría otro remedio que sacármelo por la cabeza. Carlota dice que los

zapatos de tacón de aguja son el equivalente al burka de las mujeres musulmanas, a los pies diminutos de las *geishas*, o a los anillos del cuello de las mujeres jirafa. No sé cómo pude recordar esas cosas en aquellos momentos, justo cuando Boro estaba a punto de entrar en casa.

Madre mía. Sin el delantal, estaba más guapo que en el restaurante, y más aún que la primera vez que le vi.

Sin embargo, una vez los dos solos, frente a frente, parecíamos cohibidos, temerosos.

Los seis años que habían transcurrido pesaban demasiado.

—Hola —dijo.

—Hola —contesté.

Dio un paso hacia mí. Yo otro hacia atrás. Mi corazón me golpeaba tan fuerte que temí que pudiera escucharlo.

Boro me observaba con una sonrisa en los labios, amplia por momentos, vacilante en otros, envolviéndome con su mirada como la primera vez que nos vimos. A mí, como aquel día, me costaba sostenérsela, y abría los labios como si fuera a decir algo, y después agachaba la cabeza y me observaba las uñas y, sin moverme, miraba a un lado y otro del salón, como si precisase de la ayuda de mis objetos cotidianos para sentirme segura.

—Violeta, ¿qué te ocurre? ¿Quieres que me vaya?

—¡No! No, qué va —contesté de corrido—. Y tú, ¿quieres irte?

—No, claro que no.

Silencio.

Boro se aclaró la voz.

—Tienes una casa muy bonita —dijo tras mirar a su alrededor.

—Gracias —balbuceé—. ¿Quieres que te la enseñe?

—No es necesario. Quizá en otra ocasión.

—Bueno, yo —tartamudeé—. ¿Nos sentamos un poco? —Señalé el sofá.

—Lo que tú prefieras. —Nos acomodamos uno al lado del otro.

—Ay, perdona, no te he ofrecido nada. —Me levanté con rapidez—. ¿Te apetece tomar algo? ¿Qué sueles beber? ¿Quieres, no sé, una copa de vino?

—Solo bebo alcohol por motivos profesionales, ¿no te acuerdas?

—Sí, es verdad. Pediste una tónica la noche que...

—La noche que estuvimos en Gandía. No he vuelto a pisarla desde entonces. Demasiados recuerdos.

Me volví a sentar, pero solo en el borde del sofá.

—Yo tampoco, quiero decir que, desde entonces, me duele cada vez que voy a una playa. Incluso a las del extranjero, o a las del norte, a las más frías, a pesar de que —titubeé— son muy... diferentes. Sí, es verdad: demasiados recuerdos. —Agaché la mirada—. Ah —le miré con fingido desenfado—, No te he preguntado: ¿cómo está tu familia? Tus tíos y Josefina, ¿están bien?

—Están bien —respondió—. Y tu familia, ¿qué tal está?

—Mi madre falleció hace dos años. —Agaché la cabeza e intenté contener mis lágrimas.

—Vaya... —Me acarició el brazo de manera sustentadora—. Lo siento mucho, Violeta. De verdad.

—Gracias. Mi padre, Margarita y Rosa siguen con su vida. A mi hermano Fran no he vuelto a verle desde el día que regresé de El Palmar. Llegamos a pensar que habría muerto, pero me he enterado de que está bien.

—Me alegro mucho de eso.

Silencio.

Tenía la sensación de que Boro mantenía el temple, atento a mi actitud hacia él. Esperando.

—¿De verdad no quieres tomar nada? ¿Ni siquiera algo de comer?

—No, gracias, Violeta.

—Tengo unas galletas que... ¡Dios mío, que tonta! ¡Son las tuyas! —Reí avergonzada—. Sobraron algunas y mi amiga Carlota le pidió a uno de tus camareros que se las preparasen para llevar. Al final, me las he traído yo sin darme cuenta. Madre mía, estoy haciendo el ridículo contigo. En realidad, es que creo que estoy un poco nerviosa.

—Yo también. Y mucho más que tú.

—No lo parece.

—Pues lo estoy, créeme. Oye, Violeta, contéstame una cosa: en el restaurante me has dicho que me sigues queriendo. ¿Has cambiado de opinión al verme a solas, tan cerca, aquí contigo?

—No he cambiado de opinión. En absoluto. ¿Y tú?

—Yo te quiero igual o más que cuando me enamoré de ti. De todas formas, si te sientes incómoda... —Con su dedo índice, me acarició los nudillos de la mano—, podríamos empezar desde cero.

—¿Desde... cero? ¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que, si eso te hiciera sentir mejor, podríamos ir poco a poco, por ejemplo, vernos para ir a pasear, o para ir a comer.

—¿O a cenar?

—O para hacer excursiones —dijo.

Tenía la sensación de que me estaba tomando el pelo, pero me sentía muda, incapaz de decírselo, porque nuestros dedos habían comenzado a jugar entre sí.

—Claro, por supuesto —contesté por inercia—. ¿Has estado alguna vez en Aranjuez? —Asintió—. Y los pueblos de la Sierra de Madrid son muy bonitos. Por ejemplo, hay uno que tiene en lo alto un castillo y está bordeado por...

—Un río. —Entrelazamos nuestros dedos. Contuve un gemido.

—Y hay algunos que —tartamudeé—... que conservan su arquitectura...

—Medieval.

—Sí. Y en Cercedilla hay nieve en invierno.

—No me gusta la nieve. Prefiero el sol del Mediterráneo. —Acarició mis labios con su dedo índice. Un calambre me hizo cerrar los ojos. En cuanto pude abrirlos, me levanté del sofá y me alejé unos pasos. Él me imitó y caminó hacia mí con decisión.

Introdujo sus dedos en mi pelo.

—Dios, pareces una virgen en su noche de bodas. —Me besó y yo le correspondí. Besos profundos, jadeantes cargados de deseo—. Oye, Violeta, ¿puedo confiar en que no te desmayarás, o te marcharás o...?

—Hace años que no lo hago. Podría decirse que ya he recompuesto casi todos mis pedazos.

Intentó subir la mano por mis muslos, pero la estrechez de mi vestido se lo impedía. Me giró de espaldas.

—¿Dónde se supone que está la cremallera? Suelen estar aquí.

—En este vestido, no. Hay dos aquí abajo, una a cada lado, pero son cortas, lo justo para ir al... Hay otra aquí, en la sisa.

—La sisa.

—Sí, bajo la axila, en el lado izquierdo.

—Vale, pero...

—Y aquí en la cintura otra y la última en...

—¿Qué es esto? —Se rio.

—Excentricidades de la diseñadora, una amiga mía. Volveré a su tienda para pedirle que me lo reforme. Déjame a mí, mira, tú sujeta por este lado y yo subiré por el otro y tú tiras enseguida de aquí.

—¿Tendremos que llamar a tu amiga para que me ayude a desnudarte?

Por fin, conseguí sacarme el vestido por la cabeza.

Libre de trabas, deslizó sus manos por mi silueta hasta alcanzar mis más recónditos rincones, hasta que me aparté de él, tiré de su mano y le conduje hasta mi habitación. Como hiciera la tarde de nuestra primera vez, me cogió en brazos y me depositó sobre la cama. Yo doblé las rodillas y las separé, igual que entonces.

—No vas a quitarme todavía las bragas, ¿verdad?

—Todavía no —contestó riendo. Se desnudó y se colocó sobre mí.

Imaginé que yo me había convertido en crema de mazapán y que él me moldeaba con una receta mágica que solo él poseía y que guardaba para mí. Con ella embadurnaba mis labios, y yo los suyos. Atrapé sus dedos y los degusté absorbiendo su dulzura, mientras sentía que mi cuerpo se deshacía cada vez más entre sus brazos.

Sin embargo, en esta ocasión, resultaba distinto. Éramos las mismas personas, pero, a la vez, diferentes. Nos acariciábamos la piel más despacio que cuando estábamos en La Albufera hacía seis años, y de una manera más profunda, como si necesitásemos reconocernos el uno al otro, comprobarnos. Sentí tanto calor y tanta ternura..., pero nuestras ganas se desbordaban como la leche hirviendo olvidada en el interior de un recipiente. El reloj. El tiempo. Su tiempo. Percibía la aceleración de sus saetas, su temor a romperlas con su brío, sus esfuerzos por retenerlas para ajustarlas a la velocidad de las mías. Cerré los ojos sometida por completo a sus deseos, a sus dedos, a su miembro, y a su manera de degustarme por dentro y por fuera. Era suya. Me sentía suya. Le sentía mío, solo él. Nadie más. Lo fuimos desde el principio. Mucho antes de que tuviésemos nuestro primer orgasmo aquella tarde de verano en mi barraca de La Albufera. Deseaba que nuestro apetito no acabase nunca. Deseaba volver a hacer el amor con él muy pronto, hoy mismo, mañana, siempre. Nos habíamos recuperado el uno al otro. Después de tanto tiempo. Por fin.

Permanecimos acostados de lado, durante un rato, uno frente al otro, mirándonos y sonriéndonos. En silencio.

De vez en cuando, yo deslizaba la yema de mis dedos sobre una de sus mejillas, o de su brazo, o de su pelo. Y él hacía lo mismo con mis labios, mis pechos, mis cabellos. Creo que a los dos nos sucedía algo muy parecido a cuando un amante del arte recupera una figura valiosa que un día le robaron. De nuevo en su poder, entre sus manos, resulta abducido por su belleza. Una belleza mayor si cabe.

Nuestro silencio se encontraba repleto de sensaciones. Pero si en aquellos momentos nos hubiésemos hablado, habríamos destruido el hechizo que nos envolvía. Las palabras intelectualizan y desvirtúan los sentimientos. Las palabras resultan a veces demasiado frías.

«¿Me quieres! ¡Todavía me quieres!», desprendía mi silencio. «¿Qué ha sido de ti durante todo este tiempo? ¿Con cuántas mujeres has estado? ¿Cuántos besos has dado? ¿Te has reído a carcajadas alguna vez sin recordar que yo existía? ¿A cuántos obstáculos te has enfrentado? Supongo que habrás sufrido, y gritado de rabia y de impotencia, o de alegría. Yo también. ¿En qué piensas ahora, en nuestro pasado juntos, en nuestro espacio de tiempo vacío o en nuestro futuro? Sé que en algún momento comenzaremos a hablar y a contarnos muchas cosas, pero

ahora, no. No quiero permitir la entrada a suceso alguno. Ahora solo existe el presente, el de este instante». Coloqué la palma de mi mano sobre su pecho y percibí los latidos de su corazón. Una lágrima se deslizó por mi mejilla. Él me la limpió con la yema de su dedo pulgar y me besó cada milímetro de la cara por el que mi lágrima se había deslizado.

Acaricié con mi dedo un tatuaje de su antebrazo derecho.

—Es un pentagrama con unas notas musicales —aclaró.

Le sujeté la muñeca y fruncí los párpados.

—No entiendo nada. Tararéame la melodía.

Eran las notas de la *Gymnopédie No. 1*, de Erik Satie.

—Me han acompañado durante todo este tiempo. Debería habérmelas tatuado en otra parte porque cada vez que cocinaba las veía y me distraía. Al principio, pensé en lo que haría con el tatuaje si cuando te buscase hubieras dejado de quererme. Pero luego comprendí que encerraba nuestra historia y decidí que lo conservaría siempre.

Comencé a llorar. Y una vez más, me abrazó y me entregó sus besos y caricias de consuelo. También sus ojos se llenaron de lágrimas.

EPÍLOGO

De aquel suceso ya hace algunos meses.

Acabo de regresar a casa. En estos momentos le veo de pie en la cocina. Reproduce para mí una receta de su restaurante, que me encanta. Se lava las manos y se las seca con un paño de cocina.

—¿Todo va bien? —pregunta—. ¿Qué te ha dicho tu compañero? Deberías haberme llamado. Me hubiera gustado estar allí.

—¿Toda la noche? Ya te dije que solo podría atenderme cuando consiguiéramos un momento de calma en la guardia. Y esta noche han nacido muchos bebés.

—Y tú...

—¡Le he visto y he escuchado latir su corazón! Me he emocionado.

Corrí a abrazarme. Colocó las manos sobre mi vientre.

Sus manos todavía me hipnotizan.

Después, cuando duerma un poco y descanse de mi noche en vela en el hospital, me ofreceré a ayudarlo y cuidar de que la crema de fresa no acabe achicharrada. Esta vez no va a suceder.

Mi familia, mis dos familias, están locas de contento.

En algunos momentos, Boro se equivoca y me llama María.

Entonces, yo le corrijo: «No me llames María».

Mi nombre es Violeta.

FIN